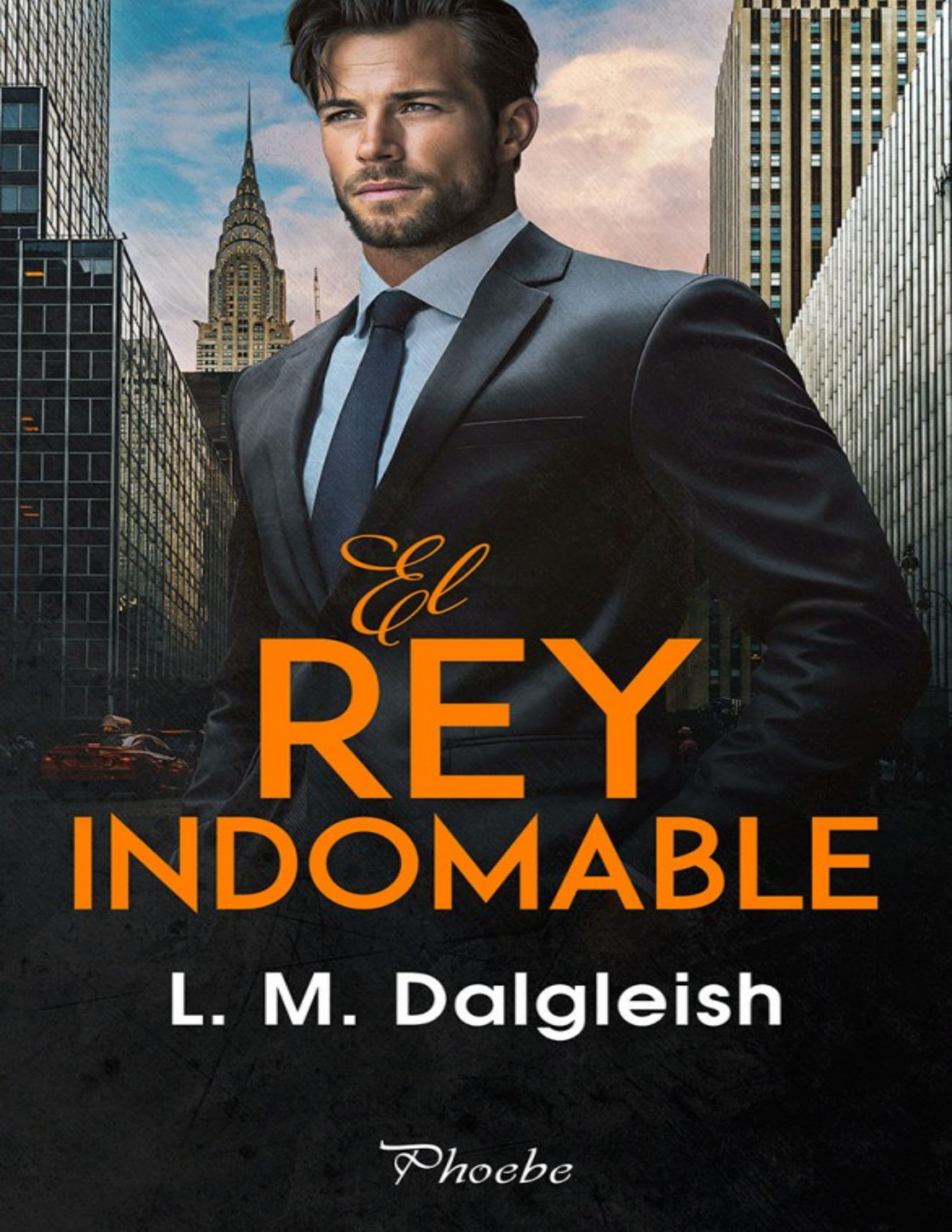
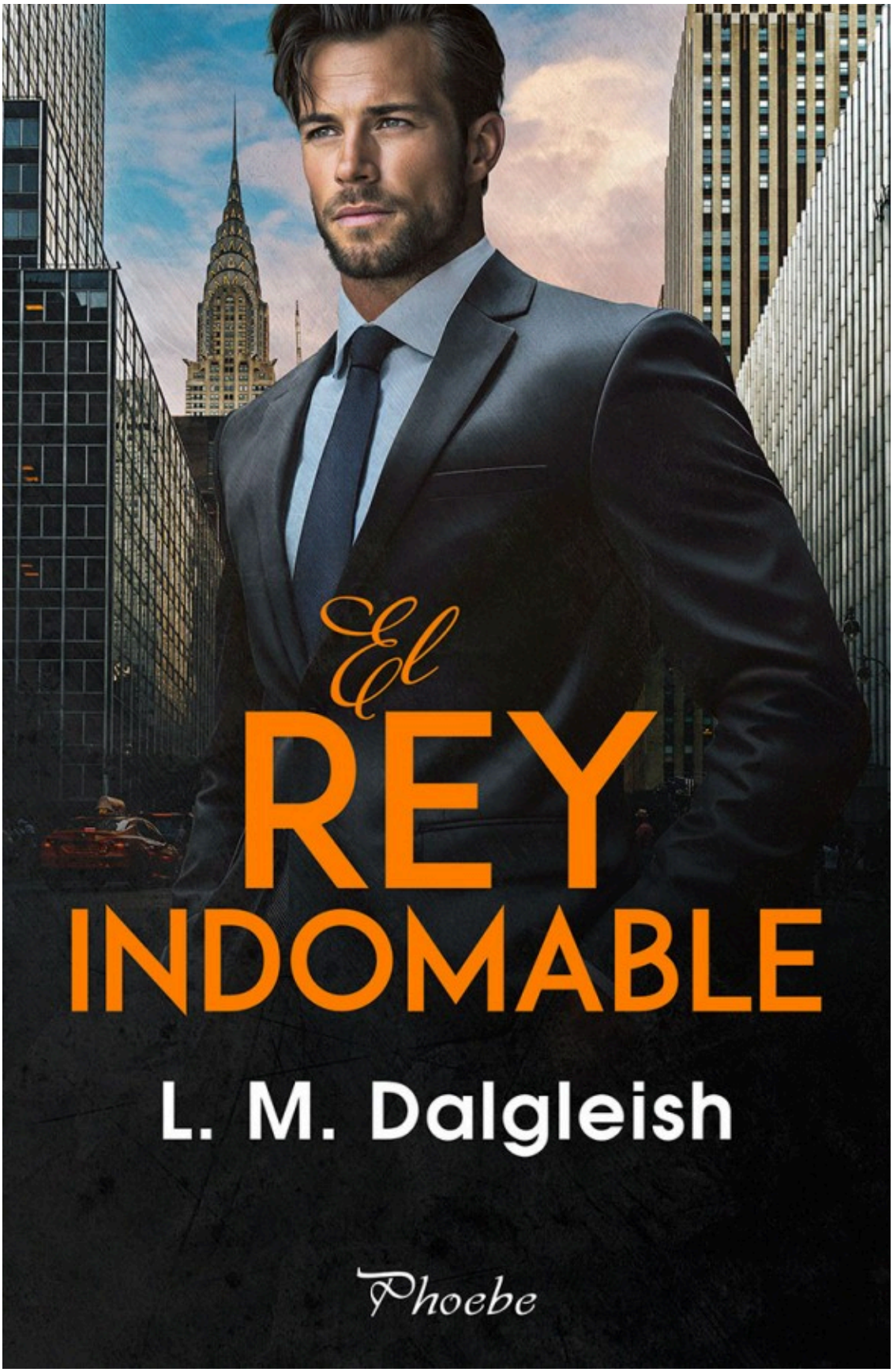

El
REY
INDOMABLE
L. M. Dalgleish
Phoebe


El
REY
INDOMABLE
L. M. Dalgleish
Phoebe

L. M. Dalgleish

El REY INDOMABLE

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Coldhearted King*

Primera edición: abril de 2026

Copyright © 2023 by L. M. Dalgleish

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-61-5
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Freepik

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31

32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Capítulo 34
35. Capítulo 35
36. Capítulo 36
37. Capítulo 37
38. Capítulo 38
39. Capítulo 39
40. Capítulo 40
41. Capítulo 41
42. Capítulo 42
43. Capítulo 43
44. Capítulo 44
45. Capítulo 45
46. Capítulo 46
47. Epílogo

A mis lectores, gracias por amar tanto los libros, la lectura, el romance y el erotismo. ¡Vuestra pasión alimenta la mía!

1

COLE

Apoyo los antebrazos en la barandilla del balcón del hotel y dejo colgar las manos. Una suave brisa me refresca la piel húmeda por el sudor, que, junto con las sábanas arrugadas de la cama *king size* que tengo a mi espalda, da testimonio de la actividad que me ha mantenido ocupado durante las últimas horas. Desde esta altura, los sonidos normales de la ciudad de Nueva York —música, gritos, alguna que otra sirena, bocinazos de coches— se atenúan, al igual que las estrellas, que apenas se ven a través de luz neblinosa que proyecta la extensa jungla urbana que se extiende a mis pies.

Desde aquí puedo ver el King Plaza, la torre de oficinas de cincuenta y tres pisos que alberga la sede mundial de King Group. Las luces que brillan en las ventanas revelan que muchos de nuestros empleados siguen trabajando a estas horas de la noche de un viernes. El resplandor que proviene de la esquina del piso más alto indica que Roman, mi hermano mayor —tiene treinta y seis años y yo, treinta y uno— también está allí.

Tampoco es que me sorprenda.

—Hola —dice una voz femenina y grave a mi espalda. Unos suaves pechos se apoyan en mi espalda desnuda y unos brazos finos me rodean el pecho—. ¿Qué tal si vuelves a la cama para que pueda distraerte de lo que sea que te esté preocupando?

Ni me molesto en darme la vuelta.

—Creía que ya te habías ido. —La tensión en el cuerpo de Jessica indica que no le ha gustado lo que he dicho. Pero insiste: desliza los dedos por mi vientre hacia la cintura de los calzoncillos negros que me he puesto después de levantarme de la cama hace quince minutos. Mi pene se despereza, pero ya me he corrido dos veces esta noche, lo que significa que puedo ignorar fácilmente mi reacción biológica al ser tocado por una mujer desnuda. Y me molesta que siga aquí porque sabe cómo funciona esto. Mantengo la vista clavada en el King Plaza—. Te llamaré la próxima vez que necesite salir con alguien.

Jessica curva los dedos y sus uñas me arañan la piel.

—Eres un capullo. —Su tono se ha enfriado, pero está conteniendo la ira que tan obviamente siente. Estoy acostumbrado. Como soy uno de los hombres más ricos del país, la gente tiende a disimular sus verdaderas emociones cuando está conmigo.

Aunque, en el caso de Jessica, ella tiene su propia fortuna. Lo que le impide descargar su ira sobre mí es que le gusta demasiado follar conmigo como para cabrearme.

Baja los brazos que me rodeaban y da un paso atrás. Es entonces cuando por fin me doy la vuelta, la abrazo y ella hace un puchero. Está completamente desnuda y, al parecer, no le preocupa mostrarse así en el balcón. Esta es una de las *suites* del ático que la dirección del hotel mantiene permanentemente disponibles para la familia King —una de las ventajas de ser los propietarios —, por lo que estamos en un piso muy alto, pero aun así los *paparazzi* consiguen de tarde en tarde una foto de alguno de nosotros aquí arriba. A veces estamos solos, a veces no.

Estoy seguro de que a Jessica no le importará que su foto aparezca en uno o dos tabloides, aunque a su padre no le haga mucha gracia. Es preciosa, de una forma que solo el dinero puede conseguir, pulida, peinada y realzada hasta la perfección.

A estas alturas, ni siquiera estoy seguro de que tenga una verdadera personalidad. Tampoco es que me queje. Estaba muy guapa en la ceremonia de entrega de premios a la que me ha acompañado esta noche, y aún más guapa cabalgándome las dos últimas horas.

Pero ya hemos terminado, así que tenerla aquí me pone de los nervios, y quiero que se vaya.

Cuando doy un paso adelante, ella debe de pensar que estoy respondiendo a la expresión lasciva que me está dedicando porque una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios carnosos, aunque desaparece cuando cojo el vaso de whisky de la mesa que tiene detrás.

—Tengo que terminar un trabajo.

El ceño fruncido empaña su rostro perfecto durante una fracción de segundo, pero se encoge de hombros con indiferencia y esboza una sonrisa falsa.

—Claro. Iré abajo y me buscaré a otra persona que quiera seguir con la fiesta.

Si es un intento de ponerme celoso, ya debería saber que no soy de esa clase de tío, que ni siquiera entiendo por qué hay gente así, tanto hombres como mujeres. Quizás eso signifique que me falta algo, que hay algún aspecto fundamental de la naturaleza humana que no acabo de comprender. O quizás los celos son algo a lo que algunas personas son más propensas que otras.

—Deberías. La noche aún es joven. —Paso junto a ella, veo su tanga de encaje rojo colgando de una lámpara y se lo tiendo.

Tampoco soy un completo imbécil.

Jessica finalmente se da cuenta de que no voy a cambiar de opinión. Coge sus bragas y se las sube por las largas piernas. Sus movimientos empiezan siendo apresurados, pero rápidamente los convierte en suaves y seductores cuando se da cuenta de que la estoy mirando. Quizá no quiera que se quede, pero eso no significa que no vaya a disfrutar del espectáculo.

Se viste en un momento y se peina con los dedos su largo cabello rubio mientras la acompaño a la puerta. Se la abro y ella pasa rápidamente a mi lado, con su perfume evaporado tras nuestra larga noche, pero aún lo bastante fuerte como para cosquillearme en la nariz. Se da la vuelta cuando llega al pasillo que conduce al ascensor privado.

—Llámame la próxima vez que necesites salir con alguien… o para lo que sea.

—Lo haré. —Asiento.

Una vez que se ha ido, cierro la puerta, estiro los hombros, hago crujir cuello y me voy a la ducha. Me meto bajo el chorro de agua caliente y me enjuago el sudor y el perfume de Jessica. Mi mente se traslada a la reunión que he tenido esta mañana con mi padre y mis hermanos. Estamos ampliando aún más nuestro imperio. Tras meses de trabajo previo, acabamos de anunciar públicamente nuestro último proyecto. Somos conocidos mundialmente por nuestros desarrollos comerciales a gran escala y nuestros hoteles de lujo, y ahora nos estamos adentrando en el sector más competitivo del alojamiento de gama media. Como director de inversiones de King Group, es algo por lo que llevo peleando los dos últimos años.

Al salir de la ducha, escucho el teléfono: es Roman. Cojo el móvil con una mano y una toalla con la otra.

—¿A qué debo este placer?

Me seco el pelo mojado con la toalla mientras espero a ver cuál es la emergencia. Debe de haber algún problema. No se me ocurre otra razón por

la que pudiera llamarme, ya que normalmente limitamos nuestro contacto a la oficina.

—Han detenido a papá —dice sin preámbulos, con la voz tan fría e impasible como siempre en los últimos tiempos.

Tardo un segundo en comprender el significado de sus palabras. Dejo de secarme el pelo.

—¿Por qué coño…? —Pienso de inmediato en una conducción bajo los efectos del alcohol porque a mi padre le gusta beber, y mucho. Pero tiene chófer. ¿Por qué iba a ponerse al volante?

—Uso de información privilegiada.

La conmoción me recorre el cuerpo.

—¿Qué? —Mi padre siempre ha sido muy propenso a correr riesgos, tanto en los negocios como en su vida personal; lo sé muy bien. Pero ¿uso de información privilegiada? Eso es un nivel completamente nuevo de ilegalidad.

—He hablado con los abogados. Al parecer, ha estado utilizando información de uno de sus contactos en el Gobierno para comprar y vender acciones, y ha estado ingresando las ganancias en un banco de las Islas Caimán. Lo han detenido y permanecerá bajo custodia hasta la vista de mañana para fijar la fianza. Pero los abogados dicen que es muy probable que se la denieguen, ya que consideran que hay un alto riesgo de fuga.

No es de extrañar, teniendo en cuenta que es propietario de una flota de *jets* privados

—¿Es culpable?

—Va a declararse inocente. Pero si quieres saber qué opino, digamos que no lo descartaría.

—Joder. —Tiro la toalla al cesto de la ropa sucia—. Tenemos que controlar la situación antes de que se haga pública.

—Exacto. —Roman deja escapar un profundo suspiro—. Van a investigarnos, y King Group estará vigilado hasta que determinen si papá ha utilizado fondos de la empresa y si alguien más ha estado involucrado. Me pondré en contacto con Tate, y quiero que vengáis a la oficina inmediatamente. Tenemos que convocar una reunión de emergencia de la junta directiva. Los tres tenemos la mayoría de las acciones, así que podemos tomar el control y limitar los daños, pero tenemos que actuar cuanto antes. —Salgo del baño, busco la ropa y pongo el altavoz del teléfono mientras me visto y analizo las implicaciones de este asunto. King Group estará en el punto de mira y la

prensa nos acosará. Nuestra reputación se verá seriamente afectada y el valor de nuestras acciones podría desplomarse a menos que nos adelantemos a los acontecimientos—. Haremos que los abogados presenten los documentos para hacer oficial el cambio de liderazgo —continúa Roman—. Yo asumiré el cargo de director ejecutivo, y necesito que tú ocupes mi puesto como director de operaciones. Tengo pensado destituir a Peters y poner a Tate en su lugar como director de marketing para que podamos controlar la narrativa en el futuro.

—Tiene sentido —apruebo, abrochándome la camisa. Las próximas semanas serán cruciales para garantizar la estabilidad de la empresa y mantener la confianza de los inversores una vez que se haga pública la noticia del arresto de mi padre.

—Los abogados ya están de camino, así que ven lo antes posible y prepárate para una larga noche. Tenemos que asegurarnos de que todo esté listo para mañana por la mañana. —Cuelga sin decir nada más.

Me miro en el espejo mientras me pongo la chaqueta del traje que he tirado sobre el respaldo de una silla hace solo unas horas. Para que la empresa salga indemne de esto, mis hermanos y yo tendremos que trabajar juntos más estrechamente de lo que lo hemos hecho en mucho tiempo. Teniendo en cuenta lo tensa que se ha vuelto la relación entre nosotros tres a lo largo de los años, espero que podamos lograrlo.

Cojo el teléfono y voy hacia la puerta. Es hora de dejar a un lado nuestras diferencias y centrarnos en proteger la empresa, cueste lo que cueste. King Group es lo único que importa. Y, en este momento, nuestra dedicación a él es lo único que mantiene unida a esta familia.

2

DELILAH

Dejo caer de golpe el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo dices?

Paul hace una mueca y sus ojos oscuros recorren rápidamente el íntimo restaurante para asegurarse de que no he llamado la atención. Cuando se asegura de que nadie nos mira, tiende la mano sobre la mesa para coger la mía.

—Me gustas, Delilah. Mucho. Pero las cosas han cambiado y no creo que podamos seguir adelante con esta relación.

—¿Te refieres a que las cosas han cambiado porque ahora estoy en tu equipo? Porque me dijiste que nada iba a cambiar cuando asumiste el cargo de director del proyecto.

Se recuesta en su silla.

—Porque no creía que fuera a cambiar nada. De hecho, pensé que sería algo bueno porque podríamos pasar más tiempo juntos. Sin embargo, no ha sido así. Veo lo mucho que trabajas, Delilah, y sé lo motivada que estás. Pero, aunque trabajamos codo con codo todos los días, nuestra relación no ha avanzado como yo quería.

—¿Es porque aún no hemos tenido relaciones sexuales? —murmuro con la voz un poco temblorosa—. Porque cuando te dije que quería esperar, dijiste que te parecía bien.

La frustración se refleja en el rostro de Paul, aunque él intenta disimularla.

—Y me parecía bien. Entiendo lo que le ocurrió a tu madre, pero han pasado tres meses y no sé qué más quieres de mí antes de dar ese paso. Tienes veinticuatro años. No eres una adolescente como lo era ella, por el amor de Dios. —Su voz se ha ido elevando gradualmente y la gente está volviendo las cabezas hacia nosotros. Deja escapar el aire lentamente antes de continuar—. Si estuvieras comprometida con esta relación, ya estaríamos compartiendo esa clase de intimidad. Tal y como están las cosas, a veces pienso que te apasiona más tu carrera que yo.

—Eso no es… —Niego con la cabeza, sintiéndome culpable porque no puedo discutirle esa insinuación. Mi madre me concibió cuando tenía dieciocho años y eso me ha hecho ser cautelosa. Sin embargo, decido abordar su otro comentario—. Tengo que trabajar duro, Paul. En la oficina todas las miradas están puestas en mí. Tengo que esforzarme el doble que los demás porque nadie está convencido de poder confiar en mí para sacar adelante el trabajo, ya que me licencié a una edad muy temprana.

—Lo entiendo. —Su voz ahora es más aguda—. Y admiro tu dedicación a la arquitectura, de verdad. Pero quiero más. En esta etapa de una relación, necesito más. Y no estoy convencido de que puedas dármelo. Por mucho que me gustes, creo que es mejor que terminemos ahora, cuando aún no estamos tan involucrados emocionalmente como para no poder mantener una relación laboral amistosa. Sobre todo teniendo en cuenta mi nuevo puesto y lo importante que es el proyecto actual.

Siento la quemazón de las lágrimas en los ojos.

—Me alegra saber que no estás lo bastante involucrado emocionalmente como para preocuparte por nuestra ruptura.

Paul se echa hacia delante para cogerme la mano de nuevo.

—Eso no es lo que pretendía decir. Mira, yo quería de verdad que esta relación funcionara. Lo sabes. Incluso esperé a que te licenciaras antes de pedirte que salieras conmigo porque sabía lo concentrada que estabas en tus estudios. —Me estrecha los dedos—. Estoy tan decepcionado como tú de que las cosas no hayan funcionado.

Una parte de mí lo duda. Paul es, o era, supongo, mi primera relación seria. Lo que suena descabellado, teniendo en cuenta mi edad. Pero licenciarme en Arquitectura a los veinticuatro años no fue fácil. Pasé muchos años centrada en mis estudios, haciendo prácticas en cada momento libre y luego desafiándome a mí misma para presentarme a los exámenes para obtener la licencia nada más graduarme. No tenía tiempo para noviazgos.

Cuando obtuve la licencia solo diez meses después de graduarme, pensé que por fin iba a poder relajarme; pensé que iba a poder disfrutar más de las cosas que hacían otras mujeres de mi edad, como salir, tener citas y, sí, finalmente tener relaciones sexuales. Pero además de seguir sintiendo la necesidad de demostrar mi valía a diario ante mis colegas mayores, en su mayoría hombres, dejarme llevar ha sido más difícil de lo que esperaba. Relajarme lo suficiente como para salir de la zona de confort en la que he estado metida para

acostarme con Paul era… difícil.

La lencería verde azulada que acabo de comprar y que llevo bajo mi mejor vestido negro de repente me aprieta y me resulta incómoda al ceñirse a mi cuerpo meticulosamente depilado. Esta iba a ser la noche en la que por fin iba a dejar de darle tantas vueltas al tema, pero ni loca voy a admitirlo ante Paul ahora.

Mi mirada se cruza con la de la mujer de la mesa de al lado, que me dedica un gesto compresivo, y aparto la vista. ¿Todo el mundo en el restaurante se está dando cuenta de lo que pasa en esta mesa para dos? Una mezcla de dolor e humillación se me clava en las entrañas, y parpadeo para contener las lágrimas mientras miro mi plato de pasta a medio comer.

—No me puedo creer que hayas decidido romper conmigo mientras estamos cenando fuera. ¿Pensabas que iba a montarte una escena y esta es tu forma de asegurarte de que no lo haga?

La mirada de Paul recorre la sala antes de volver a encontrarse con la mía a regañadientes.

—No, no es por eso. No lo había planeado. Pero estabas hablando de tus ideas para el proyecto y parecías tan apasionada que me he dado cuenta de que no me parece bien esperar a que compartas conmigo algo de esa pasión.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Claro —susurré.

—Lo siento, Delilah. ¿Por qué no terminamos de comer y te llevo a casa? El lunes los dos podemos comportarnos como adultos y trabajar juntos para finalizar nuestra propuesta.

Brota en mi pecho una sensación compuesta de por decepción y frustración, con Paul y conmigo misma.

—En realidad, ya no tengo hambre. Quédate tú y termina de cenar. Yo encontraré quien me lleve a casa.

—Vamos, Delilah. No seas así. Podemos seguir siendo amigos y comer juntos, seguro.

—Quizá en algún momento, pero esta noche no. Solo quiero irme a casa.

Él suspira, lo que me hace sentir como si me estuviera comportando de manera infantil.

—Está bien. Lo menos que puedo hacer es llevarte.

Lo último que quiero es estar atrapada en un coche con él.

—No, gracias. Ahora mismo prefiero estar sola. Llamaré a un taxi. —Antes

de que Paul pueda discutírmelo, echo la silla hacia atrás y me levanto.

Paul frunce el ceño y se pone de pie también, pero yo me doy media vuelta y escapo a toda prisa de la mesa antes de que pueda decir algo más. Empujo la puerta del restaurante y me pregunto si debería pagar antes de irme, pero solo es una preocupación pasajera. Es lo mínimo que Paul puede hacer, teniendo en cuenta lo que acaba de pasar.

Mis tacones repiquetean a un ritmo rápido mientras voy por la calle, con el teléfono en la mano y esquivando a la gente que viene en dirección contraria. Quiero alejarme del restaurante para no tener que quedarme fuera y arriesgarme a encontrarme con Paul mientras espero a que me recojan. Cuando creo que estoy lo bastante lejos como para no cruzármelo cuando se marche, abro la aplicación en el teléfono. Una puerta de madera oscura se abre junto al lugar donde estoy esperando y una pareja sale de ella y me distrae un instante. Están riendo, y, antes de que la puerta se cierre, el sonido de la música y el murmullo de las conversaciones se escapan al exterior. Miro a través de las ventanas tintadas.

Un bar.

Estoy aquí plantada, con mi vestido sexy, mis tacones de tiras y mi preciosa lencería, después de que acaben de abandonarme, y, de repente, no quiero volver a casa con el rabo entre las piernas. Quiero tomarme una copa. Si mi compañera de piso, Alex, estuviera en casa, habría comprado una botella de vino para llevarla a nuestro acogedor apartamento y ahogar mis penas con ella, pero está en un concierto con su novio. No me apetece nada quedarme sola.

Intentando no darle demasiadas vueltas, empujo la puerta y entro en el espacio en penumbra. Lo primero que me llama la atención es el aroma distintivo de la cerveza y el whisky, con un ligero toque de cera para madera y cuero. Cuando mi vista se adapta a la escasa iluminación, distingo a varias personas sentadas a las mesas y agrupadas frente a la larga barra de madera; ahí es hacia donde me dirijo.

Después de encontrar un taburete alto vacío junto a un hombre de cabello oscuro con una camisa blanca de vestir, me siento y lucho por contener las lágrimas.

Tampoco es que tenga el corazón roto —Paul y yo no llevábamos saliendo el tiempo suficiente como para enamorarme de él—, pero me gustaba, y confiaba en que con el tiempo aquello se convirtiera en algo más, y pensaba que, de momento, que me gustara era suficiente.

Pero me equivocaba.

Llamo al camarero, que, quizá al ver la expresión de mi rostro, se apresura a acercarse. Justo cuando estoy a punto de pedir mi habitual copa de vino blanco, me freno. Esta situación requiere algo más fuerte.

—Whisky. Con hielo.

Arquea una ceja, probablemente porque no parezco la clase de chica que bebe alcohol fuerte. Y no lo soy. Pero ¿qué más da? Pensar demasiado y ser cautelosa es lo que me ha llevado a esta situación.

En lugar de cuestionar mi capacidad para tomar decisiones, el hombre se limita a asentir, coge una botella medio llena de líquido ámbar de uno de los estantes que tiene a su espalda y vierte unos centímetros en un vaso. Lo deja delante de mí y yo le sonrío en señal de agradecimiento, lo cojo y me lo bebo de un trago.

Dios mío, qué quemazón. Jadeo y tiemblo, y luego toso un poco. La mirada divertida del camarero me pilla desprevenida, pero me da igual que se ría de mí.

—Otra, por favor.

Esta vez enarca las dos cejas.

—¿Está segura?

—Claro que sí —digo, y me echo a reír. Maldita sea, ¿ya estoy achispada? Me he tomado una copa de vino durante la cena antes de que Paul decidiera que es mejor que seamos… ¿amigos? ¿Compañeros de trabajo? Quién sabe.

El camarero reprime una sonrisa y me sirve la copa.

—¿Quiere que le abra una cuenta?

Estoy a punto de decirle que es una idea estupenda cuando escucho una voz suave y grave a mi lado.

—Si está aquí sola no.

3

COLE

Por el rabillo del ojo veo que se gira para mirarme, pero no me molesto en corresponder al gesto. Ni siquiera sé por qué he dicho nada. No es asunto mío si una mujer quiere emborracharse sola en un bar. Al fin y al cabo, yo también estoy bebiendo solo.

Al instante, recuerdo la visita que le he hecho hoy a mi padre en la cárcel, que es la razón por la que estoy aquí con un whisky en la mano. Roman, Tate y yo, junto con el abogado jefe de King Group, hemos ido a informarlo del cambio en la dirección de la empresa. Verlo sentado a la mesa con su mono naranja ha sido un *shock,* pero cualquier empatía que pudiera haber sentido por él se esfumó hace una semana antes, cuando supe el alcance de lo que había hecho y por qué.

Ya era bastante malo que hubiera ganado dinero gracias a la información privilegiada que recibía de sus contactos en la industria de defensa, pero además utilizó esas ganancias para mantener al menos a tres de sus amantes. También les pasó esa valiosa información a varios de sus compinches. La estupidez —y el egoísmo— de sus acciones nos dejó a todos atónitos, sobre todo teniendo en cuenta que se pasó nuestros años de formación inculcándonos que lo único que importaba era la lealtad a nuestro apellido y a nuestra empresa.

Pero todo lo que hemos aprendido de él también nos ha facilitado hacer lo que debíamos. Decir que no le han gustado las noticias es quedarse corto, pero, dada su situación actual, no puede hacer nada al respecto.

Tan pronto como hemos acabado la conversación con el equipo de abogados, me he ido a casa, pero, por primera vez, la idea de estar solo en mi enorme ático no me atraía lo más mínimo, así que he venido a este lugar y me he pasado la última hora bebiendo un par de copas del whisky más caro que tienen, tratando de averiguar por qué demonios mi padre actuó así. Pero solo he estado dándole vueltas una y otra vez a lo mismo, y ya estaba a punto de

irme cuando esta mujer se ha sentado en el taburete junto a mí.

Ahora estoy interfiriendo en su plan de ahogar las penas que la acosan y, en lugar de retirarme como cualquier imbécil que se precie, redoblo la apuesta y me dirijo al camarero.

—Lo próximo que le sirvas tiene que ser agua.

Casi puedo sentir cómo la indignación crece en su interior.

—¿Perdón? —dice—. No te conozco y tú no me conoces a mí, así que estoy bastante segura de que no tienes nada que decir sobre lo que pido o cuánto bebo.

Por fin vuelvo la cabeza en su dirección para observarla bien, y, joder, es preciosa. Lleva un vestido negro ceñido en torno a su cuerpo pequeño pero perfectamente curvilíneo. Su cabello, casi tan oscuro como el mío, se desliza en ondas sueltas sobre sus hombros. Pero es su rostro lo que capta mi atención: el llamativo verde de sus ojos y su forma rasgada le dan un aspecto casi felino. Su nariz es pequeña y recta, y su boca solo me deja pensar en una cosa: cómo quedarían esos labios carnosos y rosados alrededor de mi pene.

Normalmente, si una mujer con su aspecto se hubiera sentado a mi lado, habría tenido claro cómo iba a terminar la noche, pero sus ojos no parecen vidriosos solo por el whisky que se ha bebido.

Parpadea con esos ojos felinos y se da la vuelta para clavar la vista en su copa. Casi me echo a reír cuando se arma de valor, la levanta y se la bebe de un trago. Reacciona igual que la primera vez, con un jadeo y un estremecimiento. Me recorre una oleada de lujuria cuando imagino que hace ese mismo sonido mientras me hundo en ella.

Ella mira al camarero, que parece hipnotizado.

—Otra más, por favor. —Sus ojos se dirigen hacia mí, pero antes de que pueda hacer un gesto de negación con la cabeza, ella da un golpecito con los nudillos en la barra para llamar su atención—. ¡Oye! Él no es el que ha pedido, soy yo.

—Otra de esas se te va a subir demasiado a la cabeza —replico, y sigo sin saber por qué me estoy metiendo en sus cosas. No es propio de mí disuadir a alguien de ahogar sus penas. Pero hay algo en ella que parece despertar en mí un instinto protector que no sabía que tenía. Lo cual es absurdo; parece joven, pero es adulta y puede hacer lo que le dé la gana. Y, sin embargo, sigo adelante —. Voy a suponer que la razón de tu repentina necesidad de alcohol fuerte es un hombre. Probablemente un hombre que te ha roto el corazón hace nada. Y

si yo puedo darme cuenta, también pueden hacerlo todos los demás hombres que están aquí. Lo que significa que con un whisky más, todos los capullos que te están mirando ahora mismo van a intentar ligar contigo, y con ese aspecto. —Dejo que mi mirada se deslice por su vestido y vuelva a subir. Sé lo que están pensando los demás hombres que están aquí, porque yo estoy pensando exactamente lo mismo. Por suerte para ella, aprovecharme de mujeres jóvenes, borrachas y con el corazón roto no es lo mío, así que le dejo oír la diversión en mi voz, solo para dejar claro mi punto de vista—. Pero, oye, si lo que buscas es un polvo rápido y crudo por venganza, bebe todo lo que quieras.

Ella me mira fijamente, con un mohín por la sorpresa, y casi me siento mal.

Casi.

—Vaya —dice, y entrecierra esos bonitos ojos—. En primer lugar, pensaba que estaba de mal humor, pero tú eres la guinda del pastel. Y en segundo lugar, da igual cuánto beba o cuántos chicos intenten ligar conmigo: no soy la clase de chica que busca un polvo rápido y crudo por venganza.

Probablemente no lo sea, pero le iría mejor que emborracharse con whisky.

—Quizá deberías serlo —comento antes de poder evitarlo. Y no sé si en realidad me apetece evitarlo. Esta conversación me distrae, y, después de la última semana, necesito una distracción, sobre todo una tan atractiva como ella.

Se vuelve hacia mí.

—¿Por qué? ¿Crees que eso me hará sentir mejor mañana, cuando haga el paseo de la vergüenza?

—¿Por qué ibas a tener que avergonzarte? El sexo es para sentirte bien, para desconectar de tus pensamientos y perderte en el cuerpo de otra persona durante unas horas. No tiene por qué ser una conexión profunda y significativa. Te sientes mal, el sexo te hace sentir bien. ¿Por qué no hacerlo? —Aparta la mirada, pero vuelve a posarla en mí unos segundos más tarde. Se muerde el labio inferior y casi puedo ver cómo su cerebro trabaja a toda velocidad. Sonrío con aire burlón—. Lo estás considerando, ¿verdad?

Incluso con la tenue luz del bar, se nota el rubor de sus mejillas.

—No creo que eso sea asunto tuyo.

Se da la vuelta y yo me río para mis adentros. Debería irme a casa porque tengo una videoconferencia temprano por la mañana con los jefes de nuestras oficinas europeas, pero, en vez de hacerlo, le pido al camarero otro whisky. Cuando me lo sirve, le doy un sorbo y me vuelvo hacia ella.

—¿Qué te ha hecho?

Ella ladea la cabeza y frunce el ceño.

—¿Quién?

Sí, definitivamente ha bebido demasiado whisky si ya ha olvidado quién la ha fastidiado esta noche.

—Tu novio —le aclaro.

Ella mira su vaso vacío.

—Ex.

—Bueno, eso parece obvio, pero no quería dar nada por sentado.

Hace un gesto un poco exagerado con una mano.

—Da por sentado lo que quieras.

—Aún no me has dicho qué te ha hecho. —Le hago una seña al camarero otra vez y él se da cuenta de lo que quiero. Vierte un poco de agua de una jarra en un vaso, le echa una rodaja de lima y se lo pone delante a ella, que en esta ocasión no protesta: lo coge y le da un sorbo.

Me lanza una mirada de reojo.

—No me digas que de verdad te interesa mi triste historia.

—Normalmente no me interesaría, pero ahora mismo necesito distraerme. Y tú me distraes.

Se gira para mirarme de frente, con esos ojos expresivos llenos de lo que parece empatía.

—Lo siento. Solo hemos hablado de mí. ¿Tú estás bien?

La sorpresa me invade. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó si estaba bien? Sin embargo, ignoro su pregunta. Ni loco le voy a contar a una mujer cualquiera la mierda en la que se ha metido King Group gracias a mi querido padre.

—Cuéntame qué te ha hecho este capullo para que estés pensando en echar un polvo rápido y crudo por venganza esta noche.

—No he dicho que fuera a hacerlo.

—Tienes razón. Mis disculpas. —Levanto las manos y esbozo una sonrisa.

Ella frunce el ceño.

—¿Te estás burlando de mí?

—Ni se me ocurriría…

Me mira fijamente durante un segundo antes de soltar una carcajada.

—Ya lo creo que sí.

Es aún más hermosa cuando se ríe. Por encima de su hombro, veo a un par

de hombres de negocios trajeados que la contemplan desde el otro extremo de la barra. El deseo apenas disimulado brilla como una luz de advertencia en sus ojos, así que borro mi sonrisa y les dedico una mirada que ha intimidado a hombres mucho más poderosos que ellos. De repente, muestran un decidido interés por las cervezas que tienen delante, y vuelvo a centrar mi atención en la mujer que está sentada a mi lado.

—¿De verdad quieres saberlo? —me pregunta, y tardo un momento en darme cuenta de que está respondiendo a mi pregunta sobre su ex.

En realidad, no tengo un deseo ardiente de saber qué ha hecho el tío para decepcionarla porque, en mi opinión, «decepcionante» resume la mayoría de las relaciones. Pero quiero que siga hablando, aunque solo sea hasta que esos dos imbéciles paguen y se vayan. Por no hablar de los otros hombres de este local que la han estado mirando desde que se ha sentado. Así que asiento.

—Es mejor que te desahogues. —Por algún milagro, consigo evitar que mis ojos se desvíen hacia el contorno de sus pechos mientras lo digo.

Ella da otro sorbo de agua.

—Vale. Bueno, trabajo con él.

Enarco una ceja y ella hace una mueca.

—Lo sé. No es la decisión más inteligente que he tomado. Pero hice prácticas allí durante mi último año de universidad y nos conocimos entonces. Él coqueteaba conmigo y yo estaba pilladísima porque es guapo. Y mayor.

—¿Ese es tu tipo? —le pregunto con una sonrisa burlona.

Se le forma un pequeño pliegue entre las cejas y su mirada recorre lentamente mi rostro.

—Quizás. —Su respuesta no es la que esperaba. Siento una oleada de calor que me recorre el cuerpo, y la excitación crea un pulso urgente en mis venas. Lo reprimo con más dificultad de la habitual. No he venido aquí para ligar con una mujer. He venido a tomar una copa en un lugar donde probablemente nadie me reconozca. Tampoco es que crea que ella esté buscando ligar, al menos en serio. Es solo una mujer que resulta sexy sin siquiera intentarlo. Baja la mirada y traza una línea con el dedo sobre las gotas de condensación del vaso que tiene delante—. Bueno, cuando terminé las prácticas, Paul me invitó a tomar una copa, una cosa llevó a la otra y nos besamos.

—¿Solo os besasteis? —pregunto—. Qué típico.

Esta vez me mira con ira.

—Sí, solo nos besamos. Fue… agradable. Me gustaba, pero yo estaba

centrada en terminar la universidad, así que lo dejamos ahí. Después de graduarme, me ofrecieron un trabajo en la empresa. Paul estaba destinado temporalmente en la oficina de Londres cuando empecé, pero poco después de que regresara, empezamos a salir.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —pregunto.

—Hace tres meses.

—¿Así que tu deslumbrante historia de amor solo ha tardado tres meses en apagarse?

Me dedica una simpática expresión de enfado. No debería burlarme de ella, pero me encanta ver cómo le brillan sus ojos verdes cuando se ofende. Me recuerda a un gatito al que le acaricias el pelaje en sentido contrario: diminuta, enfadada, siseando y escupiendo como si su irritación pudiera ahuyentarme.

Apuesto a que ronronearía como un gatito si la acariciara en la dirección adecuada.

—Nunca he dicho que fuera deslumbrante…

—Entonces, ese tío es un aburrido.

—Tampoco he dicho eso. —Niega con la cabeza y luego se ríe, con la irritación ya olvidada.

Me fascina lo cambiantes que son sus emociones. Y lo fácil que le resulta expresarlas. Eso dice mucho del mundo en el que vivo. Es difícil encontrar emociones sinceras.

—¿Qué ha salido mal?

Se queda callada un momento, mirando su vaso de agua.

—Me ha dicho que la cosa no funcionaba.

—Suena bastante normal —comento.

Esta vez, su risa no contiene ni pizca de humor.

—Supongo que sí. No hay nada de especial en mí ni en mi historia.

Recorro con la mirada su exuberante cuerpo.

—Yo no diría eso. —Su brusca inspiración me demuestra que no le soy indiferente. Apoyo el codo en la barra—. ¿Y qué vas a hacer?

Aparta la vista.

—Nada, supongo. Mi trabajo es estupendo y me encanta la empresa en la que estoy, así que tampoco es que vaya a dejarlo. Lo único que ocurre es que no me gusta cómo me siento ahora mismo. No me gusta pensar que he hecho algo mal, o que tenía que haberme esforzado más. Que si hubiera… —Dejó la frase en el aire y dio otro sorbo al agua.

Me recuesto y la observo. El agua que ha estado bebiendo ha despejado la neblina del alcohol de sus ojos. Me detengo en la longitud de sus muslos, expuestos por su vestido corto, y tomo una decisión.

—Entonces, deberías olvidarte del sexo rápido y crudo por venganza.

—¿Debería? —Está sin aliento después de mi lenta mirada, y estoy deseando oír cómo me suplica que follemos con esa misma voz entrecortada.

Asiento, incapaz de apartar la mirada de ella. Beber no me estaba ayudando a dejar de darle vueltas a la situación, y ella podría ser exactamente lo que necesito para olvidar todo lo que me está pasando, y de paso también la ayudará a ella a distraerse.

—Creo que deberías optar por sexo de venganza francamente obsceno que dure horas. Y creo que debería ser yo con quien lo hagas.

Sus mejillas se sonrojan y mi pene ya está medio duro mientras me imagino deslizando los labios por su cálida piel mientras me muevo dentro de ella.

—¿Por qué tú? —pregunta ella.

Acerco la cabeza hacia ella y, al hacerlo, percibo un ligero aroma a flores silvestres y algo más sensual.

—Porque te garantizo que te lo haré pasar bien. Porque creo que a los dos nos vendría bien desconectar esta noche. Y porque no he dejado de pensar en quitarte ese vestido desde el momento en que te has sentado.

Ella se remueve en el taburete y yo paso oficialmente de estar medio excitado a estar completamente excitado. ¿Cómo de mojada está ahora mismo? Estoy deseando averiguarlo.

Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja e intenta recomponerse.

—Vaya, eres rápido, ¿no?

—Puedo ir despacio cuando lo necesito. —Me cruzo de brazos y me recuesto en el taburete mientras espero su respuesta.

—Bueno —dice, bajando la mirada hacia mis antebrazos, que están al descubierto porque llevo la camisa remangada—. Creo que ahora mismo deberías ir un poco más despacio.

No es un sí, pero tampoco es un no.

Podría seguir bebiendo o podría ligar con alguna de las otras mujeres que hay aquí, algunas de las cuales ya se han quedado paradas junto a mí mientras pedían las copas, dedicándome miraditas esperanzadas. Incluso podría llamar a Jessica, aunque lo último que quiero es darle la impresión de que estoy interesado en cambiar nuestro acuerdo. Pero, en definitiva, esta mujer ha

llamado mi atención como pocas lo han conseguido últimamente, y, después del desastre de hoy, la idea de perderme en su cuerpo es una tentación a la que no puedo resistirme.

—Que sea despacio entonces —acepto.

Ella se queda en silencio un momento, y luego su delicada mandíbula se endurece.

—En realidad, he cambiado de opinión. —La decepción me sacude más fuerte de lo que debería, pero antes de que pueda decir nada, ella me sorprende de nuevo—. Estoy harta de ir despacio. Por una vez, no quiero darle vueltas a todo.

—Entonces, lo que estás diciendo es…

Ella inspira hondo.

—Estoy diciendo que sí.

4

DELILAH

Me empiezan a temblar las manos cuando sus ojos azules se iluminan, pero él no se mueve, aunque parece como si su enorme cuerpo se hubiera tensado de repente. Quizás ha notado mi nerviosismo.

—¿Sí? ¿No quieres hacerme más preguntas? ¿No sientes curiosidad por el hombre con el que planeas irte? ¿Quién soy, a qué me dedico?

Me humedezco los labios. Debería sentir más curiosidad. Esas son las cosas que debería querer saber antes de hacer nada con este tío. Pero, a menos que confiese ser un asesino en serie, ¿me importa? A estas alturas, estoy harta de pensar en ello. Solo quiero acostarme con este hombre, que, por su forma de hablar y actuar, parece saber muy bien lo que hace. Así podré superar este obstáculo y seguir adelante con mi vida.

—No finjamos que vamos a volver a vernos después de esta noche. No me pareces la clase de hombre que pasa más de una noche con una mujer.

Él ladea la cabeza. Cuando me mira de soslayo y baja esos párpados con la pestañas oscuras, hay un brillo casi travieso en sus ojos.

—¿Te molesta?

—No. —Suelto un suspiro tembloroso—. Sí. No lo sé. —Supongo que no estoy tan despreocupada como pensaba—. Lo siento. No estoy acostumbrada a estas cosas.

La comisura de sus labios se eleva.

—Se nota. —Una sonrisa lenta y seductora florece en su rostro—. ¿Necesitas que te convenza? —El tono ronco de su voz me hace estremecerme por entero. Me lamo el labio inferior y asiento, porque quizá escuchar lo que planea hacer conmigo me calme los nervios—. ¿Quieres que te diga por qué deberías ir conmigo a mi habitación de hotel ahora mismo?

—Sí. —Mi voz es un susurro entrecortado.

Jadeo cuando él alcanza mi taburete y lo acerca a él, de modo que mis rodillas quedan entre sus muslos. Luego se echa hacia delante, me pasa el pelo

por detrás de la oreja y me susurra al oído, y el calor de su aliento hace que se me ponga la piel de gallina.

—Porque cuando estemos solos y ya haya hecho que te corras dos veces, una con mis dedos y otra con mi lengua, cuando me haya enterrado en tu interior y te esté llevando hacia tu tercer orgasmo, te diré lo sexy que eres, lo mucho que me excitas y lo increíble que es la sensación de tener tu sexo ciñéndose en torno a mí. Te olvidarás de que alguna vez hubo otro hombre dentro de ti y, cuando por fin te deje, te correrás gritando mi nombre. —Se aparta para poder mirarme a los ojos, e imagino que mis pupilas están lo bastante dilatadas como para revelar lo mucho que me han afectado sus palabras. Sonríe y desliza los nudillos por mi mejilla ardiente y dice—: ¿Te he convencido?

Tengo la boca tan seca que apenas puedo hablar, y el corazón me late con tanta fuerza que amenaza con escapar de mi caja torácica. Es la cosa más loca y temeraria que he contemplado hacer en mi vida. Puedo decirme a mí misma que he bebido demasiado, pero no es eso. Ahora tengo la mente totalmente despejada. Pero estoy cansada de ser responsable y hacer lo correcto todo el tiempo. Estoy harta de darle vueltas a todo. Mi madre siempre me decía que me concentrara en mis estudios, que consiguiera un buen trabajo y que no me precipitara a meterme en una relación ni permitiera que un hombre cambiara el rumbo de mi futuro. Bueno, seguí su consejo y fui incluso más allá. Soy una de las arquitectas más jóvenes de Estados Unidos, y eso es prueba suficiente, pero aún tengo muchas metas que alcanzar. No necesito la presión añadida de decidir con qué hombre compartir mi cuerpo por primera vez. Podría hacerlo ya, quitármelo de encima y seguir adelante sin que me supusiera una carga.

Así que, sí, esta noche voy a ser imprudente por una vez. Me soltaré el pelo, dejaré de pensar y le daré a este hombre, a este desconocido, algo por lo que, al parecer, Paul no estaba dispuesto a esperar.

Y tengo la sensación de que se asegurará de que disfrute cada segundo.

Lo miro a los ojos.

—Has sido muy convincente.

Una sonrisa de satisfacción ilumina sus fríos ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, acercándose para pasar otro mechón de pelo rebelde por detrás de mi oreja. Sus dedos se deslizan por mi cuello y siento un cosquilleo en el estómago.

—Delilah. ¿Y tú?

—Cole —responde, estudiándome con una intensidad extraña, como si

saber su nombre pudiera hacerme cambiar de opinión.

Por extraño que parezca, me cuesta seguir con la charla trivial después de haber aceptado acostarme con él. Como casi todo en mi vida, una vez que decido que quiero hacer algo, me comprometo a hacerlo realidad lo antes posible. Sigo nerviosa, pero en mi interior está creciendo la expectación, la necesidad de satisfacer una parte de mí que he estado reprimiendo, y no puedo ignorarla.

Así que cuando me pregunta si estoy lista para irme, asiento, doy un último sorbo de agua para humedecer mi garganta seca y me levanto del taburete.

Cole me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia la salida, y no puedo dejar de pensar en lo que sus manos van a hacerme pronto. No puedo dejar de imaginar su cuerpo sudoroso moviéndose sobre el mío.

Mis pies se detienen y no puedo seguir adelante sin confesarle la verdad. Esto podría ser más de lo que él esperaba. Es posible que mi virginidad sea un punto de ruptura para él, y tiene derecho a saber en qué se está metiendo.

—Espera. Hay algo que tengo que decirte antes. —Una expresión cautelosa tensa sus rasgos, y enarca las cejas mientras espera a que le explique la causa de mi vacilación—. Yo… eeeh… La verdad es que nunca he hecho esto antes.

—Creo que es bastante obvio que irte con un hombre que acabas de conocer en un bar no es algo habitual para ti.

Bajo la voz.

—No. Quiero decir que nunca lo… he hecho… antes. En absoluto. —Frunce el ceño—. Soy virgen —susurro cuando no responde.

La sorpresa se refleja en sus ojos.

—¿Cuántos años has dicho que tienes?

Su evidente incredulidad me hace levantar la barbilla.

—Tampoco es tan raro. —Contengo la respiración, preguntándome si cambiará de opinión.

Sus ojos me recorren, y algo que no puedo identificar brilla en ellos. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Es bastante poco común. —Niega con la cabeza, todavía con esa media sonrisa en el rostro, y luego me toma de la mano—. Vamos.

Solo hay un corto paseo hasta su hotel, uno de los establecimientos de lujo de la cadena King International. Estoy demasiado nerviosa como para fijarme en

los detalles arquitectónicos o en el amplio vestíbulo como haría normalmente, pero cuando él me guía hasta el ascensor, pasa una tarjeta y pulsa el botón del segundo piso más alto, me quedo en *shock*.

—¿Una *suite*?

Esboza una sonrisa.

—Ventajas del trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Me dedico a… la hostelería.

Le sonrío.

—Vaya, debería haber seguido con mi trabajo de camarera. —Espero a que me pregunte a qué me dedico, pero no lo hace. Se limita a mirarme con esos preciosos ojos azules de pestañas oscuras, porque estamos aquí por una única razón, y conocernos no forma parte de ella. Cuando me doy cuenta de mi error, me río de mí misma—. Bueno. Pronto le cogeré el truco a esto.

Él niega con la cabeza, con una sonrisa torcida en los labios, como si le divirtiera. Y lo más probable es que así sea. Estoy segura de que está acostumbrado a estar con mujeres mucho más experimentadas. Ese pensamiento me perturba mucho más de lo que esperaba. Antes de que pueda darle muchas vueltas, el ascensor suena al llegar a su planta y las puertas se abren.

Cole me acompaña por un corto pasillo revestido de mármol, mueve una tarjeta delante de la puerta, la abre y se aparta para dejarme pasar primero.

—Dios mío. —Mis pies se quedan clavados al suelo al contemplar el enorme espacio. Nunca había estado en una habitación de hotel tan lujosa. No hay otra palabra para describirla más que «opulenta», con esos techos altos, las puertas de madera maciza y sus muebles de aspecto caro. Incluso tiene una lámpara de araña colgando sobre la mesa del comedor. Pero lo que me llama la atención es la vista sin obstáculos de la ciudad de Nueva York—. Vaya —susurro. Los ventanales del suelo al techo me obligan a acercarme, y me quedo frente a ellos, con las yemas de los dedos apoyadas ligeramente sobre el cristal frío mientras contemplo la ciudad que se extiende a mis pies.

La inquietud me invade el pecho. Puede que el jefe de Cole esté pagando esta *suite* de hotel, pero él mismo es obviamente rico. Y sé cómo son los hombres ricos: implacables a la hora de conseguir lo que quieren, ya sean posesiones o personas, y sin tener en cuenta las repercusiones de su egoísmo.

¿Estoy cometiendo un error?

Niego con la cabeza. Le estoy dando demasiadas vueltas. Después de esta noche, no volveré a ver a Cole nunca más, y he hecho todo lo posible para protegerme de cualquier consecuencia no deseada. En cuanto empecé a salir con Paul, me puse un implante anticonceptivo. Como había pensado que esta noche iba a hacerlo con él, incluso llevo un condón en el bolso. Si por alguna extraña razón un hombre como Cole no tuviera uno a mano, estoy cubierta.

—¿Quieres una copa? —me pregunta Cole a mi espalda.

Me alejo de las vistas y me centro en él, que está frente a una amplia barra con fregadero. Por muy tentador que sea tomar una copa grande de vino para darme valor, quiero ser muy consciente de lo que va pasando entre nosotros.

—Creo que ya he bebido suficiente alcohol esta noche. Solo tomaré agua, gracias.

Abre una botella, la vierte en un vaso, le añade una rodaja de limón y se acerca a mí. Nuestros dedos se rozan cuando cojo la bebida, mi mirada se cruza con la suya, y se me acelera el ritmo cardíaco.

Doy un sorbo y luego otro. Cole no se ha molestado en servirse una copa. Me está escudriñando y sus ojos se oscurecen cuando me lamo una gota perdida en los labios.

No espera a que termine, alcanza el vaso y me lo quita.

—No has venido aquí para hidratarte y admirar las vistas, ¿verdad?

El pulso me late con fuerza en la garganta.

—Yo… Eeeh… no, no he venido para eso.

Su mirada se posa de nuevo en mi boca, y se acerca para rozar mi labio inferior con el pulgar. ¿Va a besarme ya?

—Date la vuelta —ordena con voz baja y firme. Parpadeo, suelto un suspiro tembloroso y hago lo que me dice. Solo doy un pequeño respingo cuando agarra la cremallera de mi vestido y la baja. Se toma su tiempo, como si disfrutara de la anticipación, y luego me desliza los tirantes por los hombros. La tela me recorre el cuerpo hasta caer al suelo. *Dios mío, esto está pasando de verdad*—. Ve hacia el dormitorio. Despacio. —Cuando le lanzo una mirada por encima del hombro, me dedica una sonrisa lobuna—. Vamos, gatita. Si quieres hacer esto, lo hacemos a mi manera. Y quiero verte.

¿Gatita? ¿En serio? Pero no le digo nada. Tengo cosas más importantes en la cabeza.

—No es así como me imaginaba que iba a ser.

Me recorre la columna con los nudillos y se me pone la carne de gallina bajo

su contacto. Su mirada es penetrante.

—Me elegiste por una razón —dice—, y no es porque pensaras que iba a ser suave y gentil. Estoy seguro de que has estado con muchos hombres muy agradables que te habrían convencido con palabras dulces para que te quitaras la ropa y te fueras con ellos a la cama, pero no los deseabas, ¿verdad? Me deseas a mí. Y eso es porque una parte de ti sabe de sobra cómo va a ir esto. Has dejado de darle vueltas al asunto y ahora quieres dejarte llevar y sentir. Pero podría estar equivocado. Quizás lo que quieres en realidad son palabras bonitas y mimos después. Si ese es el caso, eres libre de salir por esa puerta. Incluso llamaré a un conductor para que te lleve a casa.

Quizás debería irme. Quizás debería aceptar su oferta y dejar atrás esta noche como un momento de locura. Pero estoy aquí plantada, en ropa interior, frente a un hombre que es básicamente un desconocido, y no quiero irme. Tengo que confiar en mí misma y en mi propio criterio. Aprender a fiarme de mis instintos en lugar de analizar demasiado las cosas. Y ahora mismo, mis instintos me dicen que necesito lo que este hombre me está ofreciendo. Quiero que él tome el control para dejarme llevar.

Suelto un suspiro y todos mis músculos se relajan cuando me aparto del vestido que está tirado en el suelo y voy hasta el dormitorio.

5

COLE

Joder. Delilah es una puta visión. Puede que sea menuda, pero sus hombros delgados y su cintura estrecha dan paso a unas caderas curvilíneas y un culo redondo que me encantaría admirar al echarla sobre el respaldo del sofá.

Por mucho que me tiente esa imagen, no soy tan cabrón como para quitarle la virginidad de esa manera. Aunque eso no significa que no pueda fantasear con ello.

Su cuerpo se balancea seductoramente y yo la sigo, aflojándome la corbata mientras tanto. Acaricio el sedoso material entre mis dedos, imaginando cómo se lo ato alrededor de las muñecas mientras le llevo las manos por encima de la cabeza. Pero no. En su primera vez no. Joder. Hay tantas cosas que quiero hacerle y que nunca tendré la oportunidad de experimentarlas porque lo único que tenemos son las próximas horas…

Llega a la cama y vuelve a mirarme por encima del hombro. No se da la vuelta, solo espera a que le dé más instrucciones, y, joder, eso es tremendamente excitante.

Un paso más y ya estoy a su espalda, tan cerca que mi pene dolorosamente duro le roza el trasero. Ella inspira bruscamente cuando abro el corchete de su sujetador, le quito los tirantes de los hombros y dejo que la tela de encaje caiga al suelo. Con una mano, le echo la cabeza hacia un lado para poder pasarle los labios por el cuello y recorrer con la lengua el rápido latido de su pulso. Ella tiembla contra mí y no puedo evitar sonreír.

—Date la vuelta. —Mi voz es grave y ronca, y cuando ella se gira me fijo inmediatamente en sus pechos plenos y en los pezones de color rosa pálido que forman pequeñas puntas duras. Estoy deseando saborearlos.

Al límite de mi paciencia, le rodeo la cintura con un brazo y le acaricio uno de esos preciosos pechos, agachando la cabeza para meterme el turgente pezón en la boca.

Instintivamente, ella lleva las manos a mi cabeza y me agarra del pelo,

gimiendo mientras yo le paso la lengua por el pezón. Paso mi atención al otro pecho, lo rozo con los dientes y mordisqueo la tierna punta.

—Cole —jadea—. Necesito… Necesito…

Me enderezo.

—Sé lo que necesitas y te lo daré pronto, pero primero quiero que te subas a la cama, vayas hasta el cabecero y te sientes con la espalda apoyada en él. —Ella vuelve a dudar, pero yo me aparto y espero, cruzado de brazos para darle la impresión de tener mucho más autocontrol del que tengo en realidad. Cuando ella obedece y va a gatas hasta el cabecero, vuelvo a tener ante mí ese delicioso trasero, cubierto tan solo por una diminuta tira de tela entre sus nalgas, y tengo que poner la mano contra mi erección para aliviar un poco la presión. Una vez que se sienta en la parte superior de la cama, recostándose contra el cabecero de cuero negro y mirándome con una mezcla de nervios y necesidad, bajo la mano—. Ahora quiero que te quites las bragas y te toques.

Sus mejillas se sonrojan y ella niega ligeramente con la cabeza.

—No creo que me sienta cómoda haciéndolo.

Me desabrocho lentamente la camisa.

—Si es tu primera vez, quiero que sea lo mejor posible para ti. Saber cómo te gusta tocarte me dirá lo que necesito para que eso ocurra. —Es la verdad, pero no toda la verdad. No estoy seguro de que ella reaccione bien si le digo que también quiero excitarme viéndola tocarse—. A menos que me estés diciendo que eres tan inocente que nunca te has tocado.

Ella sigue cada uno de mis movimientos mientras me quito la camisa. La forma en que sus ojos se oscurecen al recorrerme el pecho me dice que valora positivamente el tiempo que paso en el gimnasio. Pero cuando registra lo que he dicho, levanta la vista hasta mi cara.

—Por supuesto que no lo soy.

Me permito sonreír ante la chispa de enfado que brilla en sus ojos, y no puedo evitar provocarla aún más.

—Quizás debería averiguar hasta qué punto eres inocente. ¿Hasta dónde has llegado? ¿Te has metido algo? ¿Lo ha hecho un hombre? ¿Alguna vez alguien te ha metido la lengua? Debo saber qué tengo entre manos.

La chispa de irritación se vuelve más intensa.

—Sí a todo eso. Y te informo de que tengo un cajón lleno de juguetes en casa, así que no tienes que preocuparte por manchar tus sábanas de sangre. De hecho, no estoy segura de si lo que tienes ahí abajo estará a la altura de mi

favorito. Es grande.

Me río. No puedo evitarlo. La gatita tiene garras.

—Si no supiera que lo que tengo entre las piernas te hará gritar mi nombre muy pronto, estaría nervioso. Pero, a menos que tengas uno de esos consoladores monstruosos, seré lo más grande que hayas tenido dentro de ti. Y como tienes tanta experiencia en el cuidado personal… —sonrío cuando se le sonrojan las mejillas al darse cuenta de lo que ha admitido—, no debería importarte mostrarme exactamente cómo lo haces. —Me acaricio y contemplo cómo abre los ojos al ver el bulto visible en mis pantalones—. Si te hace sentir más cómoda, te mostraré lo duro que me estás poniendo mientras lo haces.

Se muerde un instante el labio inferior.

—De acuerdo —susurra.

—Buena chica —mascullo. La forma en que su mirada se desvía hasta mi cara y su lengua se asoma para humedecerle los labios es intrigante. Le gusta que la llame así. Sin apartar la vista de ella me desabrocho los vaqueros, saco mi miembro erecto y lo envuelvo con los dedos. Los ojos de Delilah se abren de par en par y se clavan en la forma en que mi mano trabaja lentamente mi pene—. Te toca. —Traga saliva de forma audible y mueve las manos hacia abajo. Aparta con los dedos el encaje de su tanga, revelando el sexo más bonito que he visto nunca. Los dedos de su otra mano rozan tentativamente su clítoris y luego lo acarician en círculos. *Joder*. Me agarro la erección con más fuerza—. Eso es, gatita. Te diría que siguieras hasta que estuvieras lo bastante húmeda como para recibirme, pero por lo mojada que estás, parece que ya casi lo has conseguido. —Ella contiene el aliento, pero como la buena chica que es, sigue adelante, con los ojos entrecerrados. Ralentizo el movimiento de mi mano porque me estoy acercando demasiado rápido mientras veo cómo se da placer a sí misma. Me ciega la necesidad de meterme entre sus muslos y deslizarme en lo que seguramente vaya a ser el sexo más estrecho en el que he estado—. Iba a comprobar cuántos dedos puedes meterte, pero voy a ser codicioso y a descubrirlo por mí mismo.

La cama se hunde bajo mi peso cuando me subo a ella y me coloco entre sus piernas abiertas. No puedo dejar de mirar su piel ya húmeda y rosada, y las ganas de sumergirme en ella son tan fuertes que tengo que cerrar los ojos e inspirar hondo. No había sentido tanta expectación por follar con una mujer desde… No lo sé. Con Delilah, soy yo quien le va a enseñar lo que su cuerpo puede hacer con el de un hombre. Voy a ser el primero en hacer que se corra

con la penetración. Voy a ser el hombre con el que todos los demás hombres tendrán que compararse. Y resulta que es una sensación muy embriagadora—. Aparta las manos. Me toca. —Antes de que retire los dedos, le agarro la muñeca, me agacho y deslizo sus dedos entre mis labios. Gimo. De mi pene gotea líquido preseminal y le mancha la cara interna de los muslos mientras saboreo su excitación, sabiendo que está lista para mí.

—Dios mío, eso es tan… —Sus dedos se tensan contra mi lengua, clava la vista en mi boca y…, joder, voy a destrozar a esta chica. Pero primero debe correrse. Quiero que esté empapada y desesperada por mi pene. La agarro por las caderas y hago que se tumbe boca arriba. Luego le paso la lengua por el clítoris y le meto un dedo. Dios, es tan estrecha… Va a sentirme mucho cuando la penetre. Alterno caricias con remolinos y succiones en ese sensible manojo de nervios mientras entro y salgo con el dedo hasta que puedo meter otro más. Sus tensos músculos ceden un poco mientras trabajo en su interior, pero solo son unos instantes antes de que sus paredes internas se ciñan de nuevo a mi alrededor. Sus jadeos se aceleran. Ya casi está. Chupo con fuerza su clítoris, luego lo muerdo suavemente, y ella explota con un fuerte grito. El orgasmo la recorre de la cabeza a los pies y se ciñe en torno a mis dedos. Me muero por experimentar lo mismo cuando esté dentro de ella—. Cole, Dios mío. Eso ha sido… Ni siquiera puedo… —Una mirada a su rostro sonrojado, a sus labios entreabiertos y a sus ojos verdes con las pupilas dilatadas, y estoy perdido. Le he dicho que iba a hacer que se corriera dos veces antes de follar, pero una tendrá que ser suficiente porque necesito estar dentro de ese cuerpecito ahora mismo. Alargo la mano hacia la mesita de noche y cojo un condón del cajón, lo abro con los dientes y lo desenrollo sobre mi erección. Apoyo una mano junto a su cabeza y clavo la vista en sus ojos. Su expresión de necesidad es una de las cosas más sexys que he visto nunca. Sus pupilas están tan dilatadas que solo hay un pequeño anillo esmeralda a su alrededor, y sus labios están entreabiertos para dejar escapar pequeños jadeos mientras me mira. Frunce un poco el ceño—. Eres… más grande de lo que esperaba.

Suelto una risita porque apenas consigo contenerme.

—¿Más grande que tu juguete más grande?

Ella también se ríe, y el sonido, inesperadamente, se derrama como miel sobre mis sentidos inflamados.

—Puede que un poco.

Y, joder, ¿cuándo fue la última vez que me reí durante el sexo? ¿Alguna vez

lo he hecho? El pensamiento es fugaz, pero se queda agazapado en mi mente, al menos hasta que pongo mi erección contra su entrada, y entonces no pienso en nada más que en llenarla.

Le sujeto las manos y empujo hacia delante, porque tenerlas sobre mí en este momento es una distracción que no necesito cuando su sexo necesitado ya me ciñe la corona.

Es estrecha. Estrecha de cojones. Y jadea mientras la penetro, abriéndome paso dentro de ella con embestidas superficiales, deteniéndome de vez en cuando para darle la oportunidad de respirar y adaptarse a mi tamaño. Ella deja escapar suaves sonidos, pequeños jadeos y gemidos que me acarician la piel como los dedos que aún no he dejado que me toquen.

Una gota de sudor me resbala por la frente y la tensión de contenerme se acumula en mis hombros y bíceps. Con una última embestida, me introduzco completamente en ella. Me ciñe cálidamente, y se me tensan los testículos.

—¿Estás bien? —le pregunto entre dientes. No responde de inmediato; sus hermosos ojos verdes buscan los míos con rápidos y aturdidos parpadeos. No sé qué respuestas busca en mi mirada, pero si espera que diga algo poético, va a llevarse una decepción—. Gatita, a menos que me digas que pare, voy a moverme y no voy a parar hasta que te corras, ¿entendido?

Se lame los labios.

—Sí. —Mueve las caderas de forma tentativa y eso nos hace gemir a los dos. Luego, esos ojos hipnóticos vuelven a clavarse en los míos—. Quiero follar. Quiero correrme contigo dentro de mí. Pero… —Retuerce las manos entre mis dedos y la suelto. Inmediatamente, las posa sobre mi pecho y sus dedos me recorren los pectorales, suben hasta mis hombros y bajan por mis bíceps —. Necesito tocarte.

Cierro los ojos. Las ganas de follar no han desaparecido, pero me gustan sus caricias, el roce de sus dedos que deja pequeñas chispas a su paso. Cuando me pega a ella, tirando de mí, no me paro a pensarlo. La beso en los labios, deslizo la lengua dentro de su boca y me bebo su jadeo cuando me separo de su cuerpo. En el momento en que vuelvo a empujar, me pierdo en el rugido, en el grito de hambre que hay dentro de mí, ensordecido por el estruendo de la sangre en mis venas.

Me echo hacia atrás, paso las manos por debajo de sus caderas y la levanto para poder penetrarla más profundamente. Ella grita, pero no es de dolor, así que sigo adelante. Con cada embestida, la llevo más cerca del límite. Sus

gemidos se hacen más fuertes, el interior de su cuerpo me estrecha aún más fuerte. Alargo la mano hacia su boca y deslizo mi pulgar entre sus labios.

—Chupa.

Ella lo hace; saca la lengua y me lame la yema; joder, esta chica tiene un talento natural. Quienquiera que sea con quien acabe después de esta noche va a ser muy afortunado.

La idea me hace tensar la mandíbula, una respuesta ridícula y animal a la idea de que otro hombre la tenga. Retiro el pulgar de su boca y lo deslizo sobre su clítoris hinchado.

—¡Cole! —exclama Delilah, arqueando la espalda sobre la cama. Sigo moviendo las caderas y el pulgar, me agacho y le paso la lengua por el pezón antes de introducirlo en mi boca. El placer se enrosca en la base de mi columna vertebral, como una serpiente a punto de atacar, pero quiero que ella llegue antes que yo. Quiero sentirla ciñéndome la erección, obligándome a correrme.

Le chupo con más ganas el pezón, le pellizco el clítoris y cambio el ángulo de mis embestidas para alcanzar el punto que la hará correrse. Unos segundos más tarde, lo hace, con las manos clavadas en las sábanas y la cabeza echada hacia atrás mientras sus músculos internos se tensan a mi alrededor.

—¡Joder! Eso es, Delilah —gimo—. Qué buena chica eres, corriéndote con mi polla dentro de ti. —Ella grita cuando me retiro entre pulsaciones y luego vuelvo a entrar con fuerza. El clímax me acecha, y, mierda, no voy a aguantar más—. Vas a hacer que me corra… la… hostia… de fuerte. —Todos los músculos de mi cuerpo se tensan mientras el calor y el placer abrasan mi miembro. La agarro por las caderas y empujo tan profundo como puedo, llenando el condón con sacudidas, entre espasmos. De repente, siento un impulso irracional de salir de su interior, arrancarme el preservativo y volver a hundirme en ella para ver cómo mi semen se derrama sobre ella.

¿Qué coño me pasa?

Pero cedo a un impulso diferente: vuelvo a besarla y nuestras lenguas se entrelazan; sus gemidos vibran contra mis labios. Solo cuando estoy completamente agotado me separo de ella y me retiro; caigo sobre la cama a su lado, boca arriba.

Miro al techo e intento recuperar el aliento. Es una puñetera suerte que no vaya a volver a verla después de esta noche, porque habría sido muy fácil volverse adicto a un sexo tan bueno.

6

Un mes después

Delilah

Me estiro con una mano la falda lápiz azul marino con dedos temblorosos; en la otra mano llevo los documentos y el cuaderno. El equipo está agrupado frente a las grandes puertas de madera de la sala de reuniones, esperando a que nos llamen. Es nuestro gran día y la presión está haciendo mella en todos. Paul nos ha asegurado que hemos perfeccionado nuestra propuesta y sé que confía en mí, pero eso no impide que los nervios se apoderen de mí.

Mientras esperamos nuestro turno para hacer la presentación, Philippa, nuestra coordinadora de proyectos, se acerca y se pone entre Paul y yo.

—Acabo de enterarme de que el director de Operaciones está aquí —susurra, más para Paul que para mí—. Va a asistir a todas las presentaciones.

Paul frunce el ceño y se rasca la barbilla. Su mirada se cruza con la mía por encima de la cabeza rubia de Philippa.

—Sé que te dije que podías encargarte de la sección sobre sostenibilidad, Delilah, pero si el director de Operaciones está en la sala, quizá sea mejor que lo haga todo yo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Puedo hacerlo —protesto—. Llevo tres semanas preparándome.

—Lo entiendo, pero en esta situación estoy seguro de que los socios esperarán que yo haga toda la presentación.

Me invade la decepción, pero asiento. Al fin y al cabo, él es el director del proyecto, y es probable que el director de Operaciones de King Group sea un hombre que se identifique más con la actitud profesional y la experiencia de Paul que con mi entusiasmo juvenil, aunque yo sea especialista en diseño sostenible.

Ignoro la sonrisa un tanto presumida de Philippa. No sé qué he hecho para molestar a la fría y hermosa mujer inglesa, pero parece que me tiene aversión

desde que se trasladó desde nuestra oficina del Reino Unido hace dos meses. Al menos no estará con nosotros a tiempo completo si conseguimos este trabajo. Estará ocupada coordinando otros equipos y proyectos dentro de la empresa.

Sin embargo, no es momento de preocuparse por ella. Tengo cosas más importantes en las que pensar. Como ayudar a Elite Architecture a conseguir este proyecto.

Las puertas se abren y un hombre asoma la cabeza.

—Ya están listos para recibirlos.

Se me acelera el pulso y me estiro la falda una vez más. Los años de clavar los codos de forma ininterrumpida y las prácticas en múltiples estudios de arquitectura no me han preparado del todo para mi primera gran propuesta, y esta es una de las más importantes que hay: una cadena hotelera con proyectos en diez grandes ciudades de Estados Unidos.

Sigo a Paul al interior de la sala, que es luminosa y espaciosa, con grandes ventanas que muestran las increíbles vistas desde la planta cincuenta y tres del King Plaza. Siento un nudo en el estómago cuando miro a mi alrededor, a los hombres y mujeres serios que rodean la enorme mesa.

Mi mirada llega al otro extremo y todos mis músculos se tensan, el aire se congela en mis pulmones y me freno en seco. Un par de ojos azules fríos me miran fijamente. Unos ojos que quedaron grabados en mi mente hace solo un mes.

No puede ser él. No puede ser.

Uno de los miembros de mi equipo me empuja y vuelvo a ponerme en movimiento, obligando a mis pies a avanzar hacia la mesa. Miro frenéticamente al hombre, buscando algo diferente en sus rasgos, cualquier cosa, que me diga que no es la persona que me quitó la virginidad durante una noche que no sé si podré olvidar jamás.

Pero la forma en que me contempla, con los ojos entrecerrados, me dice que no voy a encontrarlo.

La intensidad de su expresión hace que me inunden los recuerdos: las cosas que me dijo mientras me hacía llegar al clímax con su boca y sus dedos; su voz grave y oscura murmurando palabras obscenas en mi oído mientras me penetraba; su boca entre mis piernas después, provocándome otro orgasmo; el perezoso movimiento de su lengua calmando el escozor que su cuerpo había dejado.

Después de ese tercer orgasmo, cuando yacía allí, agotada y exhausta, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo se suponía que debía ponerle fin a una aventura de una noche. Le di las gracias, con las mejillas en llamas, mientras intentaba averiguar cuál era el protocolo para ese tipo de cosas. Luego salí corriendo de su *suite* y bajé al vestíbulo del hotel para llamar a un taxi, a pesar de que él se había ofrecido a conseguirme uno.

Y ahora volvemos a vernos en el último lugar donde esperaba encontrarlo. Se me seca la boca y aparto mi atención de él para concentrarme en encontrar un asiento vacío, mientras un intenso rubor me recorre la piel.

No me puedo creer que esto esté pasando. ¿Cómo es posible que me acostara con el director de Operaciones de King Group sin saberlo? Quizás estoy sacando conclusiones precipitadas. Al fin y al cabo, cuando nos dijeron que íbamos a preparar una propuesta para este proyecto, busqué al director general y al director de Operaciones de la empresa en internet, y no vi la foto de Cole.

Aunque…, ahora que lo pienso, veo un parecido entre él y el hombre que recuerdo de la foto. Le echo otra ojeada mientras me acerco a la mesa, tiro de una silla y me siento. El hombre mayor y mucho más corpulento que está junto a Cole lo mantiene absorto en una conversación, así que aprovecho que está distraído para fijarme más en él.

Y ahora tengo la boca seca por otra razón.

Si pensaba que el Cole que vivía en mi memoria era guapísimo, verlo con su traje impecablemente confeccionado a la cabecera de esta enorme mesa es absolutamente irresistible. Todo el mundo se fija en él, ya sea de forma abierta o encubierta, y él es todo poder y control. Irradia la confianza que se espera de un hombre a cargo de miles de personas y numerosos proyectos inmobiliarios multimillonarios en todo el mundo. Por lo que sé de King Group, Cole tiene que ser multimillonario.

«Me dedico a la hostelería». Eso fue lo que dijo aquella noche.

Suelto un suspiro. Aunque no me mintió descaradamente, teniendo en cuenta su verdadera posición dentro de la empresa, sin duda trastocó un poco la verdad.

Los ojos de Cole se posan en mí, un azul brillante que me calcina y envía una descarga de adrenalina por mis venas. Aparto la mirada. Solo cuando me concentro en Paul, que está sentado a varios asientos de distancia de Cole, me da un vuelco el estómago y me doy cuenta del verdadero horror de esta

situación: estoy atrapada en una sala con Cole… y mi novio. El mismo novio que era mi ex cuando le conté a Cole que me había dejado —Dios, ahora tengo que asegurarme de llamarlo «señor King»—, pero menos de una semana después de aquella noche, Paul apareció en mi apartamento para pedirme otra oportunidad tras decirme que no sabía en qué estaba pensando.

No estaba segura de si quería darle una segunda oportunidad, pero su sincero arrepentimiento había aliviado parte del daño que me había hecho su rechazo. Por supuesto, luego estuvo el tema de decirle que ya no era virgen. Estuvo enfadado durante un tiempo, pero le dije que no tenía más remedio que aceptarlo o dejarlo, y supongo que lo aceptó, porque me invitó a cenar y, unos días más tarde, se quedó a dormir.

Pero como yo ni siquiera sabía quién era Cole hasta ahora, es imposible que Paul tenga ni idea. Y así es como debe seguir siendo.

Intento apartar mi mente de ellos, cojo el vaso de agua que hay frente a mí, como frente a cada asiento de la mesa, y me la bebo de un trago, con desesperación. Aunque ya no estoy mirando a Cole, siento su intimidante presencia como si tuviera un peso auténtico en el ambiente, como el aire cargado que precede a una tormenta que se acerca, me hace sentir un cosquilleo en la piel, y se me pone la carne de gallina en los brazos y la nuca.

Como necesito algo que hacer con las manos, coloco mi cuaderno y los papeles ante mí, pongo el bolígrafo encima, lo cojo y lo dejo a un lado. Un momento después, vuelvo a cogerlo y a ponerlo sobre el cuaderno y los papeles. Solo cuando ya no tengo nada más con lo que entretenerme y estoy convencida de que su atención se habrá desviado hacia otra parte, me atrevo a levantar la vista.

Sigue escudriñándome; incluso cuando el hombre que está a su lado se echa hacia delante y le habla con seriedad, esa mirada dura y azul no se aparta de la mía.

Trago saliva y miro a otro lado. ¿Por qué parece tan enfadado?

Desde luego, no esperaba volver a encontrarme con él. De hecho, casi lo había olvidado.

No, eso es mentira.

Las fantasías de aquella noche siguen rondando por mi cabeza, y empeoran después de que Paul se da la vuelta y se duerme. Entonces me quedo despierta, tratando de averiguar por qué mi cuerpo no responde a él de la misma manera que respondió a Cole.

Pero eso es precisamente lo que son: fantasías. El recuerdo de un momento en el que dejé de pensar y me limité a disfrutar.

Y menuda experiencia…

Sacudo la cabeza para aclararme la mente. No puedo pensar en eso. Ahora no, y desde luego, aquí no, cuando el hombre en cuestión está sentado a solo unos metros de mí.

Y, al parecer, muy descontento con la situación.

Sea cual sea su problema, espero que no afecte a nuestra propuesta. No puedo imaginar a alguien como Cole dejando que un encuentro físico sin importancia —que es lo que probablemente fue para él, más o menos que para mí— influya en su toma de decisiones.

La conversación alrededor de la mesa se detiene cuando Cole, el señor King, se levanta de su asiento.

—Gracias por venir. —Su voz profunda y sorprendentemente familiar me hace estremecerme. Es como si cada una de mis terminaciones nerviosas recordara el momento en que me susurraba cosas obscenas al oído con ese tono oscuro y sedoso y llevaba mi cuerpo a cotas de placer que nunca había experimentado antes ni he vuelto a experimentar desde entonces. Me aferro al bolígrafo con fuerza. Basta ya—. Este desarrollo es una prioridad para King Group —continúa Cole—, y vamos a dotarlo con unos recursos significativos. El equipo de la empresa de arquitectura con la que nos asociemos se trasladará a este edificio mientras dure el proyecto.

Me muevo inquieta en mi asiento. Quizá no sea bueno que elija nuestra propuesta. La idea de encontrarme con él regularmente no me resulta nada atractiva.

Pero no puedo pensar así porque esta es una gran oportunidad para la empresa y para mí. Muy pocos arquitectos tienen la ocasión de trabajar en un proyecto tan prestigioso y de tan alto perfil a mi edad. Tener esto en mi currículum puede darle un enorme empujón a mi carrera, y no pienso permitir que lo que ahora me parece un error colosal por mi parte eche a perder esta oportunidad.

Cole termina su discurso de apertura y le hace un gesto con la cabeza a Paul, que se arregla la corbata y se levanta.

Mantengo mi atención fija en él mientras repasa nuestra presentación. Durante todo el tiempo que enumera las cualificaciones de nuestra empresa y las características clave de nuestra propuesta, mis ojos luchan por desviarse

hacia la derecha. Me arde un lado de la cara, como si pudiera sentir la mirada de Cole sobre mí, y es absurdo. Estoy segura de que está fascinado por la pulida presentación de Paul.

Pero, al cabo de unos minutos, mi atención se desvía y mis ojos vuelven a dirigirse hacia él. Un chispazo me recorre todo el cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo. Esta vez tiene un brazo sobre el pecho y el codo del otro apoyado sobre él, mientras se pasa lentamente el pulgar sobre el labio inferior. Tiene el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, y me preocupa que esté demasiado ocupado contemplándome como para asimilar los detalles de nuestra propuesta.

Como sé lo mucho que necesitamos este acuerdo y que no puedo seguir con la vista clavada en el posible jefe de mi jefe, devuelvo mi atención a Paul, que está terminando su discurso diciendo que el equipo estará encantado de responder a cualquier pregunta.

El silencio compite con el tictac demasiado fuerte del reloj que cuelga sobre la cabeza de Cole. El corazón me late con fuerza en el pecho.

¿Lo hemos estropeado todo?

Cole levanta el bolígrafo y da unos golpecitos con la punta sobre la mesa que tiene delante.

—Han añadido bastantes características de sostenibilidad que no estaban incluidas en el informe de diseño original. ¿De quién fue la idea de centrarse en eso para el proyecto? —pregunta.

Al menos estaba prestando atención.

Paul duda, y sé por qué: no ha podido deducir por el tono de Cole si eso le gusta o le molesta. Paul carraspea y señala en mi dirección.

—La sostenibilidad es el área de especialización de Delilah. Ella es una…

—Ah, ¿sí? —lo interrumpe Cole. Me muevo en mi asiento cuando él le echa un vistazo a su libreta antes de volverse hacia mí con expresión inescrutable—. ¿Puede explicarme lo que la ha llevado a tomar algunas de esas decisiones, Delilah? Hacer ese tipo de personalizaciones para cada construcción supondrá un aumento significativo en los costes del proyecto.

Me he preparado para estas preguntas y domino el tema. Me tomo un segundo para recomponerme y me dirijo a él.

—La arquitectura hotelera sostenible puede suponer un gasto de capital, pero, como seguramente sabrá, una infraestructura más sólida también aporta una mayor velocidad de recuperación de la inversión. Además de los elementos

internos, como inodoros de bajo consumo, aireadores en los grifos y duchas inteligentes, los sistemas externos que estamos considerando para este proyecto incluyen paneles solares, sistemas de reciclado de agua y de climatización que pueden personalizar el flujo de aire, la calefacción y la refrigeración como respuesta a diversos factores. —Reviso las notas que tengo frente a mí—. Utilizando su hotel de Chicago como caso práctico para la instalación de un sistema intensivo de recuperación de agua, mis previsiones indican que podría amortizarse en menos de un año. Y si incorporamos un sistema de paneles solares al diseño del hotel, no solo contribuiría a su certificación LEED Platinum, sino que podría compensar hasta el cincuenta por ciento del consumo total de electricidad con una amortización prevista de entre seis y ocho años.

—Interesante. —Se recuesta en su silla sin apartar la vista de mí—. Continúe. Quiero que me convenza.

No se me escapa el énfasis que pone en la palabra, y casi me atraganto al recordar cómo le pedí que me convenciera aquella noche en el bar. Antes de hacer el ridículo, doy un sorbo a mi agua.

—Sí, por supuesto, Co…, señor. King. Estos artículos de alto precio cambiarán fundamentalmente la forma en que operan sus hoteles, reduciendo su huella de carbono sin sacrificar la comodidad. Esto lo alineará con el futuro del diseño sostenible y mejorará sus calificaciones de sostenibilidad. —Una gota de sudor se desliza entre mis pechos bajo el peso de la mirada escrutadora de Cole—. Los hoteles que invierten en prácticas sostenibles suelen tener mayores índices de ocupación, de satisfacción de los huéspedes y de ingresos por habitación en comparación con otros no sostenibles. Así que, aunque la inversión inicial pueda parecer cara, estoy segura de que el ahorro que supone compensará el gasto en solo unos años.

Varias personas alrededor de la mesa asienten, pero Cole no, y no consigo descifrar su expresión.

—De acuerdo —dice por fin, volviendo a centrar su atención en Paul—. Creo que ya hemos escuchado de su equipo todo lo que nos hacía falta saber. Alguien se pondrá en contacto con ustedes para comunicarles nuestra decisión una vez que la hayamos tomado. Gracias por su tiempo. —Echa la silla hacia atrás y se levanta. El resto de su equipo sigue su ejemplo.

Obviamente, nos están despidiendo, así que nosotros también nos levantamos. Recojo mi bolígrafo, mi cuaderno y mis papeles y me doy la vuelta

para marcharme, sin atreverme a mirar en su dirección otra vez.

Mientras vamos hacia la puerta, Paul me roza la espalda con la mano y se agacha para susurrarme al oído.

—Ese cabrón es imposible de descifrar. No tengo ni idea de cómo ha ido.

Asiento. Solo cuando ya estoy cruzando la puerta, me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro. Cole nos está observando, con la mandíbula tensa y una expresión gélida que me revuelve el estómago.

Tengo la horrible sensación de que la increíble noche que compartí con él hace un mes está a punto de pasarme factura.

7

COLE

—¿Cómo han ido las presentaciones? —pregunta Roman desde el otro lado de su gran escritorio de caoba.

Cuando he regresado a mi oficina después de la presentación de Elite Architecture, tenía un mensaje de mi hermano pidiéndome información, y he decidido dársela en persona.

La pregunta de Roman me transporta mentalmente al momento en que Delilah ha entrado en la sala de conferencias. En cuanto la he reconocido, me he transportado a aquella noche en mi habitación de hotel: a sus gemidos, a la forma en que su cuerpo se retorcía bajo el mío, a sus sonidos de placer, casi sorprendidos, cuando empecé a moverme dentro de ella. Mi pene se puso inmediatamente en posición de firmes, suplicando otra ronda.

Aparto ese recuerdo de mi mente, recostándome en el mullido sillón de cuero, y cruzo el tobillo sobre la rodilla.

—Bien. Hay algunas propuestas interesantes.

—¿Cuándo crees que te decidirás?

Me rasco la barbilla. Aunque hay varias propuestas que cumplen nuestros requisitos, solo hay una que destaca. Pero la participación de Delilah me hace dudar a la hora de elegirla.

No me fío de la mirada de sorpresa que ha puesto al verme. En una ciudad del tamaño de Nueva York, ¿qué probabilidades hay de que mi rollo de una noche y su equipo acaben presentando una oferta para nuestro proyecto?

Cuando nos conocimos, ellos ya debían de estar trabajando en su propuesta. Lo que significa que probablemente ella sabía de sobra quién era yo. Si piensa que voy a darle un trato preferencial a su equipo porque nos acostamos, está muy equivocada. De hecho, ahora pongo en duda todo lo que sé sobre ella. Me sorprendió cuando me dijo que todavía era virgen a los veinticuatro años, pero eso era más creíble que haber obtenido la licencia como arquitecta a esa edad. No cuadra. Todo debe de haber sido una estratagema para meterse en mi

cama. Al fin y al cabo, este proyecto no solo vale una fortuna para su empresa: también es una oportunidad para hacer despegar la carrera de cualquier joven arquitecto.

—¡Cole! —exclama Roman, y vuelvo a centrar mi atención en él. Es cierto, me había preguntado cuándo voy a decidirme.

—Pronto —respondo—. Solo tengo que hacer algunos cálculos finales. Tomaré una decisión mañana al final del día.

Él asiente secamente y vuelve a centrar su atención en la pantalla del ordenador.

Pongo los ojos en blanco, salgo de su oficina, me dirijo a la mía y me detengo ante el escritorio de mi asistente personal antes.

—Samson, necesito que me prepare un informe sobre la certificación LEED de otros hoteles cercanos a nuestras instalaciones. Es ele, e, e, de. Encontrará los detalles en la página web del Consejo de Construcción Ecológica de Estados Unidos.

Samson asiente.

—Por supuesto, señor. ¿Para cuándo lo necesita?

—Al final del día.

—Puedo hacerlo. Solo para que quede claro: ¿busca información sobre todos los hoteles cercanos a los que tenemos planeados para el futuro o solo sobre aquellos que sean similares a los que estamos pensando construir?

—Centrémonos en los similares por ahora. ¿Puede recopilar también datos sobre cualquier otra iniciativa de sostenibilidad que tengan en marcha? E incluya cualquier certificación o premio notable que hayan recibido.

Él asiente de nuevo y anota algo en un bloc de notas que tiene junto al teclado.

—Entendido. Me pondré con ello inmediatamente.

Le doy las gracias y entro en mi despacho. En cuanto me siento ante mi escritorio, sucumbo a la curiosidad y busco Elite Architecture. King Group no ha trabajado con ellos antes, pero tienen una excelente reputación y oficinas en varios países. Sin embargo, me interesa más saber cómo alguien de la edad de Delilah ha llegado a donde está. Mencionó que había hecho prácticas con ellos, pero ¿cómo es que ya forma parte de un equipo que se encarga de una propuesta de esta envergadura?

Encuentro una lista de empleados y localizo su foto y su biografía al final. Es breve, y es obvio que acaban de ponerla. A diferencia de la mayoría de los

demás arquitectos, no tiene ningún proyecto importante en su haber. Conseguir este sería muy importante para ella.

Niego con la cabeza. Es imposible que no me haya buscado deliberadamente.

Luego está Paul. Supongo que es su ex, ya que ella dijo que trabajaba con él. Parece un idiota engreído. Me he fijado en cómo le ha tocado la parte baja de la espalda al salir de la sala de conferencias y en cómo se ha agachado para susurrarle al oído. Me parece demasiada familiaridad por su parte, teniendo en cuenta que ya no salen juntos.

¿O esa también fue otra de sus mentiras?

Frunzo el ceño y luego sacudo la cabeza. Nada de eso importa. Esperaré el informe de Samson, pero una parte de mí ya sabe que les daré el trabajo. Las emociones no influyen en esta decisión. Los negocios son los negocios, y ellos parecen ser los mejores para el puesto, pero le dejaré muy claro que no toleraré ningún intento de manipulación.

Y si ella alberga alguna ilusión de que vaya a invitarla de nuevo a mi cama, no va a tardar en descubrir lo equivocada que está.

8

DELILAH

El sonido del teléfono me despierta de un sueño inquieto. Busco a tientas en la mesilla de noche hasta que lo encuentro.

—¿Hola? —murmuro, entrecerrando los ojos para protegerme de los rayos de luz que se cuelan por los bordes de las cortinas de mi dormitorio.

—¡Lo hemos conseguido! —La voz fuerte de Paul me hace estremecerme.

Me incorporo y me rasco los ojos.

—¿Qué hemos conseguido?

—El proyecto de King Group —dice, y me despierto del todo.

—¿En serio? —Estoy a la vez sorprendida, encantada y nerviosa. Encantada de que todo nuestro duro trabajo haya dado sus frutos, y emocionada al saber que algo en cuyo diseño habré participado ocupará un lugar destacado en las principales ciudades de Estados Unidos.

Pero se me revuelve el estómago al pensar en estar en el mismo espacio que Cole durante un período largo.

Por la forma en que me miró durante nuestra presentación, es obvio que no le hizo mucha gracia verme. Y creo que entiendo por qué. Cole no parece la clase de tío al que le gusta mezclar los negocios con el placer, sobre todo cuando el placer solo iba a ser un rollo de una noche. Por suerte, habrá más de un piso separándonos, y probablemente tratará sobre todo con Paul.

Lo cual me recuerda…

Vuelvo a escuchar la voz de Paul, con la esperanza de no haberme perdido nada importante.

—El lunes tendrán el espacio listo para nosotros, así que podremos empezar entonces. Yo tendré mi propia oficina, pero el resto del equipo y tú tendréis escritorios en la planta principal.

—De acuerdo.

—Cole también ha pedido reunirse con todos nosotros individualmente el lunes. Te sugiero que cuentes lo menos posible en esta fase. Responde a sus

preguntas, dile que estás deseando trabajar con él y déjalo ahí. —Vuelve a darme un vuelco el estómago. Dios mío, ¿por qué tenemos que reunirnos con él a solas? Sería mucho más fácil si todo el equipo estuviera conmigo. Aun así, sin tener en cuenta lo que Paul acaba de decir sobre no hablar mucho, esta podría ser una oportunidad para aclarar las cosas con Cole, para hacerle saber que no voy a ir contando por ahí nuestra… interacción—. Delilah —continúa Paul—, no hace falta que te recuerde lo importante que es este proyecto. Eres la más joven y has sido la última en incorporarte al equipo, así que tienes que mostrarte profesional en todo momento. Además, creo que deberíamos mantener en secreto nuestra relación. No hay razón para hablar de nuestra vida privada con nadie fuera de nuestra empresa.

Pongo los ojos en blanco. Sé que Paul está buscando un ascenso a socio, y que llevar a cabo un proyecto de esta envergadura sin problemas mejorará sus posibilidades, pero ¿cuándo he sido yo poco profesional? ¿O propensa a mostrar afecto en público de forma espontánea en el trabajo? ¿O a hablar con la gente sobre mi vida personal?

Sin embargo, no vale la pena decírselo, y menos cuando prefiero colgar el teléfono y digerir la noticia antes que entrar en una discusión. Solo dejo escapar un murmullo ininteligible para indicar que lo he entendido, y él sigue hablando durante unos minutos más.

Cuando por fin nos despedimos, después de quedar para cenar mañana por la noche, me dejo caer en la cama. Los nervios que tenía antes se han disipado y ahora me invade la emoción.

Cuando oigo el ruido de la cafetera, me doy cuenta de que Alex debe de estar despierta. Aparto las sábanas al momento y me levanto de la cama. Después de ir al baño, me dirijo a nuestra pequeña pero ordenada cocina, en la que flota el delicioso aroma del café recién hecho.

—¿Has dejado algo para mí? —pregunto, sonriéndole a mi compañera de piso, que tiene un aspecto muy desaliñado, con su largo cabello castaño rojizo escapándosele de la coleta.

Me pasa la taza que acaba de llenar y coge otra.

—Uf, ¿por qué son tan duras las mañanas?

Me siento en una de las sillas de nuestro pequeño rincón para desayunar y me acurruco con las rodillas contra el pecho.

—Solo son difíciles porque has estado enviándole mensajes sexuales a tu novio, la estrella de rock, toda la noche.

—A mi prometido —me corrige con un guiño mientras se sirve una taza.

Me echo a reír.

—Ya me acostumbraré, te lo prometo. —El novio de Alex, Jaxson, es una estrella de rock en ascenso cuya banda, Lightning Strikes, ha firmado recientemente con Hazard Records. Hace una semana, justo antes de que él y su banda se mudaran a Los Ángeles, donde van a pasar dos meses, Alex y él se comprometieron, y sigo olvidándome de llamarlo «su prometido». Le doy un sorbo al café, y ella se acerca y se sienta frente a mí—. ¿Ya habéis encontrado un sitio donde vivir? —le pregunto. Alex ha empezado a buscar un apartamento para mudarse con Jaxson, ya que no le apetece irse a vivir al piso de solteros en el que él vive con sus compañeros de banda. La idea de que se mude me provoca un pequeño vacío en el corazón.

Alex y yo somos muy amigas, a pesar de ser opuestas en casi todo. Cuando no trabajo hasta tarde, me dedico a leer un buen libro o a ver series de televisión cursis, mientras que a ella le encanta salir por ahí y socializar. A pesar de nuestras diferencias, conectamos gracias a nuestro interés compartido por el diseño durante nuestras prácticas en Elite Architecture. Cuando nos ofrecieron puestos fijos después de graduarnos, decidimos compartir un apartamento. De eso hace casi un año y medio. Echaré de menos vivir con ella, pero me alegro de que sea feliz.

—No —responde—. Para ser sincera, no estoy buscando con muchas ganas. Ahora mismo hay mucho movimiento con la banda. Están hablando de mudarse definitivamente a la Costa Oeste, así que no tiene mucho sentido buscar algo aquí si van a tener que irse.

Enarco las cejas.

—¿Y qué vas a hacer si eso ocurre?

Se muerde el labio inferior.

—Está la oficina de Elite en Los Ángeles. Esa podría ser una opción. O Jaxson y yo podemos mantener una relación a distancia hasta que sepamos qué va a pasar.

—Mmm… —murmuro, sin comprometerme. La relación de Alex y Jaxson parece muy estable, pero la distancia no es fácil, sobre todo para una pareja recién comprometida. Espero que todo salga bien—. Paul acaba de llamarme —anuncio, para cambiar de tema.

—Ah, ¿sí? —Me mira por encima de su taza de café y yo hago una mueca para mis adentros. No es precisamente una fan de Paul. Por otra parte, él

tampoco es fan de ella. Intento mantenerlos separados tanto como puedo. Aun así, después de una semana hablándole mal de Paul cuando rompimos, tuvo la prudencia de no hacer demasiados comentarios sobre él cuando volvimos a estar juntos. Pero, de todos modos, lo que tengo que contarle no es sobre Paul, sino sobre la noticia que me ha dado.

—Sí, ¡y adivina qué! ¡Nos han dado el trabajo de King Group!

—¡Es fantástico, Dee! —Deja la taza de café y se levanta a medias para darme un abrazo—. Aunque tampoco es que me sorprenda. Has trabajado muy duro en ese proyecto. Y vaya, va a quedar genial en tu currículum.

—Lo sé. —La idea me emociona de nuevo. Trabajé muchas horas y varios fines de semana para ayudar a perfeccionar la propuesta. Ahora todo ese esfuerzo va a dar sus frutos con… más esfuerzo. Pero es lo que me gusta hacer, así que estoy más que feliz.

—¿Cuándo empiezas? —pregunta Alex.

—El lunes. Nos trasladaremos al King Plaza durante ese tiempo. Y Cole… Quiero decir, el señor King, quiere reunirse con todos nosotros individualmente.

Ella asiente.

—Es lógico que desee daros la bienvenida y haceros sentir a todos parte del equipo.

—Sí, bueno, solo hay una cosa… —Le había contado a Alex que había perdido la virginidad después de romper con Paul, pero no he llegado a contarle que Cole King era el hombre con el que me había acostado. Quizás porque todavía estoy intentando asimilarlo yo misma. Pero ahora me vendría bien un consejo—. Ya conocía al señor King. De hace aproximadamente un mes.

Alex ladea la cabeza.

—Bueno, pues ya os conocéis. ¿Qué más da?

Inspiro hondo.

—Fue cuando Paul y yo rompimos. La noche que rompimos, en realidad.

Enarca las cejas y abre la boca.

—¿Estás diciendo que perdiste tu virginidad con Cole King? ¿Uno de los King de King Group? ¿El multimillonario y, básicamente, tu nuevo jefe?

Me siento avergonzada.

—Sí. Aunque en ese momento no lo sabía.

—Joder —suspira—. No me lo puedo creer. —Se echa a reír y sus grandes

ojos marrones se llenan de lágrimas—. Dios mío, Dee. Cuando por fin decides soltarte el pelo lo haces a lo grande y te enrollas con uno de los solteros más ricos y codiciados del país.

—Deja de reírte. Va a ser muy incómodo. Sobre todo cuando tengamos esa reunión a solas.

Ella mueve las cejas.

—Quizás se convierta en un cara a cara, literalmente.

Casi me atraganto con el café.

—Paul y yo hemos vuelto. Además, trabajo para él, así que sería de lo más inapropiado. —Recuerdo la expresión fría de Cole durante la última reunión —. Por no mencionar que estoy casi segura de que no tiene ningún interés en repetir la experiencia.

—Por los pocos detalles jugosos que me has dado de esa noche, parece que fue bastante intensa. ¿Por qué no iba a querer repetirla? Es un hombre, ¿no?

—Deberías haber visto cómo me miraba. No le hizo ninguna gracia verme.

—Mmm. —Frunce los labios—. A lo mejor está preocupado por si le cuentas a todo el mundo que te acostaste con el jefe.

—Cuando nos reunamos, debería decirle que no pienso contárselo a nadie.

—¿Has pensado en fingir que no lo reconoces? —Ella se echa a reír de nuevo—. Seguro que eso lo volvería loco.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero niego con la cabeza.

—Estoy convencida de que sabe que lo he reconocido.

Alex tamborilea con las uñas sobre la mesa.

—Tómate esto con cautela. Nunca me he encontrado en esa situación, pero yo no diría nada a menos que él saque el tema. No querrás darle más importancia de la que tiene, y si no dices nada y actúas de forma profesional, le demostrarás que lo único que te interesa es hacer el trabajo para el que te ha contratado.

Frunzo el ceño.

—¿Tú crees?

Alex se encoge de hombros.

—Debes hacer lo que creas conveniente. Después de todo, si yo estuviera en tu lugar, dejaría a Paul lo antes posible y le ofrecería a Cole King la mejor *reunión* de su vida.

Me río, aunque sacudiendo la cabeza.

—Ya no siento ningún interés por él en ese sentido. Fue una noche

estupenda, pero Paul y yo estamos intentando arreglar las cosas ahora mismo.

—Mmm —murmura Alex—. ¿Se lo has dicho a Paul?

—No. Y no voy a hacerlo. Ya fue bastante malo decirle que me había acostado con alguien mientras estábamos separados. No me puedo imaginar su reacción si supiera quién era ese hombre. Lo odiaría, y no quiero poner en peligro la relación laboral.

—Sí. Probablemente sea lo mejor. Estoy segura de que tener que sentarse frente al hombre que se tiró a su novia antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo no le sentaría bien. No me importa que se meta en líos por enfrentarse a su nuevo jefe, pero no me gustaría que eso te afectara a ti.

—Entonces, ¿no le dirás nada a Paul?

Ella niega con la cabeza, haciendo un gesto como si se cerrara la boca con llave y la tirara.

Me levanto y rodeo la mesa para darle un abrazo, ya que no soy lo bastante alta como para alcanzarla desde el otro lado como ella ha hecho hace un momento.

—Gracias, Alex.

—Para eso están los amigos, ¿no? —comenta ella—. Para guardar los secretos escandalosos de los novios de los demás.

—Algo así —río—. Vamos. Ahora que lo sabes, puedes ayudarme a encontrar algo profesional que ponerme para la reunión.

—Por profesional te refieres a sexy, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco y voy a mi dormitorio, con Alex pisándome los talones.

Pero sí. No estaría mal parecer al menos un poco sexy cuando me enfrente al hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida.

Al menos, hasta ahora.

Es lunes y estoy sentada en el precioso e incómodo sofá de cuero que hay frente al despacho de Cole, intentando no ponerme nerviosa. El corazón me late con fuerza en el pecho y un sudor nervioso me humedece la piel. El asistente personal de Cole, un joven que se ha presentado como Samson, me mira desde el otro lado de la sala, y me pregunto si se dará cuenta de lo nerviosa que estoy.

Coge el teléfono, me echa un vistazo, dice algo y cuelga.

—Puede pasar, señorita West.

Le sonrío en señal de agradecimiento, me levanto y me estiro la falda lápiz de color gris. Con la ayuda de Alex, la he combinado con una blusa sin mangas en color crema con delicados botones en la parte delantera. Unos zapatos de tacón negros con tiras completan el *look*. Como dice Alex, el conjunto es elegante y, al mismo tiempo, realza fantásticamente mis curvas.

Profesional con un toque sexy. Perfecto para darme la confianza que necesito para afrontar esta incómoda situación.

Samson me mira con cierta preocupación, y me doy cuenta de que me he quedado paralizada, inmóvil frente a la pared de cristal esmerilado que recubre la puerta del despacho de Cole. Sacudiéndome mi parálisis temporal, atravieso los últimos metros y llamo a la puerta.

—Adelante. —Su tono seco envía un estremecimiento por mi columna vertebral. Sea cual sea su problema, yo no he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme. Me niego a permitir que me intimide más de lo que ya lo hace.

La puerta de ónix se abre sin esfuerzo bajo mi mano y entro en la enorme oficina, que recorro con la vista hasta fijarme en el hombre sentado tras el gran escritorio de caoba.

Es una estancia que hace esquina, por lo que los amplios ventanales ocupan casi todo el espacio de dos de sus lados, y enseguida me sorprenden las impresionantes vistas sobre la ciudad. Dos sofás gemelos se encuentran a los dos lados de una mesa baja en el otro extremo del despacho, donde hay una barra y una cafetera al lado. En la pared del fondo cuelgan unos cuantos cuadros artísticos en blanco y negro, y hay una segunda puerta, que probablemente conduce a un baño privado.

Sin más excusas, finalmente me concentro en Cole.

Dios. Sigue siendo tan guapo… Aunque ahora parece mucho más el hombre de negocios serio que es que la noche en que nos conocimos. La chaqueta del traje le queda como un guante en los anchos hombros, y, mientras se levanta, mis ojos se deslizan por las líneas bien cortadas que solo resaltan su estatura.

Vuelvo a centrar mi atención en su rostro, y mis labios esbozan una sonrisa nerviosa.

Él no corresponde a la sonrisa: rodea su escritorio y se apoya en él cruzado de brazos, recorriendo mi cuerpo con una mirada gélida.

Inspiro hondo, me acerco a él y le tiendo la mano.

—Encantada de conocerle… mmm… de nuevo, eeeh, señor King. —Noto

que mis mejillas se sonrojan al recordar aquella noche.

Él duda un segundo y me da un vuelco el estómago. No irá a dejarme colgada, ¿verdad?

No lo hace. Da un paso adelante y me estrecha la mano con un gran y cálido apretón.

Siento un cosquilleo en la palma de la mano.

—¿De verdad?

Enarco las cejas y, en cuanto me suelta la mano, la aparto a toda prisa.

—Eeeh… —Dios, qué vergüenza. Soy una profesional, por el amor de Dios. Esta situación es tremendamente incómoda, pero al menos debería ser capaz de articular una frase—. Por supuesto. Estoy muy emocionada por trabajar con King Group. —Ya está, eso suena profesional y optimista.

Él entrecierra los ojos mientras me escudriña.

—¿Cuánto tiempo ha estado trabajando en esta propuesta?

Muevo los pies y miro los mullidos sillones de cuero que están frente a su escritorio, preguntándome si espera que me quede aquí de pie todo el tiempo mientras me entrevista. Él se da cuenta, pero no me invita a sentarme.

Reprimo un suspiro.

—Llevamos trabajando en ella unos dos meses.

Él asiente y se rasca la mandíbula. De repente, recuerdo cuando esa misma mandíbula, áspera por la barba de cinco días, rozaba deliciosamente la sensible piel de mis muslos. Mis pezones se tensan, y espero que mi reacción no sea visible.

—¿Así que sabía quién era yo cuando se sentó a mi lado en el bar?

¿Qué? Niego con la cabeza.

—No, no sabía quién era usted.

Enarca una ceja oscura.

—¿Me estás diciendo que te sentaste al lado de uno de tus clientes potenciales más lucrativos, vestida para matar y con una historia preparada sobre tu corazón roto, y que no fue a propósito? —Su voz no delata nada, parece que no le importa cuál sea mi respuesta, pero el ángulo duro de su mandíbula desmiente su indiferencia.

—¿Qué me estás preguntando?

—Te pregunto si lo planeaste. ¿Qué probabilidades había de que aparecieras a mi lado en el bar esa noche, acabaras en mi cama y luego entraras en mi oficina la semana pasada?

¿Quién se cree que es este tío? Tenso los hombros.

—No sé cuáles son las probabilidades exactas. Imagino que son bajas. Pero yo no lo planeé. Solo ha sido una extraña coincidencia.

—No creo en las coincidencias.

Me invade la ira. ¿Qué tipo de vida fría y vacía le hace ver una simple casualidad como un subterfugio para manipularlo?

—¿Estás insinuando que utilicé mi cuerpo para conseguir este trabajo para mi empresa? Porque si es así, estás sugiriendo que me prostituí.

Se acerca y se me corta el aliento. Aborrezco que mi cuerpo reaccione a su proximidad a pesar de lo furiosa que estoy con él. Es el único hombre que me ha dado un placer tan intenso y, al parecer, a mi cuerpo no le importa que él insulte mi integridad. Solo quiere revivir la sensación de su cabeza entre mis piernas y la forma en que me llenó tan profundamente.

Me enfrento a su mirada de nuevo cuando me doy cuenta de que la mía se ha desviado hacia sus labios.

Mis pezones se tensan aún más, y estoy segura de que a estas alturas deben de ser visibles. Me cruzo de brazos como si estuviera aburrida de esta conversación, pero la sonrisa burlona que se dibuja en sus labios me indica que no lo he conseguido.

Está tan cerca de mí que tengo que levantar bruscamente la barbilla para mantener la mirada fija en la suya.

—No estoy diciendo que te hayas prostituido —replica—, pero he conocido a muchas personas dispuestas a hacer lo que sea necesario para conseguir algo de mí. Quiero saber si tú eres una de ellas. Este trabajo vale más que mucho dinero. Conlleva un prestigio considerable.

Esta vez soy yo quien frunce los labios.

—No sé con qué clase de gente se junta, señor King, pero eso es su problema. Le estoy diciendo la verdad. La noche en que nos conocimos no sabía quién era usted. Si lo hubiera sabido, jamás habría hecho lo que hice. —Sus ojos se oscurecen, y tengo que tragar saliva para poder continuar—. Cuando nos informaron por primera vez sobre el proyecto, busqué la empresa, y las únicas fotos que vi fueron las de su padre y, supongo, de su hermano. Así que, a menos que su rostro aparezca en todas las redes sociales, que, por cierto, no sigo, no habría sabido distinguirlo de cualquier otra persona. He trabajado muy duro durante los últimos meses en nuestra propuesta, e insinuar que no podríamos ganar este contrato por méritos propios es una bofetada en la cara.

Por no mencionar que básicamente está diciendo que yo, como mujer, prefiero usar mi cuerpo en lugar de mi mente y mi talento para conseguir un trabajo. —Levanto la barbilla, haciendo todo lo posible por controlar mi temperamento. Por muy idiota que sea Cole, no quiero ser responsable de que nuestra empresa pierda este trabajo—. Pero si sigue teniendo un problema conmigo, le sugiero que pida mi expulsión del equipo. De lo contrario, comportémonos como profesionales y mantengamos las distancias hasta que termine este proyecto.

Los ojos de Cole se clavan en los míos, y no consigo adivinar lo que está pensando. Aunque le he dado la opción, espero de verdad que no pida mi expulsión. No solo sería un desastre profesional para mí, sino que también explicarle el motivo a Paul sería difícil, por decirlo suavemente. Pero él se limita a asentir bruscamente y da un paso atrás. Vuelve a su escritorio y se acomoda en su silla.

—Puede quedarse en el equipo, señorita West. Lejos de mí está menospreciar su carácter o su talento. Dado que tendremos muy poco que ver el uno con el otro durante su estancia aquí, y le aseguro que mantener las distancias no será difícil. Pero déjeme ser muy claro, para que no haya malentendidos: no vamos a repetir lo que ocurrió aquella noche.

Me quedo sin aliento. Qué descaro. Sé que debería dar media vuelta y marcharme, pero no puedo dejarlo así.

—Por supuesto que no se repetirá lo de aquella noche. Al fin y al cabo, solo puedo perder la virginidad una vez. Ahora que Paul y yo hemos vuelto, ¿para qué te necesito?

Algo oscuro brilla en sus ojos, pero él solo arquea las cejas.

—Te convenció para que lo aceptaras de nuevo, ¿verdad? ¿O fuiste tú quien lo convenció con tu nueva confianza sexual?

Me empieza a doler la cabeza, y lo miro, rabiosa.

—No es que sea asunto tuyo, pero fue Paul quien se disculpó y me pidió que lo intentáramos de nuevo.

Cole no dice nada, solo me observa mientras yo sigo ahí plantada. ¿Tengo que esperar a que me despida o puedo irme ya hacia la puerta? Antes de que pueda decidirme, se levanta de nuevo y se acerca a mí.

Invade mi espacio personal, bajando la cabeza hasta que su rostro queda justo encima del mío.

—A ver si lo entiendo bien. Ahora que has vuelto con Paul, ¿ya no me necesitas?

—N-No. —Mi voz suena temblorosa y me maldigo a mí misma, más aún cuando sus labios se curvan en una sonrisa que no es tal. Se acerca un poco más y su aroma a madera y masculinidad me trae recuerdos de aquella noche.

«Buena chica».

«Vas a hacer que me corra la hostia de fuerte».

Un escalofrío me recorre el cuerpo y él mira hacia abajo, luego hacia arriba, con una expresión triunfante. Yo también bajo la vista y solo entonces me doy cuenta de que mis pezones destacan claramente a través de la blusa.

Y que rozan su camisa cada vez que mi pecho sube o baja.

—Parece que tu cuerpo no está de acuerdo contigo —dice.

—Es solo una reacción biológica. No significa nada.

—Sigue diciéndote eso, gatita. Puede que acabes convenciéndote.

No me puedo creer que piense que puede salirse con la suya llamándome «gatita» otra vez. En un momento de locura, extiendo la mano y le rodeo el pene. Su pene muy duro.

Se queda paralizado, con los ojos muy abiertos, y sé que lo he sorprendido.

—¿Ves? No te intereso, pero estás duro. Es una reacción biológica.

Cuando vuelve a hablar, su voz se ha vuelto grave y ronca.

—Si no dejas de acariciarme, vas a descubrir dónde acaba esta reacción, y te garantizo que implicará que grites mi nombre.

El retorno a la cordura me hace retirar la mano rápidamente, y siento que un rubor se extiende por todo mi cuerpo. No me puedo creer que acabe de acariciarlo en su despacho. Eso está tan fuera de lugar que hasta resulta gracioso.

Él da un paso atrás con calma, como si yo no acabara de tener mis dedos alrededor de su erección hace unos segundos, y regresa a su escritorio.

—Puede irse. —Parpadeo, sorprendida por la repentina despedida, aunque estoy más que lista para salir de aquí—. Ya, señorita West. Mi tiempo es valioso.

Aprieto los dientes, pero me doy media vuelta y alcanzo el pomo de la puerta. Siento un cosquilleo en la nuca al salir, como si pudiera sentir su mirada sobre mí, y dejo que la pesada puerta se cierre a mis espaldas. Le dedico a Samson una sonrisa forzada y me apresuro a llegar al ascensor. Quiero alejarme lo más posible de Cole.

La reunión no ha salido como yo quería. Las cosas se han puesto tan intensas que he olvidado mencionar que Paul no sabe nada de él y que me

gustaría que siguiera siendo así. Tampoco es que crea que Cole vaya a hablar de mí con nadie, porque estoy convencida de que solo he sido otra muesca en su cama. Una que probablemente había olvidado por completo antes de que yo entrara en la sala de reuniones.

Llego al ascensor y pulso el botón. Mientras espero, me cruzo de brazos y miro distraídamente la enorme fotografía en blanco y negro que muestra el King Plaza durante su construcción.

Pensar en Cole y en lo que sospechaba de mí me hace sentir una opresión en el pecho que me causa un dolor sordo. Me cuesta creer que el hombre que con el que viví una experiencia tan increíble haya resultado ser tan cabrón. El recuerdo de la noche que pasamos juntos, que conservaba en mi corazón desde que ocurrió, ahora está empañado.

Las puertas del ascensor se abren con un silbido y entro, esforzándome por reprimir la angustia. Tengo un trabajo que hacer, uno que podría hacer despegar mi carrera. Dejar que un hombre como Cole eche a perder mi sueño sería un insulto para mí y para mi madre.

Pulso el botón del piso cuarenta y nueve, donde se encuentra la oficina temporal de mi equipo, y contemplo cómo bajan los números.

Con un poco de suerte, esta será la última vez que tenga que tratar con Cole King.

9

COLE

—¿Me estás escuchando? —La voz de Roman me devuelve a la conversación. Mis hermanos y yo estamos sentados alrededor de una mesa en su despacho, analizando las finanzas de King Group del último trimestre, así como las previsiones para los seis próximos meses.

—Por supuesto —respondo. Y lo estoy haciendo, a pesar de que el recuerdo de mi reunión con Delilah esta mañana ocupa la mayor parte de mi atención.

Ella me ha sorprendido. Estoy convencido de que nuestro primer encuentro y lo que pasó entre nosotros fue una coincidencia. La sorpresa y el horror en su rostro cuando le he sugerido lo contrario han sido tan creíbles que una parte de mí, una pequeña parte, se siente mal por haberla acusado, pero es que hay mucha gente que habría hecho algo así. Fuera del dormitorio, a lo largo de los años, ha habido mucha gente que ha organizado encuentros conmigo y con mis hermanos para intentar sacarnos algo.

En nuestra posición, la confianza es un bien escaso. Creo que no hay nadie en mi vida en quien confíe plenamente. Sé que mis hermanos no me traicionarán, porque eso significaría traicionar a la familia y a la empresa, pero no son fieles por el cariño que nos tenemos. Es porque nuestro poder y nuestra riqueza dependen de que conservemos un frente unido. Es lo único que mantiene a raya a los chacales.

Pero confiar en ellos para cualquier otra cosa es otra historia. Puede que Delilah se haya sentido ofendida porque le he sugerido que lo había planeado todo, pero habría sido una estupidez no decírselo.

El único problema es que, una vez que le he sacado la respuesta y ella se ha quedado ahí, mirándome, con las mejillas rojas y los ojos brillantes de ira, la mía se ha evaporado y la ha sustituido algo diferente, pero igual de ardiente.

Mi mente se ha transportado a un momento en el que su suave piel se sonrojaba por la excitación en lugar de por la ira. Mi pene se ha endurecido en mis pantalones al recordar la forma en que me había enterrado en su interior y

el jadeo entrecortado que ella había dejado escapar al sentirse completamente llena por primera vez. Recordar cómo se había corrido para mí ha hecho que una oleada de lujuria me recorra las venas. ¿Volvería a correrse así si folláramos otra vez?

He cortado esa sensación de raíz, he regresado a mi escritorio y he despedido a Delilah antes de que ese pensamiento se hiciera demasiado evidente.

Pero el recuerdo y el aroma de su perfume, que permanecía en el aire, se han apoderado de mi mente. En cuanto ha salido de mi despacho, me he levantado de mi asiento y me he ido a mi baño privado para acariciarme con esas imágenes repitiéndose en mi cabeza. Nunca había hecho algo así antes. Sí que de vez en cuando me liberaba del estrés durante el día, pero nunca por una mujer en concreto.

Después, me he quedado mirándome al espejo y me he dicho a mí mismo que tenía que superarlo. He jurado sacarme a Delilah de la cabeza. Es mi empleada y nada más.

Y, sin embargo, aquí estoy, pensando en ella otra vez. En el medio de una reunión de negocios.

Y eso es muy poco propio de mí, joder.

Rechino los dientes. Roman me taladra con esos ojos grises, pero le sostengo la mirada con calma. *Estoy concentrado.*

Tate, mi otro hermano, se recuesta en su silla y se pasa la mano por su pelo rubio.

—Ayer hablé con el abogado de papá —dice, y eso rompe la tensión; es un cambio de tema respecto a las cifras que hemos estado discutiendo durante la última hora—. Sigue resistiéndose a la idea de un acuerdo con la fiscalía.

Doy unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo, impaciente.

—Su arrogancia juega en su contra. De verdad cree que puede ganar si va a juicio.

—No puede —interviene Roman con frialdad—. Los abogados deben seguir presionándolo. Lo último que necesitamos es otra mancha en la reputación de King Group. Y un juicio largo y prolongado no le hará ningún favor a nadie.

Asiento.

—Centrémonos en lo que podemos controlar. El proyecto del hotel es nuestra máxima prioridad ahora mismo. Si lo conseguimos, contribuirá en gran

medida a restaurar la confianza en la empresa.

—La junta directiva y nuestros inversores esperan que comencemos la construcción de los tres primeros hoteles en doce meses —dice Roman—. ¿Los arquitectos tendrán listos los diseños finales y todos los permisos de construcción para que podamos cumplir con ese plazo?

—Me he reunido con ellos esta mañana —respondo—. Parecen motivados. Los conceptos iniciales que han presentado son sólidos. Puede que sea difícil, pero me aseguraré de que cumplamos el objetivo.

Tate da un sorbo de agua y carraspea antes de hablar.

—Mientras tanto, tenemos que pensar en reforzar la confianza de los inversores. Corren rumores de que Berrington está barajando sus opciones.

Frunzo el ceño. Kenneth Berrington es uno de nuestros mayores inversores, además de un viejo amigo de nuestro padre. Su opinión tiene mucho peso en el mundo empresarial, y perderlo podría influir en otros inversores que están pendientes del rendimiento de la empresa.

Berrington también es el padre de Jessica. Después de que ella y yo nos siguiéramos encontrando en reuniones sociales y del sector a lo largo de los años, llegamos a un acuerdo mutuamente beneficioso: cuando no nos apetece organizar otra cita, asistimos juntos a los eventos, reforzando así la relación entre las empresas de nuestras respectivas familias, y, en la mayoría de los casos, terminamos la noche con un buen polvo. Es una de las pocas mujeres con las que he tenido relaciones sexuales más de una vez. Tampoco es porque haya un vínculo emocional entre nosotros, sino porque es conveniente. El sexo es bueno y los dos tenemos claro quién es la otra persona y qué queremos y qué no queremos el uno del otro.

Aunque últimamente se ha vuelto más apegada. Si sigue como la última vez que estuvimos juntos, quizá tenga que replantearme nuestro acuerdo. Lo último que necesito es la complicación de que Jessica quiera profundizar en nuestra relación.

Roman tamborilea con los dedos y entrecierra los ojos.

—Lleva mucho tiempo con nosotros, pero la situación con el arresto de papá ha minado la confianza de todos. Berrington quiere garantías de que podemos mantener nuestros márgenes de beneficio. Puede que no tengamos la misma relación con él que tenía papá, pero lo necesitamos. Si retira sus inversiones, otros considerarán abandonar el barco también.

Tate ha estado tecleando en su portátil mientras hablamos.

—Por desgracia, no creo que el hecho de que Cole se acueste regularmente con su única hija sea garantía suficiente. —Sus ojos marrones dorados, tan diferentes de los míos y de los de Roman, se levantan de la pantalla, y él me sonríe con sorna—. Quizá deberías pensar en ponerle un anillo en el dedo.

La idea me produce escalofríos. El matrimonio es lo último que me interesa. Al final no me quedará más remedio que buscar una esposa y tener hijos porque es lo que se espera de mí, al fin y al cabo, pero estaría encantado de aguantar otros diez años.

—Nadie va a ponerle a nadie ningún anillo en el dedo —respondo.

—¿Y si es un anillo para el pene? —replica Tate con una sonrisa burlona—. No sabes lo que te pierdes…

Lo ignoro.

—Berrington está encantado de que Jessica y yo hagamos teatro de vez en cuando. Le gusta que todos piensen que tiene influencia sobre nosotros. Pero solo se trata de eso: de teatro.

Tate está a punto de decir algo más cuando Roman lo interrumpe.

—Nuestro objetivo actual es poner en marcha el proyecto del hotel lo antes posible y cumplir nuestros objetivos. Eso convencerá a los inversores de que la destitución de papá como director general no va a afectar a nuestras operaciones. Cole, quiero que trabajes en estrecha colaboración con los arquitectos para asegurarte de que siguen por el buen camino. Confío en que lo conseguirás. —Asiento secamente, ignorando el atisbo de orgullo que sus palabras me despiertan. Es solo un vestigio de hace años, cuando me importaba de verdad la aprobación de mi hermano mayor—. Tate. Tenemos que asegurarnos de que nuestro mensaje sea claro.

Tate se echa hacia delante y apoya los codos en la mesa.

—He mantenido reuniones semanales con el equipo de marketing. La semana que viene lanzarán una campaña para destacar nuestro compromiso con la transparencia y las prácticas empresariales éticas. Centrarán sus esfuerzos en las redes sociales en nuestras iniciativas filantrópicas y medioambientales. —Se vuelve hacia mí—. Quizá valga la pena que te vean por ahí tanto como sea posible. Asiste a un par de galas; cuanto más benéfica sea la causa, mejor. Asegúrate de que te vean gastando dinero. Eso tranquilizará a los accionistas y a los inversores, que verán que seguimos operando como de costumbre, y el público verá que estamos contribuyendo activamente a la sociedad.

Miro a Roman y luego vuelvo a centrarme en Tate. Ya se está riendo. Probablemente porque mi cara refleja lo que estoy pensando.

—¿Estás sugiriendo que soy yo quien va a hacer todo eso?

Roman se cruza de brazos y me dedica una mirada significativa.

—Eres la mejor opción. Eres mejor que yo seduciendo a los inversores, pero tampoco tan seductor como para acabar con las esposas de sus mujeres colgadas del cuello.

Tate suelta una risa burlona.

—Eso solo ha pasado dos veces. Y, para ser justos, una de ellas estaba en un matrimonio abierto y la otra ya tenía los papeles del divorcio preparados.

No puedo evitar que mis labios se contraigan, pero el ceño fruncido de Roman indica que no le hace ninguna gracia. Parece que tendré que aguantarme y empezar a escoger más invitaciones entre las que no paramos de recibir.

Incluso mientras me resigno a ello, mi mente ya está de nuevo en el proyecto del hotel. Tengo que adoptar un enfoque más práctico de lo habitual; seguir el ejemplo de Tate y celebrar reuniones semanales con los arquitectos; asegurarme de que todo va según lo previsto.

Por supuesto, eso también significa reuniones semanales con Delilah, y me niego a reconocer que una parte de mí está deseando que lleguen. Puede que tenga una forma especial de sacarme de quicio, pero hay demasiado en juego como para dejarme distraer por una mujer.

Con esa idea en mente vuelvo a centrar mi atención en la reunión y me concentro en lo fundamental: asegurarme de que King Group siga estando en la cima. Es lo único que importa, y estoy más que dispuesto a hacer lo que sea necesario para garantizar que así sea.

10

DELILAH

Doy unos golpecitos con el bolígrafo en mi bloc de notas mientras estudio el diseño conceptual que he proyectado para el techo del hotel de Chicago. Después de hacer algunos cálculos, me pongo frente a la otra pantalla de mi ordenador y navego por la página web del Consejo de Construcción Ecológica de Estados Unidos, revisando la información sobre sus requisitos de certificación. Tomo algunas notas, luego dejo el bolígrafo y me estiro.

Es viernes y he superado mi primera semana en King Group. Aparte del enfrentamiento con Cole el lunes, todo ha ido genial. Echo un vistazo a mi alrededor y sonrío. Nos han dado una oficina impresionante, llena de elegantes y modernas mesas de trabajo, sillas ergonómicas y varias mesas de dibujo. Dos paredes están cubiertas de grandes ventanales que permiten la entrada de luz natural y dan al espacio una sensación de amplitud y apertura. En el extremo más alejado hay una pequeña zona de con una nevera, un microondas y una cafetera.

Mi escritorio está en la esquina, de cara al resto de la sala. Las dos pantallas del ordenador me bloquean casi toda la vista, lo que es estupendo para evitar distracciones, aunque también me impide ver quién se acerca. Solo cuando me llega el familiar aroma de la loción para después del afeitado de Paul, que siempre se aplica con demasiada generosidad, me doy cuenta de su presencia.

Él me mira por encima de las pantallas y yo le sonrío.

—Hola, ¿qué tal?

—Cole ha convocado una reunión para evaluar la situación dentro de diez minutos.

Se me revuelve el estómago.

—¿Con todos nosotros?

Él asiente.

—Me he ofrecido a hacerle un resumen yo mismo, pero quiere que esté todo el equipo.

No haber visto a Cole desde el lunes me ha dado una falsa sensación de seguridad, pero al menos no hará más acusaciones insultantes si hay una sala llena de gente.

O eso espero.

Me levanto, cojo mi libreta y mi bolígrafo y sigo al grupo al ascensor que nos llevará a la planta ejecutiva. Después de apartarme a un lado para dejar pasar a un rezagado, me fijo en Philippa, que ha estado en la oficina esta mañana en su función de enlace. Está cerca de Paul, y, mientras la observo, él se echa hacia ella para que le susurre algo al oído.

Me invade una punzada de inquietud al ver la familiaridad con la que se tratan. Y no es la primera vez que me pregunto si hubo algo entre ellos mientras Paul estaba en el Reino Unido. Eso explicaría la animadversión apenas disimulada que ella siente hacia mí. Incluso se lo pregunté a Paul una vez, poco después de que ella se incorporara a nuestra oficina. Él lo negó.

El pensamiento se desvanece cuando entramos en la sala de conferencias, y no puedo evitar mirar hacia la cabecera de la mesa. La silla está vacía y la tensión de mis hombros se relaja. Me dirijo al asiento más alejado de ese lugar. No tiene sentido hacer esta situación más incómoda de lo necesario.

Mientras esperamos, abro la libreta y esbozo algunas ideas que me han venido a la cabeza desde que vi las actualizaciones en la página web del USGBC, el Consejo de la Construcción Ecológica de Estados Unidos. No levanto la vista cuando se abre de nuevo la puerta de la sala de conferencias, aunque mi cuerpo es muy consciente de su entrada. Ojalá no lo fuera. Que mi pulso se acelere automáticamente en cuanto siento su presencia, y no solo por los nervios, me hace sentir culpable. Sobre todo con Paul sentado a solo unos asientos de distancia.

Cuando Cole habla, me obligo a darme la vuelta para mirarlo. Lo último que quiero es que me llamen la atención por mi falta de profesionalidad. Afortunadamente, no me está mirando. Ahora que ha descubierto que no intentaba engañarlo para conseguir este trabajo, no me presta más atención que a cualquiera de los cientos de personas que trabajan en este edificio.

—Tenemos un plazo muy ajustado —dice Cole—. Tengo la intención de celebrar reuniones periódicas para asegurarme de que no se incumpla el calendario. Durante estas reuniones, espero que cada uno de ustedes me informe sobre los avances. —Dirige su atención a Paul—. También espero que se me envíe un informe escrito sobre el estado general del proyecto, y lo

quiero en mi bandeja de entrada todos los viernes por la mañana.

Frunzo el ceño. ¿Es mi imaginación o su tono se ha vuelto más seco al dirigirse a Paul? Si Paul se da cuenta, no lo demuestra. Se limita a asentir en señal de que lo ha comprendido. Pasamos la siguiente hora compartiendo las novedades, uno por uno. No estoy tan preparada como debería cuando su mirada acerada se posa en mí.

—Señorita West —dice, y esta vez estoy segura de que no me estoy imaginando la frialdad de su tono.

—Estoy trabajando en el concepto para la propiedad de Chicago. Voy según lo previsto y he completado varios diseños preliminares y bocetos conceptuales, pero… —Hago una pausa y, con el rabillo del ojo, veo que Paul vuelve la cabeza hacia mí. ¿Debería decirlo? Aún no he hablado de esto con él. Mi plan era transmitirle esta información a Cole a través de Paul, pero como no puedo evitar interactuar con Cole, más vale que se lo mencione ya.

—¿Qué pasa? —pregunta Cole con impaciencia, y casi pierdo el valor.

Pero entonces me enderezo en mi asiento. Este es mi campo de experiencia. No va a hacerme dudar de mí misma solo porque sea un capullo rico y privilegiado. Lo miro directamente a los ojos.

—He estado consultando la página web del USGBC, que proporciona los requisitos de certificación LEED, y he hecho algunos cálculos. —Él no dice nada, solo coge su bolígrafo y lo hace rodar entre sus dedos; se recuesta en su silla y clava su mirada en mí. Carraspeo—. Mi idea inicial era instalar unos paneles solares en el tejado, pero creo que también sería muy beneficioso instalar un tejado verde. Ayudaría a reducir el efecto isla de calor urbano y proporcionaría un aislamiento natural; reduciría el consumo de energía para calefacción y refrigeración, y ayudaría a gestionar la escorrentía de aguas pluviales y a mejorar la calidad del aire. Además de los paneles solares y los demás sistemas sostenibles que ya estamos pensando en incorporar, un tejado verde nos permitiría obtener una certificación LEED más alta.

—Delilah… —comienza Paul, pero Cole lo interrumpe.

—¿No ocuparán los paneles solares todo el espacio del tejado?

—Sí, pero hay formas de tener las dos cosas. De hecho, podemos diseñarlo para que los dos sistemas se complementen entre sí. Por ejemplo, podemos instalar paneles solares que generen electricidad tanto por la parte superior como por la inferior, lo que aprovechará la luz solar reflejada por el techo verde. A su vez, los paneles proporcionan sombra a las plantas. Un techo verde

reduce el calor absorbido por el edificio, lo que en realidad puede mejorar la eficiencia de los paneles.

—¿Y cuánto costará esto a mayores? —pregunta Cole, con expresión impenetrable.

Me estremezco por dentro, pero intento mantener mi rostro tan inexpresivo como el suyo.

—No he terminado de calcular la estimación de costes, pero con las modificaciones necesarias supondría un aumento significativo del gasto previsto. Sin embargo, con una certificación LEED más alta, podrá optar a incentivos adicionales e incluso a subvenciones gubernamentales. —La mirada de Cole se clava en mis ojos y me sonrojo por su intensidad. Me humedezco los labios—. El plan preliminar que elaboré originalmente, que solo incluye los paneles solares, ya está listo, y Paul ya lo tiene. Pero si le interesa considerar el techo verde, se lo enviaré y podrán discutirlo juntos.

Cole se echa hacia delante en su silla y deja el bolígrafo ante sí.

—Prefiero que me lo explique usted.

Me vuelvo rápidamente hacia Paul y veo que tiene el ceño fruncido. Quizás tengamos que hablar sobre esto luego, pero ahora es demasiado tarde para preocuparse por eso.

—Estoy seguro de que Paul puede…

—No se esconda detrás de su… —su pausa infinitesimal me hace preguntarme si dirá «novio». Menos mal que no lo hace— jefe de proyectos. Si va a pedirle a la empresa que asuma gastos adicionales, espero que pueda justificarlo. Póngase en contacto con Samson y organicen una reunión conmigo esta semana.

Trago saliva. Genial, otra reunión con Cole.

—Sí, señor King.

Algo se refleja en su rostro, pero antes de que pueda identificarlo, baja la vista hacia la tableta que tiene delante.

—Creo que eso es todo, así que nos vemos el próximo viernes. Señorita West, espero reunirme antes con usted.

Asiento, empujo la silla y me levanto con el resto del equipo. Siento la presencia de Paul cernirse detrás de mí cuando salimos de la sala, e intento evitar la confrontación que se avecina dirigiéndome al ascensor sin detenerme, pero antes de que pueda llegar, me agarra del brazo.

—Delilah, cuando bajemos, me gustaría verte en mi oficina.

Se me tensan los hombros y, cuando me doy la vuelta, veo un par de ojos azules fríos como el hielo que se entrecierran cuando llegan a la mano de Paul que me sujeta el brazo. En lugar de decir algo, Cole se da media vuelta y se va dando zancadas hacia su despacho.

Sigo a Paul hasta el ascensor. Todos los demás ya han bajado, así que esperamos juntos a que suba de nuevo.

—¿Qué ha sido eso? —sisea Paul—. Deberías haberme consultado tu propuesta antes de presentársela a Cole.

—Solo ha sido una reunión para ponerlo al día, ¿no? Si no le gusta la idea, puede decir que no.

—No es tu trabajo. Yo soy el director del proyecto. A Cole no le va a gustar que una arquitecta junior le haga sugerencias que van a costarle una fortuna a su empresa. Además, no me gusta que me pases por encima así.

Llega el ascensor y Paul me empuja dentro. En cuanto se cierran las puertas, me aparto todo lo que puedo de él.

—Bueno, Cole quiere hablar de ello, así que la idea no ha debido de desagradarle tanto.

—No lo llames Cole. Para ti es el señor King.

Lo miro fijamente, preguntándome por qué se comporta de una manera tan pomposa. Sin embargo, tiene razón: no debería mostrar tanta familiaridad. Noto que se me colorean las mejillas.

—No discutamos más. A partir de ahora, me aseguraré de consultarte primero.

Parece un poco apaciguado.

—Iré contigo a esa reunión y lo discutiremos todos juntos.

Asiento; mi irritación por la actitud de Paul se ve compensada por mi alivio de no tener que enfrentarme a Cole… al señor King yo sola. Lo último que necesito es otro encuentro a solas con él.

11

COLE

Samson me llama por el intercomunicador. Levanto la vista del correo que estoy leyendo y respondo.

—¿Sí?

—La señorita West y el señor Donovan están aquí para reunirse con usted.

¿Qué leches está haciendo Paul con ella?

—Que esperen ahí —ordeno. Me levanto de la silla, voy hasta la puerta, la abro de un tirón y salgo. Delilah y Paul están esperando para entrar. Delilah lleva unos rollos de papel en las manos y un ligero rubor le cubre las mejillas cuando sus ojos verdes se clavan en los míos. No debería gustarme que la ponga nerviosa, pero me gusta. Demasiado. Mi atención se centra en Paul, que está cerca de ella. Me pregunto si ese hombre intuye algo, si de alguna manera está captando los recuerdos que compartimos Delilah y yo y que nos remueven cada vez que estamos juntos en la misma estancia. La idea casi me hace sonreír, pero no lo hago—. Paul, siento que hayas perdido el tiempo viniendo hasta aquí, pero quería reunirme a solas con la señorita West.

La mirada de Paul pasa rápidamente de Delilah a mí. Ah, sí, intuye algo, claro. Pero dudo que sepa qué. ¿Ella le habrá contado que se acostó con alguien mientras estaban separados, o actuó como una virgen ruborizada la primera vez que él la penetró?

Nunca le he dado importancia a eso de quitarle la virginidad a una mujer, pero que Paul crea que es el primer hombre que la ha tenido me pone los pelos de punta. Siento un impulso primitivo de asegurarme de que todos los demás hombres sepan que ella fue mía antes que de nadie más.

Y por mucho que no me interese repetir nuestro encuentro, imaginar a Paul tocándola me incomoda y me irrita profundamente.

—Pero como director del proyecto, creo que debería…

Lo fulmino con la mirada.

—Si te quisiera aquí, te habría pedido que participaras.

A Paul le tiembla un músculo de la mandíbula, pero sabe que no tiene sentido discutir. Se limita a asentir y se vuelve hacia Delilah.

—Pásate por mi oficina cuando acabes.

Delilah le lanza una mirada que no logro interpretar. ¿Molestia? ¿Nerviosismo? No sabría decirlo, y eso me frustra. Estoy acostumbrado a poder leer a las personas.

Con un último ceño fruncido en nuestra dirección, Paul se marcha.

Doy un paso atrás y le indico a Delilah que entre en mi oficina. Al pasar, su suave aroma a flores silvestres llega hasta mí y todos mis sentidos se ponen en alerta máxima. Ni siquiera me avergüenza que mis ojos se posen en su trasero en forma de corazón, que se contonea delante de mí embutido en una de esas faldas ceñidas que le gusta llevar.

Se detiene frente a mi escritorio; yo lo rodeo, me siento y me recuesto, rascándome la barbilla mientras la observo. Ella mira con incertidumbre los dos asientos de cuero que están a su lado, preguntándose, obviamente, si esta vez le permito que se siente.

Enarco las cejas y espero a ver qué hace. Sin decir nada, se estira la falda, se sienta y cruza las piernas.

Le echo un vistazo a la piel expuesta de sus muslos y, cuando cruzo la mirada con la suya, sus mejillas se sonrojan de nuevo.

—Eeeh… —dice—. ¿Quiere que le explique mis ideas sobre el techo verde?

Alzo la barbilla.

—Quiero saber si es viable.

—De acuerdo.

Se levanta y desenrolla un plano que deja sobre el escritorio frente a mí. Se echa hacia delante y mi mirada se dirige al escote de su blusa, que se abre lo suficiente como para mostrar un atisbo de su terso escote. Vuelvo a centrar mi atención en los detalles del diseño preliminar que me está mostrando. La expresión de Delilah se ilumina mientras habla del techo verde y sus manos trazan elegantes movimientos sobre el plano. La contemplo con tanta atención como la que dedico a escucharla.

—¿Tiene idea de cuáles podrían ser los costes adicionales? —le pregunto.

—Calculo que serán unos doscientos mil más, además del millón y medio que estamos contemplando para los paneles solares. Pero teniendo en cuenta el ahorro adicional que supondrá el aumento de la eficiencia energética, la disminución del consumo de agua y el hecho de que, en teoría, el techo verde

también mejorará la eficiencia de los paneles solares, el período de amortización de la instalación de los dos sistemas es el mismo que el de la instalación de los paneles solares por sí solos.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando?

—Aproximadamente, unos ocho años —afirma. Asiento lentamente, impresionado por su diligencia—. Además, puede utilizar la mejora de la calificación LEED para superar a sus competidores.

Mis labios se curvan en una sonrisa. La relación coste-beneficio está claramente a nuestro favor. Ya me gustó la idea cuando la planteó en la reunión de equipo a principios de semana, pero quería asegurarme de que no estaba aumentando el gasto sin tener en cuenta el retorno de la inversión. Está claro que sabe de lo que habla.

—¿Es algo que podemos usar para todos los hoteles? —Tengo una idea bastante clara de cuál será su respuesta, pero me interesa saber lo que tiene que decir. ¿O solo quiero que se quede más tiempo?

Delilah se endereza.

—Podemos utilizarlo en varios, pero tendríamos que hacer un análisis de costes basado en el clima de las distintas ciudades. Una cubierta verde podría no ser la mejor solución en algunos de los estados más secos. Aunque siempre existe la opción de utilizar plantas resistentes a la sequía.

Estudio su diseño un momento más y luego miro los que están esperando debajo de él. Hay un plano del emplazamiento que muestra la relación del hotel propuesto con la topografía circundante y otros edificios, así como lo que parece ser su diseño conceptual original con solo los paneles solares en el techo.

Es más una táctica dilatoria que otra cosa. Ya sé lo que le voy a decir.

—De acuerdo. —Vuelvo al plano que está encima del montón—. Dele los números a Contabilidad y haga que se lo envíen a Paul con mi aprobación.

Ella parpadea.

—¿Así sin más?

Me encojo de hombros.

—Tiene sentido desde el punto de vista financiero.

—De acuerdo. Muy bien, entonces. Eeeh, gracias. —Tira de los planos hacia ella y empieza a enrollarlos, pero tiene que volver a empezar cuando quedan torcidos. Está nerviosa. ¿Es porque no esperaba que aceptara su propuesta tan rápidamente? ¿O porque está a solas conmigo en mi despacho? Quiero que sea

lo segundo—. Bueno, gracias por escucharme. Se lo agradezco.

Me levanto y rodeo mi escritorio, y ella levanta la barbilla cuando me detengo frente a ella. Me meto las manos en los bolsillos.

—¿Cómo van las cosas con Paul? —preguntó.

Se le ponen los ojos como platos.

—¿Paul? Eeeh, van bien.

—¿No tienen ningún problema por trabajar juntos en el proyecto?

Ella duda, probablemente preguntándose adónde quiero llegar con esto.

—Ya hemos trabajado juntos antes.

Doy un paso adelante.

—¿Y él siempre te trata así?

—¿A qué te refieres?

—Como a una niña en lugar de como a una arquitecta muy competente.

Delilah parpadea y separa los labios. Al instante siguiente, su expresión se vuelve fría.

—No sé de qué me estás hablando. Este es un proyecto de alto perfil. El trabajo de Paul es asegurarse de que todo salga bien.

Supongo que no es de extrañar que no quiera hablar conmigo de su novio.

—Paul y Philippa parecen tener una buena relación laboral. —No sé por qué lo digo. Quizás sea porque percibo cierta tensión entre Paul y la hermosa rubia. O tal vez sea porque soy un imbécil y reconozco a un alma gemela cuando la veo, así que no tengo ninguna duda de que Paul también es un imbécil. Al fin y al cabo, ya ha roto con ella una vez, por lo que probablemente debería darle las gracias, y luego volvió arrastrándose.

Delilah mira fijamente los planos que tiene en las manos. Cuando vuelve a levantar la vista, hay una chispa de ira en el verde intenso de sus ojos que me provoca una oleada de calor.

—No sé qué intentas insinuar —dice—, pero mi relación personal con Paul y su relación profesional con Philippa no son asunto tuyo.

—No estoy insinuando nada. Solo lo comento.

—Bueno, ¿qué te parecería si yo comentara la relación de tu novia con otro hombre?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Eso no me supone ningún problema.

Algo brilla en sus ojos. ¿Es alivio? No puedo asegurarlo porque desaparece cuando ladea la cabeza.

—Déjame adivinar. ¿Eres uno de esos hombres cuyas relaciones consisten en múltiples aventuras de una noche porque temen la intimidad emocional? —Arqueo las cejas y ella aprieta los labios, probablemente porque ha recordado quién soy y dónde está. Niega con la cabeza—. Lo siento, eso ha sido completamente…

—Exacto. Excepto por lo de tener miedo. Sustitúyelo por no estar interesado y ya lo tienes.

—Claro —murmura—. Bueno, entonces tengo suerte de ser una de las muchas. —Se da media vuelta como si fuera a marcharse.

—Más memorable que la mayoría —digo, y ella se frena en seco y me mira por encima del hombro. No sé por qué la estoy provocando. Ni por qué disfruto viendo cómo se sonroja, ya sea por vergüenza o por enfado, dos opciones igualmente atractivas. No me interesa más que como empleada y como un recuerdo muy agradable. Por no mencionar que es la novia de otro hombre. Entonces, ¿por qué no puedo dejar esto, a ella, en paz?

Arruga la nariz.

—¿Debería sentirme ofendida porque, si pusieras en fila a todas las mujeres con las que te has acostado yo sería una de las pocas que podrías identificar?

—La mayoría de las mujeres lo serían.

Pone los brazos en jarras y ladea la cabeza; su cabello oscuro se desliza por su hombro con ese gesto.

—Lo dudo. Pero si eso es lo que necesitas decirte a ti mismo para dormir tranquilo, adelante. Mientras esas mujeres te persiguen, suplicándote pasar una noche en tu cama, yo estaré con mi novio, muy atractivo y muy inteligente, disfrutando de una intimidad emocional muy agradable.

Me cruzo de brazos con indiferencia.

—No hace mucho eras tú la que me rogaba pasar una noche en mi cama. Estabas encantada de tener un rollo de una noche y de que yo te diera lo que necesitabas. —Provocarla así es una locura. Si no voy con cuidado, esto podría acabar en una demanda por acoso sexual. Y, sin embargo, al parecer no puedo detenerme.

La furia en su expresión no disminuye cuando ella hace un mohín.

—Debería haber esperado. Si hubiera sabido con quién iba a pasar la noche, me habría dado cuenta del gran error que estaba cometiendo. Ahora al menos tengo un hombre que se ocupa de mis necesidades y se interesa por mí como persona.

Sus ojos escupen fuego, y me encuentro demasiado cerca de ella, absorbiendo su aroma a flores silvestres y disfrutando de su ira.

Aunque he sido yo quien ha sacado el tema de Paul, no me hace demasiada gracia que ella piense en él mientras está conmigo. Aunque ha dicho que debería haber esperado, disfrutó cada segundo de las horas que pasamos juntos. Las marcas de arañazos en mi espalda lo demostraron. Pero esa irritación suya, tan punzante, me impide detenerme.

—¿Lo sabe Paul? ¿Le has contado lo de aquella noche o te guardas tu pequeña indiscreción para ti?

Levanta la barbilla.

—Fui sincera sobre lo que pasó.

—¿Cómo de sincera? ¿Sabe que fui yo? ¿Le has contado la verdad?

Tensa su delicada mandíbula, pero desvía la mirada, lo que demuestra que no lo ha hecho.

—No tenía razón de ser. Solo haría que la relación laboral entre vosotros dos fuera incómoda.

—Si eso es lo que necesitas decirte a ti misma para dormir tranquila… —La ataco con sus propias palabras.

Sus fosas nasales se dilatan y sus brillantes ojos verdes destellan.

—Estoy convencida de que no crees que sea una buena idea que él lo sepa.

—¿No piensas que se merece saber que el hombre que se sienta frente a él es el que le quitó la virginidad a su novia? —Sus labios se abren con un grito ahogado, pero yo sigo—. ¿Que hace un mes gritabas mi nombre mientras te corrías? Dime, Delilah, cuando me miras, ¿recuerdas mi boca entre tus piernas? ¿Te tocas y piensas en cómo llegaste al clímax conmigo aquella noche?

Su respiración es rápida y entrecortada.

—No.

—¿No qué? ¿No crees que él merece saberlo? ¿No te acuerdas? ¿O no te tocas pensando en mí? ¿Hasta qué punto eres sincera, gatita?

Ella entrecierra los ojos.

—Pareces recordar muchísimo de aquella noche para ser alguien que probablemente se ha acostado con un montón de mujeres desde entonces. ¿Cuántas veces te has tocado tú pensando en mí?

No está tratando de ser seductora. Está enfadada. Y, como soy un cabrón enfermo, me encanta.

—Demasiadas veces como para contarlas —admito, saboreando su brusca inspiración—. Así que la próxima vez que tu novio y tú estéis sentados frente a mí, sabrás que estaré recordando cómo me ceñías en tu interior y yo sabré que estás recordando mis dedos y mi lengua dentro de ti, y lo fuerte que te hice gritar. Puede que estés con Paul, pero no tengo ninguna duda de que pensarás en mí la próxima vez que te acaricies.

Unas manchas rojas brotan en los arcos de sus pómulos. Bajo la vista hasta sus pezones, que se ven erectos a través de su fina blusa. Daría cualquier cosa por agachar la cabeza y chupar uno de esos duros brotes.

Pero no puedo.

No lo haría aunque ella no tuviera novio.

—Vibrador —dice con voz temblorosa. Enarco las cejas. Cuando vuelve a hablar, su voz se ha fortalecido y me mira directamente a los ojos—. Voy a usar un vibrador. Y cuando me corra, pensaré en lo que me dé la gana. Ahora, si me disculpas —dice, y me empuja para apartarme de ella.

Se lo permito y retrocedo para que pueda pasar. Se marcha sin volver a la vista atrás ni darme siquiera la satisfacción de pegar un portazo.

Unos segundos más tarde, me estoy desabrochando los pantalones en el baño. La euforia me recorre el cuerpo y estoy tan excitado que siento dolor. Disfruto demasiado cuando se enfrenta a mí. Ver la ira en sus ojos me hace desear desesperadamente echarla sobre el escritorio más cercano y recordarle lo mucho que le gustaba tener mi pene dentro de ella.

Sonrío mostrando los dientes mientras me acaricio. Porque ella es sincera y ha tenido mucho cuidado de no confesar en qué —o en quién— pensaría. Y eso me dice todo lo que necesito saber.

La imagen mental de Delilah jugando con su sexo mientras piensa en mí es lo único que pasa por mi cabeza mientras gimo de placer tras unas cuantas caricias más.

—¿Cómo va el proyecto? —pregunta Tate.

—Avanzando. ¡Estamos casi listos para firmar los diseños preliminares! —Es tarde, por la noche, y Tate, Roman y yo debemos de ser las últimas personas que quedan en el edificio. Roman sigue en su oficina, pero Tate y yo nos hemos encontrado de camino al ascensor, así que bajamos juntos a coger los coches.

—¿Cómo va la campaña de marketing? —le pregunto.

Él se encoge de hombros y frunce el ceño.

—Estamos haciendo todo lo posible para contrarrestar cualquier nueva noticia sobre el arresto de papá sustituyéndola por todo lo positivo que estamos haciendo, pero es una batalla perdida.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—La prensa está más interesada en nuestras vidas privadas que en lo que hace la empresa. En la entrevista de ayer, una periodista se pasó más tiempo preguntándome por mi reputación que por nuestros proyectos actuales y el esfuerzo que estamos dedicando a hacer que nuestros desarrollos sean más sostenibles.

—¿Qué hiciste?

—La llevé al baño y follé con ella.

Niego con la cabeza.

—Eso no ayuda, Tate. —No sé en qué demonios estábamos pensando al ponerlo a cargo de marketing. Lo único que hemos conseguido es darle acceso a más mujeres obsesionadas con descubrir si el hermano menor de los King es tan pervertido en la cama como se rumorea.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la entrada principal, donde nos están esperando nuestros coches. Le digo adiós a Tate con un cabeceo y me acomodo en el asiento trasero del mío. Mientras mi chófer, Jonathan, espera a que haya un hueco en el tráfico, miro por la ventanilla y veo a una pareja familiar que está en la esquina: Paul y Philippa.

Entrecierro los ojos mientras los observo. Parecen estar discutiendo. Philippa gesticula violentamente mientras Paul se rasca la cara e intenta responder. Luego hace una mueca como si estuviera frustrado, le pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y la rodea con sus brazos.

Vaya, vaya, joder. Al parecer, mi instinto no ha fallado: ese tío es un capullo.

No puedo ver nada más, ya que Jonathan acelera y se aparta de la acera, ocultando a la pareja a mi vista. Pero tampoco me hacía falta ver nada más. Puede que no fuera un beso, pero había mucha más intimidad en esa interacción de la que debería haber entre compañeros de trabajo.

Mi mente se dirige a Delilah, y me paso el pulgar por el labio inferior. A pesar de lo que le he dicho en mi oficina, su relación con Paul no es asunto mío. No tengo ningún motivo para meter las narices en esta situación, pero

que Paul la esté engañando me provoca una oleada de ira. Apostaría lo que fuera a que empezó a acostarse con Philippa cuando rompió con ella, si no antes. Probablemente se arrepintió poco después, porque, en comparación con Delilah, Philippa parece demasiado fría. Así que, o bien Philippa no quiere dejarlo y él es demasiado débil para obligarla, o bien es tan estúpido como para creer que puede salir con las dos mujeres sin que lo pillen.

Me recuesto en mi asiento de cuero. Por mucho que Delilah merezca saberlo, y por mucho que me satisfaga enormemente que Paul desaparezca de su vida —y no voy a pensar en por qué—, contárselo no será bueno para nadie. Ella tendrá que abrir los ojos por sí sola y ver a ese hombre tal y como es.

Intento desviar mis pensamientos hacia otra parte. Al fin y al cabo, tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme que la relación de una mujer con la que me acosté una vez, aunque ahora trabaje para mí.

Y, sin embargo, es el relampagueo de furia que veo en los hermosos ojos verdes de Delilah cuando miro por la ventanilla en lugar de las luces de los coches que pasan.

12

DELILAH

—¿Por qué estamos haciendo esto otra vez? —le pregunto a Alex cuando el taxi se detiene frente al club. Una larga fila de personas serpentea por la manzana. No es de extrañar, teniendo en cuenta el revuelo que ha causado este lugar. Esta noche es su gran inauguración, pero ya se está promocionando como el lugar de moda al que acudirán los ricos, famosos y guapos para dejarse ver.

—Porque llevas semanas trabajando a destajo, primero en tu propuesta y ahora en el proyecto, y necesitas un descanso. Las dos lo necesitamos.

Le doy una palmadita en la rodilla con simpatía. Las cosas han sido un poco difíciles para ella desde que Jaxson se fue a Los Ángeles. Ha estado luchando para superar la separación temporal. Incluso ha empezado a dar clases de diseño de interiores en un centro comunitario algunas tardes a la semana para mantenerse distraída. Supongo que una noche de fiesta nos vendrá bien a las dos.

Después de pagar al conductor, salimos del coche. Me estiro el minivestido verde brillante, que, según Alex, combina con el color de mis ojos. Con las piernas al descubierto y unos zapatos de tacón alto color *nude,* esta noche me siento sexy. Alex lleva unos pantalones ceñidos de cuero negro y un top rojo sin mangas, y está increíble.

Sonrío mientras contemplo las luces brillantes y a toda esa gente bien vestida. Como no era precisamente una chica fiestera durante mis años de instituto y de universidad, la novedad de salir así todavía me resulta emocionante.

Aunque la cola para entrar es larga, no tenemos que guardar turno. Jaxson ha conseguido que nuestros nombres estén en la lista gracias a sus contactos en el mundo de la música. Después de que Alex hable con el portero, este desengancha la cuerda roja y nos dejan pasar.

Se me ponen los ojos como platos al entrar en la discoteca de dos plantas.

En medio del gran espacio abierto hay una barra circular. Las mesas y los reservados con lujosos asientos de terciopelo se alinean junto a la pared exterior, y hay una pista de baile abarrotada con un escenario elevado en un extremo para actuaciones en directo. Una segunda planta con una balconada permite ver a los que se mezclan y bailan abajo.

Me fijo en un hombre con traje negro, grande como una montaña, que está al pie de una escalera al otro lado de la sala. Supongo que ahí es donde está la zona vip.

—¿Tomamos algo primero? —pregunta Alex, y yo asiento. Me apetece tomarme un par de cócteles y bailar un poco. Las últimas semanas han sido emocionantes y tensas a la vez debido a mi relación con Cole. Quiero desconectar y relajarme.

Una vez que tenemos las copas en la mano, nos dirigimos al borde exterior del club y conseguimos una mesa cuando un grupo de personas se marcha. Suspiro profundamente cuando me hundo en el lujoso asiento de terciopelo rojo.

—Parece que hace siglos que no tenemos oportunidad de ponernos al día —digo. Aunque Alex y yo vivimos juntas, las últimas semanas hemos sido como barcos que se cruzan en la noche. Alex pasa las tardes dando clases en el centro comunitario y yo alterno entre hacer largas jornadas de trabajo e intentar pasar más tiempo con Paul, y hace tiempo que no tenemos la ocasión de salir juntas.

Alex le da un largo trago a la copa y sonríe.

—Ya te digo. Y ni siquiera he tenido oportunidad de preguntarte cómo te va con ya sabes quién.

Arqueo las cejas.

—¿Con Paul?

Alex resopla.

—Con tu sexy jefe ladrón de virginidades.

Aunque es imposible que nadie a nuestro alrededor pueda oír lo que dice, hago una mueca.

—Por favor, no te refieras a él de esa manera. ¿Qué tal mi jefe gilipollas y arrogante? Eso funciona.

Alex se ríe.

—Bueno, es cierto, ¿no? Y he visto fotos de él. Es muy sexy, a pesar de ser un capullo arrogante. Quizá es incluso más sexy por eso.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Créeme, no hay nada de sexy en que te acusen de intentar acostarte con alguien para conseguir un trabajo. —Algo por lo que, por cierto, nunca se ha disculpado—. Ni en que menosprecien el recuerdo de la noche en la que perdiste la virginidad. Por no hablar de que me preguntó si pienso en él cuando me masturbo. En su oficina.

—¿Qué? —Alex se echa hacia delante, con una expresión avariciosa en el rostro—. Eso no me lo habías contado.

Le cuento lo que pasó con Cole a principios de semana. Cuando termino, se recuesta en su silla, con el ceño fruncido.

—Eso no es nada profesional.

—Y que lo digas.

—No me parece la clase de tío que haría algo así. Lo que me hace pensar que has calado hondo en él.

Le doy un sorbo a mi cóctel.

—Lo dudo. Estoy convencida de que me detesta tanto como yo a él.

—Mmm. Ya sabes lo que dicen sobre el amor y el odio. Es una línea muy fina, cariño.

—No creo que sea la clase de hombre capaz de sentir amor.

Ella sonríe con aire burlón.

—Entonces, lujuria.

—Es un multimillonario que puede elegir a cualquiera entre un montón de mujeres hermosas ¿y crees que me desea en secreto?

—¿No admitió que se ha estado masturbando por tu culpa?

Me echo a reír.

—Estoy segura de que solo estaba jugando conmigo. Quería meterse en mi cabeza.

Ella se da unos golpecitos con el dedo en los labios fruncidos.

—¿Y si es uno de esos tíos que asume que, al quitarte la virginidad, te ha reclamado como suya?

Suelto una carcajada.

—Lo dudo mucho. Es obvio que no le impresionó que apareciera en su edificio. Ese no es precisamente el comportamiento de alguien que piensa que le pertenezco.

—Vale, entonces, a lo mejor se ha despertado su instinto competitivo al verte con Paul

—Esa es la hipótesis más probable de entre una serie de hipótesis improbables, pero personalmente creo que solo es un sádico cabrón al que le gusta hacer sufrir a la gente.

Ella mueve las cejas.

—Estoy segura de que le gustaría hacerte sufrir.

Niego con la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Vale, ya basta de hablar de mi jefe. ¿Cómo van las cosas con Jaxson?

Frunce el ceño.

—Ha sido más difícil de lo que esperaba estar lejos de él. —Mira su mano izquierda y juguetea con su anillo de compromiso—. Parece que cada vez que lo llamo, está de fiesta con los chicos. Sé que es parte de su estilo de vida, pero no es fácil ser la que se queda atrás.

Dejo la copa en la mesa, me acerco a ella y le doy un abrazo.

—Siento que te resulte difícil, pero seguro que él te echa mucho de menos. Oye, ¿qué tal si nos hacemos una foto ahora y se la enviamos para que vea que no es solo él quien sale y se lo pasa bien?

Alex sonríe.

—Buena idea. —Coge el teléfono y sonreímos para la foto. Luego escribe un mensaje y yo aprovecho para estudiar mi entorno.

La pista de baile está abarrotada y el ritmo de la música hace que mi cuerpo se muera de ganas de salir a bailar y desinhibirse. Miro hacia los balcones del segundo piso y veo a bastante gente contemplando a la multitud. Entonces bajo la mirada y me fijo en la entrada vip.

Una silueta familiar me llama la atención y entrecierro los ojos para ver mejor. No, no puede ser. Seguro que Cole no se rebajaría a ir a una discoteca. Pero cuando se gira para hablar con el hombre que está detrás de él, sé con certeza que es él. Está con otros dos hombres, y un grupo de mujeres guapas se empujan unas a otras para estar a su lado.

Me hundo en mi asiento, esperando que no vuelva la vista hacia mí. Aunque, si lo hiciera, estoy segura de que su mirada gélida me pasaría por alto sin pensárselo dos veces.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Alex, con un tono divertido en la voz.

—Es él —le susurro por encima de la música.

—¿Quién? —pregunta, mirando a su alrededor.

—Él. Está a punto de subir a la sección vip.

Ella mira en esa dirección y, en cuanto lo ve, una sonrisa se dibuja en su

rostro.

—Oh, esto es perfecto.

—¿Por qué es perfecto? Estoy aquí para relajarme y olvidarme del trabajo y de él. ¿No es eso lo que siempre me dices que haga?

—No, estás aquí para divertirte. ¿Y qué hay más divertido que ver a tu ex…?

—No es mi ex.

—¿… tu exligue cuando estás guapísima y parece seguro que los hombres van a pelearse por bailar contigo?

—Nadie va a pelearse por bailar conmigo. Y dudo que Cole se fije en mí en medio de esta multitud. Sobre todo cuando está rodeado de lo que parecen un montón de supermodelos.

—Tú lo has visto, ¿no? Y subestimas lo sexy que eres, Dee. De todos modos, tienes razón. Cole King puede quedarse con sus supermodelos. Esta noche se trata de que te dejes llevar y disfrutes un poco. Así que, vamos. Las dos estamos muy sexys. Acaba tu copa y salgamos a la pista de baile a divertirnos.

Quiero bailar. Cole estará allí arriba con sus mujeres y sus amigos, completamente absorto en sí mismo, y no va a enterase de que estoy aquí. ¿Por qué no olvidarme de él y divertirme?

Apuro lo que me queda de la copa, me levanto de la mesa y le tiendo la mano a Alex. Nos abrimos paso entre las mesas y la gente hasta llegar a la pista de baile.

Resulta que Alex tenía razón. Pronto tenemos a un grupo de chicos bailando a nuestro alrededor. Y también tenía razón en otra cosa: cuando me imagino un par de gélidos ojos azules mirándome desde arriba, sonrío y contoneo las caderas con más ganas.

Al fin y al cabo, fingir nunca le ha hecho daño a nadie.

13

COLE

—¿Cuándo fue la última vez que salimos los tres juntos? —pregunta Tate, alzando la voz para hacerse oír por encima del ritmo trepidante.

Hago girar el whisky en mi vaso.

—Hace mucho tiempo.

Mientras que Tate suele asistir a las inauguraciones de nuestro club, yo solo lo hago de vez en cuando, y Roman, casi nunca. Estoy seguro de que considera que confraternizar con la gente normal está por debajo de su dignidad, por no hablar de hacerlo con sus hermanos.

Pero ahora es más importante que nunca mostrar un frente unido, por lo que todos estamos haciendo acto de presencia en la inauguración de una de nuestras últimas inversiones. No tengo ni idea de si Roman se lo está pasando bien o no. Está recostado en su asiento, bebiendo whisky de primera calidad, con su mirada fría escaneando a la multitud mientras una rubia sexy le susurra al oído algo que estoy seguro de que le importa un comino.

Incluso con la tenue iluminación de la sección vip, puedo ver las ojeras bajo sus ojos, y por primera vez siento una punzada de compasión por él. No debe de ser fácil dirigir un barco tan grande como el nuestro e intentar evitar que todas las ratas lo abandonen.

Crystal, la mujer que se ha pegado a mi lado nada más llegar, me pone la mano en el muslo y me da un apretón.

—¿Te apetece bailar?

—No, gracias —respondo, sin apenas mirarla.

Su mano se desliza más arriba.

—¿Qué tal si después de esto me enseñas tu ático?

Esta vez sí la miro. Recorro con la vista su sedoso cabello rubio, sus pechos turgentes y su cintura estrecha. Es despampanante. Podría hacer cosas mucho peores que llevármela a la cama esta noche. Pero si lo hago, no será a mi apartamento, sino al hotel.

Le dedico una sonrisa indolente, pero no le doy una respuesta.

—¿Cómo está Jessica? —me pregunta Roman de repente.

Frunzo el ceño.

—¿Jessica? Estoy seguro de que está bien. Hace un par de semanas que no la veo. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba si te ha dicho algo sobre su padre.

—No es un tema habitual de conversación cuando estamos juntos. ¿Hay algo que deba saber?

Roman niega con la cabeza y, sin decir nada más, se levanta y se dirige a la barra.

Tate y yo nos miramos. Roman siempre ha sido el hermano más serio, incluso cuando éramos niños. Ahora es prácticamente imposible saber lo que piensa.

Una mujer de cabello oscuro se acerca a Tate.

—¿Quieres bailar, tío sexy?

Tate le recorre el muslo con la mano, y sus dedos desaparecen bajo el dobladillo de su vestido corto. Ella jadea y luego se ríe. Su mano reaparece y él se levanta, tira de ella y la lleva a la pequeña pista de baile de la zona vip.

Me quedo sentado solo, como el único centro de atención de las mujeres que quedan, y empiezo a irritarme. Después de terminar la copa, me levanto también y le digo a mi acompañante rubia que voy al baño. Cuando ella se ofrece a acompañarme, niego con la cabeza. Esta noche no estoy de humor para practicar sexo en un baño.

Aunque los baños aquí sean de primera categoría.

Pensar en practicar sexo en el baño me hace pensar en Delilah. Recuerdo cuando la conocí. Antes incluso de haber intercambiado más que unas pocas palabras, ya me imaginaba llevándola al baño del bar para follar. Fue un impulso extrañamente irresistible. Con sus pechos desbordándose por encima de ese pequeño vestido negro y la forma en que temblaba mientras bebía el whisky, la idea de hundirme en ella se había apoderado de mi cerebro.

Teniendo en cuenta que era virgen, me alegro de no haberle hecho esa sugerencia.

La multitud de mujeres ha crecido en los últimos minutos, así que no regreso a la mesa después de salir del baño y me dirijo al balcón que da a la pista de baile.

Me apoyo en la barandilla, observando a la multitud que se contonea a mis

pies, preguntándome si a Tate le importará que me vaya y me lleve a la rubia conmigo. Estoy a punto de regresar con el grupo y dar una excusa cuando una mujer con un vestido verde brillante me llama la atención. Su cabello oscuro se arremolina alrededor de sus hombros mientras mueve las caderas al ritmo de la música. Por alguna razón, no puedo apartar la vista de ella.

Los hombres revolotean alrededor de ella y de su amiga con aire esperanzado, y yo la miro fijamente. ¿Subirían aquí si enviara a alguien a invitarlas? Solo cuando ella echa la cabeza hacia atrás y levanta los brazos en el aire mientras baila, la reconozco.

Me enderezo.

¿Qué probabilidades había?

Me aferro a la barandilla cuando uno de los hombres se acerca a ella. Busco a Paul entre la multitud, pero no lo veo. O no está bailando o no ha venido con ella. O tal vez ella se ha enterado de lo de Philippa y lo ha dejado.

El hombre se acerca sigilosamente, moviendo las caderas hasta casi rozarle el trasero, y una oleada de irritación me hace rechinar los dientes. Me pregunto cómo reaccionará ella si él la toca. Si ha roto con Paul, quizá lo agradezca.

Clavo la vista en el hombre cuando, cada vez más atrevido, se desliza detrás de ella y le rodea la cintura con el brazo. Delilah se aparta bruscamente de él y se da la vuelta. Sacude la cabeza y se aparta, pero el tipo no parece captar el mensaje y la sigue aunque ella intenta evitarlo. La amiga de Delilah parece dispuesta a intervenir, pero yo ya estoy en marcha. Bajo las escaleras y me acerco sigilosamente a ellos.

Abriéndome paso entre la multitud, veo a Delilah y a su amiga frente al hombre, que ahora tiene el ceño fruncido. Supongo que al muy imbécil no le gusta que lo rechacen.

Con un solo paso, estoy frente a él, agachándome para gruñirle al oído:

—Te sugiero que dejes en paz a estas señoritas o haré que los de seguridad te acompañen fuera del local.

Da un paso atrás.

—¿Quién coño eres tú?

Lo miro desde arriba, así que hay que reconocer que es valiente.

—El dueño. Así que, si no quieres que te expulsen de forma permanente, te sugiero que te vayas. Ahora mismo.

Con una mirada burlona hacia Delilah, lo que me hace plantearme echarlo de todos modos, desaparece entre la multitud.

Me vuelvo hacia ella y veo sus ojos muy abiertos y sus mejillas sonrojadas.

Como ella no dice nada, su amiga interviene.

—Eres su nuevo jefe, supongo…

Le echo un vistazo, fijándome en la ligera curva de sus labios.

—Temporalmente.

Por fin, Delilah habla.

—No tenías por qué intervenir. Podía encargarme yo. —Levanta la barbilla con un gesto obstinado.

—Estoy seguro de que sí, pero este es mi club y no toleramos el acoso.

—Y supongo que todos los casos de acoso reciben atención personalizada por parte del propietario… —Ha bebido un poco, de lo contrario no creo que me estuviera hablando así. O tal vez sí. Lo único que sé es que su actitud me hace hervir la sangre. Y me provoca una erección.

—Necesito hablar con usted, señorita West —digo entre dientes.

Ella sacude el pelo.

—Estoy bailando.

—No te lo estoy pidiendo.

—¿Qué era eso que acababas de decir sobre el acoso?

—Esto no es acoso. Soy tu jefe.

—Pero estoy fuera del horario laboral.

Es tan desafiante… Quiero follar con ella hasta dejarla sin aliento.

—Si estuvieras en casa y te llamara para hablar del proyecto, ¿no me contestarías? ¿Me estás diciendo que no estás dispuesta a hacer horas extra?

Me lanza una mirada de desprecio.

—Está bien.

Se da media vuelta y va hacia el borde de la pista de baile, pero la agarro del brazo y la guío en la otra dirección, más hacia el centro de la multitud de bailarines.

Cuando llegamos a un rincón oscuro, hago que se dé la vuelta para mirarme y me acerco a ella hasta que queda pegada a la pared.

—¿Sabías que iba a estar aquí esta noche? —le pregunto.

Se queda boquiabierta.

—Tienes que estar de coña. ¿Todavía crees que te estoy acosando? No sabía que este era uno de tus clubes. Ni siquiera sabía que tenías clubes. —Las luces brillantes se reflejan en sus ojos, distrayéndome de su respuesta, y nos miramos fijamente durante un instante que parece durar demasiado. Entonces

se humedece los labios—. ¿De qué querías hablar conmigo, Cole?

—¿Sabes?, tu actitud deja mucho que desear —espeto.

—La tuya también.

Me acerco, agacho la cabeza hacia ella y disfruto viendo cómo se le iluminan los ojos y se le acelera el pulso en la garganta de forma visible.

—¿A qué actitud te refieres?

—A acusarme constantemente de intentar manipularte. Y a no haberme pedido perdón nunca.

—¿Quieres una disculpa?

Ella levanta la barbilla.

—Ayudaría.

—¿Por qué?

Parpadea.

—Porque estás equivocado. Y porque… —Baja la mirada y luego la levanta para encontrarse con la mía—. Porque me hiciste daño. —La emoción se refleja en su voz.

Le acaricio la mejilla con el pulgar y luego se lo paso por la delicada piel debajo de su oreja, deslizando los dedos por su nuca.

—¿Cómo te hice daño?

—¿Eso importa?

—Sí. —Y, por extraño que parezca, sí que importa.

Ella deja escapar un suspiro entrecortado.

—Puede que aquella noche que pasamos juntos no significara nada para ti, pero para mí sí. Me alegraba que hubieras sido tú con el que disfruté de mi primera vez. Pensaba que tenía suerte de haber estado con alguien que lo hacía tan bien. Y entonces… Entonces nos volvimos a encontrar y me acusaste de intentar utilizarte, y lo echaste todo a perder. Me hiciste arrepentirme de algo que guardaba en lo más profundo de mi corazón.

Lo que dice no debería molestarme. Estoy seguro de que no es la primera vez que hiero los sentimientos de una mujer. Pero normalmente no me lo dicen. Si lo hicieran, no creo que me importara. En el ambiente en el que me muevo, admitir que te han hecho daño es admitir debilidad. Nadie que opere a nuestro nivel admitirá algo así.

Entonces, ¿por qué la vulnerabilidad en los ojos de Delilah me provoca una opresión en el pecho? ¿Por qué saber que lamenta el tiempo que pasamos juntos me hace querer desnudarla y ofrecerle un nuevo recuerdo al que

aferrarse?

Mi erección crece bajo mis pantalones, y lo único que quiero es empujarla contra la pared, deslizar mi mano bajo el vestidito que lleva puesto y meterle los dedos. Hacer que jadee, se retuerza y se corra para mí, aquí mismo, en el club, delante de todo el mundo.

Hacerla sentir bien de nuevo.

El impulso es tan fuerte que tengo que apretar el puño para evitar tocarla. En lugar de apartarme, que es lo que debería hacer, le agarro un mechón de pelo y lo enrollo alrededor de mi dedo.

—¿Dónde está Paul esta noche? —le pregunto.

Ella se estremece, como si le hubiera recordado que no debe estar tan cerca de un hombre que no es su novio.

—Estaba demasiado cansado para salir. Quería acostarse temprano.

La imagen de Paul con los brazos alrededor de Philippa pasa por mi mente. Apostaría mi Bugatti a que está metido hasta el fondo en la rubia, en lugar de en casa, acostándose pronto. Aunque no entiendo por qué ningún hombre querría estar con esa reina de hielo en lugar de con la mujer que tengo delante.

Sin embargo, la estupidez de Paul es irrelevante. Ya he decidido no interferir en su relación, por mucho que desee volver a saborearla. Arriesgar el proyecto por satisfacer mis deseos sería una estupidez, y nadie me ha acusado nunca de ser un estúpido.

Entonces, ¿por qué leches me echo hacia delante, le pellizco la barbilla entre el pulgar y el índice y le levanto la cara?

—Dudo mucho que Paul esté pasando una noche tranquila en casa.

Delilah se libera de mi abrazo y me mira con ira.

—No sé a qué estás jugando, pero no sabes de lo que hablas. ¿Por qué no vuelves con tus supermodelos y me dejas en paz?

La irritación recorre mis venas, y doy un paso atrás.

—Si quieres cerrar los ojos deliberadamente, es tu elección. A mí no me importa. Como has dicho, tengo cosas mejores que hacer que preocuparme por si a mis empleados los traicionan sus novios. Crystal ya me ha dicho que estaría encantada de follar conmigo toda la noche, y creo que voy a aceptar su oferta. Que pases buena noche, Delilah. Espero que disfrutes del club.

Me doy la vuelta y me alejo, molesto por haber dejado que me afectara. Si quiere confiar en Paul, es su elección.

Vuelvo a la sección vip y me dejo caer en mi asiento. Roman ha

desaparecido; probablemente haya vuelto a la oficina. Tate tiene a su pareja de baile pegada contra la pared, y me recuerda demasiado a cómo acabo de tener a Delilah.

Una camarera me trae otra copa de whisky; la cojo, la apuro de un trago y saboreo el ardiente calor en mi garganta. Crystal aparece a mi lado y se sienta en mi regazo, restregándose contra mi pene, que todavía está medio duro.

—Mmm —ronronea—. Parece que estás listo para llevarme a tu casa.

Recorro con la mirada los pechos que se desbordan de su vestido e imagino cómo le bajo la tela para chuparle los pezones mientras me cabalga. Ya había pensado antes en llevarla al hotel, y la imagen que estoy creando en mi mente debería sellar el trato.

De forma exasperante, la imagen de mi cabeza se transforma: el pelo rubio se vuelve moreno, los ojos azules se vuelven verdes. Y es Delilah la que me cabalga. Delilah echando la cabeza hacia atrás y jadeando mi nombre mientras me ciñe en su interior y exprime hasta la última gota de mi orgasmo.

Mi erección a medias, que ha permanecido impasible durante los contoneos de Crystal y mi idea de llevármela a la cama, se hincha bajo su trasero.

Crystal mueve las caderas, pensando que es por ella, pero cualquier interés que tuviera en acostarme con ella, si es que alguna vez lo he tenido, ha desaparecido. El deseo de revivir mi noche con Delilah se ha apoderado de mis pensamientos. Sin embargo, ella está fuera de mi alcance. Por no mencionar que me odia. Quizás solo necesite un buen polvo para resetear mi cerebro, recordarme que el sexo es sexo y que es fantástico sin importar con qué mujer sea.

Mis ojos vuelven a posarse en las curvas de Crystal y le acaricio un pecho, estirando los dedos y haciéndola gemir. Es un sonido digno de una estrella del porno, y apenas he hecho nada. Me irrita, sobre todo cuando mi memoria se burla de mí repitiendo los jadeos sin aliento y los gemidos necesitados de Delilah cuando la tomé por primera vez.

Bajo la mano y vuelvo a coger mi copa, con la atención puesta en Tate, que lleva a la mujer hacia los baños vip privados.

Hago que Crystal se levante de encima de mí, ignorando su gesto confundido.

—Esta noche no.

Ella frunce el ceño solo por un instante antes de esbozar una sonrisa falsa.

—En otro momento entonces.

Se aleja contoneándose y yo dejo caer la cabeza hacia atrás contra el asiento. Mierda, parece que esta noche me voy a ir a casa solo.

14

DELILAH

Busco a Alex entre la multitud. Cuando la veo en la barra, corro hacia ella.

—Oye, ¿te importa si nos vamos?

Ella frunce el ceño.

—¿Estás bien? —Mira a su alrededor—. ¿Te ha hecho algo?

Todo se vuelve un poco borroso cuando niego con la cabeza. Quizás he bebido más de lo que pensaba esta noche. En cualquier caso, estoy hecha un lío después de lo que acaba de pasar con Cole.

¿Qué acaba de pasar con Cole?

No lo sé, pero cualquier euforia que sintiera ha desaparecido, y saber que él está arriba, en la sección vip, dispuesto a tirarse a la modelo de la que hablaba, me hace querer alejarme lo más posible de aquí. Tampoco es que quiera ser yo a quien se tire. Al fin y al cabo, tengo novio. Lo que ocurre es que no quiero tener la imagen de los dos juntos en mi cabeza.

—Ya no me apetece quedarme. ¿Te importa?

—Por supuesto que no. Vamos.

Nos dirigimos hacia la puerta y me niego a mirar hacia el segundo piso. Después de abrirnos paso entre la multitud que entra en el club, Alex llama a un taxi. Unos minutos más tarde, tras contarle lo básico de lo que ha pasado con Cole, nos vamos a casa.

Debería sentirme aliviada, pero las palabras de Cole siguen dándome vueltas en la cabeza. ¿Por qué habrá dicho esas cosas sobre Paul? ¿Estaba tratando de confundirme? La idea de que él pueda saber algo que yo ignoro me provoca náuseas.

Por mucho que deteste darles crédito a sus palabras, no puedo evitar que la sospecha se apodere de mí.

Me vuelvo hacia Alex.

—¿Te importa si paramos en casa de Paul? Solo será un momento.

Ella me estudia con sus ojos oscuros y luego asiente.

—Claro.

Le doy al conductor la nueva dirección y me recuesto en el asiento. Estoy segura de que Cole es un mentiroso. Paul parecía muy cansado cuando me ha llamado desde su despacho para decirme que no íbamos a vernos esta noche. No creo que me engañe, y menos después de haberme pedido que le diera otra oportunidad.

Cuando llegamos al edificio de Paul, estoy muy nerviosa. Después de asegurarle a Alex que solo tardaré un par de minutos, salgo del coche y uso la llave que me ha dado para entrar en lugar de llamar al timbre.

Subo corriendo el único tramo de escaleras, con el pulso latiéndome en los oídos. No sé cómo voy a explicarme cuando irrumpa en su casa sin avisar. De hecho, teniendo en cuenta lo tarde que es, probablemente ya esté dormido. Me tranquilizo con ese pensamiento mientras giro silenciosamente la llave en la cerradura y abro la puerta.

Las luces del salón están encendidas, pero no hay nadie. Voy de puntillas por la estancia y mi corazón se detiene al ver dos copas de vino sobre la mesa.

Siento un nudo en el estómago. Aunque ya sé lo que me voy a encontrar, soy incapaz de detenerme y me dirijo al dormitorio. Los sonidos que escapan de la puerta entreabierta me oprimen el pecho. Quiero llorar. Quiero huir. Quiero gritarle. Pero primero necesito saber con quién está.

Inspiro profundamente para contener las lágrimas y abro la puerta poco a poco.

Están de espaldas a mí en la cama, Philippa desnuda a cuatro patas y Paul detrás de ella, golpeando rítmicamente su trasero con las caderas. Ella gime y jadea como si su pene fuera lo mejor que jamás haya tenido dentro de ella. Lo único que puedo pensar es que, obviamente, nunca ha tenido el pene de Cole dentro de ella.

Ese pensamiento es suficiente para contener las lágrimas que me escuecen los ojos. Tenso la espalda, resistiendo el impulso de lanzarle las llaves a Paul a la nuca. No voy a malgastar más tiempo ni fuerzas en él, y desde luego no voy a darle a Philippa la satisfacción de montar una escena mientras ella se queda ahí sentada, mirándonos con una sonrisa de satisfacción en la cara. Por lo que a mí respecta, los dos pueden quedarse el uno con el otro.

Regreso a la sala de estar, miro a mi alrededor y veo la mesa de café de mármol blanco. La que tiene las dos copas de vino. También hay un pequeño bolso de mano en la esquina del sofá. Lo recojo, rebusco en él y encuentro lo

que busco: un pintalabios. Lo destapo y garabateo un gran «QUE TE JODAN» en rojo sobre la mesa, lo que me produce más satisfacción de la que esperaba. Luego saco la llave de su apartamento de mi llavero, la dejo caer entre las dos copas de vino, cojo la bonita chaqueta de cuero que me dejé aquí la última vez que pasé la noche y me voy.

No soy discreta al cerrar la puerta principal detrás de mí. Aunque él lo oiga, ya me habré ido para cuando se dé cuenta de lo que ha pasado. Solo cuando llego al vestíbulo empiezan a temblarme las manos.

Corro hacia el coche y me deslizo junto a Alex, tratando de calmar mi pulso acelerado.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y me rodea con sus brazos sin dudarlo mientras el conductor mete la marcha y se aparta de la acera.

—Paul estaba allí con Philippa. Se la estaba tirando. —El dolor comienza a hacer mella en mi fachada de ira.

—Ese puñetero cabrón —masculla Alex con tono de rencor—. Déjame volver allí y arrancarle los huevos.

Suelto una risa temblorosa.

—No vale la pena. Es un pedazo de mierda. No puedo creer que no me diera cuenta. Incluso le di una segunda oportunidad. Me siento como una idiota.

Me aparta unos mechones de pelo de la mejilla.

—Confiabas en él.

Asiento y ella me acaricia la espalda.

—¿Qué le has dicho? ¿Y qué te ha contestado él?

—No me han visto. Estaban follando a lo perrito, de espaldas a mí. —Se me revuelve el estómago al pensar en las noches que he dormido en esa cama. ¿Cuántas veces habrán follado allí?

—Entonces, ¿no sabe que tú lo sabes?

—Le he dejado un mensaje bastante claro.

Le cuento lo que he hecho y ella niega con la cabeza y se ríe.

—Tienes más autocontrol que yo. Yo le habría tirado algo a la nuca.

—Créeme, lo he pensado. —A la ira y el dolor se les suma ahora una nueva emoción: la humillación. Cole lo sabía. O al menos lo sospechaba. Lo que significa que ha visto algo que yo no he visto. ¿Cuántas personas más lo saben? ¿Todo el equipo? ¿Soy el hazmerreír de la oficina?

El coche nos deja en casa y voy hasta la puerta. Me cuesta meter la llave en la

cerradura, así que Alex me la quita con delicadeza y abre para que podamos entrar.

Dejo caer mi bolso sobre la mesa.

—Voy a darme una ducha.

—Lo siento, Dee. De verdad. —Alex me da un largo abrazo.

Suelto un suspiro entrecortado.

—Nunca te ha gustado.

—Porque no creía que fuera lo bastante bueno para ti —dice, apartándome el pelo de la cara.

Asiento, odiando que las lágrimas sigan picándome en los ojos cada vez que recuerdo lo que he visto. También odio que mi mente siga pensando en Cole y en el hecho de que él lo sabía. Que prácticamente me lo ha dejado claro y que yo le he dicho que no sabía de lo que estaba hablando.

Abro el grifo de la ducha al máximo y dejo que el agua caiga sobre mí. Paul no ha llamado, lo que significa que, o bien no ha visto mi mensaje todavía, o bien lo ha visto y es demasiado cobarde para hablar conmigo.

De repente, me invade una oleada de náuseas. ¿Cómo leches voy a poder enfrentarme a él y a Philippa el lunes con la imagen de lo que he visto rondándome la cabeza? ¿Cómo voy a poder entrar en nuestra reunión semanal y mirar a Cole a los ojos?

¿Y por qué sigo pensando en Cole?

Cierro la ducha y me pongo el pijama. Estoy saliendo del baño cuando suena el timbre de la puerta. El aire se me escapa de los pulmones y me quedo paralizada.

—Dee, es él —dice Alex—. ¿Qué hago? Si quieres, puedo bajar y echarle la bronca.

Por muy tentador que sea acurrucarme en el sofá y dejar que ella le eche la bronca, algo que, por el brillo de sus ojos, sé que iba a disfrutar mucho, es algo que tengo que hacer yo misma.

Me dirijo al salón y cojo el interfono. No digo nada. Él lo habrá oído y sabrá que alguien está escuchando.

—¿Delilah? ¿Eres tú?

—Sí. —Es todo lo que le digo.

—Delilah, cariño, por favor, déjame subir para que podamos hablar.

Aprieto el auricular con fuerza.

—No, gracias. Prefiero que no vuelvas a poner un pie en este apartamento.

—Bueno, ¿puedes bajar? Necesito hablar contigo.

—No voy a bajar. Si tienes algo que decir, puedes decirlo así.

Él deja escapar un profundo suspiro.

—Lo siento mucho, cariño. No sé qué has visto, pero tienes que saber que te quiero mucho. Nunca he querido hacerte daño. Lo que ha pasado esta noche ha sido un error. Eso es todo. Y si me perdonas, te prometo que no volverá a pasar. Solo… Solo baja para que pueda verte.

La ira es como una piedra dura clavada en mi pecho.

—No puedes hablar en serio. ¿Un error? Te he visto follando con esa mujer, Paul. Y no era una mujer cualquiera, sino alguien con quien tengo que trabajar. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Cariño, por favor…

—No me llames cariño. Ya no tienes derecho. Además, nunca me ha gustado.

—Delilah…

—¿Sabes qué? Ya he oído suficiente. Me has faltado al respeto de la forma más vil posible y no tengo nada más que decirte. En el trabajo, te agradecería que limitaras nuestras interacciones a las estrictamente necesarias para completar este proyecto. Y dile a Philippa que se mantenga alejada de mí.

Cuelgo y Alex inmediatamente me abraza, sosteniéndome mientras las lágrimas que he estado conteniendo se derraman por fin, más por la ira y la humillación que por el desamor.

—Estarás bien. Ahora duele, lo sé, pero lo superarás y encontrarás a alguien mucho mejor. Te lo prometo.

Asiento, con las lágrimas anegándome el rostro.

Aprovecharé este momento para llorar y dejar salir todo mi dolor, mi decepción y mi ira. Y luego, el lunes, iré a trabajar con la cabeza bien alta.

Miro la hora en la pantalla de mi ordenador, inspiro hondo, cojo el teléfono y me conecto a la línea del asistente personal de Cole.

—Oficina de Cole King —responde Samson.

—Hola. Soy Delilah West, del equipo de arquitectura. ¿Podría concertar una reunión rápida con el señor King en algún momento de hoy?

—Espere, por favor. —Se oye el leve clic de las teclas al otro lado de la línea —. Tiene quince minutos disponibles esta tarde a la una. ¿Le viene bien?

—Sí, está bien. Gracias.

Bajo el auricular y aprieto los puños. No quiero hacer esto. De verdad que no. Pero lo haré.

Esta mañana he cumplido lo que me había prometido. He entrado en la oficina con la cabeza alta, aunque tenía un nudo en el estómago. Paul me esperaba junto a mi escritorio, y la ira que me ha invadido al ver su rostro me ha dejado sin aliento.

—Delilah… —ha comenzado, tendiendo la mano hacia mí, y yo me he echado hacia atrás.

—No me toques.

Ha bajado la mano, pero ha seguido hablando y ha repetido lo mismo que me dijo el viernes por la noche.

Y yo le he dado exactamente la misma respuesta.

Al darse cuenta de que no iba a cambiar de opinión, ha suspirado profundamente y se ha ido.

Me he hundido en mi asiento, temblando, y he intentado dejar de pensar en él sumergiéndome en mi trabajo, pero seguía volviendo a la noche del viernes en el club. No dejaba de recordar a Cole acercándose hacia mí para hablarme de Paul, y lo que le dije después.

Ha sido en ese momento cuando he cogido el teléfono y he concertado una cita para verlo. Y por eso estoy ahora sentada a la puerta de su despacho con el corazón acelerado.

—Puedes entrar —dice Samson.

Inspiro hondo, me levanto, me estiro la falda y llamo a la puerta.

—Pase.

Entro y cierro la pesada puerta de madera detrás de mí. Cole está sentado ante su escritorio, recostado en la silla. Trago saliva con dificultad, contemplando la anchura de sus hombros envueltos en su impecable chaqueta de traje a medida. Sus fríos ojos azules me taladran y un pequeño escalofrío me recorre la espalda.

—No esperaba verla hoy, señorita West. ¿A qué debo este placer?

Me acerco unos pasos y entrelazo las manos delante de mí.

—Quiero disculparme y… —suspiro temblorosamente— darte las gracias.

Enarca sus cejas oscuras y se echa hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

—¿Por qué?

—Tenías razón sobre Paul.

Me mira fijamente durante un momento, luego se levanta y va hacia el frente de su escritorio.

—¿Y en qué tenía razón?

Inspiro hondo y me preparo.

—Después de salir del club el viernes por la noche, pasé por su apartamento. No estaba solo. No hace falta decir nada más.

Algo se refleja en su rostro.

—No puedo decir que me sorprenda. Pero lo siento.

Me muerdo el labio inferior y asiento. Con su expresión indescifrable, es difícil saber hasta qué punto es sincero.

Da un paso adelante y se detiene cuando está lo bastante cerca como para levantarme la barbilla. Hay una leve arruga entre sus cejas.

—¿Estás bien?

Abro la boca, pero no me sale nada. No sé cómo responder a esa pregunta. Estoy dolida, enfadada y humillada, pero no quiero hablar con Cole sobre ello.

—Estoy bien.

Me mira a la cara y, de repente, vuelve a su escritorio, se echa hacia un lado y pulsa el intercomunicador.

—¿Sí, señor? —responde Samson.

—Por favor, llama a Paul, del equipo Elite, y pídele que venga a mi despacho inmediatamente.

—Por supuesto, señor King.

Abro mucho los ojos. ¿Por qué quiere que venga Paul?

—Y Samson —continúa—, no me avises cuando llegue. Yo te diré cuándo estoy listo para recibirlo.

—Sí, señor.

—¿Por qué quieres hablar con Paul? —le pregunto en cuanto cuelga.

Cole me mira fijamente.

—Está causando problemas en mi equipo.

Niego con la cabeza.

—Es un asunto personal. No he venido aquí para que lo arregles.

—No voy a arreglar nada. —Frunzo el ceño—. Ya te lo he dicho. No me gusta que la gente se entrometa en mis proyectos, y si Paul te está causando problemas a ti, me los está causando a mí. —Mis hombros se hunden un poco. Por supuesto que su preocupación es por el proyecto en vez de por mí. No sé

por qué habría imaginado lo contrario. Se acerca de nuevo—. Sabes que te mereces a un hombre mejor que él.

Enderezo los hombros y levanto la barbilla.

—Lo sé.

—Nunca habrías sido feliz con él a largo plazo.

—Lo sé. —Esta vez lo digo en voz más baja más temblorosa, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Da un paso más, y tengo que echar la cabeza hacia atrás para encontrar su mirada. Sus ojos recorren mi rostro y el aroma amaderado y masculino de su loción para después del afeitado me transporta directamente a la noche que pasamos juntos. Es un recuerdo peligroso que evocar en este momento.

Me humedezco los labios y él baja la vista hacia ellos. Recuerdo lo que sentí al tener su boca sobre la mía. Recuerdo sus manos sobre mi piel, sus dedos dentro de mí, y mi cuerpo palpita con una necesidad repentina.

Cole me sujeta la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Nunca te habría satisfecho. —No digo nada: estoy paralizada. El calor que emana de su cuerpo me calienta. Su pulgar recorre mi labio inferior—. ¿Hizo que te corrieras como yo, Delilah? —El tono ronco de su voz hace que mis pezones se pongan duros. No respondo—. ¿Gritaste por él, le suplicaste que te llenara una y otra vez? ¿Te retorciste y gemiste por él?

Las imágenes son demasiado vívidas, me afectan demasiado y no puedo dejar que me afecte. No puedo dejarme llevar por su encanto. No acabará bien.

Pero dudo, aunque sé que es una mala idea, porque huele muy bien y recuerdo lo increíble que me hizo sentir. Él percibe mi debilidad y una sonrisa se dibuja en sus seductores labios.

Luego da un paso más.

15

COLE

La empujo contra la puerta, me echo sobre ella y apoyo las manos a los lados de su cabeza.

Ella levanta la cara hacia mí, con los ojos centelleantes.

—¿Qué quieres, Cole?

—Sabes lo que quiero.

Ella deja escapar un suspiro tembloroso.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres eso de mí? Puedes elegir entre muchas mujeres. ¿Por qué arriesgar nuestra relación profesional por esto?

Bajo la cabeza y le rozo la mejilla con la nariz hasta llegar a su oreja.

—Porque quiero volver a saborearte. Quiero ver si ahora te corres tan dulcemente para mí como lo hiciste entonces. —Su respiración se entrecorta y vuelvo a rozarle la suave piel de la mejilla, esta vez con los labios—. Piénsalo. A estas alturas, Paul estará aquí arriba, justo al otro lado de esta puerta. Estará sentado ahí fuera, esperándome pacientemente mientras yo te hago llegar al clímax. Si eso no es venganza, no sé qué es.

—No voy a follar contigo en tu oficina.

Hay mucha menos convicción en esa afirmación de lo que ella debe de creer. Mis labios bajan hasta quedarse suspendidos justo encima de los suyos.

—No te estoy ofreciendo acostarme contigo en mi oficina.

—Entonces, ¿qué…?

—No voy a follar contigo, pero voy a hacer que te sientas bien. Solo tienes que confiar en mí y mantenerte callada, como la buena chica que me demostraste que eres la noche en que nos conocimos. ¿Puedes hacerlo?

Estoy casi seguro de que me rechazará, pero contengo la respiración mientras espero.

Pasan unos segundos y entonces ella responde.

—Puedo hacerlo.

Joder, sí.

Estoy siendo imprudente. Lo sé. Pero no me importa. Ahora mismo, no pienso en nada más que en Delilah y en hacer que se corra. No pienso en mi padre ni en lo que hizo. No pienso en los inversores que dudan de lo que mis hermanos y yo podemos lograr.

Ella es lo único en lo que pienso.

Alargo una mano y la deslizo por su muslo, engancho el dobladillo de su falda y se la subo hasta el culo. Retiro la mano y observo su rostro mientras la acaricio por encima de las bragas. Sus labios se separan y sus ojos se vuelven vidriosos. Mi pulgar encuentra una mancha húmeda y, cuando la presiono, sus caderas se contonean y un gemido susurrado escapa de sus labios. Me invade una sensación de triunfo. Está mojada. Está conmigo, en mi oficina, con las bragas mojadas.

La necesidad de hundirme en ella es tan fuerte que mi pulso se acelera. Pero eso no puede suceder. Solo voy a permitirme un momento más para saborearla.

Deslizo la mano bajo el sedoso tejido, y mis nudillos rozan la suave y tersa piel de su sexo.

—Cole —susurra, y yo le muestro los dientes en una sonrisa que probablemente parece más que un poco salvaje.

Hundiéndome más profundamente, me deslizo en su calor resbaladizo, y se me seca la boca al anticipar que voy a sustituir mis dedos por mi lengua. La marca de un mordisco en la base del cuello de Delilah atrae mi mirada, y quiero deslizar mis labios sobre ella. Quiero pasar los dientes por su cuello y chuparle la delicada piel hasta dejarle una marca para que cuando vaya junto a Paul, sepa exactamente lo que ha pasado aquí.

Pero no voy a hacerlo, porque sería absurdo. Me importan una mierda Paul y sus meteduras de pata, salvo porque me han permitido volver a hacer esto. No tengo ni puta idea de dónde ha salido ese deseo de marcarla.

Me sacudo ese pensamiento, pongo mi pulgar contra su clítoris y luego deslizo mi dedo más profundamente antes de sacarlo y repetir el proceso.

Ella gime, y yo casi lo hago también. Había olvidado lo estrecha que es… Su cuerpo me ciñe los dedos que tengo dentro de ella.

Las caderas de Delilah comienzan a moverse al ritmo de mi mano. Tiene los ojos entrecerrados y los labios entreabiertos mientras la contemplo.

—Más, Cole. Por favor.

Si cree que mi objetivo final ahora mismo es hacerla llegar al orgasmo con los dedos, está muy equivocada. Suelta un pequeño grito cuando saco la mano de sus bragas y me mira con los ojos muy abiertos. Una sombra de duda cruza su rostro, como si pensara que he terminado, como si creyera que le he prometido que iba a sentirse bien para después dejarla colgada.

Tiene mucho que aprender sobre mí.

Me arrodillo, engancho los dedos en su ropa interior y se la bajo por los muslos.

Su jadeo me indica que no se lo esperaba.

—Levanta —ordeno, dándole un golpecito en el tobillo, y ella sube un pie y luego el otro para que pueda sacarle las bragas. Me las guardo en el bolsillo—. Sujétate la falda.

Tiene las pupilas dilatadas y las mejillas sonrojadas, pero obedece: se recoge la falda, mueve las caderas para pasar la tela ceñida por su trasero y luego se la sujeta a la cintura.

Ya está brillando de deseo, y la lujuria late con fuerza en mi sangre. Noto la erección dentro de mis pantalones, pero tendrá que esperar.

Utilizo los pulgares para separarle los pliegues y se me hace la boca agua al ver lo mojada que está. Luego me echo hacia delante y paso la lengua desde su entrada hasta su clítoris en un largo lametón. Su sabor casi me hace poner los ojos en blanco. Está deliciosa, como el mejor vino. ¿Cómo es posible que la haya tenido en este edificio durante el último mes y no haya hecho esto antes?

Entonces lo recuerdo.

Paul.

Él ha sido quien la ha saboreado, quien la ha hecho gemir y temblar. La idea me pone los pelos de punta. Pero se acabó. Ese cabrón la ha cagado, y ahora soy yo quien tiene la boca entre sus piernas.

Chupo y lamo su clítoris, y deslizo un dedo dentro de ella. Su respiración se acelera, pero hasta ahora se ha mantenido callada. Eso cambia cuando meto otro dedo dentro de ella. Echa la cabeza hacia atrás hasta chocar contra la puerta. No traquetea, porque es una puerta sólida, pero hace un ruido sordo.

Le rozo el clítoris con los dientes y luego levanto la vista hacia su rostro.

—Silencio, señorita West, a menos que quiera que toda la oficina se entere de que está aquí, con mi lengua en su sexo.

—¡Cole! —jadea, y se aferra a mi pelo cuando vuelvo a lamerla y a

penetrarla. Sé que está a punto cuando sus caderas se contonean—. Dios mío, Cole. Voy a correrme.

Le acaricio el bulto hinchado de nervios con el pulgar, con un ritmo rápido, mientras mi lengua se clava en ella.

Delilah inspira bruscamente al sentir la sensación, y la doble estimulación es demasiado para ella. Me clava las uñas en el cuero cabelludo y su pelvis se echa hacia delante, pegándose a mi cara, y entonces se corre. Suelta pequeños gemidos jadeantes mientras sus músculos internos se contraen a mi alrededor, y yo gimo contra su piel resbaladiza, saboreando la excitación que emana de ella.

Cuando se desploma hacia atrás, paso mi lengua por ella una última vez y luego me levanto. Me llevo a la boca los dedos que tenía dentro de ella y los lamo hasta dejarlos limpios, luego me paso la mano por los labios y la barbilla. No estoy limpiándome, estoy haciendo que cale en mi interior. Cuando me echo hacia delante, con mi boca sobre la suya, sus ojos se abren porque debe de pensar que voy a besarla, pero no lo hago porque esto no va así.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

En cambio, paso mi lengua por sus labios y gimo cuando ella saca la suya para seguir el rastro de la mía.

—Ahora, cuando pases junto a Paul, tendrás nuestro sabor en los labios —mascullo.

Me enderezo y me aparto de ella. Es una visión gloriosa: la mejillas sonrojadas, los ojos ligeramente vidriosos, la falda aún agarrada a la cintura. Quiero echarla sobre mi escritorio y follar con ella. Pero cierro los ojos e inspiro hondo para frenar ese impulso.

—¿Me devuelves las bragas? —pregunta.

—No. —Me mira fijamente, pero en lugar de discutir, se baja la falda por los muslos y estira las arrugas. Luego se arregla un poco el pelo, evitando mi mirada. Sin embargo, no voy a dejar que se salga con la suya—. Parece que nos estamos acostumbrando a la venganza.

Su mirada se cruza con la mía, y no estoy seguro de lo que veo en ella. Más vale que no sea un puñetero arrepentimiento.

—No volverá a pasar —dice—. Y no quiero tener nada que ver con Paul. Al menos, fuera del trabajo.

Asiento, satisfecho de saber que Paul ya no va a tener más oportunidades. Menos satisfecho de que ella afirme que esta ha sido la última vez que voy a

tocarla. Después de haber vuelto a probarla, no estoy seguro de que vaya a ser feliz hasta que folle con ella de nuevo. Hasta que me haya saciado completamente de ella. Pero lo veremos llegado el momento.

Delilah termina de arreglarse, y, en lugar de quedarme junto a ella y dejarle claro que no estoy del todo de acuerdo con su declaración, regreso a mi escritorio.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—¿No vas a… eeeh… limpiarte? —Me mira la boca y luego la mano.

Sonrío con aire burlón.

—Cuando Paul entre, quiero que me estreche la mano que está cubierta de tu esencia.

Abre la boca y se le enrojecen más las mejillas, pero algo brilla en sus ojos, y me pregunto si mi gatita no tendrá, al final, un lado más vengativo. En lugar de protestar, se muerde el labio inferior y hace un gesto de asentimiento.

Antes de lo que esperaba, se da media vuelta, abre la puerta y sale. Por mucho que me hubiera encantado ver cómo pasa junto a Paul sin bragas, con la cara aún sonrojada por el orgasmo, esa no es mi forma de hacer las cosas.

En cambio, espero unos minutos y luego pulso el interfono para pedirle a Samson que haga pasar a Paul.

Cuando entra por la puerta, lo estoy esperando con la mano extendida.

Oculto una sonrisa burlona cuando él me la estrecha.

—Siéntate, Paul.

Le señalo la silla que hay frente a mi escritorio. Después de que se siente, lo rodeo para acomodarme tras él. Antes de decir lo que tengo que decir, me lamo los labios y cierro los ojos un segundo para saborear el gusto de Delilah. No me importa si eso me convierte en un capullo. Al fin y al cabo, hay que serlo para reconocerlo, y yo supe que Paul era un capullo desde el momento en que lo conocí.

Mi silencio debe de estar poniendo nervioso a Paul, porque se mueve en la silla y juguetea con la corbata. Luego carraspea.

—No estoy muy seguro de por qué me ha llamado, Cole… —Mis cejas arqueadas lo hacen atragantarse—. Eeeh, quiero decir, señor King. Si quiere información actualizada sobre el proyecto, no tengo nada preparado.

—No quiero que me pongas al día. Delilah me ha dado toda la información que quería. —Si él supiera…

Una sombra de ira cruza su rostro al mencionar a su exnovia. Casi me vuelvo

a humedecer los labios, pero me contengo.

—Te he llamado porque me han informado de una cuestión que creo que hay que abordar.

Paul parece un poco confundido.

—Si tiene alguna preocupación con respecto a alguien de mi equipo…

—No es nadie de tu equipo. Eres tú.

La sorpresa se refleja en su rostro, pero se recupera rápidamente.

—¿Yo?

—Sí. Me ha llegado el rumor de que has mantenido una relación personal con dos miembros de tu equipo. Al mismo tiempo.

Aprieta los labios y vuelve a recolocarse.

—No sé qué le habrá dicho Delilah…

—Delilah no ha sido la fuente de mi información.

Frunce el ceño, como si no pudiera imaginar ninguna otra forma en la que yo pudiera haberlo descubierto.

—Eeeh, vale. Bueno, quienquiera que le haya pasado esa información estaba equivocado.

Entrecierro los ojos y me recuesto en la silla. Espero que Paul se dé cuenta de que ahora mismo se encuentra en una situación muy delicada.

—¿En qué?

Por el pánico en sus ojos, parece que sí se da cuenta.

—Sí, bueno. Actualmente no. No sé si lo sabe, pero he terminado… Quiero decir, mi relación con la señorita West ha terminado. —La ira me quema las entrañas. Iba a decir que había terminado su relación con Delilah, pero obviamente ha cambiado de opinión al recordar que acababa de reunirme con ella.

—Puede ser, pero durante el tiempo que estuviste con la señorita West, también salías con la señorita Grant, ¿verdad?

—No estoy seguro de que eso sea asunto suyo —replica.

—Ah, pero ahí es donde te equivocas, Paul. Mi empresa está invirtiendo una importante cantidad de dinero en este proyecto, y elegimos a la tuya basándonos en tus diseños y en el entendimiento de que tú y tu equipo os comportaríais de manera profesional. El hecho de que mi director de proyecto tenga un problema no solo con una, sino con dos miembros de su equipo, es una situación que podría provocar fácilmente una importante agitación emocional y, por lo tanto, afectar al buen funcionamiento del equipo. Eso es

cien por cien asunto mío.

Paul se queda pálido.

—Claro, sí, entiendo lo que quiere decir. Bueno, la situación ya se ha resuelto, y puedo prometer que no volverá a ocurrir nada parecido.

—Espero que no. Porque si me entero de que actúas de manera poco profesional mientras estás contratado por King Group, me veré obligado a reevaluar tu posición en el equipo que se encarga de nuestro proyecto.

Una parte de mí quiere hacerlo de todos modos para darle una lección por meterse con Delilah. Pero mi lado más lógico se da cuenta de que dejar que las emociones influyan en mis decisiones empresariales es absurdo. Aparte de sus malas decisiones con respecto a Delilah y Philippa, es un buen gestor de proyectos. Sin embargo, hay algo que puedo hacer que no tendrá un impacto tan grande en el trabajo.

Me echo hacia delante.

—Espero que lo organices todo inmediatamente para encontrarle un sustituto a la señorita Grant.

—Pero Elite la asignó a este puesto. No puedo… —tartamudea Paul.

—Sí que puedes. Porque si no lo haces tú, lo haré yo. Y no creo que quieras que tus socios principales reciban una llamada mía. No me importa lo que les digas para que se haga el cambio, pero si me toca hacerlo a mí, les diré exactamente cuál es el problema. Y te garantizo que eso no acabará bien ni para ti ni para la señorita Grant.

Paul traga saliva de forma casi audible.

—Lo entiendo, señor King. Lo organizaré inmediatamente. Y le prometo que no haré nada que ponga en peligro el proyecto. —Le dedico una mirada evaluadora y no puedo resistirme a pasarme el dedo por el labio inferior, como si estuviera considerando sus palabras. En realidad, solo disfruto sabiendo que él no tiene ni idea de que ese dedo acaba de estar metido dentro de Delilah.

Ya he tenido suficiente. Quiero que se vaya de mi oficina. No solo porque ya no tengo interés en hablar con él, sino también porque necesito ocuparme del latido insistente que hay dentro de mis pantalones.

Asiento como si hubiera tomado una decisión.

—Asegúrate de ello.

El alivio hace que sus hombros se aparten de sus orejas, y solo cuando lo miro en silencio durante unos segundos más se da cuenta de que quiero que se largue. Se apresura a ponerse de pie.

—Gracias, señor King.

En cuanto se marcha, me levanto de la silla y me dirijo al baño. Otra vez. Esto se está volviendo ridículo. De alguna manera, tengo que sacarme a Delilah de la cabeza para poder concentrarme en los negocios. Esta empresa es lo único que nos mantiene unidos a mis hermanos y a mí, y no puedo permitir que una pequeña arquitecta, por muy atractiva que sea, me distraiga de ello.

Sin molestarme en cerrar la puerta con llave, en cuestión de segundos me desabrocho los pantalones y me agarro el pene.

Solo tengo que averiguar cómo demonios hacerlo.

16

DELILAH

Por más de una razón, no puedo mirar a Paul al pasar junto a él. Lo que acabo de hacer se repite una y otra vez en mi mente. Lo que he dejado que Cole me hiciera. En su despacho. En el edificio en el que trabajo. Con Paul esperando fuera.

¿Qué leches me ha pasado?

Esta no soy yo. Soy la chica que agacha la cabeza, trabaja duro y consigue lo que se propone. No soy la chica que deja que su jefe le practique sexo oral en su oficina. ¿Qué tiene Cole que me hace actuar de forma tan extraña?

Con las piernas temblorosas, regreso a mi escritorio. Si antes pensaba que no podía concentrarme, ahora estoy aún más dispersa.

Cada vez que pasa alguien, doy un respingo, imaginando que es Paul y que de alguna manera ha descubierto lo que he hecho. Tampoco es que sea asunto suyo ya. Como esto ha sido tan poco propio de mí, me siento como si en cualquier momento alguien fuera a señalarme con el dedo y a acusarme de comportamiento reprobable.

Pero Paul no viene y Cole tampoco. ¿Por qué iba a hacerlo? Está jugando conmigo, o con Paul. No sé por qué. Quizás está aburrido.

Lo único que sé es que este trabajo es importante para mí y que ahora mismo estoy en una situación muy delicada.

Me obligo a concentrarme en mi modelo CAD y consigo llegar al final de la jornada. Veo a Paul en su despacho, pero, por suerte, no se acerca a mí. No he visto a Philippa en todo el día, lo cual no es tan raro, ya que solo viene a veces. En cualquier caso, es un alivio. Cuando llegan las cinco, cierro sesión, cojo mi bolso y me voy.

Al llegar a casa, me meto en la ducha y espero a que el agua caliente me relaje los músculos. Por más que lo intento, no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado en la oficina de Cole. Mis pezones se tensan, tengo la piel hipersensible y suelto un gemido. ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza? Sí, el sexo con

él fue mucho mejor que cualquier cosa que haya tenido con Paul después. Y en su despacho esta tarde… Bueno, eso ha ido más allá de cualquier cosa que cualquier hombre me haya hecho jamás.

Pero sigue siendo un capullo arrogante y despiadado, aunque sepa cómo hacer que mi cuerpo se estremezca.

Después de secarme, me visto y voy a la cocina a preparar la cena. He comido, he lavado los platos y estoy sentada en el sofá con mi portátil cuando oigo girar la llave en la cerradura y entra Alex.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta; se acerca, se agacha y me da un abrazo—. ¿Has visto a Paul?

—Me estaba esperando en mi mesa cuando he llegado.

Ella frunce el ceño.

—Será imbécil… Nunca le ha interesado darte lo que necesitabas.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento.

—Le he dicho que me dejara en paz y lo ha hecho.

—¿Así que esa sido la última vez que lo has visto?

Me muerdo el labio.

—Bueno… Más tarde me lo he encontrado en la puerta del despacho de Cole.

Ella arquea las cejas.

—¿Y qué hacíais los dos ahí? —Siento cómo se me suben los colores a las mejillas—. ¿Qué has hecho, Dee?

—Solo he ido a disculparme por lo que le dije el viernes por la noche y a darle las gracias por contarme lo de Paul.

—Vale, ¿y qué ha pasado? Es obvio que ha pasado algo. Si no, no estarías tan roja como un tomate. —Me tapo la cara con las manos.

—Me ha practicado sexo oral. Mientras Paul estaba fuera esperando para reunirse con él. —Bajo las manos y veo que Alex está boquiabierta.

—¿En serio?

Asiento, sin saber muy bien si reír o llorar.

Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro, y suelta una carcajada.

—Odio decirlo, pero me gusta el estilo de ese tipo. Paul se lo merece, por gilipollas y egoísta. —Entonces se fija en mi cara—. ¿Qué pasa? ¡No me dirás que te da pena!

—No. Pero casi me siento mal porque no me siento mal.

—Bien. Espero que hayas pasado pavoneándote delante de él al salir.

Esbozo una sonrisa que no tarda en desvanecerse.

—Creo que ha sido lo menos profesional que he hecho nunca. No sé cómo voy a volver a mirar a Cole a la cara.

Alex se sienta a mi lado.

—¿Quién ha dado el primer paso?

—Él.

Alex asiente.

—¿Crees que Cole está perdiendo el tiempo preocupándose por si ha actuado de forma profesional? ¿Crees que ahora mismo está en casa preguntándose cómo va a poder mirarte a la cara mañana?

—Probablemente no.

—Ni por asomo, la verdad. Probablemente esté masturbándose y planeando lo que te hará la próxima vez que te tenga en su oficina.

—No habrá una próxima vez. Él mismo ha dicho que solo era por venganza.

Alex ladea la cabeza y sonríe con sorna.

—Ah, mi pobre e ingenua amiga. ¿De verdad crees que Cole te ha practicado sexo oral por la bondad de su alma? ¿Porque es una especie de buen samaritano sexual? —Suelto una carcajada—. No, querida. Probablemente ese hombre se moría de ganas de saborearte otra vez desde que has vuelto a entrar en su vida.

—¿Te refieres a después de que dejara de creer que solo me había acostado con él para sacar ventaja en nuestra propuesta?

—Bueno, sí, después de eso. Pero está claro que te desea. Y si yo estuviera en tu lugar, lo aprovecharía. La próxima vez que estéis a solas, dile que quieres el menú completo, no solo el aperitivo.

—Sinceramente, no creo que eso vaya a suceder. Él puede tener a las mujeres más hermosas de Nueva York. ¿Por qué iba a arriesgarse a tener una relación secreta conmigo en el trabajo?

—Te subestimas demasiado, Dee. Y cualquier hombre que no crea que vales la pena es un idiota con el que no querrías estar de ninguna manera. —Su voz se suaviza—. No permitas que los imbéciles de este mundo afecten a la opinión que tienes de ti misma, ¿de acuerdo?

Le dedico una sonrisa de agradecimiento, sabiendo que no se refiere solo a Paul. Unos meses después de que nos fuéramos a vivir juntas, le confié lo de mi padre, un miembro de la alta sociedad de un pequeño pueblo, cuya empresa familiar era la propietaria de la mayoría de los negocios de la localidad. Mi

madre se había enamorado de él, creyendo que él sentía lo mismo por ella, hasta que un condón defectuoso le había demostrado lo contrario. Él se había marchado diciéndole que había sido divertido, pero que no quería tener hijos, sobre todo con alguien con quien estar era rebajarse. Mi madre no me lo había dicho así, pero no había sido difícil leer entre líneas.

Él la había rechazado, nos había rechazado a ella y a mí, y luego se había casado con una mujer de una familia tan rica como la suya y había tenido dos hijos; dos medio hermanos que dudo que sepan siquiera que existo.

Tampoco es que me importe mi padre. Después de todo, ¿por qué iba a querer tener nada que ver con un hombre que había abandonado a una chica de dieciocho años para que criara a su hija sola? Al menos, eso era lo que me decía a mí misma de pequeña. Pero de tarde en tarde, cuando veía lo cansada que estaba mi madre y lo mucho que trabajaba para mantenerme, me preguntaba por qué él no nos había querido.

La voz de Alex me devuelve al presente.

—Supongo que tendremos que esperar a ver qué pasa, pero apuesto a que Cole te llamará a su oficina a primera hora de mañana para repetir la jugada.

Niego con la cabeza, pero Alex solo sonríe y se va. Miro el esquema que hay en mi pantalla, pero mi mente no está centrada en el trabajo en este momento. ¿Tendrá razón Alex sobre Cole? Y si es así, ¿qué voy a hacer al respecto?

Al día siguiente, cuando estoy ante mi escritorio, se me acelera el pulso con cada notificación de correo entrante, con cada llamada de teléfono. Estoy esperando que me digan que tengo que ir al despacho de Cole, y no sé si lo temo o lo ansío. Recibo varios correos de Paul, incluido uno en el que me informa de que King Group ha nominado nuestros proyectos para los premios H+ Architectural Design Awards, lo que, incluso con mi actual confusión emocional, me hace sentir una rápida oleada de orgullo. Su correspondencia ha sido completamente impersonal y relacionada con el proyecto, por lo que debe de haber aceptado por fin que no me interesa nada de lo que tenga que decirme.

Cuando acaba la jornada sin que haya sabido nada de Cole, una mezcla caótica de emociones se revuelve en mi interior. Al parecer, Alex se equivocaba. Debería estar contenta, así que ¿por qué siento una decepción que me oprime el pecho como un peso de plomo?

Esa noche, cuando Alex regresa de dar sus clases, me pregunta qué ha pasado en la oficina. Cuando le digo que nada, se le cae el alma a los pies.

Entonces dice que probablemente Cole no quiere parecer demasiado ansioso y que está segura de que mañana irá a buscarme.

Pero vuelve a equivocarse.

No lo veo ni sé nada de él en toda la semana. Cuando llega la reunión del equipo del viernes, no sé si seré capaz de mirarlo a los ojos. Estoy avergonzada, enfadada y estúpidamente dolida. Dejé que las palabras de Alex me afectaran y ahora me pregunto si es porque una parte de mí quiere que Cole me desee.

Cuando entro en la sala de conferencias para la reunión, mantengo la vista apartada del hombre que está sentado en la cabecera de la mesa, decidida a ocultar lo mucho que me ha molestado su silencio. Me siento lo más lejos posible de Paul y noto una vez más la ausencia de Philippa —no ha estado aquí en toda la semana, para mi alivio— y abro mi cuaderno, fingiendo tomar notas hasta que él da comienzo a la reunión.

Alzo la vista hacia él cuando por fin empieza a hablar, porque no es la voz de Cole. El hombre que se dirige a nosotros es el hermano de Cole, Tate.

—Buenas tardes a todos. Cole me ha pedido que dirija la reunión de hoy, ya que no puede asistir. Procederemos como de costumbre, comenzando con un resumen de sus proyectos individuales. Empezaremos por… eeeh… —mira sus notas— Robert.

Estoy distraída mientras Robert habla. ¿Dónde está Cole? Seguro que no me está evitando. No puedo imaginar que un hombre como Cole se rebaje a evitar a una mujer y menos cuando estoy segura de que no ha vuelto a pensar en lo que ocurrió en su oficina el lunes.

Dejo escapar un suspiro silencioso. Estoy dándole demasiadas vueltas al asunto, lo que es una señal de que nunca debí haber dejado que sucediera. Me está confundiendo y haciéndome perder de vista mis prioridades.

Para cuando Tate llega a mí, ya me he recompuesto y le doy un informe claro y conciso. Tate asiente y clava la mirada en mí más tiempo del que me resulta cómodo. Me retuerzo interiormente bajo su escrutinio. ¿Es posible que sepa algo?

Finalmente continúa, y yo suspiro aliviada.

Tengo que sacarme a Cole de la cabeza. Lo que pasó fue una aberración y no va a ocurrir nada más entre nosotros. Alex se equivocó, y me alegro de ello porque ahora puedo seguir adelante y olvidarlo.

Después de salir de la reunión regreso a mi escritorio y termino el plan en el

que he estado trabajando. Me quedo un poco más para darle los últimos retoques y poder pasar al siguiente el lunes.

Cuando termino ya es de noche, y me marcho corriendo de la oficina casi vacía, ansiosa por llegar a casa y desconectar durante el fin de semana. Al salir del ascensor al vestíbulo, mis pies se detienen de golpe. Cole y sus hermanos están frente a las amplias puertas de cristal, los tres vestidos con esmoquin, obviamente preparándose para asistir a algún evento formal.

Se me hace un nudo en la garganta y mi resolución de olvidar lo que pasó se viene abajo. Cole no ha hecho ningún esfuerzo por verme o hablar conmigo esta semana y no ha venido hoy a la reunión, pero está disponible para asistir a una fiesta con sus hermanos.

Soy tonta. A pesar de todas mis protestas a Alex, y a mí misma, me había convencido de que las acciones de Cole significaban algo, cuando resulta obvio que no es así. Hasta donde yo sé, él besa a mujeres a diario.

Me alejo de las puertas de cristal, esperando a que se vayan, demasiado avergonzada para encontrarme con él al salir, sobre todo con sus hermanos alrededor. Una limusina negra se detiene y los tres se suben a ella. Cole es el último en entrar, y, al girarse, mira hacia el interior del edificio y me ve.

Me siento humillada porque me ha visto acechando aquí, obviamente observándolo. Sus ojos me taladran durante un segundo antes de que el conductor cierre la puerta y rompa nuestra conexión.

Trago saliva con dificultad cuando el enorme coche negro se aleja, con las mejillas ardiendo y las lágrimas escociéndome en los ojos. Esta última semana ha sido una de las peores de mi vida. Primero Paul y Philippa, luego Cole. Solo quiero irme a casa y servirme una copa de vino —o varias— y olvidar que los siete últimos días han existido.

17

DELILAH

Entro en la oficina el lunes, renovada y lista para ser productiva. Después de tomar vino con Alex el viernes por la noche y de salir a bailar el sábado, estoy decidida a dejar atrás todo lo relacionado con Paul y con Cole.

Cuando suena mi teléfono a media mañana y veo que es el asistente personal de Cole, se me acelera el pulso y siento un nudo en el estómago.

—Hola —respondo.

—Buenos días, Delilah. ¿Estás disponible para una reunión con el señor King?

Se me seca la boca y necesito carraspear antes de responder.

—Sí, por supuesto.

—Entonces, sube.

Cuelgo, me levanto y me seco las palmas sudorosas en la falda. Cuando el ascensor me deja en la última planta, le sonrío a Samson, esperando que los nervios no se reflejen en mi rostro.

—Te está esperando. Puedes pasar directamente. —Señala el despacho con la cabeza.

Cuando llamo a la puerta y oigo su voz grave diciéndome que pase, siento un cosquilleo en el estómago. Entro y cierro tras de mí, y luego me aparto de la puerta rápidamente. No necesito recordar cómo me empujó contra ella hace una semana. Me detengo en medio de la oficina y entrelazo los dedos, esperando que mi rostro esté tan inexpresivo como el suyo.

—Buenos días, señorita West —saluda Cole, recorriendo mi cuerpo con sus intensos ojos azules.

—¿Quiere algo de mí, señor King?

Su mirada se cruza con la mía y se me corta la respiración. ¿Por qué lo he dicho así?

—Sí —responde, señalando con la cabeza las sillas frente a su escritorio—. Quiero que se siente. —Suspirando en silencio, me siento en una de ellas, y él

me sorprende cuando vuelve a hablar—. ¿Cómo estás después de…? —Parpadeo. ¿Me está preguntando cómo estoy después de hacer que me corriera la semana pasada? Un rubor se apodera de mis mejillas. Él frunce el ceño—. ¿Te ha molestado Paul?

Ah. Se refiere a cómo estoy después de descubrir que mi novio me engañaba. Por supuesto que no le importa cómo estoy después de tener un orgasmo en su despacho. Si le hubiera importado, se habría puesto en contacto conmigo antes.

—Paul se ha mantenido al margen. Ha sido profesional.

Cole asiente, luego se levanta y se acerca a mi lado del escritorio; se apoya en él y se cruza de brazos. Yo evito fijarme en su amplio pecho. ¿Por qué tiene que estar tan increíble con ese traje?

—A finales de esta semana voy a Chicago para representar a King Group en una gala benéfica de etiqueta. Tengo pensado visitar el hotel mientras esté allí. Como de todos modos tienes programada una visita al lugar próximamente, lo lógico es que vengas conmigo. Y ya que estaremos allí juntos, me gustaría que asistieras a la gala como mi acompañante.

Lo miro fijamente. Esto es lo último que me esperaba. No ha dicho ni palabra sobre lo que pasó entre nosotros ni sobre lo mucho que me ha ignorado durante toda la semana, pero ¿quiere que lo acompañe durante una o dos noches, lejos de aquí?

—No estoy segura… Es decir, necesito ver las instalaciones, pero…

Él frunce el ceño de nuevo.

—¿Cuál es el problema, señorita West?

Me levanto porque necesito verme en igualdad de condiciones.

—¿Crees que es una buena idea, después de… después de la semana pasada?

Deja caer los brazos.

—Creo que es una idea muy buena. Por eso lo he sugerido.

Trago saliva, con la garganta seca.

—Si me lo has pedido porque crees que vamos a repetir…

—Te lo he pedido porque eres la arquitecta que trabaja en este proyecto, y que viajes conmigo en el *jet* de la empresa en lugar de volar por separado es eficiente desde el punto de vista logístico. Te he pedido que asistas a la gala porque necesito un acompañante y no quiero preocuparme por buscar a otra persona. Y como habrá mucha gente del sector, te vendrá bien asistir. —Niega con la cabeza y frunce aún más el ceño—. ¿De verdad crees que tengo que

manipular a una mujer para que se acueste conmigo?

Tenso la mandíbula.

—No. Estoy segura de que no.

Sigue con el ceño fruncido.

—¿Tiene algún problema conmigo, señorita West?

—No —respondo automáticamente, pero entonces todo lo que ha pasado me abruma y levanto las manos al aire y todo sale a borbotones—. Salvo que quizá hubiera estado bien que no hubieras desaparecido de la faz de la tierra después de hacer que me corriera la semana pasada. Lo que hicimos fue muy poco profesional, y no sabía ni qué pensar al respecto. Paul me engañó, hicimos… eso, y luego no supe nada de ti ni te vi en toda la semana. Ni siquiera viniste a la reunión del equipo. Y te vi… —Me interrumpí porque no quería recordarle cómo había estado acechando y vigilando cómo él y sus hermanos se preparaban para ir a un evento—. En fin. Puede que estés acostumbrado a acostarte con las empleadas de tu oficina y luego olvidarte de que existen, pero yo no estoy acostumbrada a eso. Me sentí…

Me mira fijamente con expresión inescrutable.

—¿Cómo te sentiste?

Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Me sentí sola.

Su mirada se clava en la mía y me avergüenzo interiormente de todo lo que he admitido. Sin decir palabra, se da media vuelta y regresa a su lado del escritorio, pero no se sienta. Se echa hacia delante y apoya las manos en la superficie, clavando sus ojos en los míos.

—Tuve que viajar a nuestra oficina de California el lunes por la noche. Estuve allí toda la semana, apagando fuegos. Regresé el viernes por la tarde, a tiempo para asistir a la fiesta de compromiso de un antiguo socio.

Me humedezco los labios.

—Ah.

—Y no sabía que hacerte llegar al orgasmo conllevaba la necesidad de informarte de mi paradero en todo momento.

Se sienta y se pasa la mano por la boca y la barbilla, y recuerdo que hizo lo mismo después de hacerme llegar al orgasmo. Siento un calor en lo más profundo de mi ser y me doy una bofetada mental.

Este hombre me supera por completo. ¡Todo en mi vida se ha descarrilado

desde que me acosté con él hace unas semanas! Aunque, hay que reconocerlo, lo que pasó con Paul no tuvo nada que ver con Cole.

En cualquier caso, tengo que procurar no dejarme llevar por las emociones cuando estoy con él. Es obvio que está acostumbrado a este tipo de cosas, así que darle importancia solo hará que parezca inmadura. Si él puede actuar como si nada hubiera pasado entre nosotros, yo también.

—No debería haber dicho nada. No volverá a ocurrir. —Le sostengo la mirada, aunque lo único que quiero es marcharme y fingir que nada de esto ha pasado.

—No te preocupes. —Sus ojos se oscurecen—. Ahora que hemos aclarado esto, espero que estés lista para un viaje de una noche a Chicago. El *jet* sale a las ocho de la mañana el viernes y regresaremos el sábado. Yo te recogeré.

No dice nada más, solo sigue ahí, estudiándome. Me seco las palmas húmedas en la falda.

—Estaré lista. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Me dirijo a la puerta de la oficina lo más rápido que puedo, intentando mantener cierto aire de dignidad, pero él me detiene justo cuando estoy a punto de girar el pomo.

—Delilah. —Lo miro por encima del hombro. Mueve la mandíbula y parece incómodo por primera vez desde que lo conozco—. Siento haberte hecho sentir sola.

Arqueo las cejas. Dudo que esté acostumbrado a disculparse con sus empleados. No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Pero solo murmuro «Gracias» y me marcho.

Mientras espero el ascensor, me convenzo a mí misma de que puedo superar lo que ha pasado entre nosotros. Y estoy emocionada por visitar el hotel. Por mucho que las fotografías y los modelos 3D del terreno sean útiles para los diseños iniciales, comprenderé mucho mejor el espacio una vez que lo haya visto en persona. No me hace tanta ilusión asistir a la gala, ya que no sé qué esperar y no tengo nada que ponerme. Tendré que pedirle a Alex que me ayude con eso. Usamos una talla similar y ella tiene unos vestidos estupendos. Espero que tenga algo que prestarme.

Pero que no tengo que pedirle a Alex que me preste un vestido, porque cuando vuelvo de mi descanso para almorzar, hay un sobre en mi escritorio. Dentro hay una nota de Cole y una tarjeta de crédito corporativa negra y

plateada con su nombre. Al menos, creo que es una tarjeta corporativa. Le doy la vuelta, pero no hay nada más que el nombre de Cole. Niego con la cabeza y me río para mis adentros. Es imposible que Cole me dé su tarjeta de crédito personal. Seguro que así son las tarjetas corporativas vip. La dejo sobre el escritorio y leo la nota.

«Señorita West:
Utilice esta tarjeta para comprarse un vestido y unos zapatos para la gala del viernes por la noche, así como cualquier otra cosa que pueda necesitar. Recuerde que representará a King Group, así que asegúrese de aprovechar el presupuesto ilimitado.
Cole».

Vuelvo a mirar la tarjeta. Vaya. Vale. Esto es algo que solo había visto en las películas. Es como algo sacado de *Pretty Woman.*

Quizás debería ser más reacia a gastarme el dinero de su empresa, pero teniendo en cuenta que a Cole le preocupa mi aspecto mientras los represento, me alegro de poder gastar más de lo que yo misma podría permitirme. Probablemente ni siquiera uno de los vestidos de Alex cumpliría con sus requisitos.

Le envío un mensaje rápidamente.

Yo: *¿Tienes tiempo para ir de compras en algún momento de esta semana?*

Alex: *???*

Yo: *Tengo que comprar un vestido para asistir a una gala el viernes por la noche.*

Alex: *¿Qué? ¿Dónde? ¿Con quién?*

Yo: *En Chicago. Con Cole.*

El teléfono suena en mi mano y miro a mi alrededor porque no quiero que nadie me monte un escándalo por atender una llamada personal durante el horario de trabajo, pero no hay nadie lo bastante cerca como para preocuparme, así que contesto.

—No puedes decirme que tienes que comprar un vestido elegante para ir a una cita con Cole en Chicago y no darme todos los detalles sobre lo que ha

pasado hoy entre vosotros. Lo último que he sabido es que ibas a fingir que no había pasado nada y que ibas a seguir adelante.

—Bueno, en primer lugar, no es una cita. Y en segundo lugar, ese sigue siendo el plan. Solo cambia que va a ser en Chicago donde voy a fingir que no ha pasado nada.

—Pero ¿qué ha pasado hoy? ¿Cómo te lo ha pedido? ¡Necesito saberlo todo!

Me echo a reír.

—Te lo contaré esta noche. Lo único que tienes que saber es que me ha convocado a una reunión esta mañana y luego me ha dicho que quería que fuera con él el viernes.

—¿Te ha dicho por qué te ha ignorado durante la última semana?

Mis mejillas se sonrojan al recordar la vergüenza.

—Estuvo fuera de la ciudad y no regresó hasta el viernes por la tarde.

—¿Lo crees?

Ni siquiera se me había ocurrido dudar de él.

—No creo que alguien como Cole necesite mentirle a nadie sobre su paradero. Si no quisiera tener nada que ver conmigo, estoy segura de que no habría tenido ningún problema en decírmelo a la cara.

Ella se ríe.

—Cierto. Entonces, ¿vas a acostarte con él?

—¿Qué? —Me doy cuenta de que he alzado la voz, y me agacho un poco por si he llamado la atención de alguien.

—Vamos. Los dos solos en otra ciudad durante una noche, probablemente durmiendo en habitaciones contiguas… Y ya me has contado lo bueno que es en la cama. ¿Por qué no le das otra oportunidad?

—Porque ahora las cosas son diferentes. La situación es diferente.

—No era tan diferente cuando tenía la boca entre tus piernas la semana pasada.

—¡Alex! —me escandalizo, alzando la voz.

Ella se ríe entre dientes.

—Solo era un comentario…

—Pues no lo digas. Voy a ser muy profesional, y él también.

—Mmm. Bueno, vamos de compras mañana a la hora del almuerzo y a buscar un vestido que lo deje sin aliento. Aunque no tengas pensado hacer nada al respecto, es bueno saber que tienes la opción. —Ella deja escapar un gemido—. No puedo creer que esto vaya a pasar el fin de semana que me voy

a Los Ángeles a ver a Jaxson. No voy a estar aquí para escuchar todos los detalles jugoso cuando regreses. Tienes que llamarme en cuanto llegues a casa, ¿vale?

—No voy a interrumpir tu fin de semana con Jaxson solo para decirte que no ha pasado nada.

De todos modos, consigue que le prometa que la llamaré, y colgamos.

Me quedo allí sentada, mirando el esquema en mi pantalla durante un momento. Alex tiene razón. Quiero quedar bien ante Cole, y no estoy segura de lo que eso dice de mí. A pesar de eso, no puedo permitirme que pase nada más entre nosotros. Es mi carrera y son mis sentimientos los que están en peligro; los suyos no.

Y eso es lo que tengo que recordar.

18

COLE

Jonathan detiene el coche frente al edificio de apartamentos de Delilah, donde ella está esperando. Apenas tiene tiempo de coger la bolsa que tiene a sus pies antes de que él salga del asiento del conductor para hacerlo en su lugar y abrirle la puerta trasera. Ella le sonríe y entra deslizándose en el interior del vehículo para sentarse frente a mí. La contemplo con demasiada avidez. Lleva el largo cabello oscuro recogido en una coleta; la camiseta verde con cuello en uve que lleva realza el color de sus ojos y los vaqueros se le ciñen como una segunda piel. Es un atuendo muy adecuado para visitar una futura obra, pero aun así está tremendamente sexy.

Me mira de arriba abajo, probablemente evaluando también mi ropa, ya que es la primera vez que me ve vestido de manera informal. Escondo mi sonrisa mientras ella observa mi camiseta gris ajustada y mis vaqueros, con el labio inferior entre los dientes.

Al darse cuenta de que me ha estado estudiando demasiado tiempo, me mira a los ojos y se vuelve hacia la ventanilla, con un ligero rubor calentándole las mejillas.

—¿Has comprado un vestido? —le pregunto, obligándola a volver a mirarme a los ojos.

—Sí. Y gracias por dejarme la tarjeta. Se la devolví a Samson el miércoles.

Asiento. Samson me la había devuelto inmediatamente después de que ella se la diera, con tanta curiosidad como cuando le pedí que se la llevara. Sin embargo, él sabe que es mejor no hacer preguntas. La verdad es que no tenía una buena razón para darle mi tarjeta personal, salvo que la idea de que llevara un vestido que yo le había comprado me atraía demasiado como para resistirme.

Pasamos el resto del trayecto al aeropuerto en silencio. Respondo a los correos en mi teléfono, incluido uno de Roman que me hace contestarle de inmediato. Vuelven a circular rumores de que Berrington está considerando

retirar sus inversiones. Tendremos que reunirnos y discutir cómo gestionarlo cuando regrese a Nueva York el sábado.

Después de terminar con los correos urgentes, vuelvo a centrar mi atención en la mujer que tengo enfrente. Delilah tiene su tableta abierta y está haciendo marcas rápidas y eficientes en la pantalla con un lápiz óptico.

La observo durante unos instantes, admirando la curva de su mejilla y la plenitud de sus labios rosados. La visión de esos labios envolviéndome invade pronto mi mente, y aparto la vista para pasar el resto del trayecto mirando por la ventanilla y meditando.

Tengo que contenerme cuando estoy con ella. Sí, quiero volver a follar con ella. Estaría encantado de pasar todo el tiempo libre en Chicago en la cama con ella. Pero no mentía al decirle no la había invitado a acompañarme por esa razón. En un raro momento de conciencia, me di cuenta de que quizá ella no estuviera preparada para pasar toda la noche follando con su jefe,; al menos tan pronto después de la traición de Paul. Y teniendo en cuenta su reacción hacia mí después de lo de mi oficina, es obvio que no se siente cómoda con la idea del sexo ocasional, a pesar de lo que pasó cuando nos conocimos.

Dudo que pudiera acostarme con ella esta noche y luego dejarla marchar. Respeto a Delilah como profesional y quiero explorar su cuerpo todo el tiempo que sea necesario para sacármela de la cabeza, pero no quiero verme envuelto en nada de lo que me resulte difícil escapar, y tengo la sensación de que me resultaría difícil escapar de ella. Quiero pasar más tiempo con ella, aunque ya la haya tenido una vez, lo que significa que ha despertado mi interés más que cualquier otra mujer con la que haya estado. Y eso no es algo con lo que me sienta cómodo.

Aun sabiendo todo eso, me cuesta resistir la tentación de tocarla cuando está tan cerca. Me aferro con fuerza al teléfono para evitar hacer alguna tontería.

Cuando llegamos al aeropuerto, Jonathan nos lleva al aeródromo privado, donde el *jet* de la empresa reluce con un blanco resplandeciente bajo el sol.

Delilah mira por la ventanilla y luego se vuelve hacia mí.

—Esto es una mejora con respecto a lo que estoy acostumbrada.

—No tener que viajar en clase turista es sin duda una ventaja.

Ella arquea una ceja.

—¿Alguna vez has volado en clase turista?

—No. Solo en primera clase.

—¿Quieres decir que nunca has experimentado la emoción de pelearte por

un sitio para meter el equipaje en el compartimento superior o lidiar con la persona que se sienta a tu lado y que no cree en los límites personales?

—No. Solo las alegrías de los sillones de masaje y un bar bien surtido.

No se me escapa el pequeño gesto de incredulidad que hace antes de darse la vuelta, y no puedo evitar esbozar una sonrisa. Apuesto a que no pondrá los ojos en blanco cuando vea el interior del *jet*.

La sigo por la escalerilla, con la vista clavada en su trasero enfundado en esos vaqueros ceñidos, y casi choco con ella cuando se detiene en la puerta. Se gira y me mira con la boca abierta y yo me echo a reír. Es impresionante: moqueta clara, cuero color crema y detalles en madera.

La azafata, Marigold, está a nuestro lado con una amplia sonrisa en el rostro que se hace aún más grande cuando se vuelve hacia mí.

—Buenos días, señor King. Me alegro de volver a verle. —La familiaridad y la insinuación en su tono hacen que la mirada de Delilah pase de Marigold a mí.

A pesar de lo que Delilah debe de estar pensando, no me he acostado con ella. Ella ha dejado claro alguna vez que está dispuesta, pero no me interesa encontrarme a una mujer con la que me he acostado cada vez que necesito volar a algún sitio. Solo le dirijo un cortés «Buenos días» y acompaño a Delilah a la zona de asientos con una mano en su espalda.

Se acomoda en uno de los asientos de cuero, junto a la ventanilla, y se abrocha el cinturón, haciendo todo lo posible por evitar mi mirada. Unas pequeñas manchas brillantes relucen en sus mejillas y me pregunto si son de ira o de vergüenza.

Estoy deseando averiguarlo.

Aunque hay varios asientos disponibles, me abrocho el cinturón frente a ella. El *jet* es espacioso, pero nuestras piernas están a poca distancia. Delilah me mira y luego mira por la ventanilla, y yo me paso la mano por la boca para ocultar mi sonrisa.

Ahora que estamos a bordo y los motores se ponen en marcha, Marigold aparece a mi lado y me pone la mano en el hombro.

—¿Qué le apetece beber, señor King?

—Esta mañana solo tomaré una tónica con lima.

Ella asiente y se dirige Delilah.

—¿Algo para usted, señora?

—Un zumo de naranja estaría bien. Gracias. —Le sonríe a Marigold, que

asiente y se va a la cocina para preparar las bebidas. Delilah se vuelve hacia mí y ladea la cabeza—. ¿A qué viene esa mirada?

—Eres muy educada.

Arquea las cejas.

—¿No lo es la mayoría de la gente?

Me encojo de hombros. Las personas con las que suelo estar no. La competencia por estar siempre en la cima, por ser los más ricos, los más poderosos, los más guapos, hace que puedan ser crueles si creen que alguien les disputa lo que tienen o lo que desean. Delilah no parece quererme de esa manera, y quizá esa sea la diferencia. Pero no se me escapa el respingo de su respiración cuando el avión da una sacudida y mi pierna roza la suya.

—¿Tienes ganas de ver el lugar? —le pregunto.

—Sí. Los modelos en 3D están muy bien, pero no hay nada como estar sobre el terreno y ver cómo va a encajar el edificio en su entorno.

Su entusiasmo es evidente y contagioso, y su sonrisa es radiante. Solo voy a visitar el lugar porque tengo que estar en Chicago para la gala. De lo contrario, ni me habría molestado. Desde luego, no tengo tiempo para visitar todos los futuros lugares de desarrollo. Aunque también puede que tenga algo que ver que haya sido una buena excusa para que Delilah venga conmigo.

Ella es como un picor que no puedo rascarme, y solo me queda esperar que pasar más tiempo con ella alivie ese picor y haga que deje de desearla. O tal vez solo empeore las cosas.

¿Quién coño sabe?

Marigold nos trae las bebidas y le pasa el zumo a Delilah con una cálida sonrisa. Cuando cruza la mirada conmigo, la sonrisa que me dedica es perfectamente profesional y educada. Debe de pensar que Delilah es mi novia.

Cuando los motores arrancan y el avión ruge por la pista, Delilah cierra los ojos y se aferra a los reposabrazos. No me esperaba esa reacción por su parte.

—¿Te da miedo volar? —pregunto.

Parpadea un par de veces y luego se concentra en mí.

—Un poco. Pero puedo soportarlo. En realidad, solo tengo miedo en el despegue y en el aterrizaje. —Una pequeña turbulencia al atravesar una bolsa de aire le arranca un grito ahogado.

Me molesta que tenga miedo.

—Nuestro piloto estaba en la Marina. Tiene muchísima experiencia.

Las comisuras de su boca se levantan.

—Eso es tranquilizador. Gracias por decírmelo. Pero sus dedos no se relajan hasta que el avión se estabiliza y el ruido del motor disminuye.

—¿Mejor? —le pregunto.

Me sonríe.

—Mejor.

Yo también me relajo.

—Dime, ¿por qué decidiste ser arquitecta? —Me interesa sinceramente su respuesta. Según mi experiencia, hay muy pocos arquitectos titulados de la edad de Delilah. Tengo curiosidad por saber qué hay detrás de tanto esfuerzo y compromiso.

—Siempre se me dieron bien las matemáticas y el arte en el colegio. La arquitectura me pareció una combinación natural de ambas cosas. Y hay algo increíble en imaginar una estructura en tu cabeza, plasmarla en papel y luego verla convertida en una realidad que, con suerte, perdurará mucho tiempo después de que tú ya no estés. Saber que tu trabajo será un legado que se alargue en el tiempo es algo increíble. —Asiento; lo entiendo—. Además, está bien pagado —añade.

—Siempre es una consideración importante. —Tamborileo con los dedos en el reposabrazos de cuero—. ¿Cómo conseguiste la licencia a una edad tan temprana?

Ella deja escapar una suave risita.

—Se llama no tener mucha vida social.

—Entonces explícame por qué una mujer inteligente, joven y guapa pondría su vida en pausa para conseguirla.

Ella mira su vaso y pasa el dedo por el borde. Luego levanta la vista hacia mí.

—Mi madre me tuvo cuando era joven y me crio sola. Tenía varios empleos para ganar lo suficiente como para mantenerme y alimentarme. Al crecer, al ver lo duro que trabajaba, cómo había dejado de lado sus propios sueños para cuidar de mí, lo único que quería era cuidar de ella. Cuanto antes obtuviera la licencia, antes podría empezar a ganar el dinero para conseguirlo.

Su historia es radicalmente opuesta a la mía. Tardo un momento en darme cuenta de que el fuerte tirón que siento en el pecho es otra oleada de remordimiento por acusarla de intentar manipularme.

—Eso es admirable. —Le doy un sorbo a mi bebida—. ¿Te importa si te pregunto qué le pasó a tu padre?

Su expresión se ensombrece.

—No quería estar presente.

Es obvio que es un tema incómodo para ella, así que vuelvo a otro más seguro.

—¿Cómo conseguiste pagarte la universidad?

—Tuve suerte y me concedieron una beca. Eso significaba que solo tenía que trabajar a tiempo parcial para cubrir los gastos que no financiaba la beca. El resto del tiempo hice prácticas para acumular horas de experiencia.

—Estoy impresionado. —Y lo estoy. Muy pocas personas me sorprenden, y aún menos me impresionan. Delilah acaba de hacer las dos cosas.

Deja su vaso vacío sobre la mesa.

—Bueno, ya basta de hablar de mí. ¿Por qué decidiste dedicarte al negocio familiar?

Puede que la haya bombardeado con preguntas, pero no me interesa especialmente responder a ninguna sobre mí. Aun así, supongo que le debo la misma sinceridad que ella me ha mostrado.

—En realidad no fue una decisión. Nacimos y crecimos en él.

Ella asiente.

—¿Te gusta?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Me gusta? En realidad, nunca me lo he preguntado.

—Me gusta tomar decisiones, tener el control. Me gusta tener poder y me gusta tener dinero.

Ella arquea las cejas y esboza una sonrisa que apenas le levanta la comisura de los labios.

—Eso suena como algo que diría un hombre rico y poderoso.

Me encojo de hombros.

—A mí me vale.

Ella se ríe en voz baja y entonces me doy cuenta de que es la vez en que la he visto más relajada desde que nos conocimos. Los dos hemos pasado todas las reuniones enfrentándonos o discutiendo. Y por mucho que me guste ver las chispas en sus ojos cuando está enfadada, también me gusta este lado suyo.

—Supongo que podría acostumbrarme a esto —dice, pasando los dedos por el suave cuero color crema del asiento—. Si tienes que volar, esta es la mejor manera de hacerlo. —Sus ojos se desvían hacia la parte trasera del avión, hacia la puerta cerrada que está detrás de mí—. ¿Qué hay ahí detrás?

—El dormitorio.

Se vuelve hacia mí con un ligero rubor que tiñe sus pómulos.

—Oh.

Le dedico una sonrisa perezosa y me imagino que la llevo a esa habitación y hago que sus mejillas se sonrojen por una razón diferente.

Ella baja la vista y se ajusta el cinturón de seguridad.

Marigold vuelve para recoger los vasos vacíos y preguntarnos si queremos algo más. Delilah mira a Marigold y después a la puerta del dormitorio y luego vuelve a mirar a Marigold, antes de posar su mirada en mí. Casi puedo ver cómo le da vueltas al tema en su cabeza. Está haciendo una suposición que probablemente es lógica, pero en este caso, también incorrecta.

Los dos rechazamos otra bebida, y, después de que Marigold se marche, ninguno parece dispuesto a continuar la conversación. Delilah vuelve a sacar su tableta y se pone a trabajar. Decido imitarla; cojo el teléfono y respondo a los nuevos correos que han llegado. Parece que no se acaban nunca.

Dos horas más tarde, el piloto nos informa de que estamos a punto de aterrizar en O'Hare. Delilah guarda su tableta, me dedica una sonrisa tímida y se agarra a los reposabrazos. La distraigo haciéndole preguntas sobre su trabajo. Parece surtir efecto, ya que sus hombros se relajan y su expresión se anima mientras me cuenta cuál fue el primer edificio en el que trabajó y cuál ha sido su diseño favorito hasta ahora.

Estoy tan absorto contemplándola que me sorprende la leve sacudida de las ruedas del avión al tocar la pista.

Delilah también se sobresalta y mira a su alrededor.

—¿Ya hemos aterrizado?

—Ya te he dicho que era un buen piloto.

—Sí, me lo has dicho. Gracias de nuevo. —Sus labios se curvan hacia arriba y le brillan los ojos, y yo siento un nudo en el pecho. No recuerdo la última vez que alguien me sonrió con una felicidad tan genuina.

Aparto la mirada y observo el aeropuerto a través de la ventanilla mientras el avión se desliza por la pista. No estoy acostumbrado a sentir nada por las mujeres con las que estoy, o con las que he estado. En el caso de Delilah es… desconcertante. Cuando nos detenemos en la terminal, me desabrocho el cinturón de seguridad y espero a que Delilah haga lo mismo con el suyo; luego la guío hasta salir del avión, bajamos las escalerillas y vamos hasta el coche que nos está esperando. Nos sentamos uno al lado del otro y el conductor arranca y sale del aeropuerto.

—Iremos al hotel a dejar las maletas y luego nos dirigiremos directamente al lugar —explico.

—De acuerdo. —No me mira, probablemente porque yo también he evitado mirarla a ella desde que me sonrió en el avión.

Cuando llegamos a nuestro hotel —y me refiero a «nuestro» en tanto que es un hotel propiedad de King Group—, nos dirigimos directamente a nuestras habitaciones, que son contiguas. Después de dejar el equipaje, regresamos al coche. En cuanto llegamos a nuestro destino, Delilah sale a la acera.

No hay mucho por lo que pueda entusiasmarme: es un espacio vacío entre otros dos edificios y, cuando lo miro, solo veo números, el potencial de ganancias, pero Delilah se da la vuelta con el rostro radiante, estudiando los edificios circundantes, con la mirada fija en los tejados.

—¿Te lo imaginas? —le pregunto.

Se vuelve hacia mí y el brillo de su sonrisa me atraviesa como una descarga estática.

—Sí. Y ya tengo una idea para mejorar aún más el diseño.

—¿Qué idea?

Señala una esquina al otro lado de la calle.

—Los edificios en diagonal son más pequeños. En esa dirección, las plantas inferiores tendrán mejores vistas. Me gustaría intentar curvar la esquina noreste del hotel para maximizarlas.

—Y eso me va a costar más dinero.

Su rostro se ensombrece.

—¿Debería dejar de hacer cambios estructurales? Yo…

Dejo escapar una sonrisa.

—Estoy bromeando, Delilah. ¿Por qué crees que estás aquí? ¡Dibuja cualquier modificación que se te ocurra y envíala para que la incluyan en el presupuesto!

Me mira fijamente y luego suelta una breve risa.

—Creo que es la primera vez que haces una broma. Bueno, ha sido una broma horrible, pero me gusta que lo hayas intentado. —Me dedica una sonrisa burlona por encima del hombro y se da la vuelta para seguir paseando por la parcela.

La curva de sus labios y el contoneo de su trasero se confabulan para hacer que desee echarla sobre el capó del coche y follar con ella. Pero, dejando al margen que lo último que necesita la empresa es que su director de

operaciones sea arrestado por escándalo público, si tengo la oportunidad de volver a estar con Delilah, no será sobre el capó de un coche en medio de una calle concurrida.

Pero teniendo en cuenta cómo el impulso de tocarla se apodera de mi mente, no estoy seguro de lo imprudente que podría llegar a ser.

19

DELILAH

Reviso mi imagen en el espejo una vez más, estirando con los dedos el sedoso tejido del vestido rojo largo que llevo puesto. Con un atuendo tan precioso y caro, espero no desentonar entre los demás invitados a la gala.

Me aparto del espejo y compruebo la hora. Cole no tardará en llegar para recogerme. La idea me produce un cosquilleo en el estómago. No lo he visto desde que hemos regresado del lugar de construcción. Me ha dicho que podía hacer lo que quisiera durante el resto del día y luego se ha encerrado en su habitación para mantener una conferencia telefónica con sus hermanos.

Me he pasado un par de horas paseando y he disfrutado de una deliciosa pizza de masa gruesa para almorzar; luego he regresado a mi habitación y me he distraído esbozando mis nuevas ideas para el diseño revisado del hotel.

He intentado por todos los medios olvidar lo que pasó en su oficina, pero no he dejado de pensar en ello desde que he entrado en el coche esta mañana y lo he visto tan guapo. Las imágenes de lo que podría pasar esta noche pasan por mi cabeza a toda velocidad y siento un calor intenso en mi interior.

Tampoco es que él me haya sugerido nada por el estilo, pero la forma en que esta mañana me ha recorrido con la mirada me dice que probablemente no diría que no si se lo ofreciera. Lo que pasa es que no sé si debo hacerle esa oferta.

El golpeteo de sus nudillos en la puerta me sobresalta e inspiro hondo antes de abrir. Los brillantes ojos azules de Cole recorren lentamente mi cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en el escote pronunciado de mi vestido. Ni siquiera se molesta en ocultar el deseo que brilla en su mirada.

Una parte de mí quiere agarrarlo por su impecable camisa blanca y llevarlo a rastras al interior de mi habitación, hacer que me recuerde cómo es tener su cuerpo moviéndose al compás del mío. Pero la parte más sensata me frena. El riesgo es demasiado grande, y, a pesar de las recientes pruebas que indican lo contrario, no soy una persona que suela actuar sin precaución. Aunque la

recompensa sería grande, también sería efímera. Debo ser inteligente y mantenerme centrada en mis objetivos a largo plazo, y estos no incluyen echar a perder mi carrera acostándome con el cliente más importante de mi empresa.

Otra vez.

Salgo para acercarme a Cole y cierro la puerta con firmeza detrás de mí. Antes de que pueda preguntarle cómo le ha ido el día, su mano se posa en mi espalda y sus dedos se deslizan hasta mi cintura.

Se echa hacia mí, y su aliento remueve unos mechones de pelo en mi cuello.

—Estás preciosa, gatita.

Se me pone la piel de gallina y dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Tú también estás muy… eeeh… guapo.

Es un eufemismo. He visto a Cole con traje de vestir, pero es la primera vez que lo veo de cerca con esmoquin, y es la definición misma de un hombre sexy, poderoso y rico. Su chaqueta negra está perfectamente confeccionada para resaltar su altura y sus anchos hombros. El calor de su mirada abrasa mi piel expuesta, y la curva de sus seductores y masculinos labios me recuerda exactamente lo que puede hacer con ellos.

Cuando me humedezco los labios, que de repente se han secado, sus dedos me estrechan la cintura, provocándome un pequeño estremecimiento de excitación. Dios, ¿por qué me resulta tan difícil ignorarlo? Al fin y al cabo, conseguí ignorar a muchos hombres durante la universidad, y esos hombres eran mucho más mi tipo que Cole: amables, considerados, respetuosos…

Exactamente como era Paul al principio.

Esquivo la mirada demasiado ardiente de Cole y me dirijo al ascensor.

La gala se celebra en el Lakefront Plaza, otra propiedad de King Group, así que hay una limusina esperándonos fuera para llevarnos allí. El conductor nos abre la puerta y yo entro primero, seguida de Cole.

Durante el trayecto, la tensión se palpa en el aire. Ninguno de los dos habla, pero en lugar de resultar incómodo, la temperatura no hace más que subir. Solo puedo pensar en cómo me tocó, en la sensación de sus músculos bajo mis dedos, en lo mucho que me hizo disfrutar.

El espacioso coche no es lo bastante grande como para darme la distancia que mi cuerpo necesita. Casi puedo sentir su mirada clavada en mi rostro, pero me niego a corresponder a ella. Si lo hago, es posible que decida abrazar mi lado imprudente, hasta ahora desconocido, ese lado que solo parece salir a relucir cuando estoy con Cole, y me desabroche el cinturón de seguridad para

poder sentarme a horcajadas sobre él. No hay duda de lo húmedas que están ya mis bragas. Cierro los ojos e inspiro hondo.

—Delilah, mírame. —La profunda voz de Cole es lo bastante autoritaria como para hacer que levante la vista hacia él—. Ya te dije en Nueva York que no tengo que manipular a las mujeres para que se acuesten conmigo, y es verdad. Te he traído aquí porque era práctico. Pero tampoco voy a mentirte. Quiero volver a follar contigo. No he podido dejar de pensar en ello desde que entraste en la sala de reuniones el primer día, y estoy cansado de luchar contra ello.

Inspiro bruscamente y mis pezones se endurecen de inmediato bajo la fina tela de mi vestido.

Él se da cuenta y un músculo se le contrae en la mandíbula.

—Te deseo esta noche, Delilah. Dime que puedo tenerte. —El corazón me late con fuerza. Abro la boca para responder, pero no me sale nada. Estoy paralizada, dividida entre el deseo de experimentar lo que sé que él puede darme y la conciencia de lo terriblemente mal que podría salir todo esto. Cole extiende la mano y me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Quiero ver este pintalabios en mi pene. Quiero meter mi lengua profundamente en tu sexo. Quiero hacer que te corras hasta que físicamente no puedas más. Y lo quiero esta noche. Solo una noche y luego regresaremos a Nueva York y todo volverá a ser como antes. Pero si aceptas, serás mía hasta mañana. Y Delilah —dice; me sujeta de la mandíbula y me obliga a concentrarme en sus palabras por encima del rugido de la sangre en mis oídos—. Si dices que sí, pienso hacerte olvidar que Paul existió alguna vez. —Esto último me hace retroceder, y él retira la mano—. Piénsalo y dame tu respuesta antes de que nos vayamos de la gala esta noche. Si dices que sí, no esperaré a que lleguemos al hotel para empezar. ¿Lo entiendes?

Este hombre está muy por encima de mi nivel. Quiero gritarle al conductor que pare ahora mismo para poder desnudarme y restregarme contra él. Quiero desabrocharle la impoluta camisa blanca y besarle la piel hasta poder bajarle la cremallera de los pantalones y meterlo en mi boca. Quiero subirme el vestido por los muslos y deslizarme sobre él. Quiero experimentar todo lo que mi cuerpo y el suyo pueden hacer juntos. Después de haber probado lo increíble que puede ser el sexo y de sentirme decepcionada con mi relación física con Paul, solo quiero volver a sentirlo todo de nuevo.

Pero en lugar de hacer cualquiera de esas cosas, consigo articular dos

palabras.

—Lo entiendo.

Cole se vuelve hacia la ventanilla y yo me quedo sentada en silencio, atónita, tratando de averiguar qué debo hacer. Podría coger el teléfono y enviarle un mensaje a Alex, pero no quiero molestarla mientras está con Jaxson. Además, ya sé cuál será su consejo. Algo así como: «¡A por él, vaquera!».

Afortunadamente, me distraigo del caos abrumador de mi mente cuando nos acercamos al hotel. El edificio está iluminado y en la entrada hay una auténtica alfombra roja rodeada de fotógrafos que toman fotos de las personas que pasan sobre ella.

—No sabía que era un evento tan importante —murmuro.

—Algunas de las personas más ricas de Estados Unidos van a estar aquí esta noche —explica Cole—. Y las personas con tanta riqueza y poder quieren asegurarse de que todo el mundo las vea.

Me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Vas a muchos eventos como este?

—No. Normalmente son Roman o mi padre quienes asisten a ellos. —Tensa la mandíbula—. O al menos solía ser así.

Pienso en preguntarle por su padre, por cómo se siente respecto a lo que pasó, pero me falta tiempo, o probablemente valor, porque nuestro coche se detiene junto a la alfombra roja.

El conductor sale y abre la puerta del lado de Cole.

—¿Lista? —pregunta Cole.

No lo estoy, pero asiento de todos modos. Él sale y se da la vuelta para tenderme la mano. La cojo, sintiéndome completamente abrumada, él me la pone enlazando su codo y echamos a andar por la alfombra roja. Los flashes de las cámaras que hay a los dos lados me deslumbran y oigo voces que llaman a Cole.

—Señor King, ¿quién es su acompañante esta noche?

—Señor King, ¿qué lleva puesto su acompañante?

—Señor King, ¿cómo responde a los rumores de que los inversores han perdido la confianza en King Group tras la detención de su padre?

¿Qué clase de pregunta es esa en un evento como este?

Los músculos del brazo de Cole se tensan y yo miro al grupo de fotógrafos que se encuentra a un lado. Dos o tres personas sostienen micrófonos e intentan hacer preguntas a los asistentes, pero no sé cuál de ellos ha

preguntado por su padre. De todos modos, Cole no responde. Su expresión parece impenetrable, pero estoy lo bastante cerca como para detectar un leve tic en su mandíbula.

Lo agarro del bíceps y se lo estrecho para tranquilizarlo. Él me mira con expresión sorprendida. Una esquina de su boca se levanta durante una milésima de segundo y luego vuelve la vista al frente mientras nos acercamos a la gran puerta abierta.

Ahora que ya casi hemos terminado con los fotógrafos y los periodistas, puedo relajarme y contemplar el vestíbulo al entrar. Es precioso, con relucientes suelos de mármol y techos altos adornados con brillantes lámparas de araña. El salón de baile donde se celebra la gala es igual de impresionante. Es un espacio enorme, con molduras intrincadas, detalles espejados y candelabros aún más extravagantes. Una mesa con varios objetos colocados sobre ella recorre el lateral de la sala. Cole ha mencionado una subasta silenciosa, así que debe de ser para eso.

—Es un espacio increíble —murmuro, con la mirada perdida en el techo ornamentado.

—Lo es. —Le sonrío. ¿De verdad parece… relajado? La tensión de antes ha desaparecido y hay algo parecido a una chispa de calidez en su mirada—. Me gusta verte contemplar la arquitectura de los sitios a los que vamos.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué?

—Tus ojos se iluminan y todo tu cuerpo se anima.

—Oh. —Siento una cálida sensación en el pecho. Era lo último que esperaba oír de él.

—Tu pasión es algo hermoso.

Se me corta la respiración cuando algo brilla en el aire entre nosotros, una conexión que nunca habría creído posible. Y, sin embargo, ahí está.

Quizás debería haber sabido que mi relación con Paul estaba condenada al fracaso. Nunca se molestó en compartir su afecto por mí como acaba de hacerlo Cole. Cada vez que íbamos a algún lugar con una arquitectura increíble, estaba demasiado ocupado dándome su opinión experta como para preocuparse por mi reacción.

—Gracias. —No sé qué más decir, así que aparto la vista de él y estudio a las personas que llenan la amplia sala.

Cole tenía razón. Aquí todos son ricos y poderosos, y no les da vergüenza

demostrarlo. Trajes caros y vestidos de diseñadores, joyas que cuelgan de cuellos, muñecas y orejas, risas que suenan un poco demasiado fuertes, como si solo se pronunciaran para llamar la atención. Es completamente diferente a todo a lo que estoy acostumbrada.

Cole se acerca para susurrarme al oído.

—Quédate a mi lado o todos los hombres solteros intentarán llevarte a casa esta noche. Y probablemente también la mitad de los casados. —Cuando me vuelvo hacia él no hay humor en su expresión—. Busquemos nuestra mesa. —Me pone la mano en la espalda para que siga andando.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta que Cole ve la mesa que nos han asignado al frente de la sala, y me pregunto si la ubicación es deliberada. ¿Los grandes multimillonarios se sientan al frente y los pequeños multimillonarios quedan relegados al fondo?

Contengo la risa y rápidamente pongo cara seria cuando Cole me mira con una ceja enarcada.

Él me retira la silla y yo intento sentarme con la mayor elegancia posible. Luego se acomoda a mi lado.

Un camarero aparece de inmediato.

—¿Qué les apetece beber?

Cole se vuelve hacia mí.

—¿Te apetece champán o quieres otra cosa?

El champán estaría bien, pero las burbujas se me subirían muy rápido a la cabeza, y necesito mantener mis sentidos alerta esta noche.

—Tomaré una copa de vino blanco, gracias.

Cole pide dos copas de vino blanco y el camarero se apresura a marcharse, esquivando a la multitud para abrirse paso. Pronto regresa con nuestras copas y le doy las gracias con una sonrisa, a lo que él responde con otra de su propia cosecha y con un guiño. Cole murmura algo entre dientes y apoya de forma distraída el brazo en el respaldo de mi silla.

Pronto se nos unen en la mesa otras parejas, en su mayoría mayores que Cole y yo. Lo saludan con familiaridad y Cole me presenta como su colega, lo cual no es del todo cierto. Probablemente lo dice para que la gente no piense que soy su cita o, Dios no lo permita, su novia.

Otra pareja más se une a la mesa, y, aunque Cole no muestra ninguna reacción física evidente, juraría que la tensión parece apoderarse de él cuando se sientan frente a nosotros. Sin embargo, los saluda agachando la cabeza con

amabilidad.

—Jessica, Tom.

La pareja parece tener la misma edad que Cole. El hombre, de aspecto anodino, me recuerda a un muñeco Ken, y la mujer es absolutamente despampanante. Es rubia, alta y con curvas, y su vestido negro realza cada una de ellas. Sus pálidos ojos azules se clavan en Cole.

—No estaba segura de que fueras a venir esta noche —le dice ella—. Normalmente me avisas.

—Roman fue quien aceptó la invitación, pero tiene otros asuntos que atender.

No dice nada sobre por qué no la avisó de que iba a venir. ¿Y qué significa eso, de todos modos? Seguramente ella no es su novia, teniendo en cuenta que los dos están aquí con otras personas.

Miro a Cole, pero él mantiene su atención fija en Jessica.

Ella se mueve en su silla y se vuelve hacia mí.

—¿Quién es tu acompañante esta noche?

—Esta es Delilah. Es arquitecta y trabaja en la nueva cadena hotelera. La he traído para que vea las instalaciones de Chicago.

Le sonrío a Jessica y, aunque ella corresponde al gesto, lo hace de una forma un poco forzada.

—Qué conveniente —murmura.

Nos ahorramos seguir con la conversación con Jessica y su acompañante cuando el maestro de ceremonias sube al escenario para hablar del programa de la noche, que incluye numerosos platos y mucha charla, seguido de una subasta silenciosa y luego un baile. Una noche de viernes informal para multimillonarios.

Una vez que todos están sentados, se sirve el primer plato. Es caviar, colocado artísticamente sobre unas hojas de lechuga de aspecto elegante. Lo pruebo porque nunca lo había comido antes, y hago todo lo posible por no fruncir la nariz. Me entra el pánico. ¿Se considerará de mala educación si no me lo como?

Cole me roza el muslo con el suyo y me susurra al oído.

—No te lo comas si no quieres. Es un gusto adquirido.

—Déjame adivinar. —Levanto la cara hacia él—. ¿Tú lo has adquirido?

Él se encoge de hombros.

—No me dieron mucha opción cuando era niño.

Miro el montón de brillantes huevas negras de pescado.

—No puedo creer que tus padres te dieran esto de niño. Yo solía armar un escándalo cuando mi madre me obligaba a comer judías.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba.

—Se esperaba que mis hermanos y yo disfrutáramos de las cosas buenas de la vida desde pequeños, quisiéramos o no.

Intento imaginarme a Cole de niño, obligándose a comer caviar en la mesa porque era lo que se esperaba de él. Me invade una punzada de tristeza. No sé nada sobre su educación, así que probablemente estoy haciendo una suposición absurda, pero de alguna manera no me parece la forma de actuar de unos padres cariñosos. Le toco el brazo.

—Lo siento. No suena muy agradable.

Él mira mi mano y luego mi rostro. La extraña intensidad de sus ojos me provoca un cosquilleo en el estómago. Luego niega con la cabeza y me dedica una sonrisa torcida.

—Solo tú podrías compadecerte de mí por haber tenido una infancia en la que comía algo increíblemente caro, Delilah.

Me sonrojo, pero la forma en que me está contemplando me deja sin aliento. Cuando me doy la vuelta, veo que Jessica, con el ceño fruncido, tiene la mirada clavada en Cole. Sin duda, algo está pasando, pero ¿qué? ¿Es su ex? ¿O quiere tener una relación con él y él no está interesado?

Me distrae un camarero que se lleva mi plato casi sin tocar. Pronto llega en su lugar algo mucho más apetecible: una pequeña ración de raviolis de salmón con salsa de crema de azafrán. Está delicioso y suelto un murmullo de aprobación mientras me lamo la salsa de los labios.

Cole se agacha hacia mí de nuevo.

—Sigue así y te pediré una respuesta antes. —Su voz grave y ronca me provoca un escalofrío.

Me vuelvo hacia él con los ojos muy abiertos y, no sé muy bien por qué, le sostengo la mirada y deliberadamente me vuelvo a lamer los labios.

Casi me río al ver su expresión, pero la forma en que mi cuerpo reacciona ante la expresión oscura y pecaminosa que se apodera de sus rasgos no tiene nada de gracioso. Promete una venganza de lo más peligrosa y provocadora. Y, de repente, me pregunto por qué estoy dudando.

Solo vamos a pasar aquí una noche. Me he arreglado y estoy más guapa que nunca, y Cole es… Bueno, Cole es Cole. Siempre está increíble. Pero ahora

mismo me mira como si quisiera devorarme, y estoy convencida de que yo lo miro como si quisiera que lo hiciera.

Me echo hacia él y el brillo de sus pupilas me deja sin aliento.

—¿Y si estoy lista para darte mi respuesta ya?

Deja escapar un suspiro lento y controlado.

—No lo hagas.

Parpadeo.

—Pero pensaba…

—No me lo digas hasta que esté en condiciones de hacer algo al respecto. Si me lo dices ahora, te levantaré la falda debajo de la mesa, te meteré los dedos y haré que te corras delante de toda esta gente. —Un escalofrío me recorre el cuerpo y cierro los ojos un instante porque una pequeña parte oculta de mí quiere que haga precisamente eso: que me posea delante de toda esta gente. Pero me hundo en la silla. Una fantasía es una cosa. La realidad es muy distinta —. Ya te avisaré cuándo puedes responderme —dice Cole, y yo asiento. Estoy segura de que mi excitación debe de ser evidente para todos los que están a la mesa, y clavo la vista en los restos de comida en mi plato hasta que también se lo llevan.

Se sirven dos platos más antes de que el maestro de ceremonias nos anuncie que habrá un breve descanso para que podamos charlar.

Cole se levanta inmediatamente de su silla y me coge de la mano para llevarme detrás de él.

—Cole, quiero hablar contigo sobre… —La voz de Jessica se desvanece detrás de nosotros cuando Cole me aparta de la mesa. Solo vislumbro la expresión dura de su rostro por el rabillo del ojo mientras intento no tropezar llevando estos tacones.

—¿De qué conoces a Jessica? —pregunto.

Cole me aprieta la mano con fuerza, pero no vuelve la cabeza.

—Es la hija de uno de nuestros mayores inversores.

Empiezo a arrastrar los pies.

—¿Tuvisteis una relación? Porque tengo la impresión de que le molesta que hayas venido conmigo.

Esta vez me mira por encima del hombro.

—Nunca he tenido una relación con Jessica. Pero hemos pasado mucho tiempo juntos en esta clase de eventos.

La tensión en la base de mi cuello se alivia. Seguramente solo está molesta

porque estoy acaparando a la persona con la que normalmente habría pasado el rato.

Cole me lleva a través de una puerta situada en un lateral del salón de baile.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras el ruido de la multitud se desvanece detrás de nosotros—. ¿Está permitido bajar aquí?

—Para mí sí —responde, y casi pongo los ojos en blanco. Me lleva a rastras hacia un rincón, hace que me dé la vuelta para que mi espalda quede contra la pared y apoya las manos a los dos lados de mis hombros—. Creo que tenías algo que decirme. —La aspereza de su voz me provoca unos hilos de necesidad que se tensan en un nudo ardiente dentro de mí.

Dijo que solo quería escuchar mi respuesta cuando pudiera hacer algo al respecto. Entonces, ¿qué pretende hacer aquí, en este lugar semipúblico?

El corazón me late con fuerza en el pecho y mis pezones rozan contra la fina tela de mi vestido.

Haciendo caso omiso de la prudencia, echo la cabeza hacia atrás y lo miro directamente a los ojos.

—Sí.

Él no me malinterpreta ni me pide que se lo aclare: sabe muy bien lo que quiero decir.

Sus labios se estrellan contra los míos y se apodera de mi boca, y me consume el fuego ardiente que se enciende entre nosotros.

Me arqueo hacia él cuando una de sus manos deja la pared y me acaricia la espalda hasta llegar a mi trasero; lo agarra y me pega a él para que sienta la larga y dura protuberancia de sus pantalones. Me restriego descaradamente contra ella, lo que lo hace gemir profundamente.

Desliza la mano hacia abajo y me levanta el vestido; lo desliza por mis piernas y lo amontona en su mano hasta que queda lo bastante arriba como para deslizar los dedos por debajo y meterlos bajo el diminuto trozo de encaje que forma mi tanga.

Se retira para contemplar mi rostro cuando llega hasta mi clítoris, ya hinchado y palpitante, esperando su caricia.

Jadeo y tiemblo cuando pasa el pulgar por encima, y sé que no tardaré mucho en correrme bajo su contacto. Debería sentir vergüenza, pero no es así. Y teniendo en cuenta lo dilatadas que están sus pupilas —el azul de sus iris no es más que un fino anillo alrededor del negro—, no le importa en absoluto que yo ya esté al borde del abismo.

Un dedo largo se mete dentro de mí y casi suelto un grito, pero afortunadamente él me tapa la boca con la suya y amortigua ese sonido desesperado.

Sus dedos y su pulgar se mueven al mismo ritmo, y mis caderas se balancean al compás de ese movimiento, buscando alcanzar la liberación. Unas chispitas brillan detrás de mis párpados, y estoy tan cerca…

—¿Cole? —llama una voz femenina desde el pasillo—. Cole, ¿estás aquí? Uno de los camareros me ha dicho que te ha visto bajar hasta aquí. —Me quedo paralizada y parpadeo mirando a Cole. La ira lo envuelve en olas heladas y su mano se ralentiza, pero no se detiene. Estoy atrapada, colgando del precipicio. Si acelera sus movimientos, me hará llegar al clímax. Teniendo en cuenta que la mujer que ha llamado a Cole se está acercando, no estoy segura de querer llegar al clímax en este momento. Lo último que necesito es que un desconocido me vea tener un orgasmo con los dedos de mi jefe—. ¿Cole? Tengo que hablar contigo sobre mi padre. —La voz está más cerca.

Por un instante, Cole mueve los dedos más rápido, y creo que va a hacerlo. Creo que va a hacer que me corra de todos modos. Mi cuerpo se tensa en un placer involuntario, ciñendo sus dedos, y abro mucho los ojos, sacudiendo la cabeza.

Él suelta un gruñido, pero retira sus dedos de mí, los lleva a mis labios y los lame antes de tomar mi boca en otro beso apasionado.

—Un pequeño aperitivo para más tarde —me susurra al oído.

Luego da un paso atrás y yo me arreglo frenéticamente el vestido, tratando de recomponerme.

Aparte de la oscura dilatación de sus pupilas y del rubor en los pómulos, parece tan sereno como antes, aunque noto que sus dedos aún brillan con mi excitación. No se los ha limpiado, probablemente porque no quiere manchar su caro traje o mi vestido con fluidos corporales.

Pero ya es demasiado tarde para decir nada, porque me saca del rincón y nos encontramos cara a cara con Jessica.

Ella esboza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Aquí estás. Necesito hablar contigo sobre algo que he oído comentar a mi padre.

Es imposible que no sepa lo que ha interrumpido, y debería alarmarme que se haya descubierto lo que Cole y yo estábamos haciendo, pero en este momento solo estoy frustrada y cachonda. No conozco a esta mujer, pero

ahora mismo me desagrada profundamente.

—No me apetece hablar de negocios ahora mismo, Jessica —dice Cole—. ¿Puede esperar hasta que regresemos a Nueva York?

¿Ella también vive en Nueva York?

—Bueno, supongo que sí —dice ella. Me pregunto si todo esto solo ha sido una excusa para buscar a Cole e interrumpir lo que estaba haciendo conmigo. Puede que no tuvieran una relación, pero me parece que ella desearía que la tuvieran aunque haya dejado a su acompañante en la mesa.

—Pues vámonos —acepta Cole, indicándole a Jessica que vaya delante. Ella me dedica una mirada que me atraviesa como si tuviera garras y echa a andar por el lugar por el que hemos venido. Como nos da la espalda, Cole aprovecha para pasar la lengua por los dedos que acaba de meter dentro de mí, sin apartar la vista de mi rostro en ningún momento—. ¿Quién quiere postre?

Me da un vuelco el estómago, y empeora cuando me coge de la mano y regresamos a la sala principal.

Aparte de la interrupción, acabo de tener una pequeña muestra de lo que me espera esta noche.

Y creo que voy a meterme en un lío.

20

COLE

Espero todo lo que puedo, hasta que pujo y gano un fin de semana en Aspen, y entonces nos vamos. Le he enviado un mensaje al chófer para decirle que nos espere en la entrada, y está ahí cuando salimos. Miro de reojo a Delilah: tiene las mejillas maravillosamente sonrojadas, y no es por el calor. Ella sabe muy bien lo que va a pasar en cuanto estemos en el coche.

Después de haberla llevado tan cerca del orgasmo antes, probablemente se ha sentido tan frustrada como yo.

La puñetera Jessica… No sé a qué está jugando, pero tendré que hablar con ella cuando regresemos a Nueva York. He ignorado las señales que he notado últimamente: su renuencia a marcharse después de follar, sus intentos de ponerme celoso. O bien ha empezado a encariñarse conmigo, o tiene algún otro motivo oculto. Tengo que averiguar cuál de las dos cosas es y abordarla de una forma u otra.

Pero no es algo en lo que me apetezca pensar ahora, cuando el chófer ya ha abierto la puerta y Delilah se está deslizando dentro, mirándome con ojos nublados por el deseo.

Mi pene ya está duro y palpitante. Llevo mucho tiempo esperando este momento, desde que ella puso un pie en mi oficina por primera vez. Incluso desde antes. En las semanas después de la noche que pasamos juntos, me masturbé varias veces, cerrando los ojos y recordando lo increíblemente bueno que fue hacer que se desmoronara por mí. Incluso me había encontrado buscando por las calles a alguien con el pelo oscuro y los ojos verdes. Fue ridículo. Nunca había hecho algo así en toda mi puta vida.

Pero fue el impulso completamente irracional de regresar al bar donde nos conocimos lo que me apartó de mi extraña obsesión. Perseguir a una mujer, acosarla, no es algo que haya hecho nunca ni que vaya a hacer jamás. Así que me esforcé por borrarla de mi mente.

Y entonces Delilah volvió a colarse en ella, con sus largas piernas, su bonita

sonrisa y esos ojos felinos. Y esas puñeteras faldas que lleva… No son demasiado cortas, pero sí lo bastante ceñidas como para realzar la preciosa curva de su trasero.

Muevo los dedos. Esta noche no será una falda la que *realce* ese trasero.

Entro en el coche detrás de ella y el chófer cierra la puerta.

Antes de levantar la mampara para darnos intimidad, le digo que tome la ruta panorámica hacia el hotel. Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo retrovisor, hace un gesto de asentimiento y yo pulso el botón para levantar la mampara. No hace que el coche sea insonorizado, pero debería amortiguar algunos de los sonidos que Delilah está a punto de emitir.

—Ven aquí —le digo.

Solo duda un segundo antes de acercarse a mí. Le rodeo la cintura con el brazo, hago que se siente en mi regazo y le bajo el corpiño del vestido. No lleva sujetador, y la sombra de sus pequeños pezones duros me ha estado distrayendo toda la noche. Ahora voy a probarlos.

Me agacho y me meto uno de esos pezones rosados y tensos en la boca, pasando la lengua por él y gimiendo cuando se endurece de inmediato, lo suficiente como para poder provocarla con los dientes.

—Cole —susurra, llevando sus manos a mi cabello para mantenerme pegado a ella. Le pellizco el otro pezón, disfrutando de su agudo jadeo, y ella levanta las caderas. Apostaría lo que fuera a que eso le ha llegado directamente al clítoris.

Después de prodigarles atenciones a sus pechos, alcanzo el dobladillo de su vestido y se lo subo por las caderas para poder deslizar mi mano por debajo. Su tanga, casi inexistente, está empapado, e inspiro hondo para calmarme. Tenemos toda la noche. Ahora mismo solo se trata de prepararla para lo que sucederá cuando estemos en mi habitación del hotel.

Mis nudillos se deslizan por su sexo y ella contiene un gemido.

—No hace falta que estés callada —le digo. —El conductor sabe perfectamente lo que está pasando. Si gimes lo bastante fuerte, probablemente le alegrarás la noche. —Sus mejillas se sonrojan y me niega con la cabeza. Suelto una risita—. ¿Has estado cachonda todo el tiempo, gatita?

—Sí —susurra.

Por muy enfadado que esté con Jessica, una parte de mí siente una retorcida alegría por que Delilah haya estado sentada a mi lado, desesperada y necesitada durante las últimas horas, pensando en este momento, deseando mis dedos y

mi boca sobre ella, mi pene abriéndose paso en su interior.

La beso con fuerza. Quiero que el pintalabios le manche la cara. Nuestras lenguas se entrelazan y ella contonea las caderas. La fricción de su culo contra mi erección hace que se hinche aún más.

Con mi pulgar sobre su clítoris, deslizo un dedo dentro de ella. Posa las manos sobre mis hombros y me los estrecha, dejando escapar un gemido. Está tan húmeda y lista para mí que meto otro dedo dentro de ella y aumento la presión de mi pulgar.

Miro hacia abajo, embriagado por la visión de ella sobre mi regazo, con los pechos desnudos, las piernas abiertas y mi mano perdida bajo su vestido rojo. Le meto un tercer dedo. Es tan estrecha, joder… Sé que está sintiendo cómo la estiro, pero la estiraré más cuando estemos en la habitación del hotel, así que más vale que se acostumbre ya.

—C-Cole —gime más fuerte, y cierra los ojos con fuerza.

—Abre los ojos. —Quiero mirarla a los ojos cuando se corra. No podrá ocultarme su placer.

Parpadea y, por su mirada desenfocada y su cuerpo tenso, sé que está a punto. Me agacho, vuelvo a meterme uno de esos pezones rosados en la boca y lo chupo con fuerza. Sus gemidos se hacen más fuertes, pero quiero que se rinda y se deje llevar. Quiero que su preciosa mente se apague para que deje de pensar y empiece a sentir.

Curvo los dedos y en su interior, le acaricio el clítoris con el pulgar y le muerdo el pezón.

—¡Sí, Cole! —grita; su sexo me ciñe la mano y siento cómo brota su excitación.

Ralentizo el movimiento de mi mano y provoco el duro pico que tengo en la boca con la lengua para que se tranquilice. Ella respira con dificultad y esconde la cabeza en mi cuello, temblando contra mí, y me invade una inesperada oleada de ternura. Lucho contra el impulso de apartarle el pelo de la cara y darle un suave beso en los labios. Esta noche se trata de disfrutar del cuerpo del otro, no de compartir cariño.

Saco la mano de sus bragas y llevo mis dedos húmedos a su boca, deslizando uno de ellos por su suave y carnoso labio inferior.

—Chupa.

Sus ojos se encuentran con los míos y frunce el ceño antes de abrir los labios para mí. Deslizo mis dedos dentro. Los lame y los chupa, y mi erección crece

bajo su trasero.

Joder.

Dejo que se saboree a sí misma unos segundos más y, a pesar de mi determinación anterior, retiro los dedos, le acaricio la cabeza y le doy un beso en los labios. Al principio es un roce suave, pero pronto le ladeo la cabeza para profundizar en el contacto, hundiendo mi mano en su cabello mientras me pierdo en ella.

Cuando por fin me aparto, ella no es la única que respira con dificultad.

La voz del conductor se oye por el intercomunicador.

—Nos estamos acercando al hotel, señor. ¿Quiere que siga conduciendo?

No hay duda de que, incluso con la mampara levantada, ha oído cómo Delilah se corría, y debe de pensar que ya puede preguntar.

—No hace falta. Llévenos al hotel, gracias. —Delilah intenta bajarse de mi regazo y esquiva mi mirada. La agarro de la barbilla—. No, no. Has dicho que ibas a ser mía por esta noche, lo que significa que harás lo que yo quiera. Y lo que quiero es que te quedes donde estás.

Ella traga saliva.

—De acuerdo. —La palabra es poco más que un suspiro, y yo sonrío.

Si Delilah cree que nuestro primer encuentro fue un indicio de lo que va a pasar esta noche, se equivoca. Entonces era virgen, y no soy un completo imbécil, así que no traspasé ningún límite en ese momento. Pero ya no es virgen. Ha estado con otro hombre.

Mis músculos se tensan al pensarlo. Me encojo de hombros para relajarlos, ignorando esa reacción. Nunca me ha importado que una mujer hubiera estado con otra persona. Solo me importa que Delilah esté conmigo ahora mismo, y no tengo intención de andarme con miramientos con ella.

En cuanto el coche se detiene frente al hotel, la hago salir y la llevo a mi habitación. En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, la agarro del trasero y vuelvo a besarla. No puedo parar. La forma en que gime me hace profundizar en el beso. Sabe tan dulce… Si fuera otra clase de hombre, podría volverme adicto a ese sonido.

La levanto y la empujo contra la pared, balanceándome contra ella, restregando mi pene contra su sexo. Ella gime y se retuerce contra mí. Se le sube el vestido y me rodea las caderas con las piernas. Mi necesidad de devorarla se intensifica cuando me clava las uñas y se aferra a mí con fuerza. Si le preocupa que me vaya a algún sitio, no debería. No hay ningún otro lugar en

el que quiera estar.

La bajo al suelo y la seda de su vestido se desliza por sus piernas.

—Abajo —gruño; me desabrocho los pantalones y me saco el miembro.

Ella baja la vista hasta dónde tengo los dedos y la comprensión se refleja en su rostro. Y también aparece algo más: deseo.

Levanta la cara y me pierdo en las profundidades verdes de sus ojos, con el corazón latiendo a un ritmo errático en mi pecho. Rompe el hechizo al caer de rodillas, con el vestido formando un charco a su alrededor en el suelo. No estoy seguro de haber visto nada más sexy que Delilah mirándome con ese rubor en las mejillas, sus labios carnosos a solo unos centímetros de mi pene, que ya está goteando.

Le meto el pulgar en la boca, y una intensa tensión se acumula en lo más profundo de mi ser cuando ella lo chupa. Me permito disfrutar de la sensación durante unos segundos antes de deslizar la hinchada corona sobre su lengua. Cuando la suelto, es solo para enredar mi mano en su cabello.

—Demuéstrame cuánto puedes aguantar. —Sin romper el contacto visual, sus labios me envuelven y ella me hunde lentamente en su boca hasta que llego al fondo de su garganta. Lame la parte inferior de mi miembro, enviando llamas abrasadoras a través de mi piel. Pero quiero más de ella. Quiero sacarla de su zona de confort. Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Voy a penetrarte más hondo, gatita. Respira por la nariz. —Ella asiente y yo uso la mano que tengo en su cabello para mantenerla quieta mientras me deslizo más profundamente en su interior; me detengo solo cuando ella tiene una arcada y le lloran los ojos. No me ha tomado todo, pero la forma en que su garganta se ciñe alrededor de la cabeza de mi pene desencadena un placer casi insoportable. Le sostengo la mandíbula y le levanto la cara, admirando lo guapa que está. Le paso el pulgar por la mejilla otra vez—. Qué buena chica y qué bien me la chupas —susurro.

Parpadea y, cuando siento la vibración de su gemido, me hundo en su boca, hinchándome aún más.

Joder. La sensación es tan intensa que una señal de advertencia recorre mi espina dorsal y mis músculos abdominales se tensan. Ya estoy demasiado cerca. Inspiro hondo, reuniendo el poco control que me queda y resistiendo el impulso de mover las caderas hasta correrme en su garganta.

Eso lo dejaré para más tarde. Cuando me corra por primera vez, quiero estar enterrado profundamente en su interior; lo he estado deseando durante

demasiado tiempo.

Me retiro, contemplando su rostro maravillosamente descompuesto, sus mejillas húmedas y sus labios rojos e hinchados. En cuanto la ayudo a ponerse en pie, le paso los dedos por el pelo y le echo la cabeza hacia atrás para poder lamer y morder su mandíbula.

—Ahora vamos a follar, Delilah. Quítate ese vestido y ponte a cuatro patas en la cama. —Se le ponen los ojos como platos ante la exigencia de mi tono, pero estoy demasiado impaciente como para tomármelo con calma—. Vamos —mascullo. Da unos pasos para apartarse de mí, luego se detiene y me mira por encima del hombro, con el labio inferior entre los dientes. Dios, sigue siendo la hostia de inexperta en lo que se refiere al sexo, y sé que no debería, pero me encanta. Paul hizo una cosa bien, al menos para mis propósitos: es imposible que ese imbécil hiciera algo para satisfacer sus necesidades o para ayudarla a explorar la sensualidad latente que emana de ella con cada mirada, con cada movimiento y con cada caricia. Soy yo quien va a hacerlo. Aunque solo sea por una noche. Delilah vuelve a mirar hacia delante y se da vuelta para desabrocharse el vestido. Después de deslizarse los tirantes por los hombros, hace un pequeño movimiento y deja que caiga, y queda solo con el tanga y los tacones. Me agarro el pene para aliviar el dolor, pero lo único que puede ayudarme ahora mismo es hundirlo en ella—. Espero que no le tengas demasiado cariño a ese diminuto trozo de encaje que llevas puesto, porque estoy a punto de arrancártelo para poder saborearte de nuevo.

Se queda paralizada y un escalofrío recorre visiblemente su cuerpo. Luego sigue adelante, gatea sobre la cama y se queda a cuatro patas, tal y como le he ordenado.

Después de quitarme la ropa, me acerco a ella. No puedo apartar los ojos de su trasero; la tela de su tanga empapado solo es una delgada línea entre sus nalgas, pero aun así la tapa demasiado, así que engancho los dedos en la tira de uno de los lados y la rompo. Delilah jadea, y yo hago lo mismo con el otro lado y estrujo el tanga en mi mano. Voy a quedármelo, pero por ahora lo dejo caer al suelo junto a la cama.

Deslizo un dedo por su sexo. Está húmeda, chorreando, y cuando pongo la punta en su abertura, mi chica codiciosa se ciñe a mi alrededor.

Me echo hacia delante y paso la lengua desde su clítoris hasta la apretada roseta de su ano. Ella se estremece y se echa hacia delante, pero se lo impido rodeándole la parte superior de los muslos con el brazo para mantenerla quieta

mientras repito el gesto una y otra vez.

—¡Cole! —exclama cuando hundo la lengua en su sexo. Dios, sabe increíblemente bien.

Me echo hacia atrás y acaricio mi erección desde la base hasta la punta.

—¿Me deseas? —le pregunto.

—Sí. —Es un jadeo entrecortado.

—¿Quieres que te llene?

Ella se estremece de nuevo.

—Sí.

—Suplícamelo.

Vuelve la cabeza para mirarme por encima del hombro y entre la excitación que veo en su rostro, atisbo una sombra de la duda.

—Dios, Cole… —dice con voz temblorosa—. No puedes… Yo no puedo…

Le acaricio la espalda.

—No pasa nada por que te guste, preciosa. No se trata de humillarte. Que te mueras por tenerme no cambia la opinión que tengo de ti, pero me pone muy cachondo, y… —le paso un dedo por su humedad, que prácticamente le gotea por los muslos— creo que a ti también. Así que deja de pensar y haz lo que te siente bien. —La tensión de su cuerpo se relaja bajo mi tacto y ella asiente. Vuelvo a agarrar mi erección y deslizo la punta entre sus pliegues empapados hasta que roza su clítoris. Ella deja escapar un gemido y se balancea sobre sus manos y sus rodillas para obligarme a seguir moviéndome—. Suplícamelo. —La empujo a dar el paso.

Se lame los labios.

—Por favor, Cole. —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre—. Te necesito dentro de mí. Quiero follar. Quiero que hagas que me corra. —Música para mis putos oídos. Rápidamente me pongo un condón, luego la agarro del trasero y flexiono los dedos. Estoy dividido: quiero follar así, pero también quiero mirarla a los ojos cuando la tome de nuevo. La fuerza de ese impulso tan poco característico en mí me hace resistirme, así que deslizo mi miembro entre sus piernas una vez más para cubrirme con su excitación, y luego le rodeo las caderas con los brazos y, con una fuerte embestida, me hundo hasta el fondo—. ¡Dios mío! —grita, y su cuerpo se contrae a mi alrededor. La sangre me ruge en los oídos cuando me aprieta con tanta fuerza que apenas puedo moverme. Rechino los dientes y me retiro antes de volver a penetrarla con embestidas largas y seguras. Sus músculos internos se aferran a

mi pene y ella gime, arañando las sábanas y echándose hacia mí. Le agarro las nalgas y las separo para poder ver cómo se estira a mi alrededor mientras la penetro. El estrecho anillo de músculos entre sus nalgas capta mi atención y no puedo resistir la tentación de poner ahí el pulgar. Delilah inspira bruscamente y vuelve la cabeza; su mirada sorprendida se encuentra con la mía. A juzgar por su reacción, nunca la habían tocado ahí. Paso el pulgar por su humedad y lo uso para hundirme un poco más. Ella abre los ojos de par en par—. ¿Cole?

—Si me dices que te estoy haciendo daño, paro.

Ella duda un instante y luego niega con la cabeza.

—No me haces daño.

Para recompensarla, deslizo mi mano hacia delante y acaricio el hinchado manojo de nervios entre sus piernas. La sensación hace que se ciña aún más a mi alrededor y mis testículos se contraen. Joder, no voy a aguantar mucho en esta primera ronda. Por suerte, esta solo va a ser la primera de muchas esta noche.

Con mis dedos acariciando su clítoris y mi pulgar empujando un poco más profundo en su ano con cada embestida de mis caderas, no le doy a Delilah otra opción que correrse. Su cuerpo se pone tenso y deja escapar un grito, estrechándome con fuerza en su interior. Mi lucha por contenerme ha terminado. Me hundo en ella, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás con un gemido grave mientras el fuego recorre mis testículos, sube por mi miembro y estalla en mi interior. Mis caderas siguen moviéndose y parece que no puedo dejar de correrme.

Cuando por fin dejo de bombear dentro de ella, tengo la respiración agitada e incluso siento un cosquilleo en las yemas de los dedos.

Delilah West va a ser mi perdición.

21

DELILAH

Cuando la limusina se detiene frente a mi apartamento, me vuelvo hacia Cole. Ha estado distante durante todo el viaje de regreso y no sé muy bien por qué. Tampoco es que yo haya estado muy habladora, pero eso es porque no estoy acostumbrada a esta clase de rollos ocasionales y estoy tratando de entender lo que vendrá después. Noches como la de ayer deben de ser algo habitual para alguien como Cole.

Me ha costado mucho salir de su cama a primera hora de la mañana. Más de lo que pensaba. Probablemente debería haberme ido después del quinto orgasmo de la noche, pero estaba tan relajada, tan inundada por el suave cosquilleo del placer residual, que me quedé dormida con mi cuerpo aún recostado sobre el suyo.

Cuando me he despertado unas horas más tarde, me ha sorprendido encontrarme boca arriba con Cole durmiendo a mi lado con la mano sobre mi vientre. Sabía que si se hubiera despertado, me habría dicho que me fuera a mi habitación, y como no quería tener esa conversación, me he escabullido de la cama, me he puesto el vestido y me he ido en silencio, sin bragas, por supuesto.

Siento calor en la piel al recordar cómo Cole me arrancó el tanga anoche, pero cojo ese golpe de lujuria, lo encierro en una cajita en mi mente y lo guardo a buen recaudo entre las cosas que nunca olvidaré.

Como Cole sigue sin hablar y parece estar sumido en sus pensamientos, con el ceño fruncido, supongo que me toca a mí poner fin a esto.

—Bueno, gracias por, eeeh, por la oportunidad de, eeeh, visitar las instalaciones y la gala y… —Dios, ¿se puede ser más torpe? ¿Le doy las gracias por todos los orgasmos? ¿Finjo que nunca ha pasado?

Me mira a los ojos, y no estoy segura de si el brillo que veo en ellos es diversión o algo más.

—De nada, señorita West. —¿Señorita West? Supongo que vamos a optar

por fingir que no ha pasado nada. Intento ignorar la decepción que me invade el pecho. Sabía lo que era esto cuando acepté. Asiento y voy a abrir la puerta —. No he terminado contigo, Delilah —murmura.

—Lo siento —digo—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar antes de la reunión del equipo del viernes?

Él asiente.

—Sí. —Su mirada recorre lentamente mi rostro, baja hasta mis pechos y vuelve a subir—. Te deseo otra vez.

Abro los labios y lo miro, parpadeando.

—¿Qué?

—Quiero volver a follar contigo. Pensaba que iba a superarlo con lo de anoche, pero aún hay cosas que no he tenido oportunidad de hacerte.

Teniendo en cuenta lo que ya hemos hecho, no sé muy bien qué más tiene en mente. Pero, viendo cómo se me ha acelerado el pulso, está claro que mi cuerpo quiere averiguarlo.

—¿Quieres que lo hagamos otra vez? ¿Otra noche?

No responde durante un momento, solo me mira fijamente, con un músculo palpitando en la mandíbula.

—Más de una noche.

Inspiro hondo, tratando de asimilar lo que me está sugiriendo.

—¿Quieres salir conmigo? —Me estremezco al oír el pequeño resoplido que se le escapa.

—Yo no salgo con nadie. Pero no quiero que lo de anoche sea todo. Quiero que resolvamos lo que hay entre nosotros, y eso llevará el tiempo que sea necesario.

Niego con la cabeza, sin saber si sentirme ofendida o confundida. No quiere salir conmigo, pero aparentemente una —no, dos— noches no son suficientes.

No puedo negar que una gran parte de mí también quiere más. Más de lo que hicimos anoche, más de cómo hizo que mi cuerpo cobrara vida, más orgasmos. Pero no es solo el sexo. Él me intriga. La mayor parte del tiempo parece un capullo arrogante, pero luego están esos raros momentos de humanidad. Un atisbo del hombre que se esconde detrás de la personalidad del multimillonario de corazón frío. El hombre que me dijo que mi pasión era hermosa, que me hizo sentir más comprendida con unas pocas palabras que Paul en los meses que estuvimos juntos.

Pero sé que no debo idealizar esta situación. Cole no es la clase de hombre

que deja entrar a la gente. Tengo que aceptarlo si decido seguir adelante con este acuerdo. No puedo darle importancia, como hizo mi madre con mi padre.

—¿Y eso qué va a suponer para nuestra relación laboral? —pregunto.

—No va a suponer nada para nuestra relación en el trabajo. Seguiremos siendo profesionales…

—¿Profesionales? —Lo interrumpo mientras recuerdo cómo me empotró contra la puerta de su despacho e hizo que me corriera.

Veo que el recuerdo también le afecta a él, y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Ladea la cabeza y me mira de soslayo, y de pronto parece mucho más joven de lo que es.

—Tan profesionales como lo hemos sido hasta ahora, ni más ni menos. —Su expresión juguetona es tan inesperada que se me escapa una risita, y por un segundo nos sonreímos el uno al otro como si lo que hay entre nosotros fuera el comienzo de algo dulce y hermoso, y no un rollo de oficina donde mi jefe se desahoga follando conmigo. Debe de ocurrírsele lo mismo, porque su expresión se vuelve seria—. ¿Qué respondes?

Hay una tensión repentina en su voz, un tono brusco que me pone los pelos de punta. Me pregunto por qué ha cambiado tan pronto después de ese momento casi infantil. ¿Se arrepiente de haberme dejado ver ese lado de él?

Esa visión hace que me decida. Sin embargo, necesito algunas garantías por su parte. No voy a ignorar lo que implica este acuerdo.

—Tengo algunas condiciones. —La satisfacción se refleja en sus ojos cuando se da cuenta de lo que significa mi declaración, pero su única reacción es recostarse en su asiento; su aparente relajación se ve contrarrestada por la forma en que sus puños apretados reposan sobre sus muslos. Me hace un gesto con la cabeza para que continúe—. Sé que esto es informal y temporal, pero tiene que ser exclusivo. Si decides que quieres ponerle punto final, tienes que decírmelo antes de pasar a otra persona.

La comprensión se refleja en su rostro.

—Lo mismo vale para ti —dice—. No quiero que dejes que otro hombre te toque mientras seas mía. —Hay un ligero tono áspero en su voz, y esas palabras y ese tono hacen que sienta un calor en el vientre y que se me pongan los pezones duros. Si me cruzo de brazos solo voy a conseguir llamar su atención sobre mi reacción física, así que solo me queda confiar en que no se dará cuenta de cómo se marcan los tensos brotes bajo la fina tela de mi camiseta. Pero es inútil. Los ojos de Cole se posan en mi pecho y se

entrecierran antes de volver a centrarse en mi rostro—. Entonces, estamos de acuerdo. —El tono áspero que antes apenas se notaba ahora se hace patente.

Trago saliva, preguntándome si sé en dónde me estoy metiendo, pero asiento de todos modos. Al parecer, una noche de sexo increíble me ha vuelto imprudente.

Cole mueve la mandíbula de un lado a otro.

—Ven aquí.

Me acerco a él y un grito ahogado se escapa de mis labios cuando me rodea la cintura con el brazo y hace que me siente a horcajadas sobre él.

—¿Qué estás…?

—Estoy cerrando el trato —masculla, y un segundo después sus labios se posan sobre los míos en un beso áspero y exigente; me mordisquea el labio inferior y desliza la lengua en mi boca profundamente para reclamarla. Gimo cuando sus manos encuentran mis caderas y me hace bajar hasta que quedo sentada sobre la dura protuberancia de su erección. Cierro los ojos y él me sujeta para balancearme contra su cuerpo. En mi interior se encienden unas diminutas chispas de placer. Se retira demasiado pronto, con los labios curvados hacia arriba ante el pequeño sonido de protesta que dejo escapar—. Me encantaría que me montaras ahora mismo, gatita, pero no quiero que Jonathan te oiga gritar.

—Anoche no te importó lo que pensara el chófer. —No sé ni por qué discuto, porque tampoco me siento particularmente cómoda con que Jonathan me oiga.

—No vamos a volver a ver al conductor de anoche, pero no quiero que Jonathan piense en los sonidos que haces cuando te corres cada vez que te mira.

Me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa. No es precisamente lo más romántico que se puede decir, pero de alguna manera sigue haciendo que mi corazón se acelere.

Me bajo de su regazo y me arreglo la ropa para que no se note lo que acabamos de hacer. Lo miro de reojo, pero su expresión vuelve a ser indescifrable.

Una vez que me recomponemos un poco, carraspeo, sin saber muy bien cómo continuar.

—Entonces, ¿nos vemos la semana que viene?

—Sí —dice, y su voz ha perdido la calidez que tenía hace unos minutos.

Supongo que eso es todo, así que asiento y abro la puerta, pero antes de que pueda salir, él me detiene—. Delilah. —Me vuelvo hacia él—. Estoy deseándolo.

Sonrío.

—Yo también.

22

COLE

El lunes por la mañana, a primera hora, Roman me pide que vaya a su despacho. Me siento en una de las sillas al otro lado de su escritorio y cojo una magdalena con trocitos de chocolate de la bandeja que su asistente le prepara todos los días, aunque él nunca se las come.

—Supongo que querrás saber cómo fue el viaje a Chicago —digo cuando no levanta la vista de los papeles que tiene delante. Es una clásica jugada de poder de Roman, que aprendió de papá. Hace tiempo que me hice inmune a ella.

Por fin levanta la cabeza.

—Entre otras cosas, sí.

—El lugar es bueno —explico—. Y Delilah tiene un par de ideas para maximizar las vistas.

Sus fríos ojos grises se clavan en mí.

—Ah, ¿sí?

Le sostengo la mirada sin pestañear.

—Sí. Es una arquitecta con mucho talento.

—Estoy seguro de que lo que te interesa es su talento como arquitecta.

No voy a confirmar que me acuesto con ella, aunque él lo sospeche, pero tampoco voy a permitir que menosprecie sus habilidades.

—Es excelente en lo que hace, y lo sabrías si te hubieras molestado en mirar alguno de los planos.

Él vuelve a bajar la vista hacia sus papeles.

—No hace falta. Ese es tu trabajo. Y confío en que lo hagas bien.

—No creo que… —Me detengo cuando asimilo lo que ha dicho. Nunca pensé que escucharía esas palabras de mi hermano mayor.

—Pero asegúrate de pensar con la cabeza en esto, Cole. No podemos permitirnos ningún error, y no podemos permitirnos perder inversores. A menos que queramos ser los responsables de que la empresa se hunda bajo nuestra supervisión. —Vuelve a clavarme la mirada.

Ah, así está mejor, ese es el Roman que conozco. Aun así, no puedo evitar cuestionarme a mí mismo. Delilah ya me tiene haciendo cosas que normalmente no haría. ¿Estoy permitiendo que me distraiga de garantizar que la empresa siga siendo fuerte?

No. Lo tengo todo bajo control. Delilah y yo estamos en la misma onda. No hay nada que nos impida disfrutar de nuestros cuerpos mientras seguimos centrados en nuestro trabajo, y no lo digo solo porque esté deseando volver a estar a solas con ella.

—Entiendo tus preocupaciones. Pero no tienen razón de ser.

Me estudia durante unos segundos más y luego asiente.

—Hay algo más. Tenemos que adelantar dos semanas el plazo de presentación.

—¿Por qué?

Se recuesta en su silla y se pasa la mano por los ojos.

—Acabo de recibir noticias del departamento jurídico. Hay nuevos requisitos para los estudios de impacto ambiental que afectarán a las sedes de Dallas y Phoenix. No quiero anunciar un retraso si presentamos la solicitud y luego tenemos que hacer ajustes.

Así que…

—Entonces, presentamos la solicitud antes y así podemos ver los arreglos que deberíamos hacer con tiempo suficiente para volver a presentar la solicitud y cumplir con nuestro plazo original.

Roman asiente.

—¿Puedes hacerlo?

El equipo es bueno. No tengo ninguna duda de que pueden hacerlo.

—Convocaré una reunión esta mañana y se lo comunicaré. No preveo ningún problema.

—Bien. Avísame si surge, de todos modos —ordena. Me levanto, enderezándome la corbata—. No te olvides de la Gala Filantrópica de Manhattan el fin de semana que viene. No estaría mal que fueras con Jessica. Habrá mucha prensa allí, y que te vean con la hija de Berrington enviará un mensaje a cualquiera que albergue dudas sobre la estabilidad de la empresa.

Si le preocupa que aparezca con Delilah del brazo, debería saber que no va a ser así. Dejando a un lado el fin de semana pasado, lo que ella y yo hacemos seguirá siendo estrictamente privado.

—Sé lo que tengo que hacer —digo, y luego me dirijo hacia la puerta, salgo

de su despacho y regreso al mío.

Me paro un momento junto al escritorio de Samson y le pido que organice una reunión con los arquitectos. Luego me siento en mi escritorio para empezar a abordar varios asuntos que han surgido mientras estaba fuera. Cinco minutos más tarde, Samson me llama para decirme que ha programado la reunión para después del almuerzo. Mientras espero una llamada de la oficina en el Reino Unido, me tomo un segundo para pensar en que voy a ver hoy a Delilah. No lo había planeado, y lo último que me apetece es que se haga ilusiones pensando que lo nuestro es algo más que una relación física ocasional. Y, sin embargo, no puedo negar que la idea no me hace precisamente infeliz.

Las imágenes del viernes por la noche y el sábado por la mañana invaden mi mente y la excitación hace que me hierva la sangre. Por suerte, mi teléfono suena, y me distrae. Cuando lo cojo, tengo una sonrisa en la cara, y no es por la expectativa de hablar sobre las condiciones del mercado en Europa.

Tengo muchos planes para Delilah durante las próximas semanas. Espero que esté preparada.

Mientras reviso los mensajes que Samson me ha reenviado, Delilah entra en la sala de reuniones. Levanto la vista y veo que sus preciosos ojos verdes se posan en mí. Está tremendamente sexy con una blusa de seda blanca desabrochada lo justo para dejar entrever un poco de escote y una falda lápiz que resalta su esbelta cintura y la curva de sus caderas. Esboza una leve sonrisa antes de centrar la atención en otra cosa, como si le preocupara que alguien la pillara sonriéndome.

Paul entra a continuación y decide sentarse a su lado. Entrecierro los ojos. Delilah no lo mira y se vuelve hacia el otro lado deliberadamente para apartarse de él. Recorro la sala con la mirada y veo a Bruce, el nuevo enlace de proyectos de Elite, sentado al final de la mesa. Por suerte para Paul, hizo lo que prometió y Philippa desapareció discretamente de la oficina. Esperaba recibir una llamada de alguno de los socios principales de Elite sobre la solicitud, pero no hubo ninguna, así que debe de haber encontrado una razón convincente para justificar su destitución.

Sin embargo, habría pensado que era lo bastante inteligente como para dejar a Delilah en paz. No sé por qué cree que sentarse a su lado es una buena idea.

No puede pensar que es capaz de recuperarla; la mera idea de que lo intente me da risa. Después de todo, Delilah es demasiado lista como para darle otra oportunidad. Y, sin embargo, cuando él se acerca a ella, mis dedos se tensan alrededor del bolígrafo y siento una repentina necesidad de acercarme a él, sacarlo de su silla y echarlo de la sala. Ya veremos cómo se lo explica a sus socios principales.

¿De dónde leches han salido estos pensamientos irracionales? Niego con la cabeza. Tengo que concentrarme en la reunión en lugar de en lo extrañas que son mis reacciones cuando se trata de Delilah.

Carraspeo y todas las conversaciones en la mesa se acallan. Comienzo la reunión poniéndolos a todos al día sobre el calendario revisado del proyecto. Miro directamente a Paul y menciono la visita que Delilah y yo hicimos el viernes a las instalaciones de Chicago. Por la forma en que tensa la mandíbula, tengo la sensación de que sospecha que durante el viaje hubo algo más que trabajo.

Tiene razón, por supuesto, y me da igual si sospecha algo. No puede hacer nada al respecto, salvo lamentar sus acciones. Le dedico una sonrisa fría que le hace clavar los dedos en la mesa antes de bajar la vista hacia su bloc de notas y coger el bolígrafo como si fuera a tomar apuntes.

Después de que todos me informen de sus planes para la semana siguiente, abro el turno de preguntas. Una vez terminado, doy por concluida la reunión, me levanto y me voy hacia la puerta mientras el equipo recoge sus notas y me sigue.

Con la excusa de hacer una pausa para «responder rápidamente a un correo de Roman en mi teléfono» espero a que Delilah salga de la sala. Cuando aparece con Paul andando a su lado, con la cabeza agachada para hablarle directamente al oído, se me tensan todos los músculos. No tengo ni idea de lo que le está diciendo, pero, a juzgar por la expresión de su rostro, no parece que le guste. Resisto el impulso de intervenir. Al fin y al cabo, a pesar de mis nuevos y desconcertantes sentimientos de posesividad, Delilah es más que capaz de cuidarse sola.

Ella se detiene y se enfrenta a él; levanta una mano y le da un empujón en el pecho para obligarlo a apartarse. No puedo ver lo que le dice, pero tiene la barbilla levantada y la delicada mandíbula firme mientras habla. Paul frunce el ceño y se pasa la mano por la boca, pero asiente y da un paso atrás. Delilah sigue hacia el ascensor.

—Señorita West. ¿Podemos vernos en mi despacho? —le pido.

Parece sorprendida, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba allí, pero asiente y cambia de rumbo.

Mis ojos se encuentran con los de Paul, y puedo ver por la ira que hierve en ellos que sabe, o al menos sospecha firmemente, que estamos follando. No debería darme tanto placer, pero lo hace. Y lo dejo ver en mi rostro.

Sigo sonriendo cuando le doy la espalda y guío a Delilah hasta mi despacho. Casi puedo sentir las puñaladas que me clava en la espalda, pero me da igual si está cabreado o no. La ha cagado con Delilah. Dos veces. No se la merece.

Ella se detiene frente a mi puerta.

—¿Qué quieres…?

—Pasa. —Empujo la puerta y le pongo una mano en la espalda para que entre. No me molesto en comprobar si Paul sigue mirando.

En cuanto cierro, me doy la vuelta y la empujo contra la puerta. Ella suelta un grito ahogado mientras mis manos recorren sus curvas.

—Cole, ¿qué estás haciendo? —susurra cuando mis labios le rozan la suave piel del cuello.

Enredo su cabello alrededor de mi mano y le echo la cabeza hacia atrás para que me mire.

—¿Qué te ha dicho Paul?

Ella parpadea.

—Me ha preguntado qué pasó mientras estábamos en Chicago.

—¿Qué le has respondido?

Ella hace un mohín con sus labios carnosos.

—Le he dicho que, teniendo en cuenta que él no creía que yo tuviera derecho a saber que se acostaba con Philippa cuando estábamos juntos, él tampoco tiene derecho a saber con quién me acuesto yo ahora que no estamos juntos.

Así se habla.

Le echo la cabeza más hacia atrás y le rozo con los labios el punto de pulso que late en la base de su cuello.

—¿A qué hora terminas hoy?

—Creo que no acabaré hasta las seis.

—Ven a casa conmigo esta noche. —Me estremezco al oírme decir esas palabras. No llevo mujeres a mi ático. Es mi santuario privado. Pero ahora que lo he dicho, no puedo retractarme. Si la llevo al hotel donde pasamos nuestra

primera noche, ella tendrá preguntas.

Sin embargo, resulta que no tengo que preocuparme por eso.

—Esta noche no puedo. Voy a cenar con Alex. Hemos quedado al salir del trabajo.

¿Me está rechazando para cenar con otro hombre?

—¿Quién es Alex? —Incluso a mí me parece que mi voz suena más áspera de lo habitual.

—Mi compañera de piso. Siempre cenamos juntas los lunes, y ahora mismo echa de menos a su novio, así que no quiero faltar.

No me había dado cuenta de que tenía los músculos tensos, pero ahora se relajan. Aunque no me hace especial gracia no tenerla esta noche, lo que me preocupa es la respuesta visceral que he sentido al pensar que iba a cenar con otro hombre. Aunque acepté su condición de que nuestra relación fuera exclusiva, no esperaba que me molestara con quién pasa el tiempo.

—De acuerdo —digo secamente; la suelto y me voy hasta mi mesa.

Ella sigue junto a la puerta cuando me siento. Se ha metido la blusa por dentro de la falda y vuelve a estar arreglada. Por muy estúpido que sea, preferiría verla con los signos de que la he tocado grabados en su cuerpo.

—Mañana por la noche estoy libre —dice, y me estudia con la cabeza ladeada.

—Tengo planes. —Es cierto. También es algo que podría reorganizar, pero mis reacciones irracionalmente posesivas, junto con las palabras de advertencia que me ha dirigido Roman antes, me hacen sentir la necesidad repentina de apagar mi deseo por ella, para demostrarme a mí mismo que tengo esto bajo control.

Se queda allí un momento, mirándome, e incluso ahora estoy luchando contra el impulso de acercarme, meterle la mano por debajo de la falda y meter mis dedos en su húmedo calor.

—Tengo que irme —dice ella.

—De acuerdo.

Ella duda un segundo más, pero como no digo palabra, se da la vuelta y sale por la puerta.

Me recuesto en la silla y me pellizco el puente de la nariz.

¿Qué leches me está pasando?

23

DELILAH

Alex deja su copa de vino.

—¿Has rechazado una noche en el ático de un multimillonario por mí? Me siento halagada, pero no deberías haberlo hecho.

—Sí, debería —digo, dando un sorbo a mi vino—. Es muy… abrumador, ¿sabes? Quiero decir, hacer algo así no es propio de mí, para empezar, y no puedo consentir que me absorba por completo, porque me masticará y me escupirá. Además, no puedo permitirme fastidiar este trabajo.

Alex frunce el ceño.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Paso el dedo por el borde de la copa y suspiro.

—No estoy segura. Nunca había sentido algo así, ¿sabes? Nunca me había… dejado llevar por nada ni por nadie. Siempre he hecho lo que me parecía la opción más inteligente.

He pasado mi vida alcanzando un objetivo tras otro, pero ese nivel de compromiso tiene un precio, uno que no estaba segura de haberme pensado dos veces hasta la primera noche que Cole me tocó. Me mostró otra faceta de la vida que me había estado perdiendo en mi empeño por asegurar el futuro financiero de mi madre y el mío.

—Sí, lo entiendo. Has estado tan centrada en el trabajo desde que te conocí que no me desagrada la idea de que hagas algo que te saque de la oficina. Pero…

Me preparo para lo peor.

—¿Pero qué?

—Por muy atractivo que sea, y por mucho que me haya gustado que el sexy multimillonario haya conseguido que tengas orgasmos múltiples, no puedo evitar desear que fuera otra persona la que te hubiera conquistado. Por todo lo que has dicho, no parece que sea el hombre más emocionalmente disponible del mundo.

—Si solo es una relación esporádica, ¿importa si es emocionalmente disponible?

Alex sonríe con dulzura.

—Si pensara que solo va a ser algo esporádico, estaría de acuerdo contigo, pero ya sabes cómo son estas cosas. Normalmente, alguien acaba enamorándose y, por lo que me has contado, no parece que vaya a ser Cole.

Hago una pausa cuando el camarero nos trae la comida y nos pone delante los platos, llenos de pasta. Por muy deliciosa que me parezca, no me pongo a comer enseguida.

—Estuve con Paul durante meses y no me enamoré de él.

Alex traga lo que se acaba de llevar a la boca y me mira con las cejas arqueadas.

—Yo no compararía a Paul con Cole.

Me río.

—Tienes razón.

Alex se estira sobre la mesa y me estrecha la mano.

—Mientras solo te diviertas y guardes tu corazón a buen recaudo…

Yo le devuelvo el apretón.

—Lo estoy haciendo. Estoy haciendo las dos cosas.

—Bien. —Vuelve a concentrarse en la comida—. Entonces, ¿cuál es el plan? Lo has rechazado esta noche. ¿Vas a aceptar su próxima oferta? O tal vez deberías entrar mañana en su despacho, cerrar la puerta con llave y abalanzarte sobre él.

Resoplo.

—Eso podría ser un poco más de lo que soy capaz de hacer en este momento.

—Se aprende con la práctica, Dee. Se aprende con la práctica.

Enrollo unos espaguetis en el tenedor.

—Ya llegaré a esa lección.

—Me parece justo. —Levanta su copa de vino con una sonrisa—. Bueno, brindemos por divertirnos con un multimillonario guapo y bien dotado.

Vuelvo a reírme y hago chocar mi copa contra la suya.

—Brindemos por eso.

Y por vivir la vida más plenamente que nunca.

A la mañana siguiente estoy dándole los últimos retoques a una imagen 3D exterior revisada cuando Paul se acerca tranquilamente. Apoya una mano en mi escritorio y se acerca a mí.

—Tenemos que hablar.

Levanto la vista hacia el rostro que antes me parecía atractivo.

—¿Es sobre el trabajo?

—Por supuesto. Esas fueron tus instrucciones, ¿no?

No me gusta el tono sarcástico de su voz, pero sigue siendo mi jefe de proyecto y tengo que actuar con madurez.

—De acuerdo. —Me levanto y me estiro la falda. Me guía a su despacho en la esquina de la oficina, por lo demás diáfana.

Me hace pasar y me siento. En lugar de sentarse ante su escritorio, se apoya en él y se cruza de brazos, mirándome desde arriba.

—¿A qué estás jugando, Delilah?

Frunzo el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Cole King —sisea—. ¿Estás loca o es solo tu forma de vengarte?

Me levanto apresuradamente.

—¿No habías dicho que esto era por trabajo?

—Así es. Si estás fastidiando al cliente más importante que ha tenido esta empresa, estás poniendo en peligro nuestra reputación. Y eso significa que estás poniendo en peligro tu trabajo.

Abro la boca, sorprendida.

—¿Eso es una amenaza?

—No, no es una amenaza. Solo digo que no es propio de ti tomar decisiones tan imprudentes.

—Bueno, quizá sea hora de que empiece a tomar decisiones imprudentes —digo.

—Parece que las has estado tomando desde la primera vez que rompimos. Por el amor de Dios, Delilah, te acostaste con un desconocido en un bar. Quizá si me hubieras dado lo que le diste a él, no estaríamos en esta situación.

Estoy temblando de ira.

—¿De qué situación estás hablando? ¿De aquella en la que eres un capullo que me engañó y ahora no puedes soportar la idea de que yo haya seguido adelante con alguien cien veces mejor que tú? Por cierto, ¿cómo está Philippa? Me ha sorprendido que Bruce asumiera su puesto.

Carraspea.

—Decidí que sería mejor que ella no estuviera aquí, y de todos modos ya le tocaban unas vacaciones. —Su tono cambia, se vuelve más suave—. Lo hice pensando en ti, Delilah. No quería hacerte más daño del que ya te había hecho. ¿No lo ves? Siento lo que hice. Fue un terrible error y lo lamento. No arriesgues tu trabajo solo para vengarte de mí. Ya sabes cómo es Cole. Te romperá el corazón más de lo que yo jamás podría hacerlo. Lo único que quiero es una segunda oportunidad contigo. Quiero demostrarte cuánto he cambiado.

—Ya tuviste una segunda oportunidad después de romper conmigo porque no me acosté contigo.

—Sin embargo, no te costó nada acostarte con otra persona, ¿verdad? ¿Sabe Cole que eres la clase de mujer que va a bares a ligar con desconocidos?

Estoy tan enfadada que casi suelto que Cole sabe muy bien que soy esa clase de mujer y que a él no le importa en absoluto. Pero me niego a ser tan poco profesional como Paul. En lugar de eso, le hago la pregunta que me quema por dentro.

—¿Por eso me engañaste? ¿Porque me acosté con otro después de que tú rompieras conmigo? ¿Se suponía que era una especie de castigo? —Se cruza de brazos y mira por la ventana durante un momento, y al menos tiene la decencia de parecer avergonzado—. Me debes la verdad —le digo.

Se vuelve hacia mí y sus hombros se hunden.

—No empezó así. No lo hice para castigarte.

—Entonces, ¿por qué?

—Cuando estaba en la oficina de Londres, Philippa y yo nos liamos. Solo iba a ser algo esporádico, y terminó cuando regresé a casa. Entonces tú y yo empezamos a salir. Pero cuando ella vino del Reino Unido, me dijo que quería continuar nuestra relación. Yo esperaba que las cosas avanzaran entre tú y yo, pero obviamente no fue así. Como Philippa dejó claro que quería que retomáramos lo que habíamos dejado, decidí que lo mejor era romper contigo.

—Entonces, mientras estábamos separados, Philippa y tú…

—Sí, pero Delilah, lo que Philippa y yo teníamos era solo físico. Después de que tú y yo rompiéramos, te echaba de menos.

Es mi turno para cruzarme de brazos.

—¿Y fue entonces cuando decidiste disculparte y pedirme que te aceptara de nuevo? ¿Y qué, ¿se te olvidó decírselo a Philippa?

—No. —Se rasca la cara—. Rompí con ella, pero entonces me dijiste que te habías acostado con otra persona mientras estábamos separados y… —Se encoge de hombros con aire de impotencia—. Intenté aceptarlo, de verdad que lo intenté. Pero estaba enfadado. Philippa y yo estábamos trabajando hasta tarde una noche y… Bueno, ya sabes, son cosas que pasan.

—No. No sé que son cosas que pasan, porque yo nunca engañaría a nadie.

Él frunce el ceño.

—Por supuesto que no. Solo te acostarías con un cliente de tu empresa. Qué concienzudo por tu parte.

Ya estoy harta de su mezquindad. Ya tengo mi respuesta sobre lo que pasó entre Philippa y él y no quiero volver a verle la cara. Me levanto y salgo precipitadamente para ir a mi mesa, en la oficina principal, pero me detengo en seco al ver la figura que está ahí plantada.

¿Qué hace Cole aquí?

Paul me sigue fuera de su despacho y, como no esperaba que me detuviera justo fuera, choca conmigo y me agarra por la cintura para mantener el equilibrio.

Los ojos de Cole se posan en las manos de Paul, y es como si todos los músculos de su cuerpo se tensaran, como un felino depredador a punto de atacar.

Doy un paso adelante para librarme de las manos de Paul. Cuando le echo un vistazo por encima del hombro, veo que está tratando de intimidar a Cole con la mirada.

Esto no pinta bien.

Voy rápidamente hacia mi escritorio.

—Señor King, ¿puedo ayudarle en algo?

Está mirando por encima de mi cabeza a Paul, pero al oír mis palabras baja la vista hacia mí. Entrecierra ligeramente los ojos.

—He venido a ver cómo van los nuevos planes para la construcción de Chicago.

No sé si creérmelo. Es la primera vez que viene a la oficina desde que estamos aquí; normalmente nos llaman si nos necesitan. Una parte de mí está ridículamente emocionada ante la idea de que haya venido aquí solo para verme. La otra parte está nerviosa por cómo lo verán los demás.

Aun así, le sonrío, con la esperanza de aliviar la tensión que se refleja en sus ojos.

—Por supuesto. Los tengo aquí, si quiere verlos.

Él asiente y yo rebusco entre la pila de planos que tengo en mi escritorio hasta encontrar los que estoy modificando. Cole se queda a mi lado, con su brazo rozando el mío. Paul merodea cerca, pero cuando capta mi mirada, frunce el ceño y regresa a su despacho. El resto del equipo echa miradas furtivas, pero nadie nos contempla abiertamente.

Mientras señalo los cambios, siento el ligero roce de sus dedos en la parte posterior de mi muslo. Contengo el aliento y mi voz se quiebra por un momento. Por suerte, mi escritorio está contra la pared y las pantallas de mi ordenador bloquean la vista desde la oficina.

—Continúa —dice, y yo carraspeo y le hablo de los cambios estructurales que he realizado en el edificio para que pueda soportar el peso adicional del techo verde, así como de las modificaciones que sugerí durante nuestro viaje a Chicago. Y mientras lo hago, su mano se desliza bajo mi falda, y sus nudillos me rozan las bragas.

—Cole —susurro cuando sus dedos se deslizan bajo la tela. Dejo escapar un suspiro tembloroso—. ¿Qué estás…?

—¿Qué hacías con Paul?

Antes de que pueda responder, me mete un dedo y tengo que hacer un gran esfuerzo para contener el grito que amenaza con escaparse de mis labios. Recorro la sala con la vista y me siento aliviada al ver que todo el mundo ha vuelto a su trabajo y nadie nos está mirando a Cole y a mí.

Cierro los ojos por un segundo, preguntándome si está mal que disfrute de lo que me está haciendo en una oficina llena de compañeros de trabajo. Sobre todo porque puedo oír el tono acusatorio que se desliza entre sus palabras.

Su dedo entra y sale de mí mientras miramos los planos que tenemos delante. Me cuesta articular palabra.

—Él… eeeh… quería saber por qué era tan imprudente como para acostarme contigo. Y luego… Y luego… —Dejo escapar un pequeño gemido cuando añade un segundo dedo.

—¿Y luego qué, gatita? —Su tono es oscuro, seductor.

—Le he pedido que me explicara por qué me había engañado.

—¿Te ha dado una buena razón?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Acaso hay alguna buena razón para algo así?

No responde a la pregunta, solo me estudia, con la mirada fija en mis labios.

—¿Estás buscando una excusa para volver con él?

Empiezo a enderezarme, pero él empuja sus dedos dentro de mí y me veo obligada a apoyar las manos en el escritorio.

—No, claro que no.

Sus dedos dejan de moverse dentro de mí y él se acerca más.

—Bien, porque aún no he terminado con esta cosita tan dulce. —Se echa un poco más hacia delante—. Y tengo planes para ella.

Saca los dedos y me coloca la tela de las bragas.

—¿Puede mostrarme los presupuestos? —pregunta, como si no acabara de meterme los dedos hasta los nudillos. Con manos temblorosas, saco la hoja y la pongo encima de los planos. Pero a él no le importa el coste. Solo es una excusa para agacharse y susurrarme al oído—: Esta noche te vienes a mi casa y vas a quedarte hasta tarde. Nos iremos directamente desde el trabajo.

—Creía que tenías planes para esta noche.

—Los tenía. Ahora ya no.

—¿Y qué hay del trabajo mañana? —pregunto.

Él se ríe con malicia.

—No te preocupes. No te haré quedarte hasta muy tarde en una noche entre semana. —Bueno, eso responde a la pregunta que no he hecho. Obviamente, no voy a quedarme a dormir. Y aunque no puedo evitar sentirme herida instintivamente porque él solo me quiere para una cosa, soy muy consciente de que eso es lo que yo he aceptado. Por no mencionar que todavía siento un cosquilleo por la sensación ilícita de tener sus dedos dentro de mí delante de mis compañeros de trabajo, y necesito que termine lo que ha empezado—. Di que sí —me susurra al oído mientras otra caricia ligera como una pluma me roza el muslo.

—Sí, Cole.

Lo miro a tiempo para ver cómo se le levantan las comisuras de los labios y sus ojos brillan, lo que me provoca un delicioso escalofrío.

No me está utilizando. Nos estamos utilizando el uno al otro.

¿Y quién iba a decir que podía ser tan agradable?

24

COLE

Cuando entro en la oficina del equipo de arquitectos es tan tarde que el lugar está vacío salvo por Delilah, que está sentada ante su escritorio, y me detengo un momento para contemplarla.

Lleva el largo cabello oscuro recogido en una coleta, con algunos mechones que le enmarcan el rostro mientras mira lo que está haciendo. Tiene una expresión concentrada y se muerde el labio con el ceño ligeramente fruncido.

Está la hostia de guapa, y una erección crece en mis pantalones al anticipar las horas que están por venir, pero no me muevo de mi lugar junto a la puerta, por donde estoy merodeando. Mi comportamiento de esta tarde me confunde. Decidí controlar mi atracción por ella, pero después de no encontrarme con ella anoche, hoy sentía la necesidad de verla. He cancelado la cena que tenía prevista con uno de mis antiguos compañeros de la universidad y he hecho algo que no se me había ocurrido desde que su equipo se mudó al edificio: he bajado a verla.

Las miradas que me han dedicado al entrar me han recordado por qué rara vez me relaciono con los trabajadores. Todos se han quedado paralizados ante mi presencia y luego se han apresurado a parecer lo más ocupados posible. Me he dirigido al escritorio vacío de Delilah, preguntándome dónde estaba y qué debía hacer si yo estaba allí y ella no.

Entonces ella ha salido de un despacho al final de la sala, como una visión, con esa falda que se ceñía a sus caderas y se abría hasta sus muslos, y una blusa rosa pálido que dejaba entrever el encaje que llevaba debajo.

Pero cuando Paul ha salido detrás de ella, agarrándola de las caderas, una oleada de posesividad se ha apoderado de mí.

Rara vez he sentido la necesidad de pegarle a alguien porque en mi posición la gente no se atreve a cruzarse en mi camino, pero ver a Paul tocándola, tocando lo que yo ya había reclamado como mío, aunque solo fuera temporalmente, me hizo verlo todo rojo.

Y ahora aquí estoy, mirando cómo trabaja, como si me hubiera vuelto completamente loco.

Ya basta.

Me acerco a su escritorio. Ella da un respingo cuando me ve y se lleva la mano al pecho. Luego suelta una risita.

—Me has asustado.

—Quizá deberías estar asustada —le digo.

La expresión de su rostro se vuelve juguetona.

—¿Debería? ¿Por qué, señor King?

Me echo sobre ella, apoyando una mano en su escritorio y la otra en el respaldo de su silla.

—Porque antes de que acabe la noche, voy a hacerte gritar.

Entreabre los labios, se le dilatan las pupilas y su voz se reduce a un susurro.

—¿Debería huir, entonces?

Me echo aún más hacia ella y suelto un gruñido.

—No te lo recomiendo.

Ella deja escapar un suspiro.

—Esto se te da muy bien…

Me enderezo con una sonrisa burlona.

—Ya te demostraré lo bien que se me da cuando lleguemos a mi casa. Así que vámonos, antes de que haga que te eches sobre el escritorio para follar contigo aquí mismo.

Se levanta apresuradamente.

—Diría que estás bromeando, pero a estas alturas no voy a arriesgarme.

—Chica lista.

Me dedica una sonrisa que la meterá en un lío más tarde, pero no digo nada. Solo espero a que coja sus cosas, le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la guío hacia la puerta.

Jonathan nos está esperando fuera con el coche. Delilah mira a su alrededor mientras él le abre la puerta, como si le preocupara que alguien pudiera vernos. Y lo entiendo, pero es poco probable que alguien, aparte de mis hermanos y sus asistentes personales, esté rondando por aquí a estas horas y, además, me da igual lo que piensen.

Pero, por suerte para ella, no intenta cambiar de opinión: se desliza en el asiento trasero y yo la sigo.

Cuando Jonathan se incorpora al tráfico, mi mirada sigue entrelazada con la

de Delilah; parece que no puedo apartarla. En mi cabeza se amontonan las imágenes de ella tumbada ante mí en mi cama y de las cosas que voy a hacerle. Es un festín tan variado que no sé por dónde empezar. Sorprendentemente, la idea de tenerla en mi propia cama no me perturba tanto como esperaba.

Pensar en verla mis sábanas de seda negra, con la cara hundida en una de mis almohadas mientras la tomo desde atrás, hace que la sangre me baje al sur. Estoy a punto de tocarla cuando un sonido en su bolso rompe la conexión entre nosotros.

Ella rebusca dentro, saca el teléfono y me echa un vistazo de reojo.

Enarco una ceja.

—Puedes contestar. —Al menos así sabré si es un hombre o no.

—Gracias. —Desliza el dedo por la pantalla y se lo lleva a la oreja—. Hola, mamá. —Me relajo, aunque no sabía que estaba tenso—. Ah, estoy… de camino a casa de una amiga —dice, mirándome de nuevo a los ojos. Sonrío para mis adentros y me vuelvo hacia la ventanilla para darle toda la intimidad posible en el reducido espacio del coche, pero como no puedo evitar escuchar su conversación, dejo de intentarlo—. Ya me conoces, me gusta estar ocupada. —Se ríe—. Puede que no salga de fiesta todas las noches, pero tampoco me encierro en casa… No. Todavía no estoy saliendo con nadie —murmura—. Oye, mamá, ya casi he llegado a casa de mi amiga, así que será mejor que cuelgue. Te llamo esta semana. —Se queda en silencio un segundo—. Yo también te echo de menos. Organizaré una noche en casa tan pronto como pueda y pasaremos el fin de semana juntas. Vale. Yo también te quiero. Adiós, mamá.

Me sorprenden la genuina calidez y el afecto en su tono. ¿Alguna vez he hablado así con mis padres? Quizás cuando era joven, antes de darme cuenta de que nos consideraban a mis hermanos y a mí meros peones en su legado genético.

—Lo siento —dice mientras se guarda el teléfono en el bolso.

—No tienes por qué disculparte. —Carraspeo—. ¿Tu madre y tú estáis muy unidas?

Ella esboza una sonrisa tierna.

—Sí. Siempre hemos sido ella y yo. Somos la mejor amigas la una de la otra.

—Me mencionaste que tu padre no estaba presente. —No lo formulo como una pregunta, aunque lo es, así que me sorprende cuando, tras una pequeña pausa, ella responde.

—Mi madre se quedó embarazada de mí cuando tenía dieciocho años. Él era mayor que ella, pero no estaba interesado en formar una familia. Al menos con nosotras. —Su tono es informal, casi frívolo, pero la sombra que atraviesa sus ojos me dice que ese tono es falso.

—¿Lo ves alguna vez?

—Antes me encontraba con él de vez en cuando en la ciudad cuando era pequeña, pero no lo veo desde que tenía dieciséis años.

—¿Qué pasó cuando tenías dieciséis años?

Ella se encoge de hombros.

—Nada en particular. Solo pasó junto a mí por la calle.

Una ira creciente me oprime el pecho.

—¿Te habló? ¿Te saludó?

Ella desvía la vista.

—Me vio, pero siguió adelante. Se subió a su Mercedes y se marchó. Tampoco esperaba otra cosa…

Conscientemente, aflojo los puños que he apretado sin darme cuenta. No tengo muchas cosas buenas que decir sobre mi padre, pero tengo aún menos que decir sobre el de Delilah.

—Me parece que estás mejor sin él.

—Me gusta pensar que sí —dice, y me dedica una pequeña sonrisa que hace que mi corazón haga algo extraño en mi pecho.

—¿A qué se dedica tu madre?

—Es peluquera. —Delilah se toca distraídamente la punta de su coleta, y supongo que su madre debía de cortarle el pelo cuando era más joven.

Asiento, pero en lugar de continuar la conversación, miro por la ventanilla. No estoy acostumbrado a hacerles tantas preguntas a las mujeres con las que estoy. Mi interés por Delilah es… inusual. Quizás porque es diferente de las mujeres con las que suelo acostarme, teniendo en cuenta que la mayoría de ellas forman parte de un círculo social en el que la apariencia lo es todo, la vulnerabilidad se considera una debilidad letal y el amor… Bueno, el amor es una transacción.

Sin embargo, esta noche no se trata de conocernos. Se trata de una sola cosa. Cuanto menos compartamos sobre nuestras vidas privadas, más fácil le resultará a ella tenerlo claro.

Recorremos el resto del camino en silencio. Mi ático no está lejos de la oficina, y me alegro, porque estoy deseando quitarle esa ropa y terminar lo que

he empezado en su mesa esta tarde.

Cuando nos detenemos frente a mi casa y Jonathan le abre la puerta a Delilah, ella sale con elegancia y se detiene para contemplar el edificio y luego los árboles de Central Park que se yerguen al otro lado de la calle.

Su mirada se cruza con la mía.

—Sabía que eras rico, pero… —Aparta la vista y levanta la cabeza hacia el enorme edificio de acero y cristal que se eleva hacia el cielo—. A veces, la realidad supera a la imaginación.

Intento verlo a través de sus ojos. Por lo que me ha contado, su madre peleó por darle lo que necesitaba, por mantener un techo seguro y cómodo sobre sus cabezas, y ahora estoy a punto de llevarla a mi ático de varios millones de dólares que compré sin pensármelo dos veces.

No me avergüenzo de mi riqueza —¿por qué iba a hacerlo?—, y, sin embargo, ahora mismo siento algo desconocido, y no se trata de vergüenza, sino quizá el deseo de que alguien hubiera estado allí para ayudarlas, a su madre y a ella, cuando era pequeña.

Alguien como su padre.

Me invade el impulso de averiguar quién es y a qué se dedica para saber si hay alguna forma de hacerle la vida un poco más difícil. Mentalmente, tomo nota de pedirle mañana a Samson que lo investigue. No estará de más averiguar su nombre y ver a qué se dedica.

El portero nos ha estado observando atentamente, esperando para entrar en acción, así que me dirijo hacia él. Solo he dado un par de pasos cuando me doy cuenta de que Delilah no está a mi lado. Está contemplando de nuevo Central Park, con una leve sonrisa en el rostro, y a una pareja que pasa cogida del brazo, con las cabezas agachadas juntas mientras se ríen de algo.

Me doy la vuelta y la cojo de la mano, entrelazando mis dedos con los suyos. Su atención pasa de la pareja al lugar donde nuestras manos están unidas y luego a mi cara. La curva que se dibuja en sus labios y la forma en que sus dedos estrechan los míos me provocan una extraña sensación de calor.

Carraspeo.

—Vamos —digo bruscamente.

Como era de esperar, el portero se adelanta, abre la puerta y nos saluda levantándose el sombrero.

—Buenas noches, señor, señora.

Le hago un gesto con la cabeza.

—Buenas noches, Jeffrey.

—Hola. —Delilah le dedica una sonrisa que hace enrojecer sus mejillas canosas.

Refunfuño para mis adentros y tiro de ella para que me siga. Subimos a mi ático en mi ascensor privado y, cuando las puertas se abren directamente en mi vestíbulo, ella contiene el aliento. Solo cuando salimos me doy cuenta de que seguimos cogidos de la mano.

Utilizo la excusa de quitarme la chaqueta del traje para soltarla, pero ella no parece darse cuenta. El vestíbulo da directamente a la sala de estar diáfana, y ella está concentrada en las vistas del parque y el brillo de los rascacielos de la ciudad, visibles desde los ventanales que recorren toda la estancia.

—No me puedo creer que disfrutes de estas vistas todos los días —dice ella.

Llego a su lado.

—Pasado un tiempo te acostumbras.

Ella levanta la cabeza hacia mí.

—Qué pena. —Como no respondo, pasa a mi lado y se queda boquiabierta —. Dios mío.

El salón principal es enorme, elegante y moderno, con techos altos, suelos de madera noble y costosas obras de arte colgadas en las paredes. La cocina se ve al otro lado de la sala. Es de un blanco impoluto, con electrodomésticos de última generación que nunca se utilizan porque cocinar no se encuentra entre mis habilidades.

Delilah se vuelve hacia mí.

—Tu casa es preciosa, Cole.

—Entonces, mi diseñadora de interiores se ha ganado el sueldo. —No me molesto en mencionar que este sitio nunca me ha parecido un hogar. Pero, por otra parte, no estoy seguro de si algún lugar en el que haya vivido me lo ha parecido.

Delilah pone los ojos en blanco y luego se ríe suavemente. El sonido me provoca sensaciones que son todo menos suaves.

La pego a mí, la acerco y agacho la cabeza para que mis labios rocen la curva de su cuello y pueda inhalar su aroma. Mi pene, ya endurecido, se hincha aún más al sentirla contra mí.

No quiero hablar de mi apartamento. Ni de su familia. Y desde luego que no quiero hablar de mi familia. Solo quiero esto. Su cuerpo y el mío. Juntos.

Y no voy a esperar ni un minuto más.

Le hago un nudo al condón y lo tiro a la basura. Cuando me doy la vuelta para salir del baño, me veo reflejado en el espejo. Una fina capa de sudor me recubre el cuerpo y el brillo de satisfacción en mis ojos tiene mucho que ver con los orgasmos que he tenido en las dos últimas horas y más aún con los que ha tenido Delilah.

Aunque me he corrido hace solo unos minutos, vuelvo a excitarme al pensar que está tumbada desnuda en mi cama. Es tarde y probablemente esté cansada, pero creo que puedo hacer que tenga otro orgasmo antes de decirle que se vaya a casa. Salgo del baño, pero me detengo al ver a Delilah ya levantada, junto a la cama, subiéndose la falda por la curva de su trasero. Ya se ha puesto el sujetador y, mientras la observo, coge la blusa.

Me cruzo de brazos y apoyo el hombro contra el marco de la puerta.

—¿Vas a algún sitio?

Ella me mira por encima del hombro, con una sonrisa vacilante en los labios.

—Creo que ya he llegado a mi límite. Y no quería…

—¿Qué? —pregunto.

Se da la vuelta.

—No quería quedarme más tiempo del debido.

Me muero por ir hacia ella, volver a desnudarla y tirarla sobre mi cama, pero no lo hago porque es tarde y porque tiene razón: ya debería haber tenido suficiente. Pero aunque puede que mi objetivo sea follar con ella hasta sacármela de la cabeza, es obvio que eso no va a suceder en una sola noche.

Así que, en lugar de hacer lo que quiero, me limito a asentir y voy a mi cómoda a buscar unos pantalones de pijama.

Nos vestimos en silencio. Aunque normalmente no me cuesta nada llevar a una mujer a casa al final de la noche, hay algo en esta situación que se me hace raro, y no saber qué es ni por qué lo siento me irrita.

—Vale —dice Delilah, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Te sigue pareciendo bien llevarme a casa o es mejor que llame a un taxi? Es bastante tarde. No me gustaría despertar a Jonathan.

—No te preocupes por Jonathan. Le pago un sueldo considerable para que esté disponible siempre que lo necesite. Y además —añado—, no me fio de que cojas un coche compartido, y menos a estas horas de la noche.

Una suave sonrisa se dibuja en sus labios. Se acerca a mí, se pone de puntillas y me roza la mandíbula con los labios.

—Gracias.

Algo cálido y potente recorre mis venas, y le rodeo la cintura con el brazo para pegarla a mí, estrechando su cuerpo contra el mío. Quiero besarla, pero no lo hago. Las emociones que Delilah me despierta me resultan desconocidas. Me hacen sentir fuera de control, y no me gusta sentirme fuera de control. Así que agacho la cabeza e inhalo su aroma, el tenue olor del perfume de flores silvestres que aún perdura en su piel. Luego la suelto.

—Llamaré a Jonathan y le diré que te recoja.

—De acuerdo. Lo esperaré abajo. —Voy a buscar una camisa, pero Delilah me detiene—. No tienes que bajar conmigo. No me importa esperar sola. —Se da media vuelta y sale del dormitorio.

Tras dudar un momento, vuelvo a meter la camisa en el cajón y la sigo. Atravesamos mi enorme apartamento hasta llegar al vestíbulo y a mi ascensor privado.

Pulso el botón y las puertas se abren silenciosamente. Se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa un poco torcida.

—Gracias. Por esta noche. Me lo he pasado… eeeh… bien.

Una risa sincera se escapa de mis labios.

—Creo que necesitas practicar más esta parte.

Ella gime y se tapa la cara con las manos, y luego también se ríe.

—Puede que tengas razón.

Cedo al impulso que me oprime el pecho, la agarro por la cintura y la empujo hasta que choca contra la pared que hay junto al ascensor. Luego rodeo con mi mano su esbelto cuello y uso el pulgar en el ángulo de su mandíbula para alzar su rostro hacia el mío y me apodero de sus labios como quería hacerlo antes. Las puertas del ascensor se cierran con un silbido a nuestro lado, pero lo ignoro.

Su sabor es embriagador, como el mejor vino de mi bodega, y, si pudiera, pasaría el resto de la noche emborrachándome con ella. Pero antes de hacer algo de lo que vaya a arrepentirme por la mañana, separo mi boca de la suya y pulso el botón que hay junto a nosotros, haciendo que las puertas se abran de nuevo.

Doy un paso atrás y la contemplo ahí, con la espalda apoyada contra la pared, el pecho subiendo y bajando, la boca hinchada por la intensidad de mi beso. Entonces parpadea, se lame los labios y deja escapar un suspiro tembloroso antes de despegarse de la pared y entrar en el ascensor. Su mirada se clava en la mía.

—Buenas noches, Cole.
—Buenas noches, Delilah. —Mi voz suena ronca.
Y entonces ella se va, y mi apartamento se queda de pronto muy vacío.

25

DELILAH

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —Sostengo el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras echo la bolsita de té en mi taza y vierto el agua caliente. Es viernes por la noche, y, como Cole tiene planes, he decidido salir de la oficina a una hora normal, relajarme en casa y llamar a mi madre. Teniendo en cuenta lo distraída que he estado con el trabajo y con Cole durante las dos últimas semanas, no hemos hablado tan a menudo como de costumbre.

—Por fin ha llegado el libro que tenía reservado desde hace semanas en la biblioteca, así que mañana por la mañana voy a recogerlo y me pasaré todo el fin de semana devorándolo —dice ella.

Me río.

—Suena perfecto.

Ella suspira, feliz.

—¿Verdad? Algún día, cuando tenga la casa de mis sueños, me aseguraré de que tenga su propia biblioteca. Una con una escalera para llegar a los estantes más altos.

—¿Y un asiento junto a la ventana?

—Por supuesto. Un asiento junto a la ventana es esencial en cualquier biblioteca que se precie. Ah, y tiene que ser una ventana salediza con vistas a un bonito jardín.

Este es un juego al que solemos jugar mi madre y yo. Empezó cuando yo era pequeña y una de mis amigas señaló una casa grande y bonita detrás de una verja de hierro forjado negro y enumeró con envidia todas las cosas lujosas que debía de haber dentro. Ella no sabía que la casa pertenecía a la familia de mi padre, pero yo sí. Mi madre siempre había sido sincera conmigo, y eso incluía responderme cuando empecé a preguntarle por mi padre.

Cuando vi a mi madre esa tarde y se lo comenté, me sentó y me dijo que una casa puede ser grande y bonita y estar llena de cosas caras, pero eso no significa que esté llena de amor. Y entonces, juntas, empezamos a imaginar

todas las cosas maravillosas que pondríamos en la casa de nuestros sueños. Una casa que estuviera llena de todo lo que nos hiciera felices.

Y todavía lo hacemos hoy en día.

Después de charlar un rato más, me despido de ella y voy inmediatamente a mi pequeño escritorio, que está en una esquina de la sala. Saco los planos que guardo enrollados dentro de un archivador y los extiendo sobre mi mesa.

Mi madre no lo sabe, pero describir nuestra casa ideal aquel día despertó mi deseo de ser arquitecta. Quería ser yo quien diseñara la casa perfecta para mi madre. Durante toda la secundaria, solía garabatear ideas en la parte posterior de mis libros escolares. Una vez que empecé la universidad y adquirí las habilidades necesarias, comencé a dibujarlas. La idea de sorprenderla algún día con los planos y, finalmente, tener suficiente dinero para construírsela, fue el sueño que me mantuvo motivada durante años de estudio. Y después de eso, el arduo trabajo para obtener la licencia.

Imaginar su felicidad cuando por fin pudiera vivir en la casa de sus sueños, una que superaría con creces la casa en la que había vivido mi padre cuando yo era joven, porque iba a estar llena de todo lo que le gustaba, siempre me hacía feliz.

Hago algunos cambios en el plano que tengo delante. Ya había añadido una biblioteca, ya que es algo que ella había mencionado antes, pero ahora quiero hacerla más grande y añadirle un ventanal. Esta no es la primera versión de la casa que he creado. He hecho bastantes variaciones a lo largo de los años. A medida que mis habilidades mejoraban y se me ocurrían ideas diferentes, o cuando ella mencionaba algo más que le gustaría y que yo no había pensado, hacía cambios.

Estoy tan absorta en perfeccionar la biblioteca de mi madre que no me doy cuenta de que Alex está en casa hasta que habla a mi espalda.

—¿Otra vez trabajando en la casa de tu madre?

Dejo mi lápiz de dibujo y me estiro antes de volverme hacia ella.

—Quiero que sea perfecta para cuando finalmente tenga el dinero para construírsela.

Ella se asoma por encima de mi hombro.

—A mí me parece bastante perfecta.

—Ya casi lo está. —Enrollo los planos y los guardo en un rincón. Luego me levanto y me dirijo al sofá mientras Alex enreda en la pequeña cocina, preparándose la cena con las sobras. Más o menos lo mismo que he hecho yo

unas horas antes.

—¿No vas a pasar la noche con tu novio? —pregunta, y mete en el microondas comida china de hace un par de días.

—No. Esta noche tiene que asistir a un evento.

—Hace varias semanas que no pasamos un viernes por la noche juntas —comenta.

Hago una mueca.

—Lo sé. Lo siento. He sido una mala amiga.

—No, no lo has sido. Solo bromeaba. Es bueno que tengas planes tan a menudo. Al menos una de nosotras los tiene. —El microondas suena y ella saca el plato humeante de comida, se acerca y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Jaxson tiene pensado venir a visitarnos? —le pregunto.

Ella suspira.

—Por ahora no. Está ocupado asistiendo a eventos de relaciones públicas; y también tienen que estar en el estudio para grabar su álbum.

—¿Ha dicho algo más sobre el futuro? ¿Siguen pensando en mudarse a Los Ángeles?

Alex se encoge de hombros.

—Todavía lo están debatiendo. Tiene sentido que estén allí, pero los cuatro han vivido en Nueva York toda su vida. Es una decisión importante.

—Y estás tú. No olvides que tú también eres parte de su futuro, además de su música. ¿Le has dicho lo mucho que lo echas de menos?

Alex se muerde el labio.

—He intentado ocultarlo. Quiero que Jaxson haga lo mejor para él y para su banda sin preocuparse por cómo me siento yo. Pero, sinceramente, esta pequeña muestra de lo que es una relación a distancia ha sido más difícil de lo que esperaba.

—¿Qué hay de tu idea de conseguir un trabajo en la oficina de Los Ángeles?

—He preguntado, pero no tienen ningún puesto disponible. Puede que surja algo en el futuro, pero por ahora no hay nada.

—¿Has pensado en cambiar de empresa?

—Si tengo que hacerlo… Supongo que esperaré a que los chicos decidan qué van a hacer. Y entonces lo pensaré.

Me acerco y le doy un abrazo.

—Lo siento. Sé que es difícil y que lo echas de menos. No debería haberte dejado aquí sola tan a menudo.

Alex sacude la mano en el aire y vuelve a esbozar su sonrisa habitual.

—No lo has hecho. Y tampoco es que haya estado acurrucada en la cama, llorando. Sí, lo echo de menos, pero hablamos todas las noches y tengo mis clases. Y no eres mi única amiga. —Me da un codazo en el estómago—. Salgo mucho con mis otras amigas. Eso no significa que no vaya a monopolizar tu atención y hacer que me cuentes todo lo que pasa con ese tío alto, moreno, rico y guapo cuando estás aquí.

Estiro las piernas delante de mí.

—No sé si hay mucho que contar. Voy a su casa. Nos acostamos. Regreso a casa.

Alex me mira con escepticismo.

—En las dos últimas semanas, has estado en su casa casi todas las noches. Debe de haber algo más que solo sexo.

—No lo sé. Quiero decir… ¿Recuerdas lo que te dije sobre que es abrumador? Bueno, lo es, y a veces es difícil separar su forma de ser de que sienta algo más que simple lujuria. De vez en cuando hace algo que me hace pensar que podría haber algo más entre nosotros. Al minuto siguiente hace algo que me recuerda que para él solo es sexo esporádico.

Alex sorbe un fideo.

—Quizá todavía esté averiguando qué siente.

—O tal vez estoy sobreanalizándolo todo y él es así con todas las mujeres con las que se acuesta: intenso.

—Bueno, ¿y qué sientes tú por él?

Esa es una pregunta difícil, que he evitado deliberadamente hacerme a mí misma. Quiero creer que puedo mantener lo que hay entre Cole y yo en el plano físico. Que puedo disfrutar de lo que me ofrece, sabiendo que algún día terminará y él se marchará sin pensárselo dos veces. Pero lo que le he dicho a Alex es cierto: es intenso, y su actitud a veces fría y a veces cálida me desconcierta.

Cuando estoy con él no me deja en paz y hace que tenga un orgasmo tras otro hasta que me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo andar, pero en cuanto llega el momento de irme, se vuelve frío. Desde aquella primera noche, ya no me besa cuando me marcho. Me besa mucho mientras estamos desnudos y nos retorcemos juntos en su cama, en su sofá o en su mesa de comedor, pero cuando me visto y me quedo junto a las puertas del ascensor, lo único que recibo es una fría despedida.

Eso debería ser más que suficiente para mantener mi corazón a raya, pero hay algo en la forma en que su mirada se posa en mí hasta que se cierran las puertas del ascensor que hace que mi corazón se vuelva loco. Y hay otros momentos también: cuando veo una de sus raras sonrisas o escucho una de sus aún más raras risas. Cuando recorre con ternura mi cuello con los labios o traza el contorno de mi boca con la yema del dedo, como si quisiera memorizar su forma.

Es confuso. Él es confuso.

—Creo que, si seguimos así, es posible que me enamore de él —admito.

Alex deja de comer y frunce el ceño.

—Entonces, quizás deberías romper con él. Sobre todo si no te ha dado ninguna señal de que quiera que esto se convierta en algo más.

—Solo han pasado unas semanas y no estoy segura de estar preparada para dejarlo todavía. Si siento que estoy llegando a un punto sin retorno, entonces le diré que creo que deberíamos dejarlo.

El ceño fruncido de Alex revela su preocupación, pero no me presiona al respecto.

—¿Cuándo vas a volver a verlo?

—Voy a ir a su casa mañana por la noche, pero estaba pensando que quizá podríamos salir a comer antes tú y yo.

Ella asiente.

—Me encantaría.

Encendemos la televisión y nos enganchamos a una nueva comedia romántica que están echando. Pero, al final, mi mente se desvía hacia Cole, como suele ocurrir últimamente. Me sorprendo sonriendo al pensar en mañana por la noche y en lo bien que me hará sentir. Voy a limitarme a disfrutar de ese sexo increíble mientras pueda, porque sé muy bien que entregarle mi corazón a un hombre como Cole es un riesgo, uno que no puedo permitirme correr.

Aunque, por la forma en que me cosquillea el estómago al pensar en volver a estar con él, es posible que ya haya empezado a deslizarme por esa pendiente resbaladiza.

26

COLE

Al salir de la limusina, los flashes de las cámaras me deslumbran. Extiendo una mano hacia el interior del coche para ayudar a Jessica a salir. Sus fríos dedos se entrelazan con los míos y me sonríe; está espectacular con ese vestido tan escotado que roza la indecencia. Me coge del codo y avanza a mi lado mientras nos dirigimos hacia la entrada.

—Me alegro de que te acordaras de mi número de teléfono —dice cuando por fin entramos. Sabía que estaba enfadada por algo. Jessica nunca ha sido una persona muy cariñosa. No es algo que me haya molestado antes, pero la gelidez que emanaba de ella en la limusina era palpable.

Teniendo en cuenta que nunca ha habido nada entre nosotros, aparte del beneficio de la conveniencia, no sé por qué finge estar molesta por ello.

—¿Hay algo que quieras decirme? —le pregunto sin ocultar el aburrimiento en mi voz. Últimamente ha estado presionándome y sabe que no estoy interesado.

Ella pone mala cara, pero yo solo enarco una ceja.

—Es solo que ha pasado mucho tiempo —suspira—. Me decepcionó que no nos viéramos cuando estuviste en Chicago. Tenía planes para esa hermosa habitación de hotel y para tu gran cama. Pensé que no ibas a ir cuando no supe nada de ti, pero luego apareciste con esa… arquitecta tuya.

Eso me irrita.

—Delilah está trabajando en el hotel de Chicago. La llevé conmigo para que viera el lugar. No iba a dejarla sola en su habitación de hotel mientras yo salía.

—Lo entiendo. Es mona. Espero que hayas aprovechado esa cama tan grande, como hicimos Tom y yo. —No quiero que Jessica tenga a Delilah en el punto de mira. Sé lo maliciosa que puede llegar a ser. Si por alguna razón ha malinterpretado la realidad de nuestro acuerdo, lo último que quiero es que vea a Delilah como una posible rival. La fulmino con la mirada y no digo nada. Ella capta el mensaje—. En fin, Tom y yo lo pasamos muy bien.

—Me alegro. ¿Vamos? —La acompaño a nuestra mesa.

Los discursos duran una eternidad y me pongo a divagar. Las imágenes de Delilah se cuelan en mis pensamientos. ¿Qué estará haciendo esta noche? ¿Estará pensando en las cosas que planeo hacerle la próxima vez que esté a solas con ella? Si me voy lo bastante temprano, Jonathan puede pasar por su casa después de dejar a Jessica y yo puedo llevarla a mi ático, tumbarla en mi cama y disfrutar de ella.

Me muevo en la silla cuando mi pene se endurece. Este no es el mejor lugar para tener una erección, y menos cuando estoy a punto de dar un discurso.

Una mano se posa en mi muslo y se desliza hacia arriba. Le agarro la muñeca a Jessica justo cuando llega al punto en el que estoy tensando la tela de mis pantalones de esmoquin. La aparto de mí, pero cuando la miro, veo que tiene una sonrisa tímida en la cara.

—¿Estás pensando en lo que va a pasar cuando esto termine? —me susurra con voz ronca al oído.

Sí. Pero no como ella cree.

—No va a pasar nada cuando esto termine.

Sus ojos relampaguean.

—¿Qué pasa, Cole? No es propio de ti rechazar un polvo sin compromiso.

—No pasa nada. Tú y yo no tenemos una relación. No nos hemos hecho ninguna promesa. Si yo quiero follar y tú quieres follar, follamos. Pero eso es todo. Y esta noche no me interesa.

Sus ojos se entrecierran hasta convertirse en dos rendijas de color azul hielo.

—¿Tiene esto que ver con…?

Mi mirada severa es suficiente para silenciarla. El hombre que está en el estrado está terminando su discurso, así que echo la silla hacia atrás, me levanto y voy hacia la parte delantera de la sala. En cuanto termine aquí, me iré. Le preguntaré a Jessica si quiere que la lleve a casa o si prefiere quedarse aquí y socializar, y quizá encontrar a otro hombre que satisfaga sus deseos esta noche. Y luego iré a buscar a Delilah, la llevaré a casa y seré yo quien satisfaga sus deseos.

Ese pensamiento me hace sonreír cuando subo al escenario. Mi discurso trata sobre el compromiso de King Group con la responsabilidad social y nuestra dedicación a tener un impacto positivo en el mundo a través de nuestra fundación benéfica. Sin embargo, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, tengo que abordar el tema tabú antes de entrar en el meollo de mi

discurso. Reconozco la gravedad del arresto de mi padre y destaco que, a pesar de las acciones del anterior director general, King Group se compromete a operar con transparencia e integridad.

Veinte minutos más tarde, mientras los aplausos resuenan en la sala, le hago un gesto a la multitud con la cabeza, salgo del escenario y me abro paso entre las mesas hasta llegar a Jessica, que tiene una expresión indescifrable.

En lugar de sentarme, me agacho para susurrarle al oído.

—Me voy. ¿Quieres que te lleve o te quedas?

Ella me mira, se seca los labios con la servilleta y se levanta.

—Te agradecería que me llevaras.

No estoy seguro de confiar en esta versión más moderada de Jessica, pero estoy demasiado ocupado pensando en lo que le haré a Delilah como para preocuparme por lo que le pasa a ella. Suena insensible, pero nunca ha habido intimidad emocional entre ella y yo, y no voy a empezar a complacerla ahora que está molesta porque no quiero acostarme con ella.

Cuando salimos, todavía hay algunos fotógrafos testarudos merodeando por ahí, probablemente con la esperanza de conseguir una foto de alguna actitud libertina por parte de los ricos y famosos que abarrotan el salón de baile. Voy hacia donde Jonathan está aparcado esperándonos y solo reduzco la velocidad cuando me doy cuenta de que Jessica se está tomando su tiempo, asegurándose de que los fotógrafos consigan muchas instantáneas.

Por fin llegamos al coche, pero antes de que pueda abrirle la puerta, Jessica me detiene con una mano en el hombro. Impaciente, me doy la vuelta y ella me rodea el cuello con los brazos y me besa en los labios.

Mis manos se posan en su cintura. Soy consciente de los flashes de las cámaras a nuestro alrededor, así que no me separo de ella inmediatamente, aunque la ira hierve en mis venas. Cuando finalmente la aparto de mí, sé que ella puede ver la furia en mis ojos, pero como cualquier buen hombre de negocios, no lo dejo traslucir en mi rostro.

—¿A qué demonios ha venido eso? —digo entre dientes.

Ella me estira las solapas de la chaqueta con la mano.

—Solo quería recordarte lo que te vas a perder.

—No necesito que me lo recuerdes. No me interesa. —Ella da un paso atrás y yo alcanzo la puerta y se la abro—. Sube al coche. —Ella se desliza a mi lado y yo la sigo al interior. En cuanto se cierra la puerta detrás de nosotros, pulso el botón y le digo a Jonathan que nos lleve al edificio de Jessica. La miro con

dureza—. No vuelvas a hacer algo así.

Ella hace un puchero.

—Tampoco es como si nunca hubiéramos hecho mucho más que besarnos.

—Así no. Y nunca en público.

—¿Qué más da? No tienes novia. Todo el mundo sabe que Cole King no tiene novia. ¿Qué importa?

—Importa porque es inaceptable. Si vuelves a intentar algo así, descubrirás lo poco que me gusta que la gente se pase de la raya.

—Está bien. —Se estira la falda—. Solo espero que te quites eso de la cabeza antes de hacer algo de lo que te arrepientas. —No me molesto en responder. Lo que hago con Delilah no es asunto de Jessica. Pasamos los siguientes minutos en silencio. El edificio de apartamentos de Jessica no está lejos, y no tardamos mucho en llegar al amplio vestíbulo acristalado. Jonathan le abre la puerta, pero justo antes de salir, ella se vuelve hacia mí—. No es demasiado tarde, ¿sabes? Aún puedes subir a mi apartamento.

Me limito a arquear una ceja, y ella suspira y sale. Jonathan cierra la puerta detrás de ella y regresa al asiento del conductor.

—¿Le llevo a casa, señor?

Pienso en mi plan de pasar por casa de Delilah a recogerla, pero ahora no estoy tan seguro. Últimamente la he estado viendo mucho, quizá demasiado. Quizá sea mejor tomarse un descanso. Considero brevemente contarle que Jessica me ha besado, pero por mi parte no ha significado nada, así que no le veo sentido. Es poco probable que ella vea las fotos que probablemente se publicarán en la prensa sensacionalista. Dudo que lea las columnas de cotilleos.

—Sí, gracias, Jonathan.

El coche se incorpora al tráfico y yo me recuesto en el asiento y miro por la ventanilla. Se supone que voy a ver a Delilah mañana por la noche, pero quizá necesite dar un paso atrás, dejar reposar las cosas un poco. Vernos tan a menudo no es una buena idea. No quiero darle una impresión equivocada sobre lo que hay entre nosotros.

Aunque no estoy muy contento con mi decisión, me obligo a pensar en otras cosas. Siempre hay mucho trabajo que hacer.

Cojo el teléfono y me pongo a leer los correos.

27

DELILAH

Doy los últimos retoques al diseño interior en el que estoy trabajando e intento no pensar en que Cole canceló la cita de este fin de semana. Al fin y al cabo, como le dije a Alex, lo nuestro solo es algo informal. Tengo que tomarme las cosas con tranquilidad, en lugar de invertir demasiado tiempo y esfuerzo en intentar averiguar qué le pasa por la cabeza.

Aun así, la decepción me acompañó durante el resto del fin de semana después de que él me llamara el sábado por la mañana y me dijera que le había surgido algo. Tenía muchas ganas de verlo.

Trazo una última línea en el plano y hago clic en imprimir. Me molesta sentir la presencia de Paul al otro lado de la sala. Noto su mirada sobre mí y no sé muy bien por qué. Ha mantenido las distancias desde nuestra reunión en su oficina, salvo cuando ha tenido que hablar conmigo de algo relacionado con el trabajo.

Me ruge el estómago y miro el reloj. Ya ha pasado la hora del almuerzo y no he comido nada desde el desayuno. Me dirijo a la cocina para coger la ensalada que he preparado esta mañana, pero justo cuando cierro la puerta de la nevera, Paul me acorrala. Cuando intento esquivarlo, me pone la mano en el brazo y me detiene. Miro su mano antes de volver a fijar mi atención en su rostro. Sonríe, pero hay algo en ese gesto que no me gusta.

—Tengo que hablar contigo sobre algo.

—¿Podemos hacerlo en mi escritorio?

—No quiero que haya nadie más presente cuando te enseñe esto —dice, levantando el teléfono.

No puedo evitar mirar y, cuando lo hago, el corazón me da un doloroso vuelco. Es una foto de Cole besando a una mujer rubia. Él lleva un esmoquin y tiene las manos alrededor de la esbelta cintura de la mujer, mientras que ella le rodea el cuello con los brazos. Mantengo una expresión neutra, ya que no quiero que Paul vea mi reacción, sobre todo porque nunca le he confirmado

que Cole y yo estemos saliendo. Y, al fin y al cabo, hay muchas fotos de Cole con varias mujeres.

—No sé por qué me estás enseñando esto.

—¿No lo sabes? —dice con una sonrisa maliciosa en los labios—. Qué curioso. Tenía la impresión de que había algo entre vosotros dos, así que, por supuesto, cuando he visto esta foto del viernes por la noche, he pensado que debía decírtelo. Supongo que me equivocaba. —Se me revuelve el estómago. ¿Del viernes por la noche? No puede ser. Cole no dijo nada sobre llevar a una cita al evento, y teníamos un acuerdo. Se supone que lo nuestro es exclusivo mientras estamos… haciendo lo que sea que estemos haciendo. ¿Fue por eso por lo que canceló la cita? ¿Porque había quedado con ella? Paul desliza la pantalla con indiferencia—. Es muy guapa. —Vuelve a ponerme la foto delante de las narices y, esta vez, se trata de la mujer a punto de subir al coche de Cole. Él tiene la mano en su espalda, pero esa no es la única razón por la que siento un dolor agudo en el pecho: es por la cara de la mujer. Porque la reconozco. Jessica. Una mujer con la que Cole me había asegurado que no tenía una relación antes de que me acostara con él por segunda vez.

Soy tan estúpida… Claro que me dijo eso. Si alguien le preguntara por mí, probablemente diría lo mismo. Porque no tenemos una relación. Estamos follando. Follando. Rascándonos una picazón. Estoy segura de que así es como él lo ve, de todos modos.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa indiferente.

—Incluso si hubiera algo entre Cole y yo, tú serías la última persona a la que pediría ayuda. Así que si eso es todo… —Lo empujo y regreso a mi escritorio, pero siento náuseas y ya no tengo ganas de comer la ensalada que llevo en la mano.

Dejo la comida sin tocar a mi lado, cojo el teléfono y entro en la página web que me ha enseñado Paul. Como una auténtica masoquista, reviso las fotos con repugnancia. No hay muchas, solo cuatro, pero lo que muestran es condenatorio. Los dos llegando juntos, con la mano de Cole posesivamente en su espalda. Y luego su partida y el beso antes de que él la ayude a subir a su limusina. Si conozco a Cole, probablemente folló con ella en la parte de atrás o la llevó a su ático para tirársela allí.

Dejo el teléfono boca abajo sobre mi escritorio, con una picazón punzante en los ojos. No sé si es peor que ni siquiera haya intentado ocultármelo. Al menos Paul me escondió su infidelidad porque no quería perderme. Al

parecer, a Cole no le importa que me entere.

Incapaz de quedarme allí sentada ni un segundo más, meto el táper con ensalada en el bolso y apago el ordenador. Paul merodea por allí, probablemente esperando a ver el caos que ha causado. Por desgracia, no puedo irme sin hablar con él, así que me acerco.

—No me encuentro bien. Voy a trabajar desde casa el resto del día.

La falsa compasión en su rostro me revuelve el estómago, pero me mantengo firme.

—No hay problema. Espero que mañana te encuentres mejor. —Me dedica una amplia sonrisa y me imagino abofeteándolo mientras le sostengo la mirada con la cabeza bien alta.

Me doy media vuelta y me alejo con la mayor calma posible, pero en cuanto entro en el ascensor, se me hunden los hombros. No me puedo creer lo estúpida que he sido. Los hombres como Cole, como mi padre, son todos iguales. Una vez que consiguen lo que quieren, te descartan sin pensárselo dos veces.

Suena el timbre del ascensor y salgo, dando solo unos pasos antes de ver quién está allí con un grupo de hombres. Fuera de las reuniones o cuando él me ha buscado, puedo contar con los dedos de una mano las veces que he visto a Cole por el edificio. Cierro los ojos. Por supuesto que tiene que ser él.

Él me mira y frunce el ceño, pero yo me doy la vuelta y sigo andando hacia la entrada.

—Señorita West. —Su voz suena a mi espalda y maldigo para mis adentros. No tengo más remedio que detenerme. Sigue siendo mi jefe y estoy en mi lugar de trabajo.

Inspiro hondo y me vuelvo para mirarlo. Le dice algo al grupo de hombres y luego viene hacia mí. La ira lucha con la angustia en mi pecho mientras lo espero.

Se detiene frente a mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunta en voz baja.

Por fin levanto la vista hasta sus ojos, y la intensidad de su mirada me sacude como un puñetazo en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas me has mirado al pasar, y no es propio de ti marcharte tan pronto.

—No me encuentro bien. Me voy a casa.

Se me acelera el pulso y quiero gritarle, preguntarle cómo ha podido

hacerme algo así cuando yo pensaba… Bueno, pensaba de forma errónea, pero decirle algo así sería la forma más rápida de que me despidieran, así que me lo trago todo y lo reprimo hasta que pueda estar sola. Porque no voy a perder todo por lo que he trabajado por este hombre.

Su ceño se frunce aún más. Echo un vistazo por encima de su hombro y veo al grupo de hombres con los que estaba mirándome con curiosidad. Uno de ellos comprueba la hora en el reloj y luego les dice algo a los demás.

Me alejo un paso de Cole, confiando en que va a dejarme marchar, ya que su grupo lo está esperando.

—Delilah —masculla—. Dime qué está pasando.

La luz que brilla en sus ojos me hace pensar que sabe exactamente lo que está pasando. ¿Cómo es posible que no se imagine que había una posibilidad de que yo viera las fotos?

Pero, de repente, quiero que lo sepa. Que se dé cuenta de que no está bien hacerle daño a la gente solo porque no haya repercusiones para él.

El ascensor suena detrás de él y los hombres suben, manteniendo la puerta abierta.

—¿Cole? —lo llama uno de ellos.

Doy otro paso atrás.

—Nos vemos, Cole. Me alegro de que Jessica y tú lo pasarais bien el viernes por la noche.

Tensa la mandíbula, pero no dice nada mientras me doy la vuelta y me dirijo a la puerta principal. Tengo la boca seca y necesito llegar a casa para ahogar mis penas. Es media tarde, pero voy a permitirme abrir una botella de vino.

Salgo a la calle e inspiro hondo. No soporto la idea de coger el metro a casa, así que paro a un taxi. El teléfono pita en mi bolso y lo saco para ver que me ha llegado un mensaje de Cole.

Cole: *Tenemos que hablar.*

Lo guardo en mi bolso y contengo las lágrimas. ¿En qué estaba pensando? En serio, ¿cómo pude creer que acostarme con él era una buena idea? Soy una idiota. Las lágrimas me nublan la vista, pero no pienso ser la clase de mujer que llora en la parte trasera de un taxi por un hombre. No lo haré.

A pesar de mi determinación, en cuanto se cierra la puerta de mi apartamento detrás de mí, el dique se rompe. Las lágrimas me resbalan por las

mejillas y me hundo en el sofá. ¿Por qué me hace tanto daño? No era una auténtica relación, solo se trataba de sexo. Solo disfrutábamos de nuestros cuerpos. Sí, él me mintió, pero fui tan estúpida como para creerlo, para permitirme sentir más de lo que debía… Es culpa mía.

Vuelven a brotarme las lágrimas y me las seco. Dios, esto es ridículo. Quiero pensar que es por la humillación, y eso es sin duda parte de mi disgusto. A nadie le gusta que le tomen el pelo, y esta es la segunda vez que me pasa. Pero la verdad es que he hecho exactamente lo que me prometí que no haría: me permití empezar a sentir algo por Cole, y esta es la consecuencia.

Mi teléfono vuelve a sonar y, cuando veo su nombre, no puedo evitar leer el mensaje.

Cole: *No me ignores, Delilah.*

Suelto un suspiro. Tendré que hablar con él en algún momento para terminar oficialmente con lo nuestro, pero quiero estar tranquila y controlada cuando lo haga para no decir ninguna tontería y acabar fuera del proyecto y, posiblemente, sin trabajo. Si hablo ahora con él, no estaré ni tranquila ni controlada.

La pantalla del teléfono se ilumina con el nombre de Cole, pero rechazo la llamada. No entiendo por qué se molesta. No ha perdido nada que no pueda reemplazar fácilmente. ¿Por qué no me deja en paz para que pueda superar estas emociones?

Otra notificación de un mensaje y mi vista se dirige automáticamente a la pantalla de mi teléfono.

Cole: *Coge el teléfono, Delilah.*

La ira seca mis lágrimas. ¿Qué problema tiene?

Un minuto después, el teléfono vuelve a sonar y lo miro fijamente, con un pulso palpitante en las sienes, y me enciendo aún más. Me sienta bien dejar que la ira tome el control. Él es rico y poderoso y, técnicamente, yo trabajo para él, pero eso no significa que pueda tratarme así.

Como a alguien a quien puede descartar con crueldad irreflexiva.

Antes de que tenga tiempo de pensármelo demasiado, contesto.

—Delilah —dice él.

—¿Qué quieres, Cole? —Me alegro de que mi voz suene firme. Más firme de lo que me siento, al menos.

—¿Por qué no respondes a mis mensajes?

—Porque no quiero hablar contigo.

Él deja escapar un suspiro que parece estar compuesto de pura irritación.

—Obviamente, has visto las fotos.

Su tono aviva mi ira.

—Sí —respondo entre dientes.

—No es lo que piensas. —No hay ni pizca de arrepentimiento en su voz. No cree haber hecho nada por lo que valga la pena disculparse. O tal vez sea que yo no merezco que se disculpe.

—¿En serio? ¿Quieres decir que no eras tú el que estaba besando a otra mujer cuando me dijiste que no estarías con nadie más mientras estuviéramos juntos? ¿O quieres decir que no eras tú el que estaba besando a Jessica, con quien me dijiste que no tenías nada?

—Te dije que Jessica y yo no tenemos una relación, y nunca la hemos tenido.

—No soy tonta, Cole. O me estás mintiendo descaradamente o me estás mintiendo por omisión. Puede que no tenga mucha experiencia con los hombres, pero te puedo garantizar que así no se besa a una mujer que solo es una conocida.

Se hace el silencio al otro lado de la línea. Sabe que lo he pillado.

—Tengo una reunión de accionistas en media hora a la que no puedo faltar, pero enviaré a Jonathan a buscarte esta noche y te lo explicaré —dice finalmente.

—No me interesa verte.

—No ayuda que te comportes de forma tan inmadura. —Baja el tono—. Al menos, respétame lo suficiente como para escuchar lo que tengo que decirte.

Una ira ardiente se enciende en mi interior.

—¿Respeto? ¿Tú me hablas a mí de respeto? Has supuesto que había visto las fotos, por eso me has estado enviando mensajes. Lo que significa que ya sabías exactamente cómo me haría sentir verlas, y lo sabes porque es lo que sentiría cualquier ser humano normal al darse cuenta de que lo han engañado. Así que no me hagas parecer infantil por reaccionar exactamente como esperabas. Mi falta de respuesta a tus mensajes y tus llamadas debería haberte indicado que necesitaba tiempo para lidiar con mis emociones, pero te has negado a dármelo. En cambio, has decidido que la mejor manera de gestionar

este asunto era acosarme, y, cuando respondo, me dices que estoy siendo inmadura. —Tenso los dedos alrededor del teléfono—. Te pregunté directamente a la cara por Jessica, Cole. Quería saber en qué me estaba metiendo si te decía que sí. Para evitar salir herida. Pero en lugar de responderme con la verdad, dijiste lo que tenías que decir para conseguir lo que querías. Me has humillado. Y me has hecho daño. —Lo estaba haciendo muy bien, pero al final pierdo el control y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Delilah…

Me recompongo.

—No, Cole. No he terminado. Está claro que estás acostumbrado a conseguir lo que quieres cuando quieres. Está claro que no te importa lo que tengas que hacer o decir para conseguirlo. Así que, si lo que querías cuando besaste a Jessica el viernes por la noche era una forma rápida y fácil de deshacerte de esa relación inmadura en el trabajo que se ha prolongado demasiado, enhorabuena. Lo has conseguido.

Con un dedo tembloroso, cuelgo, luego me desplomo en el sofá y me permito derramar más lágrimas.

28

COLE

Apenas puedo contenerme para no lanzar mi teléfono contra la pared. Por esto. Por esto no me interesan las relaciones. Intentaba hacer lo correcto, y mira adónde me ha llevado. Echo la silla hacia atrás y me levanto, me acerco a la ventana y contemplo Nueva York extendiéndose bajo mis pies.

Quizás sea mejor que ella termine la relación de todos modos. Tengo demasiado trabajo en este momento, y pasar tanto tiempo con una sola mujer puede ser una novedad, pero eso siempre acaba cansando.

Entonces, ¿por qué demonios siento esa opresión en el pecho? La forma en que le ha temblado la voz al decirme que le había hecho daño me ha atravesado las costillas y me ha llegado directamente al corazón. ¿Cuándo fue la última vez que algo alcanzó a ese órgano helado?

Apoyo una mano contra el cristal y miro hacia las calles de abajo. Normalmente, mirar a todo el mundo desde aquí arriba me hace sentir vivo. Me hace sentir que tengo el control. Pero ahora no funciona.

Necesito dejar de pensar en Delilah y volver a donde debo estar. Como Roman ya insinuó, ella se ha convertido en una distracción que no necesito. Es mejor para los dos que esto termine.

Me siento, pero en lugar de prepararme para la reunión, abro el navegador y busco las fotos del viernes por la noche. Aparecen ante mí y hago una mueca de dolor. Fingí muy bien cuando Jessica me besó. Con los rumores sobre el apoyo vacilante de su padre, no quería rechazarla públicamente. Aunque no nos hundiremos si Berrington retira sus inversiones, no quiero que su pandilla de compinches siga su ejemplo. Lo último que nos hace falta es un éxodo precipitado sin otra razón que el haber avergonzado a su hija.

Por desgracia, mi falta de reacción negativa a su beso se interpreta en las fotos como entusiasmo.

Frunzo el ceño y me recuesto en mi silla, pasándome las manos por la cara con la mano, y el arrepentimiento me retuerce las entrañas como hacía mucho

tiempo que no ocurría.

En ese momento se abre la puerta y Tate entra tranquilamente. Se detiene y enarca las cejas al verme. Luego sonríe, se sienta y estira sus largas piernas.

—No estoy acostumbrado a verte tan hecho polvo —dice—. ¿Qué pasa?

Salgo de la página web.

—¿Qué quieres, Tate?

—¿No puedo charlar con mi hermano mayor?

Tate podría ser justo la distracción que necesito ahora mismo.

—No sé si alguna vez hemos charlado, pero si dices que tienes algo que discutir conmigo, adelante, por favor.

Sonríe con aire burlón, se echa hacia delante en su silla y apoya los codos en las rodillas.

—El departamento de Marketing informa de una disminución del compromiso y de más comentarios negativos en las redes sociales. Las indiscreciones de nuestro querido padre están circulando más ampliamente y la confianza en nuestra marca está decayendo. Necesitamos una victoria rápida para mejorar la percepción del público y tenerlos a todos contentos.

—Supongo que tienes alguna idea.

Él asiente.

—El equipo ha estado haciendo una lluvia de ideas y quiere lanzar una campaña de prensa sobre el desarrollo del hotel. Las primeras etapas, los planes conceptuales… Y remarcar especialmente los aspectos de sostenibilidad.

—De acuerdo, consigue lo que necesites de los arquitectos. —Y eso me hace pensar en Delilah. Una vez más, siento una opresión dolorosa en el pecho.

—También están pensando en filmar a nuestros contratistas sonriendo y pareciendo competentes…, esa clase de cosas. Quizás esa pequeña y sexy arquitecta tuya podría ser nuestra estrella.

—No es *mía* —respondo bruscamente.

Sus cejas se arquean de nuevo.

—Estás un poco a la defensiva, ¿no? Solo quería decir que forma parte de tu equipo. —Me obligo a relajarme y él me observa con una sonrisa irónica—. ¿Era ella la que te tenía tan alterado cuando he entrado? No te culpo. Si trabajara para mí, la habría echado sobre mi escritorio en…

—No —gruño, y él se echa a reír.

—Ah, eso ha provocado una reacción. ¿Así que te estás tirando a esa chica

tan guapa?

No sé por qué está tan hablador. Ni por qué no lo he echado de mi oficina aún. Quizá sea porque ahora mismo, con los pensamientos sobre Delilah intentando apoderarse de mi mente, no me desagrada tenerlo aquí.

Golpeteo con los dedos sobre el escritorio.

—Puede que hayamos tenido… algo.

—¿Algo? ¿A qué te refieres exactamente? —Sus astutos ojos me escrutan antes de ponerse como platos—. No estarías saliendo con ella, ¿verdad? —La expresión de sorpresa en su rostro sería divertida si el tema de Delilah no fuera tan delicado en este momento.

—Fue algo ocasional. Solo ha durado unas semanas.

Se pasa el dedo índice por el labio inferior sin dejar de observarme.

—Entonces, ¿has terminado con ella? ¿Se ha vuelto pegajosa? ¿O te has aburrido?

Cojo un bolígrafo y lo hago girar entre los dedos, debatiéndome entre decir algo o no. Él se queda ahí sentado, con aire relajado y sus ojos marrones dorados brillando con curiosidad. Eso me transporta al pasado. A una época en la que los tres estábamos más unidos. Cuando éramos amigos, en lugar de… lo que sea que somos ahora.

Así que se lo cuento.

—Ha sido ella quien ha roto conmigo. Justo antes de que entraras.

Sus cejas se enarcan hacia el cielo.

—¿Ha sido ella? —Tenso la mandíbula y asiento—. Te preguntaría cuándo fue la última vez que una mujer rompió contigo, pero como no recuerdo cuándo fue la última vez que tuviste una relación, es una pregunta absurda. —Cuando no respondo, una lenta sonrisa se dibuja en su rostro—. Te gusta.

Es una afirmación, no una pregunta, pero le respondo de todos modos.

—Disfrutaba pasando tiempo con ella, eso es todo.

—¿Y qué ha ocurrido? —pregunta.

Bajo la mirada hacia mi ordenador y se me encoge el pecho al recordar las fotos que había en la pantalla momentos antes.

—Le he hecho daño.

—¿Estaba enamorada de ti?

Me vuelvo hacia él.

—No lo creo. Nunca me dijo nada que indicara que lo estuviera.

—Bueno, obviamente siente algo por ti si está lo bastante dolida como para

terminar la relación.

Se supone que debo dejar de pensar en Delilah, no verme obligado a enfrentarme a mis errores. Hago un gesto con la mano.

—Ahora ya no importa. Se ha acabado. Ella puede seguir adelante con alguien que le ofrezca el tipo de compromiso que busca. Y yo puedo volver a…

—¿… follar con mujeres guapas al azar y ganar un montón de dinero?

Enarco las cejas.

—Es el negocio familiar, ¿no?

—No estoy seguro de que mamá esté de acuerdo.

—No. En el caso de mamá, se trata de tener aventuras más o menos discretas y de aprovecharse del dinero que ganamos. —Tate se queda en silencio y yo sacudo la cabeza—. Lo siento.

Se encoge de hombros, pero la diversión en su mirada se ha apagado. Teniendo en cuenta que él es el resultado de una de las aventuras de mamá, son un tema delicado para él. No es ningún secreto. Su cabello rubio podría provenir de mamá, pero esos sorprendentes ojos cobrizos no proceden de ningún miembro de nuestro árbol genealógico. Eso explica por qué mi padre siempre ha sido más duro con él, aunque Tate siga siendo su hijo en teoría. Como la mayoría de las cosas en nuestro mundo, todo se reduce a las apariencias. La gente puede murmurar lo que quiera a puerta cerrada, y mientras no afecte a nuestra riqueza o nuestro estatus, no nos importa.

Excepto que recuerdo una época en la que a Tate le importaba. Mucho.

También recuerdo las veces en que Roman y yo nos peleábamos con los chicos que pensaban que era buena idea burlarse de él por su ascendencia. Eso fue antes de que las cosas cambiaran, en cualquier caso. Antes de que nos distanciáramos y nos convirtiéramos en desconocidos.

Quizás trabajar juntos así nos dé a Tate y a mí la oportunidad de volver a conectar. Me propongo mentalmente ponerme al día con él más a menudo sobre temas no relacionados con el trabajo.

—¿Piensas recuperarla? —pregunta Tate.

He perdido el hilo de la conversación.

—¿Qué?

—A tu arquitecta. ¿Vas a recuperarla?

—Creo que es mejor para los dos dejarlo así. —Siento un nudo en el pecho al darme cuenta de que cuando la toqué por última vez no sabía que iba a ser

de verdad la última.

—¿Estás seguro?

Esquivo la mirada demasiado perspicaz de Tate. La mejor manera de distraerme de Delilah es concentrarme en lo que es importante: el trabajo.

—Tengo que prepararme para esta reunión. Si quieres utilizarlos en alguna promoción, no dudes en acudir directamente al equipo de arquitectos.

—¿Eso es todo? —protesta Tate—. ¿Eso es todo lo que me vas a dar?

—Tienes suerte de haber conseguido eso. Ahora déjame volver al trabajo.

Suelta un bufido, se da una palmada en los muslos y se pone de pie.

—Bien. Déjame colgado, entonces. —Gruño y vuelvo a mis notas, sin molestarme en mirar cómo va hasta la puerta—. Entonces, si ahora está soltera, no te importará que le pida que salga conmigo, ¿verdad?

Mis ojos se clavan en los suyos, y una oleada de rabia me inunda el pecho. Es el más mujeriego de nosotros.

—¡No le pongas las manos encima!

Sigue riéndose cuando cierra la puerta tras de sí.

29

DELILAH

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Alex cuando cojo el bolso y me preparo para salir por la puerta. Cuando regresó del trabajo anoche, se dio cuenta inmediatamente de que algo andaba mal. Probablemente porque tenía los ojos rojos de tanto llorar. Cuando le expliqué lo que había pasado, me abrazó y me dijo que Cole era un imbécil que no me merecía. Luego pidió la cena y puso una película de suspense sin nada de romance, y conseguí desconectar la mente durante un par de horas.

Esta mañana estoy preparada, aunque no del todo lista, para enfrentarme a Cole y a Paul. Probablemente ni siquiera vea al primero, y al segundo…, bueno, tendré que aguantar su aire de suficiencia.

—Voy a estar bien. No dejaré que un hombre tan egocéntrico como Cole King me deprima. Solo tengo que terminar este proyecto y entonces no tendré que volver a verlo nunca más.

Ella se acerca y me da un abrazo.

—Bien por ti. Mantén la cabeza alta e ignora a esos imbéciles. Tú vales el doble que ellos dos juntos.

Sonrío y correspondo a su abrazo.

—Gracias. —Inspiro hondo, me cuelgo el bolso del hombro y salgo.

Cuando llego a la oficina, echo un vistazo rápido al vestíbulo antes de pulsar el botón del ascensor. Lo último que necesito es quedarme atrapada en una caja de metal durante varias horas con cualquiera de los dos hombres a los que estoy tratando de evitar. Por suerte, no los veo y subo con varias personas que no conozco. Cuando llego a nuestra planta, me escabullo entre ellos y me apresuro a llegar a mi escritorio.

Inicio sesión en mi sistema y me pongo con mis planos. Quiero que estén firmados para la semana que viene. En lo que a mí respecta, cuanto antes se complete este proyecto, antes podré salir de este edificio y alejarme de Cole. Solo quiero dejar atrás lo que ha pasado.

Consigo concentrarme en mi trabajo, desconectando de todo lo que me rodea, hasta que suena el teléfono de mi escritorio. No reconozco el nombre que aparece en la pantalla, pero respondo a la llamada.

—¿Hola?

—Hola, ¿Delilah? Soy Sophie. Soy la asistente personal de Tate King.

—Hola —digo con cautela.

—Tate quiere hablar contigo en su despacho. ¿Tienes un momento?

—Sí, claro.

—Genial. Y si tienes algún esquema terminado o renderización en 3D, ¿podrías traerlos también?

Parpadeo y miro inmediatamente los planos cuidadosamente dispuestos sobre mi mesa.

—Por supuesto. ¿Puedo preguntar para qué es?

—Él te lo explicará cuando llegues —responde ella con amabilidad.

—De acuerdo, gracias. Voy enseguida.

Cuelgo, me levanto y estiro las arrugas de mi vestido. No sé qué querrá comentarme el jefe de marketing, pero el momento elegido por Tate me hace preguntarme si tiene algo que ver con lo que pasó entre Cole y yo. Seguro que no. Los multimillonarios tienen cosas más importantes que hacer que involucrarse en los fracasos amorosos de los demás.

Después de recoger varios de mis planos, me dirijo a la planta superior; detesto darme cuenta de que por un lado espero evitar a Cole y por otro deseo verlo aunque sea un instante. Me armo de valor al salir del ascensor y hago todo lo posible por no volver la cabeza hacia la puerta de su despacho al pasar. Por el rabillo del ojo, veo que está cerrada. Continúo por el pasillo hasta llegar a la oficina de Tate y me acerco a la mujer que está sentada en el escritorio que hay fuera, que supongo que es Sophie.

—Hola, soy Delilah. Vengo a ver al señor King.

Ella me dedica una cálida sonrisa.

—Encantada de conocerte, Delilah. Puedes pasar. Tate te está esperando.

Hago un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento, llamo a la puerta y entro cuando me invita a pasar. Echo un vistazo rápido a la amplia sala antes de centrar mi atención en Tate, que está sentado detrás de su escritorio. El despacho no es muy diferente al de Cole. Tiene las mismas grandes ventanas con las mismas increíbles vistas. Las paredes están decoradas con láminas elegantes similares y el espacio está dominado por hermosos muebles de

madera.

Tate está recostado en su silla y me sonríe. Se me corta la respiración. Nunca había visto de cerca al hermano menor de Cole. A diferencia de Cole, que suele llevar siempre un traje de tres piezas en el trabajo, Tate se ha quitado la chaqueta y lleva la camisa remangada, dejando al descubierto sus musculosos antebrazos. Al igual que su hermano, es guapísimo, aunque su aspecto es bastante diferente al de Cole y Roman. Mientras que ellos tienen el pelo oscuro y los ojos fríos, Tate es rubio y tiene la piel morena. Aunque imagino que es igual de guapo e igual de letal para el corazón de las mujeres. Estoy segura de que utiliza su atractivo y su encanto para enamorar a las mujeres con la misma facilidad que Cole.

—Buenos días, señorita West —saluda.

—Por favor, llámeme Delilah —le digo.

Él asiente.

—Y tú llámame Tate. Con tantos señores King en el edificio, es fácil confundirse. —Le dedico una pequeña sonrisa y me doy la vuelta para cerrar la puerta—. Puedes dejarla abierta —me detiene.

Qué raro. ¿Acaso cree que me aprovecharé de él si la puerta está cerrada? ¿Le ha contado Cole lo nuestro y ahora cree que también voy a intentar ligar con él?

Esa idea me hace levantar la barbilla cuando doy unos pasos hacia su gran escritorio.

—He traído algunos de mis planos, como me has pedido.

—Genial, dámelos. —Se levanta y me tiende la mano. Me acerco y le paso los planos enrollados, que él abre y coloca sobre su escritorio—. ¿Puedes decirme qué estoy viendo? —pregunta.

Sigo sin entender qué es lo que quiere, pero me acerco y me echo sobre el escritorio para señalarle los diferentes planos que he traído.

—Estos son los diseños conceptuales iniciales. Estas son las modificaciones que hice después de visitar el sitio. —Levanto la vista hacia él, justo a tiempo para verlo mirando por encima de mi hombro. Antes de que tenga tiempo de darme la vuelta para ver qué ha captado su atención, vuelve a concentrarse en mí.

—¿Tienes planos del interior?

Hojeo los planos, saco uno que muestra una sección interna y lo pongo encima.

—Aún no están completos. Es en lo que estoy trabajando ahora mismo. —Vuelve a mirar por encima de mi hombro y esta vez sí me doy la vuelta. No veo nada a través de la puerta abierta de la oficina, y me molesta un poco. Sigo sin saber qué hago aquí: Tate ni siquiera parece interesado en lo que le estoy enseñando—. ¿Puedo preguntarte qué quieres saber? —Mi tono es un poco más seco de lo que debería, teniendo en cuenta quién es él y quién soy yo, pero hoy definitivamente no es mi mejor día. Solo quiero regresar a mi mesa y no estar ahí, echándole ojeadas a la puerta.

Tate se recuesta en su silla y me sonríe, y yo parpadeo varias veces porque su sonrisa es a partes iguales encantadora y maliciosa.

—El equipo de marketing quiere algunos de los planos CAD, los planos interiores y las representaciones en 3D para algunas ideas publicitarias que están preparando.

Enarco las cejas.

—De acuerdo.

Él esboza una sonrisa.

—¿Hay algún problema?

—No, en absoluto —digo—. Supongo que me pregunto por qué yo y por qué tú. ¿Por qué no se lo has pedido a Paul? ¿Y por qué no se encarga de esto alguien del equipo de marketing? No le corresponde a alguien con tu puesto ocuparse de esto.

Él se ríe entre dientes.

—Tienes razón. No es algo de lo que me habría encargado normalmente. Pero tenía un motivo oculto para pedirte que subieras aquí. —Ladeo la cabeza y lo estudio mientras espero a que me dé más detalles—. Digamos que quería conocer a la mujer que ayer puso a mi hermano de mal humor.

¿Cole estaba de mal humor ayer por mi culpa? Me sorprende que le importara lo suficiente como para dejar que le afectara. Y, Dios mío, Tate sabe que me acostaba con su hermano. Me sonrojo, pero no aparto la vista. Tomé una decisión y no me avergüenzo de ella.

Me estiro sobre su escritorio y me pongo a recoger los planos.

—Entonces supongo que en realidad no necesitas verlos.

Una vez más mira por encima de mi hombro y, en esta ocasión, una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Me enderezo y miro a mi espalda, pero sigue sin haber nadie. ¿Qué le pasa?

—¿Quieres que lleve esto al equipo de marketing? ¿O era solo una excusa

para que subiera aquí?

—No era una excusa. Es cierto que el equipo necesita copias de todo esto.

—De acuerdo —acepto—. Voy a…

Suena el teléfono, interrumpiéndome, y él sonríe como si lo estuviera esperando. Levanta un dedo y yo dejo de hacer lo que estoy haciendo, sintiéndome incómoda por escuchar su conversación.

—¿A qué debo el honor de esta llamada? —Se detiene, me mira a los ojos y me guiña un ojo mientras se recuesta en su silla. Frunzo el ceño y sigo los planos que tengo en las manos, haciendo todo lo posible por ignorar su llamada privada—. Ajá. Ajá. Percibo cierta irritación por tu parte, Cole. —Mi mirada se dirige rápidamente hacia él al darme cuenta de con quién está al teléfono—. Solo estaba hablando con la señorita West sobre los planes de marketing. —Escucha un momento—. Estoy de acuerdo. Ese no es mi trabajo. Por eso Delilah se los va a llevar al equipo ahora mismo. —Hace otra pausa—. No sé de qué me estás hablando. Esta es una reunión profesional. Mi puerta ha estado abierta todo el tiempo. Como obviamente has visto al pasar.

¿Era por eso por lo que no dejaba de mirar por encima de mi hombro? ¿Quería que Cole me viera aquí con él?

Ahora estoy enfadada. No estoy segura de qué se traen entre manos estos dos, pero no me interesa involucrarme en los juegos que se gastan los multimillonarios entre ellos. He trabajado muy duro para llegar hasta donde estoy. Puede que me haya dejado distraer por el sexo, pero he aprendido la lección. Dejarme llevar por un hombre, especialmente por un hombre como Cole, no me beneficia en nada. Al igual que no benefició a mi madre.

Me estiro sobre el escritorio de Tate y recojo el resto de mis planos. Él me mira mientras sigue escuchando lo que Cole le está diciendo. Reprimo el impulso de salir sin más. Por muy irritada que esté por lo que esté haciendo, él sigue teniendo autoridad sobre mí y yo me encuentro en una situación precaria por lo que ha pasado con Paul y Cole. Así que me quedo allí plantada, tensa, hasta que por fin cuelga.

—Si hemos terminado aquí, le llevaré esto al departamento de marketing —anuncio en cuanto acaba.

Lo que sea que esté leyendo en mi tono o en mi rostro hace que las comisuras de sus labios se curven hacia arriba. Es obvio que no estoy ocultando muy bien lo que siento, pero él no dice nada al respecto. En cambio, se dedica a estudiarme, y yo hago todo lo posible por mantenerme quieta bajo

su escrutinio.

El humor que se esconde en su expresión se desvanece. Su mirada se vuelve distante y asiente.

—Gracias, Delilah.

Salgo de allí y le dedico una pequeña sonrisa a Sophie al pasar por delante de su escritorio.

Para ir al ascensor, tengo que pasar por delante de la oficina de Cole. Espero que él no se dé cuenta. Se me encoge el corazón cuando veo el escritorio de su asistente personal y una figura alta y de hombros anchos junto a él.

Levanto la barbilla y mantengo el ritmo. Le hago un gesto cortés con la cabeza y sigo hacia el ascensor.

Pero en cuanto su mirada se cruza con la mía y sus ojos se entrecierran, sé que no va a ser tan fácil.

—Señorita West —dice, y trago saliva al oír el tono sombrío de su voz.

Me detengo a unos metros de él, consciente de que la mirada de Samson pasa de uno a otro.

—¿Sí, señor King?

—Me gustaría hablar con usted un momento, si no le importa.

Considero decirle que sí, que me importa, pero que tarde o temprano tendré que enfrentarme a él. Así que asiento, inspiro hondo y lo sigo a su despacho.

30

COLE

Cuando he pasado por delante de la oficina de Tate después de la reunión y he visto a Delilah echada sobre su escritorio, con el culo marcado por su vestido ceñido, he tensado tanto la mandíbula que me sorprende que la gente que caminaba a mi lado no oyera cómo me rechinaban los dientes. ¿A qué coño estaba jugando mi hermano? Ayer le dejé claro que no debía tocarla, y al día siguiente la tiene en su oficina, con sus largas piernas, su falda ajustada y sus bonitos ojos verdes.

En cuanto he colgado el teléfono, he salido por la puerta y me he inventado una excusa para hablar con Samson sobre algo, esperando a que ella bajara por el pasillo. Probablemente debería preguntarme por qué estoy actuando de forma tan irracional cuando ya he decidido que dejarlo es lo mejor, pero no lo haré. Si Tate cree que le voy a dejar quedarse con Delilah, está muy equivocado.

Ella me sigue hasta mi despacho y su dulce aroma a sol y flores silvestres me provoca una imagen vívida que crece en mi mente; en ella, me giro y la empujo contra la puerta, deslizo mi nariz por su cuello y chupo la tierna piel de la base, marcándola para que, si Tate vuelve a llamarla, vea mi reclamo.

Lo cual es ridículo de cojones. Delilah ya ha dejado claro que nuestro acuerdo ha terminado.

Me acerco a mi escritorio, pero no lo rodeo para sentarme. Me quedo delante, cruzado de brazos, mientras que Delilah sigue cerca de la puerta.

—Cierra la puerta —le digo. Ella obedece, con los hombros tensos, y luego se vuelve hacia mí—. ¿Qué quería Tate? —le pregunto.

Ella frunce el ceño.

—¿No te lo ha dicho por teléfono?

—Quiero que me lo cuentes tú.

Ella ladea la cabeza.

—¿Crees que te ha mentido? ¿Por qué iba a hacerlo? Es tu hermano.

Me apoyo en mi escritorio.

—Él y yo no tenemos una relación muy estrecha. No estoy seguro de que me diga la verdad —respondo, y luego me pregunto por qué se lo he contado.

—Vaya, qué pena. —Una sincera compasión se refleja en su rostro. Ella está muy unida a su madre, así que quizá no entienda lo que es estar distanciada de los miembros de tu familia. Pero así son las familias como la nuestra. El amor, el afecto, la confianza no forman parte de la ecuación.

—Es lo que hay. —Intento volver al tema—. Dime…

—¿Qué pasa con Roman?

La miro fijamente.

—¿Qué?

—¿Estás más unido a él?

—No.

—Quizá eso lo explique —murmura, casi para sí misma.

—¿Que explique qué?

Ella niega con la cabeza, como si acabara de darse cuenta de que nos hemos salido del tema. Endereza los hombros.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Sus hermosos ojos se posan en los míos, pero hay una sombra en ellos que antes no estaba allí. El arrepentimiento me invade de nuevo. Yo le hice eso. Porque ella tenía razón: le oculté la verdad para conseguir lo que quería, y lo que quería era a ella. Si soy sincero conmigo mismo, sigo deseándola. Y eso va en contra de toda mi puñetera lógica personal.

Estaba enfadado cuando la he llamado para que viniera aquí. Enfadado porque Tate tenía su atención, porque él era el destinatario de su bonita sonrisa cuando yo quería que fuera para mí.

Pero ¿qué esperaba? Ella me lo recriminó ayer: le hice daño y ni siquiera me disculpé. No estoy acostumbrado a pedir perdón, y no es algo que me guste especialmente hacer, pero no he sido del todo sincero con ella cuando, por lo que sé, ella siempre ha sido sincera conmigo.

Reprimo mi ira irracional y me acerco a ella lentamente, como si fuera una criatura salvaje que pudiera alejarse de un salto de mí antes de que tenga la oportunidad de tocarla. Veo cómo traga saliva cuando me detengo frente a ella, pero se queda donde está mientras invado su espacio personal.

Tomo un mechón de su sedoso cabello y lo dejo deslizarse entre mis dedos.

—Lo siento —murmuro—. Debería haberte dicho la verdad sobre Jessica.

Abre los ojos de par en par.

—Eeeh… —dice, claramente sorprendida—. Sí, deberías haberlo hecho.

—No es una excusa, pero no considero que lo que Jessica y yo tuvimos en el pasado fuera una relación.

—A mí no me pareció algo del pasado.

Frunzo el ceño al recordar el comportamiento de Jessica el viernes por la noche.

—Eso fue cosa suya. Yo no lo provoqué ni lo deseaba. Se enfadó porque rechacé nuestro acuerdo habitual y decidió que era una buena idea forzarme.

Frunce el ceño.

—Vuestro acuerdo habitual…

Joder. No quiero entrar en eso, pero si quiero ser sincero con ella, tengo que serlo por completo.

—Lo que Jessica y yo teníamos era una cuestión de conveniencia. Nuestras familias se mueven en los mismos círculos. Su padre es uno de los mayores inversores de King Group, por lo que a menudo asistimos a los mismos eventos sociales. Como ninguno de los dos está interesado en las relaciones, tenía sentido que asistiéramos juntos a esos eventos y, después… —Me encojo de hombros, sin saber hasta qué punto Delilah quiere que entre en detalles.

Ella aprieta los labios, pero se limita a asentir a modo de respuesta.

—Gracias por contármelo.

No parece contenta, ni siquiera aliviada, y me doy cuenta de que lo que le he contado quizá no haya aclarado las cosas lo suficiente.

—No me acosté con ella el viernes por la noche. No he estado con ella desde que te conocí.

Ella deja escapar un suave suspiro y parte de la tensión de sus hombros se desvanece.

—Está bien.

Ahora estoy empezando a frustrarme.

—No la detuve cuando me besó porque no quería que me fotografiaran rechazando públicamente a la hija de nuestro principal inversor. Pero ella sabe que no debe volver a hacerlo.

Delilah asiente y junta las manos delante de ella.

—Me alegro de que hayamos aclarado eso. Si no hay nada más, tengo que volver a mi escritorio y seguir con mi trabajo.

La miro con los ojos entrecerrados. Me he disculpado, pero no parece haber

solucionado nada. ¿Qué es lo que quiere? Actúa como si las últimas semanas no hubieran existido. Quizás esto sea otro recordatorio de por qué no me meto en relaciones. Quizás ahora que me he disculpado y me he quitado ese peso de encima, pueda seguir adelante y dejar de pensar en ella.

—Eso es todo lo que tenía que decir.

Puede que solo sea mi imaginación, pero me parece que ella duda antes de volverse hacia la puerta, y es esa duda, posiblemente imaginaria, junto con el balanceo de sus caderas y el movimiento de su cabello oscuro al deslizarse por su espalda mientras se aleja de mí —un cabello que recuerdo con demasiada facilidad entre mis manos cuando la tomé desde atrás— lo que me hace dar un paso adelante.

Antes de que pueda abrir la puerta, le doy un golpe con la mano para mantenerla cerrada. Me pongo a su espalda, encerrándola, con mi pecho rozando sus omóplatos y mi pene, que se endurece rápidamente, contra su culo.

Ella inspira bruscamente y su cuerpo se queda inmóvil.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruño.

Ella mueve la cabeza hacia mí, lo suficiente para que pueda ver la curva de su mejilla y la longitud oscura de sus pestañas.

—¿Qué quieres decir? —Su voz no es tan firme como antes, lo que me produce una oleada de satisfacción. No es tan indiferente a mí como pretende aparentar.

Deslizo la mano por su cadera hasta que mis dedos le rodean la cintura.

—Te he pedido perdón. Te he explicado lo que pasó. Te he dicho que no he estado con ella desde antes de conocerte. Y tú no me has dado nada. —Con la otra mano, le aparto el pelo del cuello para poder rozar con la nariz su suave piel e inhalar su aroma—. ¿Pretendes decirme que has terminado conmigo, con esto, porque cometí un error?

Ella deja escapar un suspiro cuando mi mano se desliza por su cintura hasta acariciarle pecho, y yo sonrío para mis adentros al sentir su duro pezón contra mi palma.

Ella agacha la cabeza.

—Me has hecho daño, y eso no es lo que se suponía que debía pasar. Creo que sería mejor que dejáramos las cosas como están.

La conmoción me sacude, seguida de un rápido pinchazo en las costillas.

—¿Y si no quiero dejarlo como está?

Ella se da la vuelta, apoya la espalda contra la puerta y me mira.

—¿Por qué no ibas a querer? ¿Qué te estoy dando que las Jessica del mundo no pueden darte? No quieres tener una relación conmigo, así que, si lo único que quieres es sexo, ¿por qué no lo consigues con alguien a quien no le importe que le mientas?

Porque no hay punto de comparación entre Jessica y ella. Porque ella saca de mí algo que ni siquiera sabía que tenía. Por eso no puedo alejarme, aunque sé que debería hacerlo. Le acaricio el cuello y le paso el pulgar por la mandíbula.

—No siento nada cuando estoy con Jessica. El sexo entre nosotros siempre ha sido… —Niego con la cabeza—. La hostia de frío y vacío. Contigo es diferente. Cuando te toco, es puro calor, y no tengo suficiente. Quiero más de ti.

Su aliento se escapa entre sus labios entreabiertos, sus ojos buscan los míos.

—¿Más de qué?

— De todo. Más tiempo. Más de tu cuerpo. —Agacho la cabeza y le rozo los labios con los míos—. Más de esto. —Dudo un instante, pero me obligo a continuar. A darle parte de la verdad que se merece—. Quiero tu calor, Delilah. Eres la única fuente que tengo. No quiero renunciar a él por Jessica.

Sus expresión se suaviza ante mi confesión. Nunca le había dicho algo así a nadie, y una parte de mí quiere retirar esas palabras. Son demasiado íntimas. Demasiado cercanas a revelar una debilidad que creía haber enterrado hace mucho tiempo.

Su mirada es directa, pero hay una sombra en sus ojos.

—No sé si puedo confiar en ti.

—No suelo ser un mentiroso. No llevaré a Jessica a más eventos. Y te prometo que no dejaré que me vuelva a besar.

—¿Te refieres a hasta que esto que hay entre nosotros haya terminado?

Ella quiere que la contradiga, pero acabo de asegurarle que no soy un mentiroso. No voy a hacerle una promesa que no estoy seguro de poder cumplir.

—Quizás ni siquiera entonces. —Es todo lo que puedo ofrecerle, aunque por primera vez en mi vida desearía tener algo más que darle a alguien aparte del vacío de mi interior. Ella sigue mirándome a la cara, y yo levanto la mano y le acaricio la mandíbula con los nudillos—. Lo siento —repito, esta vez en voz más baja. Luego le levanto la barbilla y acerco mis labios a los suyos—. No me gusta haberte hecho daño, y lo siento. ¿Aceptas mis disculpas?

—¿Se acabaron las omisiones? ¿Se acabaron las medias verdades?

Asiento.

—Sí. —Ella sigue sin darme lo que quiero, y ahora la urgencia recorre mis venas. Utilizo el pulgar que tengo en su mandíbula para echarle la cabeza más hacia atrás, de modo que nuestros labios estén a solo un suspiro de distancia —. Delilah, ¿aceptas mis disculpas?

Sus pupilas se dilatan y una leve sonrisa se dibuja en sus labios, lo que me produce una oleada de alivio.

—Quizás deberías demostrarme lo mucho que lo sientes —susurra.

La tensión en mi pecho se relaja, pero mi pene se despierta.

—¿Quieres que me arrodille y te suplique, gatita? —Su pulso late contra mi palma y ella asiente lentamente. Si cualquier otra mujer me pidiera eso, me reiría y la echaría de mi despacho, pero como tantas otras cosas con Delilah, mi reacción es diferente—. Antes de hacerlo, necesito besarte.

Se humedece los labios.

—Te lo permitiré.

Me encanta que esté jugando con fuego. La agarro del trasero y la pego a mí para que sienta exactamente lo que me está haciendo. Ella jadea y yo aprovecho la oportunidad para acortar la distancia entre nuestros labios y poder saborear de nuevo la dulzura de su boca.

Con mi mano enredada en su cabello, gimo cuando ella se estrecha contra mi cuerpo. Joder, es como una droga a la que me he vuelto demasiado adicto. Y ahora mismo, no puedo conseguir que me importe.

Deslizo mis manos alrededor de su cintura, hago que se dé la vuelta y la llevo andando de espaldas a través de mi oficina hasta que choca contra mi escritorio.

—Te voy a demostrar lo mucho que lo siento —le digo con voz ronca; la levanto en el aire y la siento sobre la mesa para poder pasar mis manos por sus piernas y separarle los muslos—. Voy a devorarte hasta que te corras en mi cara. Y entonces sabré que me has perdonado.

—No he cerrado la puerta con llave —jadea ella, sin aliento.

—No me importa. Los únicos que entrarán aquí sin invitación son mis hermanos, y si te ven abierta de piernas con mi boca enterrada en ti, sabrán que eres mía y que más les valdrá hacer lo correcto y largarse de aquí. Ahora túmbate.

Tras solo un segundo de vacilación, ella hace lo que le ordeno. Le subo la

falda por encima de las caderas y me arrodillo. Sus bragas son un pequeño trozo de tela que le arranco sin pensármelo dos veces. Ella inspira bruscamente, y yo me las meto en el bolsillo.

Y entonces ella me perdona.

Dos veces.

31

DELILAH

Estoy en pijama un viernes por la noche, sentada frente al televisor con una copa de vino y mi tableta en el regazo. Alex me ha invitado a salir con ella y sus otras amigas, pero yo quería terminar un trabajo, así que he declinado la invitación.

Ha pasado una semana desde que Cole me pidió perdón en su oficina, y no hemos vuelto a estar juntos físicamente desde entonces. Esperaba que me invitara a su ático esta noche, y estaba totalmente preparada para decirle que no, y no solo por si quedaba con Alex, sino porque no estaba preparada para volver a acostarme con él tan pronto. Sin embargo, no me lo ha pedido. Me besó en la puerta de su despacho, me dijo que esperaba que Alex y yo disfrutáramos de la cena y que nos veríamos pronto.

Le agradecí que me diera tiempo, pero, por desgracia, desde entonces ha estado fuera la mayor parte de los días por trabajo. Y aunque necesitaba ese tiempo, ahora ya he tenido más que suficiente. Va a regresar esta noche, tarde, pero no nos veremos hasta mañana por la noche. Mentiría si dijera que no lo estoy deseando.

No sé qué tiene Cole, pero cuando estoy con él, me siento… libre. Hago cosas que antes no habría ni considerado, y me gusta.

Él me gusta.

El destello de vulnerabilidad en sus ojos cuando me dijo que no tenía ningún afecto en su vida me partió el corazón. Quizás debería haberme marchado, pero no fui capaz de hacerlo. Al igual que él, quiero más de lo que sea que arde entre nosotros. Aunque probablemente se consuma demasiado pronto.

Le doy un sorbo al vino para aliviar el nudo que tengo en el pecho. Lo que acordé fue algo ocasional y temporal. Y en lo que respecta a Cole, eso es todo lo que hay. Pero no pasa nada, porque también es lo mejor para mí. Hemos aclarado las cosas, así que podemos seguir disfrutando de nuestra conexión física y yo puedo seguir centrándome en mi carrera. Pronto tendré suficiente

dinero para empezar a ahorrar para la casa de mi madre. Ese es el objetivo por el que he trabajado durante años, y dejarme distraer por una relación complicada sería una tontería. Cole nunca querrá nada más que esto conmigo, y eso es perfecto.

Mientras siga recordándomelo, no me decepcionaré cuando termine.

El teléfono suena sobre la mesa de café y dejo la copa de vino para contestar. El nombre de Cole aparece en la pantalla y mi corazón se acelera un poco. Quizás cancele la cita de mañana por la noche.

Acepto la llamada.

—¡Hola! ¿Qué tal el viaje?

—Estoy en la puerta de tu casa —dice, ignorando mi pregunta.

—Ah, ¿sí? —Me levanto, me acerco a la ventana y veo el gran coche negro aparcado abajo—. ¿Quieres subir?

—No. Quiero que bajes tú. —Su tono es tenso.

—Vale, bajaré en un minuto.

—Déjate las bragas ahí arriba —ordena.

Me quedo paralizada porque sé lo que eso significa.

—¿No iba a ir a tu casa mañana?

—Sí. Pero ahora vas a venir esta noche.

Parece que el arrogante Cole ha vuelto. Su actitud me irrita, aunque justo estaba pensando en lo preparada que estoy para volver a verlo.

—Estoy terminando un trabajo.

—Son las diez de la noche de un viernes. ¿Por qué leches estás trabajando?

—Tú acabas de salir del trabajo —le señalo.

—Y ahora quiero dejar de trabajar y follar contigo. Así que mueve el culo hasta aquí.

Por mucho que me muera por verlo, me siento en el sofá.

—Tú sí que sabes cómo seducir a una mujer, ¿verdad?

Deja escapar un hondo suspiro y, cuando vuelve a hablar, su tono es más suave.

—Delilah, llevo tres largos días de reuniones, nuestros inversores no parecen aceptar las cifras que les muestro y lo único que quiero es follarte con la lengua y que luego me cabalgues hasta que nos corramos los dos. ¿Es pedir demasiado?

El cansancio se refleja en sus palabras y frunzo el ceño, sobre todo porque su preocupación por los inversores se nota a través del teléfono. Tampoco es

que yo no haya trabajado toda la semana, pero no hay razón para no disfrutar de un par de orgasmos mientras ayudo a Cole a relajarse.

—De acuerdo —acepto—. Bajaré en cinco minutos. —Me cepillo los dientes, me echo un poco de agua en la cara y me peino con los dedos para tener un aspecto presentable. Luego cierro la puerta con llave y bajo las escaleras. Jonathan me está esperando cuando salgo, y le sonrío. Él baja la barbilla, pero su expresión sigue siendo inescrutable cuando me abre la puerta. Me subo al coche y mi atención se centra inmediatamente en los ojos azules de Cole. Le sonrío—. Me alegro de verte —digo, mirándolo de arriba abajo.

Está tan guapo como siempre. No lleva chaqueta y se ha remangado la camisa. Contemplo los músculos marcados de sus antebrazos y me vienen a la mente imágenes de ellos rodeándome. Entonces me fijo más y noto las ojeras que tiene—. ¿Estás bien?

No responde a mi pregunta.

—Ven aquí —me pide, tendiendo el brazo hacia mí.

Me deslizo en el asiento hasta llegar junto a Cole, pero él me rodea la cintura con el brazo y hace que me siente en su regazo mientras Jonathan arranca el coche. Cole me da un beso en el cuello y suelta un gemido.

—Joder, llevo días sin pensar en otra cosa que en saborearte de nuevo.

Sus dientes rozan mi pulso.

—Yo también he estado pensando en ti.

—¿En qué has estado pensando exactamente? —Sus manos se deslizan bajo mi camiseta.

—En esto. —Le rozo los labios con los míos, tocándolos apenas.

Los dedos de Cole se tensan en mi cintura y él gime, profundizando el beso. Sabe a whisky, que debe de haber tomado en el avión. Su dura longitud se presiona contra mi centro y, como no llevo bragas, casi espero que me posea en ese mismo instante. Sorprendentemente, parece contentarse con besarme mientras sus manos recorren mi piel. Esta lenta y sensual caricia de nuestras bocas es algo nuevo. Para cuando llegamos a su edificio, la sangre me hierve en las venas y estoy segura de que he dejado una mancha húmeda en sus pantalones.

Continúa su metódico asalto en el ascensor, de camino a su ático. En cuanto se abren las puertas de su vestíbulo, dejo caer mi bolso al suelo y él me quita la camiseta mientras mis dedos se apresuran a desabrocharle los botones.

Fiel a su palabra, en cuestión de segundos me tiene tumbada de espaldas

sobre la lujosa alfombra que hay frente a su chimenea y su boca está ocupada haciéndome jadear y gemir. Segundos después de correrme, se pone un condón y se clava en mi interior. No es la seducción suave a la que estoy acostumbrada por su parte, pero me encanta de todos modos. Me hace sentir que me desea tanto como yo a él.

Cierro los ojos y me pierdo en la sensación.

Cole me está besando en el vientre tras mi tercer orgasmo cuando mi estómago ruge ruidosamente.

—Dios mío —digo, tapándome los ojos con la mano, avergonzada.

Él se ríe contra mi piel, un sonido grave que me hace mirarlo con sorpresa. No estoy acostumbrada a que esté de tan buen humor.

En sus ojos hay un brillo que no estaba allí cuando me ha recogido.

—¿Tengo que darte de comer antes de que yo pueda volver a hacerlo?

Me río y me apoyo en los codos.

—No estaría mal. ¿Qué tienes en casa? Podría preparar algo.

Él me acaricia el vientre con la nariz.

—No cocino, así que no hay nada. Pediré algo.

Me echo hacia delante y le tiro del pelo hasta que me presta atención.

—¿No hay nada en esa enorme nevera que tienes?

Se desliza sobre mi cuerpo para darme un beso en los labios.

—Un poco de vino, pan, quizá un par de trozos de queso.

Nada con lo que se pueda preparar una comida decente. Se mete uno de mis pezones en la boca y tira de él con fuerza, lo que me hace soltar un grito ahogado.

Me recuesto sobre la alfombra y él chupa y lame mi pecho hasta llegar al otro pezón.

—Cole. —Me río y vuelvo a pasar mis dedos por su cabello. Luego hago que se dé la vuelta y me siento a horcajadas sobre él. Sus ojos se oscurecen cuando me agarra por las caderas. Niego con la cabeza y, cuando él frunce el ceño, me echo hacia delante y rozo sus labios con los míos—. Voy a preparar la cena y luego te montaré como a un poni.

Me mira fijamente durante un segundo y luego se echa a reír.

—¿Como un poni?

Me encanta verlo tan relajado.

—Vale, no se me da bien decir guarradas. ¿Habría sido mejor si hubiera dicho como un semental?

—Un poco —responde. Me saco de encima de él y busco mi camiseta, pero sus manos me rodean la cintura—. Ponte mi camisa —susurra. Cojo su camisa del sofá y me la pongo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Sus nudillos me rozan los pechos mientras me estira lentamente la tela. Me echo a temblar y mis pezones se endurecen contra el lujoso tejido. Intento abrocharme los botones, pero él aparta mis manos—. Déjala. —Miro las ventanas que van del suelo al techo y que rodean su enorme apartamento, pero él solo niega con la cabeza, desliza los dedos por mi abdomen y los baja hasta que llegan a mis pliegues húmedos—. Alguien podría verte. Y si mira con atención, podría vislumbrar ese precioso sexo tuyo. —Desliza sus dedos dentro de mí y yo me pongo de puntillas, me apoyo en su hombro y hundo la frente en su pecho, jadeante—. Si lo hacen, se pondrán celosos, sabiendo que esta noche me perteneces a mí. —Retira los dedos de mi interior y se los lleva a la boca, deslizándolos entre sus labios. Cierra los ojos mientras los lame. Mis mejillas se sonrojan y, cuando sus ojos se encuentran de nuevo con los míos, brillan oscuramente—. Mi aperitivo favorito.

—Dios, Cole —suspiro, y él me dedica una sonrisa lenta y seductora que me hace retorcerme. Pero entonces mi estómago vuelve a rugir, rompiendo la tensión que se arremolina entre nosotros.

Cole se echa a reír.

—Vamos. Veamos qué maravillas puedes crear con lo que quiera que haya en mi nevera.

Se pone los calzoncillos, me sigue hasta la enorme nevera de doble puerta y se queda a mi espalda mientras reviso lo que hay dentro. Tenía razón. No hay mucho. Algunos quesos que parecen caros, mantequilla, algunos condimentos, una botella de vino blanco y unas mil botellas de agua. Lo miro por encima del hombro.

—¿Tienes pan?

—Creo que sí. Aunque no sé si estará fresco.

Se acerca descalzo a un armario. Cuando lo abre, veo que en realidad es una despensa. Curiosa, echo un vistazo. Es enorme, pero, una vez más, apenas hay nada dentro. Cole saca una bolsa de papel marrón y me la tiende. Miro dentro y veo media barra de pan blanco. La saco y tiene razón: está un poco duro, pero no pasa nada. No será un problema para lo que tengo en mente. Le pido

a Cole una tabla de cortar y un cuchillo, que saca de varios compartimentos ocultos en su enorme cocina.

—¿Puedo ayudar? —pregunta mientras corto cuatro rebanadas. Me paso un mechón de pelo por detrás de la oreja y le sonrío.

—¿Puedes traer el vino y un tarro de mostaza?

Coge la botella y el tarro y los deja en la encimera, a mi lado.

—¿Qué estás preparando? ¿Queso fundido?

—Una variante. —Levanto la vista hacia él—. ¿Te gusta el sándwich de queso fundido?

Se encoge de hombros.

—¿No le gusta a casi todo el mundo?

—Bueno, no estoy segura de lo que comen los multimillonarios en casa. Y tú no pareces precisamente la clase de tío a la que le reconforta la comida casera.

—¿Es eso lo que es para ti esta comida? ¿Reconfortante?

—Sí. —Sonrío para mis adentros—. Mi madre solía preparármelo cuando tenía un mal día. Cuando crecí y mi madre tenía dos trabajos, empecé a preparársela yo a ella cuando llegaba a casa demasiado tarde para hacerse algo de cena. Cuando era una estudiante universitaria sin dinero, experimenté un poco y esta es mi variante favorita. Aunque —señalo el queso y el vino que me ha dado— nunca había tenido ingredientes tan caros.

La comisura de su boca se mueve.

—Supongo que no. Esa botella cuesta quinientos dólares.

Me quedo paralizada.

—Oh, no, no puedo usar…

—Úsalo.

Me muerdo el labio, luego asiento y continúo con lo que estaba haciendo.

Él me contempla en silencio mientras derrito el *cheddar* y el *brie* en una cacerola y añado un poco de vino.

Cole coge dos copas, levanta la botella y las llena. Acepto la que me ofrece y doy un sorbo. El sabor fresco y ácido explota en mi lengua.

—Mmm, qué bueno.

Y ahora sé a qué sabe una botella de vino de quinientos dólares.

Cole aún no ha bebido nada. Me observa con una expresión inescrutable en el rostro. Me pone un poco nerviosa, así que, mientras mezclo la mantequilla y la mostaza en un bol pequeño, le doy conversación.

—¿Tu madre te preparaba sándwiches de queso fundido cuando eras

pequeño?

No responde, y lo miro: tiene la mandíbula tensa y niega con la cabeza.

—Teníamos un chef. A veces, si lo acosábamos lo suficiente, nos preparaba uno. Sin embargo, no le gustaba hacerlo. Estaba por debajo de su talento culinario. Claro. Supongo que el caviar era más su estilo.

—Bueno, esta noche los chefs somos nosotros —le digo—. Toma. —Le paso un plato con dos rebanadas de pan, junto con el cuenco de mantequilla y mostaza—. Unta el queso fundido y luego pon mantequilla por encima con esto.

Él lo hace, y yo lo imito. Cuando terminamos, busco una sartén y frío los sándwiches hasta que el pan queda crujiente y dorado. Cuando le paso el plato a Cole sobre la encimera, él lo mira y luego se vuelve hacia mí con algo diferente en su expresión.

—Gracias —murmura.

¿Cuándo fue la última vez que alguien que no fuera un chef profesional le preparó una comida? Sonrío.

—De nada.

Sigo al otro lado de la isla, así que él empuja con el pie el taburete que tiene al lado y me indica con la cabeza que me siente ahí.

—Ven aquí.

Llevo mi plato y mi copa de vino alrededor de la encimera y me acomodo en el taburete. La tensión de su rostro se relaja y me sonríe. Una vez más, esa expresión me deja sin aliento. Es increíblemente guapo, más aún con ese gesto que con el severa que suele tener normalmente. Aunque la expresión severa que pone cuando se sienta a la cabecera de una mesa de conferencias, controlando a una sala llena de gente con una sola mirada, tampoco está nada mal.

Cojo mi sándwich y le doy un mordisco. La mezcla de queso *cheddar* fuerte y *brie* cremoso combina a la perfección con la mostaza y el toque de vino. Lo observo mientras le da un mordisco al suyo y mastica, y estoy más nerviosa de lo que debería por saber qué piensa.

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Está delicioso —dice finalmente, con un toque de lo que parece sorpresa en su voz.

No puedo evitar sonreír y doy un sorbo a mi vino.

—Ahora que sabes cómo hacerlo, puedes prepararte uno cada vez que te

apetezca picar algo.

—Probablemente llamaré a mi restaurante favorito y les diré cómo hacerlo, y luego les pediré que me lo traigan.

Lo miro con la boca abierta. Su expresión es impasible, y no sé si habla en serio o no hasta que esboza una sonrisa y se ríe.

Yo también me río.

—Vaya. Ahí está otra vez ese sentido del humor.

—Sale de vez en cuando.

Le doy el último bocado a mi sándwich y luego, con un murmullo de satisfacción, lamo los restos de grasa de mis dedos.

Levanto la vista a tiempo para ver los ojos de Cole clavados en mi boca: se han oscurecido. Deja el resto de su sándwich en el plato, lo aparta de él, engancha mi taburete con el pie y me acerca a él, lo que me hace soltar un grito ahogado.

—Cole, yo…

Él niega con la cabeza, interrumpiéndome antes de coger el vino y llevárselo a la boca. Da un sorbo directamente de la botella y luego me la pone delante.

—Bebe.

El Cole relajado ha desaparecido. El Cole intenso ha vuelto. Mi estómago cosquillea por la anticipación y alcanzo la botella. Él vuelve a negar con la cabeza y luego me pone el borde contra mis labios. Cuando los separo, la inclina hasta que un chorrito de delicioso líquido llena mi boca. Apenas tengo tiempo de tragar antes de que me agarre por la nuca y me acerque a él. Su lengua se encuentra con la mía con una urgencia a la que yo correspondo.

Es casi la una de la madrugada. Debería estar cansada después de una larga semana de trabajo y de habernos acostado ya una vez. Pero no lo estoy. En cambio, me invade una extraña energía que recorre mis terminaciones nerviosas, despertando mi cuerpo de una forma que solo él ha conseguido.

Paso mis manos por su cabello, hundiendo las yemas de mis dedos en su cuero cabelludo, y él gime contra mis labios. Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me ha quitado la camisa y estoy desnuda frente a él. Rompe el beso y me recorre el cuerpo con la mirada, haciendo que mis pezones se pongan duros y sensibles.

—Eres la hostia de sexy —gruñe. Luego se levanta, aparta los platos y hace que me siente en la encimera. Jadeo cuando el mármol frío entra en contacto con mi piel, y mis ojos se dirigen inmediatamente a la pared de cristal que nos

rodea—. Si alguien nos está mirando, que lo haga. Que vean cómo te hago mía —murmura Cole, y yo tiemblo cuando la parte de mí que ansía ser imprudente y libre se rebela contra mi moderación.

Luego me empuja para que me tumbe y yo se lo permito, con el corazón latiéndome con fuerza cuando sus grandes manos me separan los muslos. Tengo los ojos cerrados y el aliento se me escapa de los labios en ráfagas frenéticas. Entonces su boca se posa sobre mí, caliente y húmeda, y me devora como si fuera un hombre hambriento, con la lengua penetrando en mi abertura y arrancándome un grito ahogado.

Sus dedos sustituyen a su lengua, que traza un camino hasta mi clítoris, ese sensible manojo de nervios ya hinchado por el deseo. Lo pellizca y luego lo chupa entre sus dientes. Estoy tan cerca que mis caderas se arquean contra su abrazo. Justo antes de perder el control, se detiene y yo grito de frustración, abriendo los ojos.

Cole me mira fijamente, con expresión ardiente y ávida. Luego toma la botella de vino casi vacía y la inclina para que un pequeño chorro caiga sobre mi sexo. Estoy a punto de gritar por la sensación, pero antes de que pueda decir nada, él lame pecaminosamente el líquido que me cubre.

Me retuerzo.

—Dios, Cole, qué bueno es eso.

Con una mano bajo mi trasero, me levanta las caderas y el frío cristal de la botella me roza la cara interna del muslo cuando vierte otro chorrito sobre mí. Esta vez siento cómo el vino se acumula en mi entrada. Su boca cae sobre mí para lamerlo; lo que está haciendo me excita mucho, e incluso sin estimulación directa en mi clítoris, y me acerco rápidamente al orgasmo, aunque no es suficiente para llevarme al límite.

Hundo los dedos en su pelo y hago que se acerque a donde más lo necesito. Con un último movimiento de su lengua, se desplaza hacia arriba. Mi respiración se acelera cuando se aferra a mi clítoris y lo chupa.

Y entonces el suave borde de la botella roza mi entrada y yo jadeo, incorporándome casi por completo.

—¿Cole?

—Túmbate —gruñe, y yo obedezco, desplomándome contra la encimera. La punta de la botella se introduce en mí y no sé si sentir vergüenza o excitación. Mi cuerpo decide por mí y mi entrada siente el cuello de la botella. La fría dureza del cristal me provoca una sensación increíble, sobre todo cuando Cole

redobla sus esfuerzos en mi clítoris.

Mueve la botella, pero no con tanta fuerza como para que resulte incómodo. Solo lo suficiente para darme algo de presión y fricción donde lo deseo. Imagino la escena que tendría alguien que nos viera ante sus ojos: yo, tumbada desnuda sobre la encimera, con las piernas abiertas, y un hombre sin camisa con la cabeza hundida entre mis muslos, follándome con la boca y el cuello de una botella de vino.

La imagen mental y las sensaciones físicas son suficientes para catapultarme al límite, y grito cuando alcanzo el clímax. Mi sexo se ciñe alrededor del cuello de la botella y los dedos de Cole y mi clítoris palpita con cada lametón. Cuando termina, estoy sudorosa y temblando. Finalmente, Cole se levanta y aparta la botella. Lo único que puedo hacer es quedarme tumbada sin fuerzas sobre la encimera y mirarlo mientras me dedica una sonrisa oscura y sensual. Se lleva la botella a los labios y da un trago; la fuerte columna de su cuello se mueve cuando apura casi todo el vino que queda en su interior.

Su brazo se desliza bajo mi espalda, me ayuda a incorporarme y acerca la botella a mis labios.

—Sabes la hostia de bien —dice.

Abro la boca y dejo que vierta las últimas gotas de vino en mi lengua. Se sienta, hace que me siente en su regazo y me besa de nuevo, de modo que compartimos el sabor del vino y el mío propio. Mi cuerpo tiembla casi tanto como mi corazón y mi mente. Cole es demasiado para mí. Demasiado de todo lo que yo no soy. Y, sin embargo, la sensación que me produce cuando estoy con él así y puedo dejarme llevar es adictiva.

Demasiado adictiva.

La forma en que su boca reclama la mía, la presa posesiva de sus manos sobre mi cuerpo… Nada de eso parece ocasional o temporal. No quiero moverme de donde estoy. Quiero quedarme aquí, pegada a él de esta manera, sin recordarme a mí misma que esto debe terminar.

Pero no puedo, así que me recompongo y me aparto. Cuando intento deslizarme de su regazo, él me abraza con más fuerza.

—¿Adónde crees que vas?

—Probablemente debería irme a casa.

Me besa suavemente el cuello.

—Quédate —me susurra al oído.

—¿Qué? Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos.

Frunce el ceño, como si no estuviera seguro de lo que está diciendo.

—Es tarde. Deberías quedarte.

—¿Quieres… que me quede a dormir?

No se molesta en responder a mi pregunta.

—Te daré una de mis camisetas para que te la pongas. —Me aparta, se levanta y desaparece por el pasillo hacia su dormitorio. Yo lo sigo. Nunca me había pedido que me quedara. No esperaba que llegara a hacerlo nunca. Suponía que era una forma de mantener la realidad de nuestra no relación en primer plano en mi mente.

Pero ahora… Ahora estoy confundida. Entro en su dormitorio y lo encuentro rebuscando en un cajón. Se vuelve hacia mí y me tiende una camiseta blanca que me quedará demasiado grande, pero que es mejor que dormir con la que he llevado puesta toda la noche y que tendré que llevar mañana para volver a casa.

Se la cojo, mis dedos rozan los suyos y siento una pequeña oleada de calor en el vientre. Hago todo lo posible por reprimirla. No quiero caer en la tentación de pensar que esto significa algo.

Y, sin embargo…

Me pongo la camiseta por la cabeza. Me llega hasta la mitad del muslo, pero el tejido es suave y lujoso. Cole me mira fijamente, con tanta intensidad que calienta cada centímetro de mi piel. Se pasa la mano sobre la boca, luego se da la vuelta bruscamente y desaparece en el baño, de donde sale con un cepillo de dientes nuevo para que lo use. Los dos nos aseamos rápidamente y, antes de que me dé cuenta, él se mete en su enorme cama y me hace un hueco entre las sábanas.

Me meto dentro, pero tumbada a su lado no sé muy bien qué hacer. Cole no parece precisamente un tío cariñoso, pero entonces se vuelve hacia mí y pone su gran mano sobre mi estómago, y el calor de su palma se filtra a través de la camiseta y me relaja.

Puede que no estemos abrazados, pero estar aquí con él, así, sigue siendo especial. Creo que estoy sonriendo mientras me quedo dormida.

32

COLE

Me despierto con algo cálido pegado a mi costado. Abro los ojos y enseguida la veo a acurrucada a mi lado, con su maraña de pelo oscuro sobre mi brazo y el resto tapándole parcialmente la cara. Sus largas pestañas oscuras se mueven contra sus mejillas mientras sueña.

No estoy seguro de qué me pasó anoche cuando le pedí que se quedara. No. Eso no es cierto. Sé exactamente lo que estaba pensando: que me gustaba que hubiera cocinado para mí, me gustaba que se hubiera reído conmigo. Y me gustó mucho lo que me dejó hacerle después. Tenerla conmigo después de una larga semana de trabajo me había sentado bien. Mejor que bien, y no quería que esa sensación desapareciera.

No quería que se fuera. Y no sé qué puñetas hacer con eso.

Me aparto de ella y salgo de la cama. Ella gime un poco y se acurruca, y yo quiero volver a meterme debajo de las sábanas, darle la vuelta y enterrar la cabeza entre sus piernas. Ahora mismo tengo la mente dispersa y necesito concentrarme en otra cosa.

Después de ir al baño, me pongo la ropa de entrenamiento y me dirijo a mi gimnasio privado. Paso la siguiente hora esforzándome al máximo, todo para evitar pensar en la mujer que está en mi cama. La que sigue calando hondo en mí cada vez más y más. Me obligo a pensar en mis planes para el fin de semana. Hoy va a ser la reunión mensual con nuestra madre, un evento que mis hermanos y yo —y ella también, estoy seguro— tememos por igual. Ha sido aún peor desde el arresto de nuestro padre. Mi madre sigue con su rutina habitual de ignorar cualquier cosa que sea mínimamente desagradable, mientras que Roman, Tate y yo estamos allí por las apariencias. En cuanto termine el almuerzo, cada uno seguirá su camino con la satisfacción del deber cumplido un mes más.

Diez minutos más tarde, dejo las pesas en la estantería y me doy la vuelta; me quedo parado al ver la esbelta figura que se encuentra en la puerta. Mi pene se

despereza al verla con mi camiseta. Sus pezones se ven claramente a través del algodón blanco, y solo puedo pensar en poner mi boca sobre ellos. Entonces me fijo en cómo entrelaza los dedos delante de su cuerpo. No está segura de qué hace aquí. Probablemente estará tan insegura como yo me siento al tenerla aquí.

Delilah viene hacia mí y yo contemplo el suave balanceo de sus caderas. Espero a que la incomodidad me abrume y a sentir el impulso de empujarla hacia la puerta. Pero me quedo quieto y veo cómo se acerca. En lugar de decirle que llamaré a Jonathan para que la lleve a casa cuando se detiene frente a mí, doy un paso hacia ella, le rodeo el trasero con las manos y la pego a mí.

Me mira con los ojos muy abiertos y me invade la necesidad de quitarle la camiseta y follar con ella aquí mismo, en el gimnasio. Le paso la mano por el pelo y le echo la cabeza hacia atrás.

—Cole —dice ella—. ¿Quieres que…?

—¿Quieres venir a comer con mi familia hoy?

Separa los labios y me mira fijamente.

—¿Quieres que vaya a comer con tu familia?

Suena absurdo cuando lo dice, y no sé en qué estaba pensando al preguntárselo, pero en lugar de dar marcha atrás, insisto.

—Sí. ¿Tienes algo planeado para hoy?

—Solo iba a trabajar un rato.

—Trabajas demasiado —le digo con voz grave.

Ella se ríe suavemente.

—Mira quién fue a hablar.

Llevo la cabeza hacia ella para inhalar su aroma.

—Puedes distraerme cuando quieras.

Ella me mira fijamente, con algo suave y cálido floreciendo en su expresión. Luego cruza los brazos, agarra el dobladillo de la camiseta y se la quita por la cabeza.

Llevo a Delilah de vuelta a su apartamento en mi Maclaren para que pueda cambiarse. Cuando sale ataviada con un bonito vestido azul y sandalias de tacón alto, me muero de ganas de deslizar la sedosa tela por sus muslos y hundir mis dedos en ella. Me encantaría llevarla a mi ático y pasar todo el día en la cama con ella en lugar de ir a este almuerzo, pero las apariencias son muy

importantes y debemos mantener nuestro almuerzo familiar mensual como una muestra de nuestra lealtad. Es aún más importante después de lo que hizo papá.

Arranco el motor, me incorporo al tráfico y me dirijo hacia la finca de mi familia en el condado de Westchester.

Conduzco en silencio durante unos minutos, mientras el paisaje fuera de la ventanilla del coche cambia de los rascacielos de Manhattan a las frondosas afueras.

Delilah rompe el silencio.

—¿No van a preguntarse tus hermanos qué hago ahí?

Miro su ceño fruncido. Teniendo en cuenta que me he sorprendido a mí mismo al invitarla, no me cabe duda de que mi familia se asombrará también, pero no quiero que se sienta incómoda.

—Mis hermanos ya saben lo tuyo.

—Sé que Tate lo sabe, pero no que lo sabían los dos. —Se muerde el labio —. ¿No les parecerá extraño que hoy esté contigo?

La preocupación se refleja en su voz, y no puedo evitar sentir una punzada de culpa.

—Sí —admito, tratando de mantener un tono tranquilo—. Pero no dirán nada.

—¿Y tu madre? No le has dicho que me llevabas, ¿verdad?

—No. —Es mejor así. Al menos no tendrá tiempo de afilar sus garras y será educada, al menos en apariencia. No puedo imaginar su reacción al ver que llevo a una mujer a comer, y encima a una mujer que trabaja para mí—. Pero no esperes que sea como tu madre. No es demasiado… maternal.

A estas alturas, Delilah probablemente se esté preguntando por qué la he invitado. No estoy pintando un cuadro muy atractivo de mi familia, pero tampoco puedo mentirle. No va a ser una reunión familiar divertida, y quizá por eso la he invitado; tampoco es que me apetezca especialmente exponerla a mi familia, sino más bien que no estoy preparado para renunciar a la calidez de su presencia a cambio de otra fría reunión con ellos.

Delilah parece percibir mi vacilación.

—¿Va todo bien?

Me quedo callado un instante y decido decirle la verdad.

—Estas comidas no son precisamente agradables. Es solo algo que hacemos para guardar las apariencias y cumplir con nuestras obligaciones sociales. A mi

madre le gusta decirles a sus amigas que pasa tiempo de calidad con sus hijos, y nosotros le seguimos el juego porque es bueno para los negocios mantener una fachada de unidad familiar. A los inversores y los accionistas les gusta pensar que hay una familia muy unida al frente de la empresa. Pero no nos tenemos ningún cariño: se trata solo de seguir el juego hasta que podamos irnos.

—Lo siento —dice ella, y cuando la miro, veo compasión en sus ojos.

Me encojo de hombros.

—Es lo que hay.

—Bueno, pondré todo de mi parte por no hacer las cosas más incómodas.

Me agacho y, con la mano que tenía apoyada en la palanca de cambios, le subo el vestido hasta poder rodear con la mano su muslo desnudo.

—No te preocupes.

Veinte minutos más tarde, giro por el largo camino de grava. Cuando llegamos al final y la casa principal aparece ante nuestra vista, Delilah se queda boquiabierta. Se asoma por la ventanilla y contempla las columnas blancas que flanquean la entrada de la extensa mansión georgiana de tres pisos construida en ladrillo rojo.

Niega con la cabeza, incrédula.

—¿Aquí fue donde creciste?

—Cuando no estaba en el internado.

Cuando se vuelve hacia mí tiene los ojos como platos.

—No sabía que habías ido a un internado. ¿Dónde?

—En New Hampshire.

—Vaya. No me puedo ni imaginar cómo debió de ser eso. Aunque supongo que al menos tenías a tus hermanos.

—No, no los tenía.

—¿Qué quieres decir?

—Roman es cinco años mayor que yo. Cuando yo estaba en el instituto, él ya había empezado la universidad. Tate fue a la escuela en Massachusetts.

—¿Por qué Tate fue a otra escuela?

Este no es el momento de entrar en la situación de Tate.

—Deberíamos entrar.

Ella me mira fijamente durante un momento y luego me dedica una sonrisa comprensiva.

—De acuerdo.

Antes de que pueda desabrocharse el cinturón de seguridad, salgo del coche y voy a su lado para abrirle la puerta.

Me preocupa que no me espere, pero lo hace, y acepta mi mano extendida para salir con elegancia. Sus dedos están cálidos entre los míos, y se me ocurren otras cien cosas que preferiría estar haciendo con ella ahora mismo en lugar de esto. Pero ya estamos aquí, así que guío a Delilah por las escaleras hasta donde Peters ya nos está esperando con la puerta abierta.

—Buenas tardes, señor King. Señora… —saluda.

Juraría que mis padres eligieron a Peters porque es tan cálido y afectuoso como ellos, es decir: nada en absoluto. Por su gélido saludo, nadie diría que me conoce desde que era niño. Por otra parte, mis padres nunca han fomentado la familiaridad con ninguno de nuestros empleados.

—Buenas tardes, Peters. ¿Hoy vamos a comer en el comedor o en el jardín sur?

—En el jardín sur, señor.

Delilah me mira de nuevo con los ojos muy abiertos; sin embargo, al entrar en el gran vestíbulo, su mirada de ciervo asustado escudriña el espacio que nos rodea.

—Dios mío —susurra para sí misma, llevándose la mano al pecho.

Intento ver el lugar con los ojos de alguien que no está familiarizado con él: el vestíbulo tiene siete metros y medio de altura y un suelo de madera de un dorado pálido; las paredes blancas y los amplios ventanales inundan el lugar de luz. Justo delante de nosotros, una amplia escalera se eleva hacia arriba. Con toda la luz del sol entrando a raudales, el lugar debería parecer cálido y acogedor. Pero no es así. Al menos para mí no. Si tuviera recuerdos de estas estancias llenas de amor y risas, tal vez me parecería un hogar familiar, pero no tengo esos recuerdos. Tengo otros.

Mi mirada se dirige a la puerta cerrada de la biblioteca, pero me aparto antes de que la escena que presencié allí pueda reproducirse en mi mente.

Seguimos a Peters hasta la parte trasera de la casa, donde unas puertas de cristal dan al porche. Mis hermanos ya están sentados a la mesa que está en medio del césped, cuidadosamente recortado.

Peters nos abre la puerta y se hace a un lado para dejarnos pasar. Salgo, pero al darme la vuelta veo a Delilah parada en el umbral. Me doy cuenta de que esto debe de ser intimidante para ella y, sin pensarlo demasiado, le tiendo la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y la hago avanzar. Cuando ella se

pone en marcha sin más vacilaciones, una extraña calidez se extiende por mi pecho. Atravesamos el césped, con Delilah caminando de puntillas para que sus tacones no se hundan en la hierba.

Cuando nos acercamos, Tate y Roman levantan la vista. Puedo ver desde aquí cómo arquean las cejas, pero los ignoro. Un momento después, mi madre mira por encima del hombro y se queda paralizada, pero yo sigo adelante, llevando a Delilah de la mano.

—Cole —dice mi madre cuando llegamos junto a ellos—, no sabía que ibas a traer a una invitada.

Su mirada recae en mi mano, unida a la de Delilah, y aprieta los labios. La intimidad de lo que estoy haciendo me provoca una repentina sensación de incomodidad en el estómago. Suelto a Delilah en cuanto llegamos a la mesa, con la excusa de apartarle la silla.

—Mamá, esta es Delilah.

—Hola, Delilah. —Mi madre escudriña con sus ojos azules plateados el rostro de Delilah y luego esboza lo que se supone que es una sonrisa.

—Encantada de conocerla, señora King —saluda Delilah, con una sonrisa mucho más cálida que la de mi madre.

—Me alegro de verte de nuevo, Delilah —dice Tate, con los labios curvados en una sonrisa burlona.

Roman solo hace un gesto con la cabeza, con la mirada fría y evaluadora, y observa cómo Delilah se sienta con elegancia en la silla que le he acercado. Pero, bueno, Roman mira así a todo el mundo.

Me siento entre Delilah y mi madre, que le da un sorbo a su taza de té y la deja delicadamente sobre el platillo.

—Bueno, Delilah, ¿a qué te dedicas?

—Soy arquitecta.

Las cejas rubias de mamá se arquean.

—¿Arquitecta? Eres muy joven para eso, ¿no?

—Conseguí la licencia antes de lo habitual.

—Delilah tiene mucho talento —añade Tate con una sonrisa pícara en mi dirección—. Está trabajando en el nuevo proyecto del hotel.

No se me escapa cómo se entrecierran los ojos de mamá.

—¿Trabajas para la empresa?

—Trabajo para Elite Architecture. Tenemos un contrato con King Group durante todo el desarrollo.

—Ya veo. —Mi madre quita una pelusa de la mesa y me mira con frialdad, pero yo no le hago caso; cojo la botella de vino abierta y lleno la copa de Delilah y después la mía—. Roman y Tate me acaban de contar cómo van las cosas. Al parecer, tenéis algunas preocupaciones con los inversores…

—Están esperando a ver si fracasamos —respondo—. En cuanto les mostremos las cifras definitivas, se darán cuenta de que van a ganar más dinero que nunca con nosotros.

—Siempre y cuando no te distraigas —dice, mirando de reojo a Delilah.

Delilah se mueve en su asiento y luego alcanza su copa de vino.

—Yo no me distraigo —digo, ignorando lo que suena sospechosamente como un resoplido ahogado por parte de Tate—. Y, además, las personas que trabajan para nosotros son las mejores del sector. No me preocupa que vayan a fallar. —Cruzo la mirada con Delilah y ella me sonríe.

La llegada de la comida rompe la tensión en el ambiente. Un grupo de servicio doméstico llega con platos y los deja delante de cada uno de nosotros. Como de costumbre, todo está exquisito y hay unos minutos de silencio mientras saboreamos esos manjares. Por desgracia, no dura mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis con vuestro padre? —pregunta mi madre.

Cruzo una mirada con Tate y Roman, y es Roman quien responde.

—Hace unas semanas. Siguen discutiendo lo de llegar a un acuerdo con la fiscalía, pero él se resiste.

Mi madre resopla.

—Es demasiado terco.

—No me digas que pensabas que iba a rendirse sin luchar —interviene Tate, con tono divertido. De todos nosotros, él es el que menos trato tiene con mi padre, por razones obvias.

—Bueno, esperemos que todo esto se calme pronto —suspira mi madre. Rechino los dientes. Dios no permita que nada ni nadie perturbe su existencia perfecta y despreocupada, y mucho menos el arresto de su marido. Le preocupa más cómo la miran las mujeres del club de campo que el que su marido no la respete, ni a ella ni a su familia. Todo esto es una farsa: sentarnos aquí y almorzar juntos, fingiendo que somos una familia feliz en la que nos preocupamos los unos por los otros. Lo que es, y lo que siempre ha sido, es eso: una farsa—. Delilah, ¿tu familia es de Nueva York?

Delilah deja el tenedor.

—No. Crecí en Carolina del Norte. Cerca de Raleigh.

—¿Y a qué se dedican tus padres, querida?

—Mi madre es peluquera.

Las fosas nasales de mamá se dilatan. y frunce los labios. Vuelvo a rechinar los dientes. Ni siquiera intenta ocultar su horror.

—¿Y tu padre?

Delilah levanta la barbilla y mira a mi madre a los ojos.

—Mi padre no está en mi vida.

Dios, qué mujer… No permite que mi madre la intimide ni por un segundo. No le hace la pelota ni intenta ganarse su favor. No se avergüenza de su educación. Está orgullosa de quién es, de dónde viene y de a quién ama. Su actitud es un cambio refrescante respecto al mundo obsesionado con el estatus del que provengo.

Veo la lenta sonrisa de Tate y la forma en que la mira me cabrea. Apoyo el brazo en el respaldo de su silla y le acaricio el cuello a Delilah. Se le pone la piel de gallina en los brazos y se vuelve un poco hacia mí. Le dedico una sonrisa que le promete unos cuantos orgasmos más tarde, y se sonroja.

La expresión de mi madre es tensa.

—Debió de ser… difícil.

Delilah se encoge de hombros.

—Mi madre trabajó muy duro para que tuviera una buena vida, y ahora yo espero hacer lo mismo por ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Tate antes de que yo pueda hacerlo, y lo miro con rabia.

Delilah le sonríe, lo que me hace rechinar los dientes de nuevo.

—Estoy ahorrando para poder construirle una casa. Ya he empezado a diseñarla. Va a ser una sorpresa.

No lo sabía. Pero, claro, nunca me he molestado en preguntarle por los detalles de su vida, ¿verdad?

—Es obvio que estás muy unida a tu madre —comenta Tate—. Siempre me he preguntado cómo será eso. —Sus labios se curvan, pero difícilmente llamaría una sonrisa a lo que hace su boca.

—Eeeh… —Delilah le echa un vistazo a mi madre, que ni siquiera se molesta en dignificar el comentario con una respuesta—. Sí, estamos muy unidas. Fuimos solo nosotras dos mientras yo crecía.

—Qué bonito. —Mi madre parece pensar que no lo es en absoluto.

Delilah mira alrededor de la mesa y luego me mira a mí. Sigue sonriendo, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos. Teniendo en cuenta que mis padres nunca hicieron nada por nosotros que no les beneficiara a ellos, que mi madre esté tratando de hacer sentir mal a Delilah por cómo creció hace que lo vea todo rojo.

Estoy a punto de decir que tengo una reunión urgente que se me había olvidado, pero Delilah vuelve a hablar.

—Puede que no haya crecido en una mansión —señala la casa que tenemos a nuestras espaldas—, pero mi madre siempre estuvo ahí cuando la necesité. En mi opinión, eso vale más que todo el dinero del mundo.

Mi madre clava la mirada en Delilah, que se limita a coger el tenedor y a seguir comiendo. Me invade el orgullo. ¿Desde cuándo una mujer se ha enfrentado a mi madre de forma tan directa y sincera como acaba de hacer Delilah? ¿Y cómo debe de haber sido crecer sabiendo que tenías a alguien que se preocupaba por ti de esa manera, a alguien que anteponía tus necesidades a las suyas, a alguien que te quería más que al dinero, al poder o a sí mismo?

Roman retoma la conversación, dando a Delilah un descanso de ser el centro de atención, aunque la mirada de mi madre vuelve a ella de vez en cuando. No tengo ni idea de lo que está pensando, ya que su rostro está tan congelado por la falta de emociones perceptibles como por el Botox. Roman, Tate y yo repasamos algunas cifras del nuevo proyecto mientras mi madre escucha. Delilah intenta entablar una conversación trivial con ella, pero las respuestas que recibe son frías y breves en el mejor de los casos. La creciente incomodidad de Delilah me distrae de hablar de trabajo con mis hermanos.

He sido un idiota al pensar que mi madre iba a ser lo bastante flexible como para comportarse con cortesía con una mujer que no cumple con sus requisitos de riqueza y poder. Nunca debí haber puesto a Delilah en esta situación. No sé si estoy más enfadado conmigo mismo o con mi madre.

Tras una nueva respuesta seca de mi madre, decido que se ha acabado. Echo la silla hacia atrás y me levanto.

—Nos vamos.

Delilah también se levanta.

—Gracias por la comida, señora King. —Sus palabras pueden ser tranquilas, pero irradia tensión. No sé cómo se las arregla para ser tan educada con la mujer que ha alternado entre ignorarla y ser grosera.

Que le den. Entrelazo mis dedos con los suyos de nuevo y miro a Tate y

Roman.

—Nos vemos en la oficina. —Luego me vuelvo hacia mi madre—. Hasta el mes que viene.

Ella me mira, sorprendida.

—Pero, Cole, no hemos…

Sin esperar a que termine, tiro de la mano de Delilah y nos dirigimos a la casa. En cuanto entramos, la empujo contra la pared y le acaricio el cuello con la nariz.

—Lo siento.

Inhalar su dulce aroma me calma. Al igual que la forma en que me rodea con sus brazos y me acaricia la espalda.

—No pasa nada. No ha sido culpa tuya.

Suelto una risa seca.

—No debería haberte pedido que vinieras. Sé cómo es.

Ella se queda en silencio por un momento, acariciándome los músculos tensos.

—No puedo decir que haya disfrutado de la experiencia. Pero… —Me aparto para mirarla y siento un extraño latido detrás del esternón cuando sus ojos verdes se encuentran con los míos—. Me alegro de que quisieras que estuviera aquí.

Mi erección está contra su vientre, y la necesidad de follar con ella, de enterrarme en ella tan profundamente que nunca pueda sacarme, es casi abrumadora. Si no pensara que mi madre y mis hermanos podrían entrar en cualquier momento, la desnudaría aquí mismo y me abriría paso en su interior.

En cambio, la guío por la casa. Cuando llegamos al vestíbulo, echo un vistazo a la puerta de la biblioteca, y mis dedos se tensan alrededor de los de Delilah.

—¿Qué hay ahí? —Ella señala con la mano libre.

—¿Por qué lo preguntas? —digo, sorprendido.

—Las dos veces que hemos pasado por aquí, la has mirado con mala cara. —Sonrío a pesar de mi mal humor. Por alguna razón que no acabo de entender, la llevo hasta allí y abro la puerta de par en par. El aroma tan familiar de los libros encuadernados en cuero, la madera pulida y un ligero toque a papel viejo invade mis sentidos—. Vaya —murmura Delilah—. Esto es increíble. —Entra en la biblioteca, va hacia la estantería más cercana y pasa el dedo por el lomo en relieve de un libro—. ¿Cuántos de estos son primeras ediciones?

—Demasiados para contarlos. —Me acerco a ella—. Solía ser mi estancia

favorita de la casa cuando era más joven. Yo era una de las pocas personas que la usaba.

Se vuelve hacia mí, pero no la miro.

—¿Qué hizo que dejara de ser tu favorita?

Cuando paso junto a ella y me dirijo al centro del lugar, me sigue. Está todo exactamente igual que entonces.

Las estanterías repletas de libros cubren tres paredes, mientras que los grandes ventanales de la cuarta pared ofrecen una vista de los cuidados jardines exteriores. En un extremo un gran escritorio de madera domina el espacio, rodeado de sillones de cuero y un sofá.

—Me encantaba venir aquí los días lluviosos y encontrar un libro nuevo para leer.

—Me lo imagino —susurra ella.

—Un día de esos, cuando tenía unos nueve años, bajé para leer un poco. Al abrir la puerta, vi que mi padre ya estaba allí. —El desagradable recuerdo se remueve en mi mente: mi padre, recostado en uno de los sillones, con la camisa abierta, los pantalones por los tobillos y la cabeza echada hacia atrás mientras la cabeza de una mujer se movía arriba y abajo entre sus piernas—. Nuestra niñera le estaba haciendo una mamada.

—¡Dios mío! —exclama Delilah. Se acerca hasta pegarse a mi costado y la compasión se refleja en sus hermosos ojos—. Eso es horrible.

—Tenía la edad suficiente para darme cuenta de lo que estaba pasando. La edad suficiente para darme cuenta de que lo que estaba haciendo estaba mal. Que estaba traicionando a alguien. —No entro en detalles. No le cuento que me quedé allí, con la boca abierta, mirando cómo él le agarraba la cabeza y la empujaba hacia él, gimiendo. No menciono lo horrorizado que estaba ni que se me calentó la cara y sentí una repentina y sorprendente necesidad de llorar, algo que ya había aprendido que era inaceptable—. Intenté cerrar la puerta antes de que me viera, pero no fui lo bastante rápido. —Suelto una risa carente de humor—. Ni siquiera se avergonzó de que lo pillara. Solo sonrió y me guiñó un ojo.

Delilah se pone delante de mí y me rodea el pecho con los brazos. Instintivamente, yo también la abrazo.

—Lo siento mucho —dice. —Debió de ser muy confuso para ti.

—Entonces sí que cerré la puerta a toda prisa. Me preocupaba mucho si debía contárselo a mi madre, preguntándome qué haría si se enteraba. Al final,

le confesé a Roman lo que había visto y él me dijo que ella ya lo sabía y que no le importaba. O tal vez le importó en su momento, pero no lo suficiente como para alterar su vida. Sobre todo porque ella también tenía sus aventuras.

—Qué desastre —susurra Delilah.

Niego con la cabeza para alejar los recuerdos, no solo de lo que vi hacer a mi padre, sino también de la revelación de Roman sobre la verdad de nuestra familia. Sabía que mis padres no eran personas cariñosas, pero hasta que Roman me lo explicó, no me había dado cuenta de que no era solo porque no fueran expresivos: era porque no se querían, ni siquiera se gustaban demasiado. Ni les gustábamos nosotros.

Ese fue el día en que también descubrí la verdad sobre Tate. Todo aquello me abrió los ojos a la realidad: el amor es una ilusión. A medida que fui creciendo, se hizo aún más evidente. Las relaciones son básicamente acuerdos comerciales, los hijos se consideran inversiones y el afecto es en su mayor parte una fachada. Al menos en mi mundo.

Carraspeo.

—En fin, la biblioteca perdió su atractivo. Después de eso, la evité.

—Es comprensible —acepta Delilah, estrechándome con fuerza entre sus brazos—. Siento mucho que tu padre fuera tan egoísta. Que te quitara algo tan especial de esa manera.

Impulsado por el instinto y la necesidad, le agarro la barbilla y le levanto la cara para poder besarla. El calor de sus labios y el sabor de su boca ahogan cualquier otro pensamiento.

Sus manos me recorren la espalda y ella se estrecha contra mí, provocándome una oleada de calor.

La deseo de nuevo.

Joder. ¿Cuándo no la deseo?

El simple hecho de tener su cuerpo contra el mío alivia algo en mi interior que parece haber estado tenso desde que tengo memoria. Deslizo mis labios por su mandíbula hasta llegar a la delicada piel junto a su oreja.

—Ven a casa conmigo esta noche.

Ella no dice nada, solo asiente. Tiene los ojos vidriosos, las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por mis besos. Está perfecta y, de pronto, no puedo evitar pensar en cómo sería tenerla conmigo así todo el tiempo.

Siento un nudo en el pecho. Me prometí a mí mismo que nunca me dejaría llevar por la ilusión. No puedo empezar a creer en la mentira de que esto

puede crecer y convertirse en algo más, de que puede durar. Eso no ocurre en mi mundo.

Pero ¿y si pudiera?

Cierro los ojos y vuelvo a reclamar su boca. Sería estúpido dejar que esos pensamientos echaran raíces.

¿Y si ya es demasiado tarde?

33

DELILAH

Sonrío mientras firmo con mis iniciales la última serie de planes internos. Últimamente hago mucho eso de sonreír sin motivo. Y la razón mide alrededor de metro ochenta y ocho, tiene el pelo oscuro y los ojos azules, y un pene incansable. Me río para mis adentros. Estoy volviéndome loca…

No tiene nada de malo ser tan feliz que sonrío y me río sola, ¿verdad? Siempre y cuando no olvide que lo que Cole y yo tenemos no durará para siempre.

Pero hay una parte de mí, la parte que vio demasiadas películas de Disney cuando era pequeña, que no puede evitar esperar que eso cambie. He notado algo diferente en Cole en las últimas semanas, desde aquella comida con su familia. Se ha suavizado. Ahora hay una calidez donde antes no la había. Es como si poco a poco estuviera despojándose de las capas de su personalidad fría para revelar al hombre que hay debajo. Y resulta que no me canso de ese hombre.

El sexo sigue siendo intenso. Lo hemos hecho por todo su ático, dos veces en su limusina, con la mano de Cole sobre mi boca para que Jonathan no me oyera, y en su oficina, una noche en la que trabajábamos hasta tarde. Luego están los momentos en los que se muestra tierno, cuando me abraza o me aparta el pelo de la cara y me da suaves besos en los labios.

También ha empezado a reír más, me ha ayudado a cocinar varias veces y ha compartido conmigo bastantes botellas más de vino caro. Las noches que me voy a mi apartamento, siempre me besa antes de marcharme. Pero, con la misma frecuencia, acabamos durmiendo juntos en su enorme cama.

Sigo teniendo miedo de permitirme albergar esperanzas, solo para acabar decepcionada.

Aunque ya no creo que «decepcionada» sea la palabra adecuada.

El teléfono suena y el nombre de Cole aparece en la pantalla. Una oleada de emoción me recorre el cuerpo. Espero que me esté llamando para que vaya a

su despacho. No lo he visto desde el fin de semana y ya es martes, y de un modo muy estúpido, lo echo de menos. Se supone que debo ir a su ático mañana por la noche, pero me encantaría verlo antes.

—Hola. —Mi voz suena más entrecortada de lo que me gustaría, pero él tiene ese efecto en mí. Y, sorprendentemente, no me disgusta.

—Delilah. —Su voz es un poco más brusca de lo que esperaba, pero así es él, y estoy aprendiendo a aceptarlo.

—Sí. ¿Querías verme? —Hago una mueca. He sonado demasiado ansiosa.

—Me gustaría, pero tengo una reunión con la junta directiva. Solo quería decirte que tengo que coger un vuelo al Reino Unido esta noche, así que no podremos vernos mañana.

—Oh… —Me da un vuelco el estómago—. De acuerdo. ¿Ha pasado algo?

—Los abogados nos acaban de informar de que los fiscales van a ofrecerle a mi padre un último acuerdo. Si lo rechaza, irá a juicio, y, sea cual sea el resultado, va a tener repercusiones. Me voy al Reino Unido para preparar nuestras oficinas internacionales y ocuparme de cualquier inquietud que puedan tener nuestros inversores extranjeros después de que se conozca la noticia. Cole y Tate se encargarán de cualquier asunto que surja aquí.

—Por supuesto. ¿Vas a estar bien? Ya sabes, pase lo que pase.

Se queda en silencio durante un momento.

—Quiero sentir pena por él, pero no dudo ni por un segundo de que es culpable, y eso me hace darme cuenta de lo muerta que está nuestra relación. Se preocupa más por sus amantes que por su familia, y eso teniendo en cuenta la cantidad de amantes que ha tenido. Así que le estoy devolviendo el favor. No me importa lo que le pase. Solo me importa lo que eso signifique para la empresa.

Siento una punzada en el corazón. No crecí con un padre a mi lado, pero mi madre me dio todo el amor que necesitaba. Cole tenía dos padres y dos hermanos, pero no recibió ni una pizca de ese amor. No es de extrañar que no confíe en las relaciones. ¿Cuándo ha tenido alguna en la que mereciera la pena confiar? ¿Cuándo ha habido alguien que lo haya apoyado incondicionalmente?

—¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—En este momento, tengo previsto regresar el jueves que viene.

Poco más de una semana. Suelto un suspiro silencioso. Antes de conocer a Cole, no me importaba estar sola o salir con Alex. Incluso cuando salía con Paul y él se iba a un congreso durante una semana, no me importaba lo más

mínimo. Aprovechaba la oportunidad para dedicarle más tiempo al proyecto en el que estaba trabajando. Esto es diferente. Mis sentimientos por Cole son diferentes.

—Llegaré tarde —interrumpe mis pensamientos—. Así que asegúrate de estar libre el viernes.

—Lo meteré en mi agenda. —Frunzo los labios.

—Deja todo disponible para mí el viernes.

—Ah, siempre estoy disponible para ti, Cole.

—Joder. —Deja escapar un gemido—. Si no estuviera a punto de entrar en una reunión, estarías aquí, echada sobre mi escritorio antes de que pudieras decir «Siempre estoy disponible para ti, Cole».

Me río y luego bajo la voz hasta convertirla en un ronroneo.

—Siempre estoy disponible para ti, Cole.

Vuelve a maldecir.

—Tengo que irme justo después de la reunión, pero te enviaré un mensaje en cuanto pueda.

Suspiro.

—Vale. Bueno, que pases buena noche. Y espero que todo vaya bien.

Se despide y cuelgo. Vuelvo al trabajo, pero siento una opresión en el pecho que antes no estaba ahí. Lo echo de menos si estoy solo unos días sin verlo, y ahora voy a estar sin él casi dos semanas.

Unos minutos más tarde, suena la notificación de un correo y, al abrirlo, veo un mensaje de Samson.

«Buenas tardes, señorita West:
El señor King solicita que no haga planes para este fin de semana. Debe preparar una maleta con ropa informal y un coche la recogerá a las ocho de la mañana del sábado.
Atentamente
Samson».

Frunzo el ceño y cojo el teléfono.

—Hola, Samson —saludo cuando contesta—. Acabo de recibir tu correo y me preguntaba si podrías darme más detalles. Cole no me ha dicho nada al respecto y no sé muy bien qué esperar. ¿Puedes decirme qué clase de evento es? Me gustaría estar preparada.

—Lo siento, señorita West. Cole no me ha dado ningún detalle.

Miro el reloj.

—¿Ya ha entrado en la reunión?

—Sí.

—De acuerdo, gracias.

Cuelgo y vuelvo a mirar el correo. ¿Qué ha organizado Cole? Le envío un mensaje rápido. Sé que está en la reunión, pero ya lo mirará en cuanto termine.

Yo: *¿Me puedes decir cuáles son los planes de este fin de semana?*

Luego intento quitármelo de la cabeza para poder trabajar un poco.

Dos horas más tarde, mi teléfono vibra y lo cojo para abrir el mensaje de Cole.

Cole: *No lo pienses demasiado.*

¿Qué quiere decir? Le respondo furiosa.

Yo: *No creo que sea pensarlo demasiado querer saber por qué tengo que preparar una maleta para ir a un lugar desconocido.*

Cole: *Confía en mí.*

Dudo antes de responder. Confío en él, ¿no? Por desconcertante que sea meterme en algo así a ciegas, Cole no me llevaría a ningún sitio en el que me sintiera incómoda.

Yo: *Está bien.*

Cole: *Buena chica. Te lo compensaré cuando nos veamos.*

Yo: *Más te vale. Que tengas un buen vuelo.*

Reprimo el impulso de terminar el mensaje con algo más, algo más afectuoso. O de llamarlo solo para volver a oír su voz. No quiero parecer tan necesitada, aunque cada vez me cueste más luchar contra el deseo de estar más con él.

Termino el día tratando de reprimir tanto mi tristeza por no verlo como mi

curiosidad por este fin de semana. Tengo el apartamento para mí sola, ya que Alex va a estar en Los Ángeles toda la semana, visitando a Jaxson. Por fin admitió lo mucho que lo echaba de menos, y él tomó cartas en el asunto y organizó su agenda para poder pasar más tiempo con ella. Estoy segura de que lo está pasando muy bien, así que, aunque me gustaría hablar con ella sobre Cole, no voy a llamarla. El tiempo que pasa con Jaxson es muy valioso y no quiero restarle importancia con una larga conversación telefónica.

Ceno con una copa de vino delante del televisor y luego me acuesto temprano. Bueno, temprano para mí, al menos, ya que solo trabajo dos horas con mi portátil antes de apagar las luces.

El resto de la semana pasa rápidamente. Se acercan las fechas límite, así que todo el equipo está concentrado en intentar que se aprueben nuestros planes. Cole me ha enviado mensajes todos los días, pero no hemos hablado por teléfono. Sé que está ocupado y que, cuando no está en reuniones, sale a cenas y eventos sociales. Aunque me alegra que me envíe mensajes con tanta frecuencia, me gustaría poder oír su voz. Una o dos veces he pensado en llamarlo, pero cada vez que cojo el teléfono, lista para marcar su número, acabo dejándolo otra vez. Si hablamos, mi voz delatará lo mucho que le echo de menos y sabrá cómo me siento.

Pero ahora que es sábado y estoy delante de mi edificio con mi bolsa de viaje a los pies, desearía haber tenido la oportunidad de hablar con él y preguntarle más sobre adónde voy a ir. Sin embargo, iba en serio cuando acepté confiar en él, lo cual es curioso. Si alguien me hubiera preguntado hace unos meses, le habría dicho que era el último hombre en la tierra en el que confiaría.

Bueno, excepto mi padre.

El elegante coche negro de Cole se detiene delante de mí y Jonathan sale con una sonrisa.

—Buenos días, señorita West —dice, cogiendo mi bolsa.

—Buenos días, Jonathan. —Me abre la puerta y, cuando me siento, la cierra detrás de mí y deja el equipaje en el maletero. En cuanto se acomoda en el asiento del conductor, y antes de que se incorpore al tráfico, me echo hacia delante para interrogarlo—. Supongo que no sabe adónde voy, ¿verdad?

Su mirada se cruza con la mía a través del espejo retrovisor, y las arrugas en las comisuras de sus ojos delatan su sonrisa.

—Me temo que no. Cole solo me ha dicho que la lleve al aeropuerto.

—¿Voy a coger un avión?

—Sí, señorita West —responde.

Me hundo en el lujoso asiento de cuero mientras Jonathan maniobra el enorme coche para incorporarse al tráfico. Paso el resto del trayecto tratando de adivinar adónde voy. Aunque la idea de que Cole me haga ir al Reino Unido para verlo es agradable, también es muy poco realista. Solo he hecho una maleta para pasar la noche, y volar al otro lado del mundo para regresar al día siguiente me parece un enorme derroche de recursos, incluso para un multimillonario.

Si fuera por motivos de trabajo, seguro que me lo habría dicho. Puede tratarse de un relajante *spa,* aunque eso no parece muy propio de Cole. Por otra parte, nada de esto parece indicar que se trate de un multimillonario emocionalmente inaccesible, interesado únicamente en una relación sexual sin compromiso.

Intento distraerme durante el vuelo leyendo una novela romántica, pero mi mente divaga hacia el lugar al que estoy yendo, luego hacia Cole y a lo que está pasando entre nosotros. Mis pensamientos dan vueltas en círculos hasta que el capitán anuncia que estamos comenzando el descenso. El vuelo solo ha durado una hora y media, lo que me despierta una sospecha inquietante.

Después de aterrizar en un pequeño aeródromo que no reconozco, bajo las escaleras y el aroma del aire me resulta tan familiar que sé que mis sospechas deben de ser ciertas. Las emociones se remueven en mi interior, pero las contengo hasta estar segura. Hay una limusina esperándome y me río para mis adentros pensando que Cole cree que necesito un coche como este cuando un sedán normal sería suficiente. Joder, un taxi bastaría. Pero así es él, y mi pecho se llena de calidez porque ha organizado esto para mí.

El conductor coge mi maleta con un gesto de asentimiento y me abre la puerta. Una vez que la cierra detrás de mí, mete mi equipaje en el maletero y se sube al asiento del conductor. Parece saber adónde va, así que me recuesto y miro por la ventanilla. Pronto veo paisajes familiares y mi sospecha se confirma. Sonrío tan ampliamente que puedo sentirlo en mis mejillas cuando cojo el teléfono y le escribo un mensaje a Cole.

Yo: *¡Gracias, gracias, gracias!*

No espero una respuesta, así que guardo el teléfono en el bolso y miro con impaciencia por la ventanilla. La felicidad recorre mis venas a medida que nos

acercamos a nuestro destino. Cuando el coche se detiene frente a la pequeña casa de una sola planta con bonitas flores en el jardín delantero, se me llenan los ojos de lágrimas. El conductor apaga el motor, yo abro la puerta y salgo corriendo por el camino de entrada.

Mi madre debe de haber oído llegar el coche, porque abre la puerta y sale corriendo.

—Delilah. —Su voz está entrecortada por la sorpresa, pero su rostro está radiante de alegría.

—¡Mamá! —La abrazo e inhalo el sutil aroma a lilas que emana de la loción que se aplica cada mañana.

Me aparto y examino su rostro, tan parecido al mío. Siempre me ha alegrado no tener casi nada de mi padre. Solo el color de los ojos, verdes frente a los azules de mi madre, me delata como su hija.

—Me alegro mucho de verte —dice ella—. ¿Por qué no me has dicho que venías?

Me río.

—Estoy encantada de estar aquí, y no te lo he dicho porque no lo sabía.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Entremos y te lo contaré.

Mi madre asiente, pero mira por encima de mi hombro con una expresión de extrañeza en su rostro.

Me vuelvo y veo al conductor con mi maleta. Me la tiende.

—Las instrucciones del señor King son que la recoja mañana a las tres de la tarde para tomar el vuelo de regreso.

Cojo el equipaje con una sonrisa.

—Gracias. —Él asiente y regresa al coche; mi madre me mira enarcando las cejas—. Te lo explicaré.

Ella esboza una sonrisa.

—Entra, entonces. —Cada vez que regreso a casa me siento como si nunca me hubiera ido. Han pasado meses desde mi última visita, pero el familiar crujido de la puerta principal y el olor a flores recién cortadas y a cera para muebles inundan mis sentidos. Inspiro hondo, absorbiéndolo todo. Como siempre, todo parece igual: el cómodo y gastado sofá, la pequeña televisión en la esquina, las fotos de mi infancia que adornan las estanterías. Me invade una sensación de calidez y comodidad—. Todavía no me puedo creer que estés

aquí. ¿Por qué no preparo unas tazas de té y me lo cuentas todo?

—Déjame llevar la maleta a mi habitación y te ayudo. —Mi antiguo dormitorio está al final del corto pasillo. Después de dejar la bolsa sobre la familiar cama individual, voy a buscar a mi madre a la cocina. Mientras lleno la tetera, ella pone unas galletas en un plato, en una rutina que me transporta directamente al pasado, cuando vivíamos aquí las dos. Veo cómo me sonríe de tarde en tarde mientras nos movemos por la cocina. Cuando terminamos, nos sentamos una al lado de la otra en el pequeño sofá.

Después de dar un sorbo al té, mi madre me sonríe.

—Cuéntame cómo has llegado aquí y por qué no sabías que ibas a venir.

Suelto un suspiro.

—Bueno, estoy saliendo con alguien. Más o menos.

Ella frunce el ceño.

—¿Más o menos?

Bajo la mirada y me sacudo una pelusa imaginaria de los vaqueros.

—Es algo informal. Y no estoy segura de que vaya a ninguna parte…

—¿Por qué no iba a ir a ninguna parte? Quiero decir, eres inteligente, eres guapa. ¿Por qué un hombre no querría estar contigo?

Dejo la taza en la mesita y cojo una galleta.

—Porque tiene… otras prioridades.

—¿Como cuáles?

—Su trabajo. Ahora mismo está muy centrado en eso, y está bien. Tiene que estarlo. —Me apresuro a añadir eso último, por si parece que me molesta. Ese no es el problema.

—¿A qué se dedica?

No quiero mentirle, pero sé cuál será su reacción, así que mejor no lo suelto de golpe.

—Es ejecutivo.

—Estás siendo muy vaga. ¿Qué significa exactamente ejecutivo?

—Bueno, es el director de operaciones de King Group.

Mi madre entrecierra los ojos.

—¿No es esa la empresa en la que trabajas ahora mismo?

—Sí.

—Pero no trabajas directamente para él, ¿verdad?

Suspiro.

—Sigo trabajando para Elite, pero King Group es nuestro cliente y

trabajamos en su edificio.

Mi madre hace una mueca.

—Ay, Delilah, ¿te parece eso buena idea después de lo que pasó con Paul? Seguro que tendrías un problema si alguien se enterara. Los dos lo tendríais.

Me humedezco los labios.

—Probablemente él no, ya que es uno de los propietarios de la empresa.

Ella mueve los labios, pero no dice nada durante unos segundos. Luego, habla apresuradamente.

—Delilah, ya sabes lo que buscan los hombres así. En cuanto consigan todo lo que quieren de ti, te abandonarán. No quieren casarse contigo. Solo quieren utilizarte hasta que se complique demasiado o aparezca alguien más adecuado.

Le cojo la mano y se la estrecho.

—Lo nuestro no es así, mamá. Él no es como papá. No me ha mentido sobre sus intenciones ni ha fingido estar enamorado de mí, y yo no espero un anillo ni nada por el estilo.

Se le forma un surco entre las cejas.

—Entonces, ¿por qué estar con él si ya sabes que no quiere un futuro contigo? ¿Por qué no buscas a un hombre normal que quiera sentar cabeza y formar una familia? Sé que eres demasiado joven para pensar en eso ahora mismo, pero ¿por qué arriesgar tu corazón por un hombre que nunca estará interesado en algo más?

—Solo nos estamos divirtiendo. —Aunque eso ya no es del todo cierto. Reprimo mi sentimiento de culpa por no ser sincera con ella—. He pasado mucho tiempo trabajando muy duro. Es agradable dejarme llevar y disfrutar por una vez. Y Cole… Él me obliga a hacerlo. Me gusta. Además, él es quien ha organizado que esté aquí este fin de semana para darme una sorpresa.

—Ah. Entonces, ¿ese es el señor King? —Asiento y la expresión de mi madre se suaviza—. Sé lo duro que has trabajado, cariño. Y lo mucho que has conseguido. Quiero que te diviertas. Quiero que disfrutes de tu juventud. Solo no quiero que desperdicies tu corazón en alguien que no lo merece. Y los hombres así… —Niega con la cabeza—. Los hombres con poder y riqueza no viven de la misma manera que el resto de nosotros, y no se preocupan por nadie que no esté en su mundo.

—Cole no es así. —Me paro un instante porque, de nuevo, eso no es del todo cierto—. Quiero decir, obviamente vive una vida diferente a la de la mayoría de la gente, pero se preocupa. Si no, ¿por qué me habría enviado aquí?

Ella aprieta los labios y me mira a los ojos. Luego suspira.

—Sabes que no me arrepiento de lo que ocurrió con tu padre porque tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida, pero no quiero que sufras al darte cuenta de que has entregado tu corazón a alguien que no lo merece. —Una esquina de su boca se curva hacia arriba—. Pero tú tienes la cabeza mucho mejor amueblada que yo cuando era joven. Me dejé llevar por el carisma de tu padre y por todas las atenciones y por la emoción de estar con alguien como él. Solo te digo que debes tener cuidado. ¿De acuerdo?

—Lo tendré, mamá, te lo prometo. Sé exactamente lo que es esto, así que no me enfadaré cuando termine. —La mentira me oprime el pecho.

La preocupación sigue brillando en sus ojos, pero sonríe con ternura.

—Bueno, no puedo pedir más…

Esa misma noche, más tarde, estoy tumbada en la cama y por fin tengo tiempo para mirar mi teléfono. Cuando veo la notificación del mensaje, deslizo rápidamente la pantalla.

Cole: *Me alegro de que estés contenta. Pensaré en una forma de que me demuestres tu gratitud cuando llegue a casa.*

Yo: *Estoy muy contenta. Y ya he pensado en una forma de agradecértelo.*

Cole: *Ah, ¿sí? Cuéntame.*

Yo: *No. Quiero que sea una sorpresa.*

Cole: *A mí también se me han ocurrido un par de ideas.*

Yo: *No me cabe duda.*

Cole: *¿Qué has estado haciendo?*

Yo: *Mi madre y yo hemos estado viendo* Buffy cazavampiros, *bebiendo vino y comiendo palomitas.*

Cole: *Suena genial.*

Yo: *Puede que no sea tan glamuroso como pasear por la alfombra roja o*

asistir a eventos vip, pero es una de mis cosas favoritas. No lo critiques hasta que lo pruebes. ;)

Los tres puntos parpadean en la pantalla, desaparecen y vuelven a aparecer. ¿Por qué tarda tanto en responder?

Por fin, aparece su mensaje.

Cole: *Siempre estoy dispuesto a pasar tiempo contigo y una botella de vino.*

Los recuerdos se agolpan en mi mente y siento un calor que me recorre la piel. No es la reacción que debería tener cuando estoy sola en la cama de mi infancia. Aun así, me pregunto si eso es lo que iba a decir desde el principio o si ha cambiado de opinión a mitad de la respuesta. Quizás pensaba decir algo como *«Eso suena como mi peor pesadilla»*.

Cole: *Tengo que dejarte. Mañana tengo un vuelo temprano a Berlín. Diviértete con tu madre, y nos vemos el viernes.*

Yo: *Buena suerte con todo.*

Mi dedo se cierne sobre el teclado antes de ceder a la presión que se acumula en mi pecho y añadir otro mensaje.

Yo: *Te echo de menos.*

Las burbujas aparecen y desaparecen, y luego se detienen por completo. Suspiro. No debería haber dicho nada.

Apago la luz y miro fijamente al techo oscuro, deseando poder retirar mis palabras. Pero unos minutos más tarde, el teléfono vuelve a sonar. Lo cojo y leo el mensaje con una sonrisa enorme en mi rostro.

Cole: *Yo también te echo de menos.*

34

COLE

Paso los canales de televisión tratando de encontrar algo que me ayude a conciliar el sueño. Después de volar esta mañana desde Alemania a Londres y de pasar todo el día en reuniones, me cuesta desconectar. También estoy esperando una llamada, así que cuando suena el teléfono, lo cojo de la mesilla de noche.

—¿Ha aceptado? —pregunto sin molestarme en saludar.

La voz de Roman se oye claramente a través del altavoz del teléfono.

—Sí —dice, y yo suspiro en silencio, aliviado—. Si admite su culpabilidad y paga una multa de cuarenta y cinco millones de dólares, su condena se reducirá de veinte a ocho años.

—Joder. ¿Ocho años? Sabíamos que no iban a ser indulgentes con él porque se trataba de contratos gubernamentales, pero aun así… —Por mucho que hablara en serio cuando le dije a Delilah que no me importaba lo que le pasara a mi padre, no puedo ni imaginarme cómo se siente ahora mismo. Por otra parte, tampoco puedo imaginarme en qué estaba pensando al involucrarse en el uso de información privilegiada. Su arrogancia lo convenció de que no iban a pillarlo, y mira adónde lo ha llevado eso: a estar encerrado en una puñetera celda durante ocho años.

—La noticia se dará a conocer pronto —informa Roman—. ¿Tienes idea de cómo lo tomarán nuestros inversores?

—Es evidente que hay cierta preocupación. Muchos de ellos han adoptado hasta ahora una actitud de esperar a ver qué pasa. Los he estado preparando para un veredicto de culpabilidad y les he asegurado que eso no cambiará nada. Que las acciones de nuestro padre fueron solo cosa suya y que no reflejan las prácticas comerciales de King Group.

—¿Han hablado de retirarse?

—Hubo algunos rumores al principio, pero insistí en que, incluso con el cambio de liderazgo, seguimos operando a los niveles esperados y que

cumpliremos todos nuestros compromisos financieros. Parece que eso ha aliviado las preocupaciones. Si conseguimos superar las próximas semanas sin contratiempos importantes, todo el mundo se relajará y podremos dejar atrás este asunto de una vez por todas.

Roman suspira profundamente.

—Eso es justo lo que esperaba oír. Tampoco es que dudara de que lo conseguirías…

Ese destello de orgullo ha vuelto, pero yo me encojo de hombros.

—Pareces cansado. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Todo el mundo quiere ver avances en el proyecto del hotel. —Se detiene un segundo—. Berrington nos está presionando para que adelantemos la inauguración de los tres primeros hoteles.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué? Nuestro calendario actual es realista y es justo el que presentamos cuando pasamos por el proceso de financiación.

—He hablado con él. Tengo la sensación de que está buscando una excusa para retirar la inversión, pero hasta ahora no le hemos dado ninguna.

Me paso la mano por la cara.

—Lo último que necesitamos ahora mismo es que un inversor importante se retire. ¿Ha dado alguna indicación de por qué? King Group le ha hecho ganar mucho dinero a lo largo de los años.

Roman se queda en silencio, pensando, supongo.

—Se rumorea que está considerando aumentar su inversión en Steele Enterprises.

—Nuestras previsiones de rentabilidad y crecimiento de ingresos superan a las de Steele Enterprises. Y él lo sabe.

—Estoy de acuerdo. Pero Steele Enterprises sigue teniendo un buen rendimiento en el mercado actual. Y Jake Steele es primo político de Berrington. No me extrañaría que Steele aprovechara la situación con el arresto de papá para presionar con esa relación. Ahora que Berrington se acerca a la jubilación, es muy probable que le esté dando más importancia a las relaciones personales que a los indicadores financieros.

—Era compañero de universidad de papá.

—Exacto. Pero ya no trata con él, ¿verdad? —La frustración de Roman se transmite a través de la línea telefónica.

—Puedo concertar una reunión con él cuando vuelva —le ofrezco.

—Tengo pensado comer con él mañana. Voy a tantear el terreno para ver qué es lo que busca en realidad, porque no creo que le importe la fecha de inicio de las obras.

—De acuerdo. Cuéntame cómo va y dime si necesitas que me reúna con él.

—Lo haré. —Su voz se ha vuelto distante porque su atención ha debido de irse a otra parte, pero justo antes de terminar la conversación, vuelve a hablar —. ¿Puedes llamar a mamá? No he tenido oportunidad de hablar con ella desde que papá aceptó el acuerdo con el fiscal.

Hablar con mi madre es lo último que me apetece hacer. Aun así, accedo y damos por terminada la llamada.

Como todas las noches, siento la necesidad de hablar con Delilah. Se me ha colado en los pensamientos de una forma que nunca creí posible. Prefiero hablar con ella antes que con mi madre, pero me he propuesto evitar llamarla mientras estoy fuera. Como si en el momento en que marque su número porque no puedo soportar más no oír su voz, no pudiera negar en qué se ha convertido lo nuestro.

Mis dedos se mueven por la pantalla cuando abro nuestro historial de mensajes y me desplazo hasta ese en el que me decía que me echaba de menos. Estuve a punto de no responderle, pero la idea de dejarla colgada después de que se hubiera sincerado de esa manera me causaba ansiedad. Tampoco le habría respondido lo mismo si no fuera cierto. El problema es que es demasiado cierto.

Para distraerme de darle vueltas a las implicaciones de eso, busco el número de mi madre y la llamo; activo el altavoz y dejo el teléfono en la mesilla, balanceo las piernas por el borde de la cama y me siento con los codos apoyados en los muslos mientras espero a que responda.

—Cole.

Pongo los ojos en blanco ante la falta de calidez en su voz.

—Hola, mamá. ¿Han hablado los abogados contigo sobre papá?

Ella suspira con impaciencia.

—Por supuesto. Ocho años. Es lo que se merece ese idiota.

—Estoy seguro de que él agradece tu compasión.

—Si quería mi compasión, debería haberse limitado a comprarles diamantes a sus putas en lugar de intentar asegurarlas de por vida. —No le falta razón. Pero me hace preguntarme qué les habrá comprado ella a los hombres con los que ha tenido aventuras a lo largo de los años. ¿Qué le compró al padre de

Tate?—. Basta con decir que mañana a primera hora le remitiré a tu padre los papeles del divorcio.

La noticia no es ninguna sorpresa. Tampoco es como si su matrimonio hubiera sido algo más que un arreglo de conveniencia, y mi padre acaba de dejar de ser conveniente. Era solo cuestión de tiempo después de que fuera declarado culpable o, en este caso, admitiera su culpabilidad.

—Estoy seguro de que lo estará esperando.

Ella resopla.

—Tiene suerte de que haya aguantado tanto tiempo.

—Bueno, solo quería asegurarme de que estás bien. Obviamente lo estás, así que, teniendo en cuenta que aquí son las once y media de la noche, me despido.

Hay una larga pausa y miro mi teléfono para comprobar que sigue conectado. La vacilación no es precisamente el estilo de mi madre.

—¿Cómo estáis tú y tus hermanos con… todo? —pregunta finalmente.

Ahora me toca a mí buscar las palabras adecuadas. No recuerdo la última vez que nos preguntó voluntariamente cómo estábamos. Carraspeo.

—Yo estoy bien. Tengo una reunión detrás de otra con todos nuestros inversores y tendré que hacer más control de daños una vez que se difunda la noticia sobre el acuerdo judicial. Roman está lidiando con algunos problemas con Berrington, pero estoy seguro de que puede gestionarlo. Y Tate… Bueno, Tate es Tate. No parece que nada lo perturbe.

—Me alegro de que todos estéis bien, pero tengo que dejarte —dice, y casi me echo a reír. Es obvio que ha llegado al límite de su preocupación maternal. Lo cual, teniendo en cuenta que normalmente no tiene ninguna, es impresionante—. Esta noche voy a cenar con los Jefferson. Seguro que me preguntarán por tu padre, así que voy a tomarme una copa de vino antes.

—Buena idea. —Los Jefferson son insoportables en el mejor de los casos.

Después de despedirnos, le doy vueltas al teléfono entre las manos, con la vista perdida en la habitación en penumbra. Es raro que mamá me pregunte cómo estamos mis hermanos y yo cuando no hay nadie más frente al que guardar las apariencias, y no estoy muy seguro de qué significa. ¿Ha sido solo un hecho aislado o estar lejos de mi padre la está suavizando un poco? ¿O es posible que lo que dijo Delilah durante nuestra última comida juntos haya tenido algún tipo de impacto sobre ella?

Niego con la cabeza. Es obvio que le estoy dando demasiada importancia.

Estar cerca de alguien tan cariñosa como Delilah me hace ver señales de cariño en otras personas que en realidad no existen. Por lo que sé, esto solo ha sido algo puntual debido a los recientes acontecimientos con mi padre.

Pero ahora Delilah vuelve a ocupar mi mente, aunque la verdad es que en los últimos tiempos no dejado de hacerlo. Cojo el teléfono de nuevo y busco su número. Lo miro fijamente, con el mismo debate que tengo cada noche en mi cabeza. Han pasado seis días desde que escuché su voz. Solo quedan cuatro días para que regrese a Estados Unidos y ella vuelva a estar en mi cama. He aguantado hasta ahora, puedo aguantar cuatro días más. Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla un momento más de lo necesario, listo para dejarlo todo e irme a dormir. Y entonces pulso la tecla de llamar y me recuesto contra el cabecero mientras espero a que ella descuelgue.

—Hola, Cole. Me alegro mucho de que hayas llamado.

Su voz suave y dulce hace que me invada invade de una oleada de calidez. Joder, estoy en un buen lío.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien. Trabajando duro para terminar los diseños detallados y que puedan ser aprobados antes de la fecha límite.

—Seguro que lo consigues. No trabajes demasiado. Asegúrate de tomarte un descanso de vez en cuando.

—Sí, papi —bromea.

Una sonrisa inesperada se dibuja en mi rostro.

—Eso, obedece a tu papi.

Ella se ríe.

—No te veo como el típico padre.

—Tienes razón. Evitemos lo de papi.

—¿Cómo estás, por cierto? —pregunta.

Me paso la mano por la cara.

—Me ha llamado Roman. Mi padre ha aceptado hoy el acuerdo con el fiscal.

—Oh, Cole. ¿Estás bien?

Tengo que pararme un segundo para pensarlo. ¿Estoy bien? Cuando mi madre me ha preguntado cómo estaba, le he hablado del trabajo, sin detenerme a evaluar cómo me siento respecto a todo, y dudo que se lo hubiera contado de todos modos. Pero con Delilah…

—No lo sé. Me siento… ¡en un conflicto! Nunca ha habido amor entre nosotros. Lo respetaba como hombre de negocios, pero no lo quería como

padre. Y ahora, todo el respeto que le tenía se ha esfumado.

—Tiene sentido. Lo que hizo fue egoísta.

—Exacto. A mis hermanos y a mí nos educaron para anteponer la empresa a todo lo demás. Es nuestro nombre. Nuestro legado. Es lo único que mantiene unida a esta familia, y él lo arriesgó todo. ¿Y por qué? Por mujeres que no eran su esposa. Mujeres con las que no tenía más conexión que la física. No puedo aceptar su comportamiento.

—Supongo que lo único que puedo decir es que las personas son complicadas. No te vuelvas loco tratando de encontrarle sentido a su comportamiento. A veces es imposible. A veces solo hay que aceptar que las personas toman decisiones egoístas todo el tiempo sin pensar ni preocuparse por las consecuencias para aquellos a quienes se supone que más deben amar. La familia siempre debe ser lo primero. Quizá esa es una lección que tu padre nunca llegó a aprender. —Tiene razón. La familia nunca fue la prioridad de mi padre; lo que ansiaba era la riqueza y el poder. Las mujeres solo formaban parte de eso: eran otra forma de levantarle el ego—. ¿Tu madre está bien?

Era de esperar que lo preguntara, a pesar de que mi madre fue grosera con ella la única vez que se vieron.

—Va a divorciarse de él.

—No puedo decir que me sorprenda.

No sabía cuánto necesitaba oír la voz de Delilah hasta que me he dado cuenta de que, por primera vez en días, toda la tensión ha abandonado mis músculos. No quiero desperdiciar el poco tiempo que tengo para charlar con ella hablando de mis padres.

—Ya basta de hablar de mis padres. ¿Qué llevas puesto?

Ella se echa a reír, y su risa tintinea brillante y hermosa en esta habitación oscura.

—No me creo que me hayas preguntado eso.

—Lo he hecho. ¿Me lo vas a decir?

—Mmm, déjame ver —ronronea seductoramente al otro lado del teléfono, y me encanta que me conozca lo bastante bien como para dejarme cambiar de tema y no insistir más—. Llevo unos pantalones cortos de pijama muy sexys con estampado de koalas. Y una camiseta blanca con una mancha de origen indeterminado sobre el pecho izquierdo.

Sonrío ante la imagen que me describe, pero bajo la voz.

—Si estuviera allí, te arrancaría esos pantalones cortos de koala y haría lo que

quisiera contigo.

—¿Me dejarías la camiseta puesta?

—¡Por supuesto! No hay nada que me parezca más sexy que las camisetas blancas manchadas.

Ella se ríe de nuevo. Cuando habla, su voz es suave y puedo oír la sonrisa en ella.

—Me gustas así.

Sin siquiera estar aquí, calma partes de mí que no sabía que necesitaban ser calmadas. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y hago todo lo posible por no dejar ver cómo me afectan sus palabras.

—Y yo que pensaba que te gustaba cuando te decía que te agacharas y me la chuparas…

—Eso también.

Su tono entrecortado me excita, y me acaricio un poco.

—¿Estás sola?

Mis esperanzas se desvanecen cuando ella responde.

—No. Alex está aquí. De hecho, estamos a punto de cenar.

—Qué pena. Entonces tendré que encargarme de esto yo solo. Al menos sé exactamente qué voy a imaginarme mientras me masturbo esta noche.

—¿Qué?

—A ti, tumbada delante de mí con esa camiseta sexy y manchada.

—La mancha te excita mucho, ¿eh? —bromea.

Antes de que pueda responder, oigo a Alex decirle a Delilah que la cena está lista. Nos despedimos y, después de colgar, el silencio de la habitación parece más estruendoso que antes.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Tengo que afrontar la verdad. Mi deseo por ella no está desapareciendo. Solo se hace más fuerte, incluso ahora, con el tiempo y la distancia entre nosotros. Tengo que averiguar qué diablos voy a hacer al respecto porque, en este momento, siento que estoy al borde de un precipicio, a un paso de caer al vacío.

Y no tengo ni puta idea de lo que me voy a encontrar abajo.

35

DELILAH

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y me despierta. Parpadeo, somnolienta, al ver la hora en el reloj. Es más de medianoche. ¿Quién leches me llama a estas horas de la noche?

Lo cojo y veo el nombre de Cole en la pantalla.

—¿Hola?

—Delilah. —Su voz grave me emociona, y me espabilo de inmediato.

—¿Va todo bien? ¿Estás en Nueva York? Pensaba que no sabría nada de ti hasta mañana.

—Quería verte. ¿Puedo subir?

Mi pulso se acelera.

—¿Estás aquí? Por supuesto.

Corro hacia la puerta y pulso el botón. Me echo un vistazo. ¿Debería ponerme algo más sexy? Al menos esta camiseta no tiene manchas. Me encojo de hombros. Estoy demasiado emocionada por verlo como para preocuparme por ponerme lencería.

Cuando llaman a la puerta, la abro de un tirón y le dejo entrar. Lleva la camisa remangada, uno de los *looks* más sexys en un hombre, pero cuando le sonrío lo que me llama la atención son las ojeras que tiene.

Lo agarro del brazo y lo hago entrar en mi apartamento.

—¿Qué estás haciendo aquí, Cole? Y con eso no quiero decir que no me alegre de verte. —No me responde. Me empuja contra la pared y baja la cabeza para rozar con los labios el punto sensible del hueco de mi cuello. Se me pone la carne de gallina y se me endurecen los pezones. Como no llevo sujetador, debe de notarlos contra su pecho. Pero, por un momento, se queda ahí, con los dedos rodeándome la cintura, aprisionándome, y yo paso mis manos por sus bíceps, subo hasta su cuello y le acaricio la nuca—. ¿Estás bien? —Nunca lo había visto así antes.

Suspira y da un paso atrás.

—Ha sido un viaje largo. Reuniones sin descanso con inversores que se empeñan en ser obstinados por el simple hecho de serlo. —Se pasa las manos por la cara—. Estoy agotado de cojones.

¿Y ha venido aquí en lugar de ir a su cómodo ático? Me invade una oleada de emoción. Quería verme. Trago saliva. Es la primera vez que me muestra deliberadamente este lado suyo. El que no es el multimillonario inalcanzable, concentrado y al mando en todo momento.

Me acerco, le acaricio la mandíbula y le paso el pulgar por la barba incipiente que le ha salido tras un día de viaje.

—Mi cama no es ni mucho menos tan grande ni tan cómoda como la tuya. —Él arquea las cejas ante esa subestimación—. Pero me encantaría que la compartiéramos.

Sus ojos recorren mi rostro.

—A mí también me encantaría.

—De acuerdo. —No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

—De acuerdo —repite. Sigue ahí plantado, con la mirada clavada en la mía, así que lo cojo de la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y me dirijo hacia mi dormitorio. Él me sigue, pero se me ocurre algo y lo miro por encima del hombro—. ¿Tienes que avisar a Jonathan?

Él niega con la cabeza.

—Lo he mandado a casa en cuanto me has abierto la puerta. —Tenía intención de pasar la noche aquí. Ha venido directamente del aeropuerto con la intención de quedarse conmigo. No debería darle tanta importancia a algo tan insignificante, pero no puedo evitarlo porque la tiene. Significa mucho para mí. No me ha abrazado, como esperaba, así que asiento y sigo guiándolo hacia mi dormitorio—. ¿Alex está aquí? —pregunta cuando llegamos a mi puerta.

—Está pasando la semana en Los Ángeles con Jaxson.

—Así que estamos solos. Qué pena —dice con tono perezoso y una sonrisa torcida.

Una oleada de emoción recorre mi cuerpo, pero no digo nada.

Echo un vistazo rápido a mi dormitorio cuando entramos. Menos mal que lo mantengo relativamente ordenado y no hay sujetadores ni bragas esparcidos por todas partes. Aunque a Cole no parece importarle el aspecto de mi dormitorio. Se queda mirando mi cama y sé lo que está pensando. Contengo la risa, le suelto la mano, voy al baño y regreso con un cepillo de dientes de repuesto.

—No tengo ninguna ropa que te quede bien.

—No pasa nada. —Ya se está desabrochando la camisa—. No tengo por qué llevar ropa si voy a dormir contigo. —Lo contemplo mientras se desnuda; mi mirada vaga por su amplio pecho y sus abdominales esculpidos. Se quita los pantalones y los calzoncillos y deja al descubierto su erección, ya medio dura, y mi vientre se contrae por la anticipación. Se echa a reír y se acerca a mí, dejándome mirarlo un instante antes de agachar la cabeza, como si fuera a besarme. En cambio, me quita el cepillo de dientes de la mano y me da un beso en la frente—. Gracias, gatita. —Me da una palmada en el trasero—. Desvístete y métete en la cama. Yo iré en un minuto. —Niego con la cabeza cuando va hacia el baño. El Cole relajado es tan embriagador como el Cole intenso. Hago lo que me ha pedido: me quito el pijama y me meto bajo las sábanas, esperando a que regrese. Cuando lo hace se detiene en la puerta, con la cabeza ladeada, observando mi silueta bajo la manta. Su mirada se desplaza hasta mi rostro y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me deja sin aliento. Ojalá supiera lo que está pensando, pero no puedo leer su expresión y, antes de que me dé cuenta, está atravesando la habitación a zancadas; levanta las sábanas y se mete en la cama—. Date la vuelta.

Me giro para darle la espalda y él me pega a su pecho, pasando su brazo por mi cintura, y me sostiene contra él. Espero con el corazón en un puño a que su mano empiece a recorrer mi cuerpo, pero no lo hace. Solo la posa sobre mi estómago y me da un beso en la coronilla. Apenas unos segundos después, su respiración se vuelve más pesada y se queda profundamente dormido.

Los pensamientos me dan vueltas en la cabeza. Nunca hemos dormido juntos sin practicar sexo antes. ¿Significa esto que él siente lo mismo que yo? La esperanza florece en mi pecho y acaricio suavemente el dorso de su mano con la punta de mis dedos. Es demasiado pronto para empezar a imaginar un futuro en el que podamos pasar más y más noches acurrucados así. Por desgracia, mi corazón no escucha esas sabias palabras. Está demasiado ocupado latiendo al ritmo del suyo.

Abro los ojos a la mañana siguiente y enfoco la mirada en los números del reloj de mi mesilla. Son las cinco y media de la mañana. ¿Qué me ha despertado tan temprano? Recuerdo la noche anterior, cuando Cole se quedó dormido a mi lado, y la última neblina se despeja de mi mente. Me doy la

vuelta y lo busco, pero no hay nadie más en mi cama. ¿He soñado que estaba aquí? Antes de que la decepción cale demasiado hondo en mí, un ruido se filtra a través de la puerta de mi dormitorio. Me siento, aferrando la manta contra mi pecho.

Otro sonido llega hasta mí. ¿Sigue Cole aquí y está haciendo algo en la cocina? Salgo de la cama y me pongo una bata corta y sedosa sobre mi cuerpo desnudo y la ato sin apretarla antes de salir de la habitación.

Mis pies se quedan clavados al suelo y el corazón me da un pequeño vuelco en el pecho. Cole está junto a la encimera, de espaldas a mí, vestido solo con unos calzoncillos, con la luz de la mañana iluminando su musculoso cuerpo. Hay cuencos, cucharas y diversos ingredientes esparcidos por la encimera, y él mira atentamente su teléfono, que está apoyado contra un tarro de galletas.

Está preparando el desayuno.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Es una reacción absurda ante alguien que solo está preparando comida, pero se trata de Cole. Ha pasado la noche en mi apartamento, durmiendo, sin follar conmigo hasta dejarme sin sentido, y ahora está haciendo todo lo posible por preparar lo que creo que son tortitas. Cualquier resistencia a lo que siento se desintegra, se desvanece como cenizas en la brisa.

Me he enamorado de él. Profundamente.

El corazón se me hincha en el pecho cuando lo veo intentar romper un huevo en el bol, maldiciendo entre dientes cuando caen trozos de cáscara.

Nunca pensé que podría amar a un hombre como él, pero lo amo. Porque él no es un hombre como él. No, eso no tiene sentido. Muevo la cabeza, tratando de ordenar el caótico torrente de pensamientos y emociones que se agolpan en mi interior.

Cole es mucho más que el multimillonario frío y arrogante que muestra al mundo, que me mostró cuando nos conocimos. Lo etiqueté y lo clasifiqué en mi cabeza y me dije a mí misma que debía tener cuidado con mi corazón cuando estuviera con él, al igual que mi madre debería haber tenido cuidado con mi padre. Pero ahora he visto al hombre que se esconde detrás de la fachada. Un hombre tan real, vulnerable y aturdido como cualquier otro. Y sí, un hombre tan capaz como cualquier otro de meter cáscara de huevo en la masa de sus tortitas.

Avanzo tan silenciosamente como puedo; él está tan absorto en ver lo que hace la persona de la pantalla que no se da cuenta de mi presencia hasta que

hago algo que no habría considerado hace unas semanas. Deslizo mis brazos alrededor de su cintura y me pego a su espalda.

Da un respingo.

—Joder. Me has asustado.

Pongo mi mejilla contra su piel cálida.

—¿Estás haciendo tortitas?

—Lo intento —refunfuña, y no puedo evitar reírme. Deja caer la cuchara y se da la vuelta entre mis brazos, de modo que ahora me tiene contra su pecho. Me mira con el ceño fruncido—. El tío del vídeo hace que parezca la hostia de fácil. Voy a llamar a Jonathan para que vaya a comprar…

Niego con la cabeza y le sonrío.

—No, de eso nada. Las haremos juntos.

Su mirada recorre mi rostro, baja hasta mi boca, luego al escote abierto de mi bata y de nuevo sube a mis ojos. Su erección, que crece rápidamente, me dice que le gusta lo que ve.

Me acaricia la mandíbula con el pulgar sin dejar de contemplar mi rostro.

—Anoche no follamos.

—Estabas agotado.

Él asiente.

—No suelo acostarme con mujeres.

Enarco las cejas.

—Creo que te has acostado con muchas mujeres.

Él niega con la cabeza.

—He follado con muchas mujeres. Nunca me he acostado a dormir con ninguna de ellas hasta que te conocí a ti.

Recorro su pecho con la palma de la mano.

—Me alegro de que vinieras aquí anoche —le digo en voz baja—. Me alegro de que durmieras en mi cama.

Él sigue mirándome, y el atisbo de recelo en sus ojos me hace un poco de daño. Es cierto que no tiene ni idea de cómo gestionar todo esto, sea lo que sea ahora. Alargo la mano, le rodeo el cuello con el brazo y hago que se acerque a mis labios expectantes.

El corazón me da un pequeño vuelco cuando su boca se aplasta contra la mía. La abro para él, poniéndome de puntillas para facilitarle el acceso. Puede que anoche estuviera demasiado cansado para tontear, pero ahora no hay rastro de ese agotamiento. Su cuerpo está duro contra el mío, su gemido vibra

en mi boca.

Me pasa las manos por la cintura y luego me agarra el trasero, apretándolo con los dedos, amasándolo. Sus manos se deslizan más abajo y me levanta para que pueda rodearlo con mis piernas y restregarme contra su erección.

—Joder, te echaba de menos. Echaba de menos esto.

—Yo también —jadeo cuando va hacia mi dormitorio.

En una demostración de fuerza que hace que mi excitación se dispare, me baja lentamente hasta la cama. Luego se queda mirándome mientras yo estoy tumbada en el colchón, con la bata apenas sujeta al cuerpo por el lazo que tengo alrededor de la cintura.

Los ojos hambrientos de Cole se posan sobre mí y un músculo se contrae en su mandíbula. Me mira fijamente durante tanto tiempo con esa expresión inescrutable en su rostro que empiezo a ponerme nerviosa.

Me incorporo, pero él niega con la cabeza.

—Túmbate, Delilah. —El tono áspero de su voz me hace apretar los muslos y obedezco. En cuanto vuelvo a echarme boca arriba, levanta un extremo del lazo que tengo alrededor de la cintura y tira lentamente para que el nudo se desate. Con el dedo índice, aparta los dos lados de mi bata, exponiéndome al calor de su mirada—. La hostia de guapa… —murmura como para sí mismo, y mi pulso se acelera en mi garganta. Estoy perdidamente enamorada de este hombre.

No tengo tiempo para pensar en mis nuevos sentimientos, porque antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me agarra por los muslos y me lleva hasta el borde de la cama.

—Cole —jadeo, pero él me ignora, se arrodilla y me abre más las piernas.

—Prepárate, gatita. No voy a parar hasta que te hayas corrido al menos tres veces.

36

DELILAH

—No sé si yo… —Estoy demasiado ocupada gimiendo cuando sus labios entran en contacto con mi piel como para terminar la frase. No estaba bromeando. En cuestión de minutos, le estoy tirando del pelo, gritando durante el primer orgasmo—. Cole, te necesito dentro de mí.

Él clava sus intensos ojos en los míos.

—Antes vas a correrte dos veces más.

—Cole, Dios mío. —Dos largos dedos se deslizan dentro de mí, me acarician y se curvan para alcanzar el punto G. Arqueo la espalda sobre la cama y me corro por segunda vez, estrechando sus dedos en mi interior.

—Una vez más —exige. Mi cuerpo sabe lo que quiere, y yo ya estoy preparándome para otro clímax, así que, cuando sus dedos abandonan mi cuerpo, la repentina falta de presión en mi interior me hace gritar en señal de protesta—. ¿Dónde guardas tus juguetes? —pregunta.

Parpadeo y lo miro, confusa.

—¿Qué?

—Esos juguetes de los que estás tan orgullosa. —Una esquina de su boca se curva hacia arriba y yo suelto un gemido y me tapo los ojos con una mano. El colchón se hunde junto a mi hombro y una mano grande y cálida se cierra alrededor de mi muñeca. Me aparta la mano para mirarme y se agacha hacia mí, apoyándose en una mano—. No te hagas la tímida ahora. La imagen de ti masturbándote con un vibrador enorme se me ha quedado grabada en la cabeza desde que me lo contaste por primera vez. Ahora quiero verlo en la vida real. Así que dime dónde están.

Aunque estoy avergonzada, también estoy emocionada. El corazón me late con fuerza contra la caja torácica, porque eso es lo que Cole me hace sentir: me hace desear desesperadamente experimentar todo lo que quiere mostrarme. Confío en que lo hará bien. Confío en él.

—En el cajón del medio. —Señalo la mesilla; él me suelta la mano, se acerca,

lo abre de un tirón y rebusca en su interior.

Tengo varios juguetes diferentes ahí: un par de mis consoladores favoritos y uno o dos vibradores. Cole encuentra el consolador más grande y lo saca. Es de color carne, realista y enorme, aunque definitivamente no es tan grande como él.

—¿Con qué frecuencia lo usas? —pregunta.

—Ya no mucho.

Me mira fijamente.

—¿No? —Me humedezco los labios y niego con la cabeza. Sin apartar la mirada de mi rostro, Cole desliza el consolador por mis pliegues resbaladizos y ya hinchados—. ¿Por qué?

—Porque… —jadeo cuando me mete la punta del juguete.

—¿Por qué? —Su voz es ronca; lo saca despacio y vuelve a metérmelo suavemente.

Trago saliva con dificultad.

—Porque ya no lo necesito.

—¿Por qué ya no lo necesitas, gatita?

—Porque… —La gira dentro de mí y yo inspiro bruscamente—. Porque te tengo a ti.

Las pupilas de Cole se dilatan, la satisfacción se refleja en su rostro.

—Así es. Me tienes a mí —dice con una voz grave y oscura. Durante unos diez segundos, nuestras miradas se cruzan y juraría que puedo ver reflejado en él lo que siento.

Finalmente, desvía la vista y la baja hasta el juguete, que ahora está moviendo más rápido, enterrándolo por completo dentro de mí con cada embestida. Está bien, pero no es él.

—Por favor, Cole.

No hace caso de mi súplica.

—Estás preciosa con este juguete dentro. Podría hacer esto durante horas.

—Te deseo. —Pero ahora mis caderas se contonean, cabalgando el juguete mientras él lo empuja dentro de mí. La presión crece en mi interior y estoy a punto de llegar, pero necesito más. Algo más que me lleve al límite—. Cole. Por favor. Te necesito.

—Quiero ver cómo te corres con esto dentro de ti. Dame eso y tendrás mi pene. ¿Puedes hacerlo por mí, gatita? —Desliza el pulgar sobre mi clítoris y me recorre una oleada de placer.

—Sí —jadeo—. Sí.

—Juega con tus pezones —ordena. Me acaricio los pechos, pasando los pulgares por los picos endurecidos, y los pellizco, lo que envía una corriente de placer directamente a mi centro—. Buena chica. Eres sexy de cojones… —La voz de Cole es áspera por el deseo, su mirada vuelve a lo que está haciendo entre mis piernas. El hambre descarnada que se refleja en su rostro mientras usa el pulgar para masajear mi clítoris es suficiente para destrozarme. Cole me mete el juguete una vez más y yo grito, arqueando la espalda mientras mis músculos internos se contraen en torno al vibrador. Mi cuerpo apenas ha terminado de temblar cuando Cole me saca el juguete y lo tira sobre la cama. Se arrodilla entre mis muslos, con la erección tan dura que roza su estómago. Se la agarra con una mano, con una expresión que casi es de dolor—. Dime que puedo tenerte sin nada entre nosotros. —Le clavo la mirada. Él sabe que tengo un dispositivo intrauterino, pero es la primera vez que menciona lo de no usar condón—. Nunca lo he hecho sin él. —Su tono es casi rudo, pero hay una crudeza en su expresión que me llega al alma y me envuelve el corazón—. Te quiero sin nada entre nosotros. Necesito… —Un músculo se le contrae en la mandíbula—. Necesito sentirte por completo.

Dios, yo también lo deseo. Mucho. Con todas las formas en que me ha tomado durante los últimos meses, que él me desee sin nada entre nosotros se me clava en el corazón.

—Yo también quiero sentirte. Quiero sentirlo todo.

Él se masturba con fuerza, como si no pudiera evitarlo.

—¿Quieres? ¿Quieres que te llene con mi semen? —Apenas tengo tiempo de articular la palabra «Sí» antes de que se eche encima de mí y me penetre con embestidas superficiales que me vuelven loca. En cuanto se clava completamente en mi interior, apoya la frente en mi pecho y gime—. Eres tan estrecha y estás tan caliente… Me vas a quemar vivo.

Mueve las caderas y los dos gemimos por lo buena que es la sensación. Se retira hasta que solo la punta queda en mi interior, dejándome vacía y desesperada por que me llene de nuevo. Entonces lo hace, con una fuerte embestida, y sus labios encuentran los míos. Hay una desesperación en sus movimientos que me hace responder con igual fervor, a pesar de que ya me he corrido tres veces. Me lame y me muerde el cuello, luego se lleva uno de mis pezones a la boca y lo chupa con fuerza y avidez.

Cada fuerte choque de sus caderas contra las mías hace que su pelvis me

roce el clítoris hipersensible, y yo lo abrazo, con mi cuerpo ya preparándose para lanzarme a un cuarto orgasmo. Pero antes de que pueda disfrutar de él, Cole se retira de mí.

—Date la vuelta —masculla.

Hago lo que me pide y me pongo a cuatro patas, deseando sentirlo de nuevo dentro de mí. Con una sola embestida, me reclama una vez más y se echa sobre mí, con una mano en mi cadera y la otra entre mis omóplatos, empujándome hasta que mi pecho queda apoyado sobre el colchón. En este ángulo me parece aún más enorme, y jadeo y gimo de forma incoherente.

Desliza su dedo dentro de mí, junto a su polla, y el escozor del aumento de la tensión me hace inspirar bruscamente. Pero no lo mantiene ahí. Lo siguiente que sé es que está pasando ese dedo lubricado por mi excitación contra el estrecho anillo de músculos entre mis nalgas, y me quedo paralizada.

Me ha tocado ahí antes y, aunque todavía me pone nerviosa, sé lo bien que sabe jugar con mi cuerpo. Inspiro hondo y me relajo, lo que me vale un gruñido de aprobación que vibra en cada molécula de mi interior.

Su dedo presiona para deslizarse en mi interior y yo me retuerzo y grito cuando me penetra por detrás, hundiéndolo lentamente hasta el primer nudillo. Lo saca suavemente y lo vuelve a meter, con su pene todavía embistiéndome lánguidamente, hasta que la sensación extraña se transforma en una presión placentera.

Dios, ¿qué dice de mí que me siente tan bien llegar al orgasmo así?

Él lo sabe.

—¿Te gusta eso, gatita? ¿Te gusta tenerme en tu sexo y en tu trasero?

—S-sí —consigo decir.

Empuja el dedo más adentro y luego lo saca para poder añadir otro. Es más presión, y me quedo quieta de nuevo, hasta que me acostumbro a la sensación. El movimiento de sus caderas se ha ralentizado y se desliza lentamente dentro y fuera de mí, concentrado en mi trasero, retorciendo sus dedos dentro de mí, estirándome.

Contoneo las caderas, deseando que vuelva a moverse, a punto de llegar al orgasmo, pero sin conseguirlo, y él se echa sobre mí, apoyando un brazo en el colchón para poder susurrarme al oído.

—Quiero follar contigo por aquí, Delilah —dice, con otra embestida de sus dedos—. Quiero reclamar cada centímetro de ti. Solo cuando esté enterrado hasta el fondo en tu interior dejaré que te corras de nuevo. Y créeme, tendrás

un orgasmo muy fuerte.

Tengo los ojos muy abiertos y la garganta seca.

—No lo sé… Nunca lo he hecho.

—Lo sé —dice él—, pero lo harás por mí. Y te encantará. Fui el primero en tener tu sexo. Seré el primero en tenerte por aquí. —Sus dedos empujan más profundamente y su pene se entierra más en mí, casi exploto en ese momento, pero él se detiene de nuevo, y yo grito de frustración—. Dime que lo quieres —exige—. Suplícame que te haga correrte con mi pene en tu trasero.

—Dios, sí, por favor. ¡Fóllame por detrás, Cole! —Nunca pensé que le diría esas palabras a nadie. Pero Cole no es cualquiera. Confío en que me hará sentir bien. Si dice que voy a correrme con ganas, le creo. Y como él ha dicho, yo también quiero compartir esta primera vez con él.

—Estás chorreando. Ni siquiera necesitaré lubricante. Iré tan despacio como pueda durante todo el tiempo que pueda, ¿vale?

—Vale.

Sus dedos recorren mi columna vertebral y me da un suave beso en un omóplato. La ternura de su caricia hace que mi corazón se acelere y se me dispara el pulso por la nerviosa expectación. Se retira completamente de mí, dejándome vacía. Antes de que pueda protestar, me mete los dedos, los empapa con mi excitación y extiende la humedad en mi trasero. Puedo sentir lo mojados que están sus dedos, lo mojada que estoy yo, y me echo a temblar al pensar en lo que va a pasar. Cuando miro por encima del hombro, él se está acariciando, con la mano envuelta alrededor del miembro resbaladizo.

Sus ojos se encuentran con los míos y me da un vuelco el estómago al verlos: arden de calor, pero hay algo más en ellos. Una intensidad emocional que acelera mi corazón tanto como enciende mi cuerpo. Me distraigo cuando pone la cabeza roma de su erección contra mí. Contengo la respiración cuando su corona se abre paso a través del estrecho anillo de músculos y gimo cuando mi cuerpo se contrae alrededor de la intrusión.

—Joder —gruñe—. Estás tan apretada… Relájate, gatita, déjame entrar. —Intento hacer lo que me dice y, poco a poco, mis músculos se relajan. Cole empuja más profundamente, centímetro a centímetro, llenándome hasta que creo que no puedo aguantar más. Entonces empuja aún más y la tensión dentro de mí se rompe. Me dejo llevar por completo, permitiendo que las nuevas sensaciones que recorren mi cuerpo se apoderen de mí—. Eso es, preciosa. Esto es increíble. —Suelta un suspiro entrecortado—. Tú eres

increíble.

Cierro los ojos y mi corazón se expande aún más ante la emoción que estoy segura de haber captado en su voz. Al principio se mueve lentamente, dejándome que me adapte a él antes de acelerar el ritmo. Una vez que empiezo a moverme con él, me rodea la cintura con un brazo y encuentra mi clítoris con la otra mano y lo acaricia con la presión perfecta. Se adentra más en mí con cada movimiento de sus caderas, acelerando el ritmo hasta que la chispa del orgasmo cobra vida en lo más profundo de mi ser.

El movimiento experto de sus dedos y las embestidas implacables pronto me tienen jadeando y suplicando por más. Me tiembla el cuerpo entero. Es algo completamente nuevo, una sensación intensa diferente a todo lo que he experimentado antes.

Y Cole sabe muy bien lo que está haciendo; me provoca hasta que estoy al borde del orgasmo varias veces, y luego se retira lo suficiente para evitar que me derrumbe. Cada vez parece que llega más profundamente dentro de mí, y a medida que mis paredes internas se estrechan a su alrededor, me acerco cada vez más a ese placer explosivo.

—¿Vas a correrte para mí, Delilah? —pregunta.

—Sí. Dios mío, sí. Estoy a punto.

—Buena chica. —Me agarra del pelo y me hace echar la cabeza hacia atrás para buscar mis ojos—. Estás preciosa conmigo enterrado en tu trasero.

Un gemido se escapa de mis labios al oír sus palabras. Con cada respiración entrecortada, la tensión irradia de cada músculo bien definido de su cuerpo. Su ritmo se acelera hasta que sus caderas chocan contra mí con cada embestida, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Apenas puedo pensar con claridad.

Cole me pasa los dedos por el clítoris y una sensación completamente nueva se apodera de mí: un torbellino de calor y éxtasis. Este orgasmo va a ser diferente a todos los que he experimentado antes, y mis músculos ya tiemblan mientras me acerco al punto de no retorno.

Cuando llega, mi cuerpo se tensa y grito, devastada. Me contraigo alrededor del pene de Cole y él maldice. Sin nada que llene mi sexo, mis músculos internos se tensan alrededor de la nada. Un grito de sorpresa se escapa de mis labios cuando un chorro de líquido me moja los muslos.

El gemido grave de Cole es casi salvaje.

—Eso es, gatita. Empápame, joder. —Sus dedos continúan su movimiento,

provocando más espasmos, más chorros—. Eres perfecta, Delilah. La hostia de perfecta.

La última palabra es mitad gruñido, mitad rugido, mientras me embiste una última vez. Luego grita, temblando, y se desata dentro de mí.

Cuando termina, estoy hecha un desastre, débil, temblorosa y chorreante. Tengo las extremidades débiles y me derrumbo sobre la cama; Cole cae detrás de mí y cubre mi cuerpo con el suyo. Se retira lentamente, y la sensación me provoca un escalofrío; luego me rodea con sus brazos y nos damos la vuelta para quedar tumbados de costado, uno frente al otro.

Las sábanas que tengo debajo de mí están mojadas y la vergüenza me quema la piel. Aunque él parecía disfrutar de cómo reaccionaba mi cuerpo, yo he ensuciado la cama y a él también. Cierro los ojos y apoyo la frente en su pecho para no tener que mirarlo a los ojos.

Mientras me acaricia suavemente la espalda, se me hace un nudo en el pecho. Mis sentimientos están enredados: mis sentimientos por él, por lo que acabamos de hacer, por lo que acabo de hacer. Es demasiado.

Intento tragarme el sollozo, pero se me escapa.

Cole se queda paralizado.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Niego con la cabeza, pero estoy a punto de soltar otro sollozo, así que aparto la cabeza de su pecho y entierro la cara en las sábanas. Cole se incorpora y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está haciendo, hace que me incorpore y me acuna en sus brazos. Me levanta la barbilla. Su mandíbula está tensa, pero sus ojos están tormentosos por la emoción—. ¿Te he hecho daño? —insiste. Niego una vez más y su rostro se relaja y la tensión de sus hombros se afloja—. Entonces, ¿qué pasa? Estoy casi seguro de que he interpretado bien las señales y de que lo has disfrutado. —Sus labios se curvan un poco, dejando entrever un atisbo de satisfacción.

Me tapo los ojos con la mano.

—Nunca había hecho algo así antes —murmuro.

Como antes, me coge la muñeca y me aparta la mano. Frunce el ceño.

—Ya sé que era tu primera vez con el sexo anal, así que supongo que lo que quieres decir es que nunca habías eyaculado antes. —Asiento y una sonrisa salvaje se dibuja en su rostro. Me pasa los dedos por el pelo y me agarra por la nuca, clavándome la mirada—. Bien. Eso significa que también puedo apuntarme esa primera vez. Pensar en que podías haberle ofrecido algo tan

increíble a un hombre como Paul me daba ganas de hacerlo pedazos. —No sé si reír o llorar. Su mirada se suaviza y su expresión se vuelve casi tierna. Si es que «tierno» es una palabra que se puede usar para describir a Cole—. No tienes nada de qué avergonzarte, Delilah. Nada. Eres la mujer más sexy que he conocido. Y lo que acabamos de hacer, la forma en que te has entregado por completo a mí, confiando en que yo cuide de ti… Joder. Eso lo es todo.

Por fin me relajo y le sonrío.

—Ha sido increíble. —Deslizo los dedos por su barbilla sin afeitar—. Todo lo que me haces me parece increíble. Aunque… —me muevo entre sus brazos y hago una mueca de dolor— creo que voy a recordar esto durante bastante tiempo.

—Bien. Quiero que recuerdes cuánto de ti misma me has dado. —Su sonrisa pícara se desvanece y la intensidad de su mirada me consume, haciendo que el corazón me lata de forma errática en el pecho. Me acaricia la mandíbula con el pulgar, con los ojos oscuros y serios—. Delilah, yo… —Me quedo sin aliento esperando a escuchar lo que va a decir. Frunce el ceño y traga saliva. Hay algo en su expresión que no había visto antes. Algo que me provoca una tensión en el pecho. Por un instante, cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, esa mirada ha desaparecido y su sonrisa burlona ha regresado—. Odio admitirlo, pero creo que voy a necesitar tu ayuda para terminar con las tortitas. No creo que pueda hacerlo solo.

Me echo a reír, aunque no es lo que esperaba oír.

Pero después de cómo me ha reclamado por entero, de las cosas que me ha dicho, incluso de la forma en que me ha abrazado, tengo que creer que él también siente lo mismo que yo.

37

COLE

Miro por la ventanilla los coches que pasan, agotado. A pesar de que anoche dormí profundamente —fue la mejor noche de sueño que he tenido en mucho tiempo—, el *jet lag* me ha despertado temprano y ahora estoy derrotado.

Jonathan gira la limusina hacia mi ático, y tengo que resistir la tentación de decirle que dé la vuelta y me lleve de nuevo al apartamento de Delilah. Aunque le he dicho que se tomara el día libre, teniendo en cuenta que la tuve despierta hasta tarde y que hoy la he cansado incluso de que empezara el día, ella ha insistido en arreglarse e ir a trabajar. Incluso ha rechazado mi oferta de llevarla a la oficina; me ha dicho que me fuera a casa a deshacer las maletas.

Recuesto la cabeza y cierro los ojos, reviviendo el recuerdo de ella debajo de mí esta mañana, experimentando de nuevo esa abrumadora necesidad de poseer cada parte de ella. Y no ha sido solo el deseo de estar lo más cerca posible de ella físicamente: ha sido cómo me sentí al tenerla en mis brazos después; cuando ha llorado, he sentido una opresión en el pecho que me impedía respirar, pero al segundo siguiente, mi corazón latía con más fuerza mientras ella me sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

Estoy totalmente enganchado a ella. Gimo y me paso la mano por los ojos. No, ella es más que una adicción, eso es solo la excusa que me he puesto a mí mismo por desearla como lo hago.

Esta mañana he estado a punto de decirle que la quería, pero las palabras se me han atascado en la garganta. Nunca creí que querría confesarle eso a alguien, y haber estado tan cerca de dejarlo escapar me ha conmocionado. Tengo que resolver este asunto y averiguar qué significa para nosotros dar un paso adelante, porque ahora mismo estoy en terreno desconocido con ella. Lo único que sé es que lo que siento por Delilah va mucho más allá de lo que he sentido por nadie antes.

Suena el teléfono y me lo saco del bolsillo. Es Roman.

Roman: *Tienes que venir a la oficina.*

Yo: *Estaba a punto de pasar por casa. ¿Qué ocurre?*

Roman: *Es mejor que hablemos en persona.*

Yo: *Estaré ahí en veinte minutos.*

Le digo a Jonathan que me lleve a King Plaza, preguntándome qué será tan urgente que no pueda esperar hasta esta tarde.

Cuando entro en la *suite* ejecutiva de Roman, él me está esperando sentado en uno de sus sofás de cuero, con un café humeante delante de él. Me sirvo una taza, ya que por su expresión intuyo que voy a necesitar estar lúcido, y me siento en el otro sofá que está frente a él.

—¿Cuál es la emergencia? Ya te he dado todos los detalles de cómo fue todo —pregunto después de dar un sorbo.

Roman se echa hacia delante, con expresión seria.

—En parte tiene que ver con eso. —Hace una pausa antes de continuar—. Berrington me llamó ayer. Fue directo al grano y dijo que está considerando seriamente retirar su inversión en King Group.

—Pero ¿qué coño…? —Dejo la taza de café y me paso las manos por la cara —. Estamos cumpliendo los plazos previstos. Nuestras cifras son buenas. ¿Qué le pasa?

Roman se encoge de hombros.

—Que quiere invertir en Steele Enterprises.

—Organizaré una reunión. Tranquilízalo con respecto a nuestras previsiones.

—No servirá de nada. Fue bastante claro con sus intenciones. Dijo que quiere invertir su dinero en una empresa que beneficie a su familia en el futuro.

Me recuesto en mi silla.

—De acuerdo, bueno, aún tenemos más opciones.

—Por eso quería hablar contigo —responde Roman—. Berrington mencionó tu relación con Jessica. Dijo que si nuestras familias estuvieran más unidas, eso podría animarlo a mantener sus inversiones.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada, pero cuando me doy cuenta de que Roman no se está riendo conmigo, dejo de hacerlo. Ni siquiera sonríe.

—No puedes hablar en serio.

Roman frunce el ceño.

—Por supuesto que hablo en serio, joder. Que te comprometas con Jessica es la forma más rápida y fácil de volver a encarrilarlo todo. Todos nuestros inversores se mantendrán, completaremos el desarrollo a tiempo y dentro del presupuesto, todo el mundo se olvidará de la situación con papá y podremos superar toda esta mierda.

—Jessica y yo no tenemos una relación. No me voy a casar con ella.

—No has salido oficialmente con ella, pero lleváis años follando. —Roman entrecierra los ojos—. ¿No crees que a Berrington le gustaba veros juntos en los eventos? Esta alianza tiene sentido y le proporciona la conexión personal que busca. Jessica forma parte de nuestro mundo y sabe lo que se espera de ella. Y ya es hora de que pienses en sentar la cabeza.

—Puede que Jessica y yo hayamos follado, pero no tengo ningún interés en pasar el resto de mi vida con ella. ¿Por qué no te casas tú con ella?

Roman frunce el ceño.

—Yo ya me he casado una vez y no voy a volver a hacerlo. Y Jessica te quiere a ti, no a mí, ni tampoco a Tate. —Me doy cuenta de que habla en serio y mi mente se dirige inmediatamente a Delilah: a la sensación de tenerla en mis brazos esta mañana, al sabor de sus labios, a la forma en que se entrega a mí, con tanta confianza, a su expresión cuando me sonríe…—. ¿Dónde está el problema? —pregunta Roman, con tono impaciente—. Jessica es hermosa, podemos aprovechar su riqueza y sus contactos, y ya sabes que sois sexualmente compatibles. ¿Qué más se puede pedir?

—A ti no te funcionó tener todo eso, ¿verdad?

—No se trata de lo que me funcionó o no me funcionó a mí —dice, tamborileando con los dedos sobre la rodilla—. Dime que esto no tiene que ver con tu arquitecta. —Lo miro fijamente y mi silencio debe de decirle todo lo que necesita saber. Él suelta un gruñido—. Tiene una cara bonita y, al parecer, debe de ser la hostia en la cama. Si no fuera así, no estarías dudando tanto. —Aprieto los puños—. Pero no pensarás decirme que estás dispuesto a anteponerla a esta empresa, ¿verdad? Este es nuestro legado. King Group es lo que somos.

He hecho mucho por esta empresa, pero casarme con Jessica es pedir demasiado. Suelto un suspiro.

—Esa no puede ser la única opción.

—Puede que haya otras, pero ninguna que no afecte negativamente a los beneficios en el futuro.

—¿No crees que ya tenemos suficientes beneficios? —mascullo.

Él arquea las cejas.

—No, no lo creo. Y les prometimos a nuestros inversores que el arresto de papá no afectaría a nuestros resultados. Si rompemos esa promesa, iremos cuesta abajo y sin frenos. —No respondo y repaso el resto de las opciones en mi cabeza. Roman se recuesta en su asiento y me mira con frialdad—. No me puedo creer que estés dejando que un puñetero ligue te afecte de esta manera. ¿En qué coño estás pensando?

—Estoy pensando que quizá haya algo más en la vida que el trabajo, el dinero y el sexo —respondo bruscamente, y me freno de golpe, sorprendido por mis propias palabras.

Roman resopla con desdén.

—Entonces, eres un idiota. El amor no es más que una fantasía en la que a la gente le gusta creer para sentirse mejor con su vida. Claro, puedes conocer a alguien que te atraiga. El sexo es bueno, tu cuerpo empieza a producir sustancias químicas y, de repente, te engañas a ti mismo creyendo que hay algo más profundo entre vosotros. ¿Y luego qué? Te casas, solo para descubrir que, cuando desaparece el subidón químico, todo era solo una ilusión. Tu guapa esposa nueva empieza a disfrutar más gastando tu dinero que follando contigo. Lo que te convenciste a ti mismo que era amor se convierte en indiferencia. Al final, te quedas atrapado en un matrimonio sin amor, como nuestros padres y todas las demás parejas que conocemos. Tienes aventura tras aventura, o te separas y vuelves a follar con mujeres al azar. De cualquier manera, el resultado es el mismo.

—Qué cínico eres —replico, rechinando los dientes, aunque las palabras de Roman han ido directas al corazón de todas mis dudas. Después de todo, hasta hace poco eso era justo lo que yo creía. El hueco que se está formando en mi corazón me dice que, en el fondo, quizá siga creyéndolo.

—Soy realista —responde Roman—. Jessica es preciosa, sabes que los dos disfrutáis del sexo juntos y ella tiene su propio dinero, así que no intentará sacarte todo lo que pueda.

Siento una punzada de ira latiéndome en las sienes.

—Delilah no es una cazafortunas.

Él me ignora.

—Lo que le das a Jessica es una poderosa alianza que la eleva a las altas esferas de la sociedad. Conseguimos el compromiso de su padre de mantener su inversión, lo que protege lo único que tiene valor en esta familia. Por favor, no me digas que lo dejarías pasar por algo que es completamente reemplazable. Es la mejor opción que tenemos sin comprometer la situación financiera de la empresa, y si eso no es motivación suficiente, entonces no eres el hombre que pensaba que eras. —Me recuesto en mi asiento. ¿Roman tiene razón?—. Te diré algo. —Por primera vez en mucho tiempo, veo algo más que indiferencia o ira en sus ojos grises. Sea lo que sea lo que esté a punto de decir, tengo la sensación de que no es algo que comparta a menudo—. Cuando me casé con Katherine, me convencí a mí mismo de que la amaba y de que ella me amaba a mí. —Me invade la sorpresa. No tenía ni idea de que Roman sintiera algo auténtico por Katherine—. Solo tardé unos meses en darme cuenta de que la mentira que me contaba a mí mismo se estaba desmoronando —continúa, con la mirada perdida—. Fuera lo que fuese lo que sentíamos al principio, no era amor. Si lo hubiera sido, no se habría convertido en odio tan rápidamente.

No tenía ni idea de todo eso. Niego con la cabeza. ¿En qué momento mis hermanos y yo nos convertimos en unos puñeteros desconocidos? Noto una opresión en el pecho que no había sentido en mucho tiempo: la sensación de pérdida ante la que me insensibilicé hace años, cuando me di cuenta de que preocuparme por la gente y esperar que ellos se preocuparan por mí era una tontería.

—¿Por eso te divorciaste? Porque acabas de decirme que el amor no es importante. ¿Por qué iba a importar que os odiarais?

Él duda.

—Dicen que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Quizás si lo único que hubiéramos sentido el uno por el otro fuera indiferencia, hoy seguiríamos casados. Pero el odio es diferente. Ver los ojos de la mujer que creía que me conocía mejor que nadie llenos de repugnancia y saber que ella veía lo mismo cada vez que me miraba… Eso era inaguantable. Así que aprende de mis putos errores. Cásate con la mujer por la que sientes indiferencia y nunca te decepcionarás cuando te des cuenta de la verdad. —Toda la calidez que me invadía después de haber estado con Delilah se desvanece ante la confesión de Roman. Él me sostiene la mirada—. Empiece como empiece un matrimonio, siempre acaba igual. Es mejor tratarlo como la

fusión empresarial que es desde el principio y no sufrir ninguna decepción por el camino. —¿Su voz tiene un tono amargo? No me importa lo suficiente como para pensar en ello en este momento. Estoy demasiado ocupada imaginando cómo la luz de los ojos de Delilah se desvanece y se convierte en fría indiferencia, igual que la mirada que siempre se dirigían mis padres. La mirada con la que siempre nos miraban a nosotros. Algo punzante se retuerce en mi pecho y un sonido sordo resuena en mi cabeza: el último clavo que se clava en un ataúd—. A veces hay que tomar decisiones difíciles en la vida, decisiones que hacen más daño de lo que deberían. —Roman hace una pausa, estudiando mi rostro, y no estoy seguro de si lo que brilla en sus ojos es simpatía o algo más—. Delilah encontrará a alguien que la quiera más de lo que tú jamás podrías, y Jessica nunca te querrá lo suficiente como para odiarte.

—¿Cuál es el acuerdo? —Mi voz es firme, aunque siento cómo un muro de hielo se levanta alrededor de mi corazón. Mientras Roman habla de anuncios y porcentajes de inversión, cierro los ojos con fuerza y echo la cabeza hacia atrás en mi asiento.

Intento no pensar en la expresión de Delilah, en su sonrisa, en su voz, en su risa.

Porque, al fin y al cabo, sigo siendo el mismo hombre que era antes de conocerla.

Y sé lo que tengo que hacer.

38

DELILAH

Suena el timbre y se me acelera el corazón; es una reacción a la que todavía no me he acostumbrado. Después de echar un vistazo rápido al espejo para peinarme con los dedos, abro la puerta principal. Siento un cosquilleo en el estómago y se me seca la boca cuando veo a Cole.

Han pasado dos días desde la última vez que estuvo aquí. Dos días desde que hicimos tortitas en mi cocina y nos las comimos, conmigo sentada en su regazo. Más tarde, ese mismo día, me llamó al trabajo para cancelar nuestros planes del fin de semana, diciéndome que tenía que resolver un asunto, así que cuando he recibido un mensaje suyo hace una hora preguntándome si podía venir, me he emocionado. Cada vez me resulta más difícil estar apartada de él, y espero que esto signifique que él siente lo mismo.

Le sonrío y luego me pongo de puntillas para besarlo.

Sus manos se posan en mi cintura, sus dedos se clavan en mi piel, pero no me pega a él como yo esperaba. Tiene la mandíbula tensa, con ese familiar tic en el músculo. Me invaden los nervios y trago saliva.

—¿Quieres pasar?

Él asiente y me sigue hasta la pequeña sala de estar. Me siento en el sofá, pero él permanece de pie, así que me levanto de un salto porque no quiero estar en desventaja. Es lo que solía sentir ante él, antes de que todo esto comenzara. Un temor gélido se instala en mi pecho.

—Delilah… —Se pasa la mano por la boca, pero no continúa. Se limita a mirarme con los labios apretados.

Sé lo que va a decir. Mi instinto me lo grita con tanta fuerza que me provoca auténtica ansiedad.

—Dilo. —Me siento aliviada cuando mi voz solo tiembla un poco; espero que él no se dé cuenta—. Sea lo que sea, dilo ya.

Carraspea.

—Sé que es repentino, pero ha llegado la hora de que terminemos con lo

nuestro.

Aunque sabía lo que iba a pasar, siento un dolor insoportable en el corazón. Intento inspirar hondo, pero el aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿Por qué? Pensaba… Es decir, la última vez que estuvimos juntos… —No encuentro las palabras que necesito.

—Jessica y yo…

Tenso la espalda.

—¿Qué pasa con Jessica? —Sus ojos arden con una emoción desconocida y no aparta la vista de mí—. ¿Qué pasa con Jessica? —exijo de nuevo—. Si vas a decir algo que sabes que va a hacerme daño, hazlo de una vez, por el amor de Dios.

Cierra los ojos.

—Jessica y yo nos vamos a comprometer. Quería que lo supieras antes de que se anunciara oficialmente.

Por un segundo, no puedo procesar sus palabras y mi mente y mi cuerpo se paralizan. Un latido después, el dolor y la traición me calan hondo y derriban todos los frágiles muros que había levantado para prepararme.

—¿Qué…? —Mi boca forma la palabra, pero yo no tengo aliento para forzar el sonido. Lo intento de nuevo—. ¿Qué quieres decir? Me dijiste que no había nada entre vosotros. Me dijiste que ya no te acostabas con ella. Me lo dijiste. Me lo prometiste. —Mi cabeza me grita que me mantenga firme sin suplicarle que cambie de opinión. Me dice lo que ya sé: él está decidido y nada de lo que yo diga va a cambiar las cosas. Me dice que me arrepentiré de haberle suplicado tan pronto como él salga por la puerta. Todo eso lo sé. Pero mi corazón… Mi corazón late con un ritmo que no puedo ignorar y me empuja a luchar por algo que, de alguna manera, todavía cree que vale la pena. Así que abro la boca y le suplico mientras las lágrimas que no puedo contener resbalan por mis mejillas—. Por favor, Cole. Por favor, no hagas esto. Creía que lo nuestro funcionaba. Creía que sentías lo mismo que yo…

Él niega con la cabeza antes de que termine de hablar.

—No, Delilah. No hagas esto más difícil de lo que ya es. Esto iba a terminar en algún momento, y lo sabes. Los dos lo sabíamos.

Mi corazón se rompe en mil pedazos. Mi cabeza quizá lo creyera, pero mi corazón sucumbió a la esperanza hace mucho tiempo. Mi corazón, tan mentiroso como el hombre que tenía delante. ¿Es así como se sintió mi madre cuando mi padre la abandonó porque ella no encajaba en su vida? ¿Porque

nosotras no encajábamos en su vida?

Esa idea es suficiente para que me controle. Trago saliva, me seco las lágrimas de las mejillas y asiento.

—Ya puedes irte.

Sus hombros se tensan, pero no se mueve. Se queda ahí, mirándome, con las manos apretadas a los lados. No me importa si esto no es fácil para él. No me importa si no tenía intención de hacerme daño. Ha sido él quien ha elegido esto, así que puede sufrir las consecuencias.

Me doy media vuelta y voy hacia la puerta; unas lágrimas traicioneras manan de mis ojos y ya no intento reprimirlas, porque esta será la última noche que me permitiré llorar por Cole King. Abro la puerta y la mantengo así esperando a que pase, pero él sigue sin moverse.

—Delilah, yo… —murmura con voz ronca.

—Vete, Cole. No te quiero en mi casa. No te quiero en mi vida. ¿Quieres que terminemos? Pues hemos terminado. Así que aléjate de mí.

Algo centellea en su expresión, pero se pone en marcha. Aparto la mirada cuando se acerca y me aferro al pomo de la puerta, esperando el momento en que pueda cerrarla de golpe detrás de él y romper a llorar sin que me vea.

Pero ni siquiera me da esa oportunidad. Se detiene frente a mí y yo cierro los ojos porque no quiero ver lo que hay en los suyos.

El calor de la palma de su mano en mi mejilla me hace estremecerme. Separo los labios cuando me acaricia con el pulgar y me seca las lágrimas que no he conseguido retener. Aparto la cabeza bruscamente, mirándolo, sorprendida de que se atreva a tocarme así, como si tuviera derecho, como si aún pudiera ser tierno conmigo.

—Lo siento —dice con voz ronca. Y luego se va.

Cierro la puerta con llave, como si pensara que va a volver a entrar y a decirme que todo ha sido un terrible error. Luego me tambaleo hasta la sala de estar, me acurruco en el sofá y lloro.

39

DELILAH

Gracias a Dios, la fase de diseño del proyecto está a punto de terminar. En dos semanas todos los planes detallados estarán finalizados y podré largarme de aquí. De este edificio y de Nueva York. Al menos temporalmente. O quizás para siempre.

Han pasado dos semanas desde que Cole me rompió el corazón. Una semana desde que se hizo pública la noticia del compromiso, y no lo he visto desde que se marchó de mi apartamento. Tate ha dirigido las reuniones semanales, para mi gran alivio. Tener que sentarme frente a Cole en este momento sería insoportable.

A la mañana siguiente de la visita de Cole, me armé de valor y hablé con Paul, notificándole mi intención de tomarme una excedencia después de que se firmaran los diseños finales. Por mucho que me gustaría quedarme durante la fase de construcción, tengo el corazón demasiado roto para permitírmelo. La idea de encontrarme con Jessica en el edificio, o peor aún, con Cole y Jessica juntos, es demasiado para mí. En lugar de eso, me iré a casa a pasar un tiempo con mi madre y quizá haré algunas entrevistas en estudios de arquitectura de la zona.

Tampoco se trata de que no me guste Nueva York y vivir con Alex, pero echo de menos a mi madre, y ahora, con Paul y Cole recordándome constantemente mis malas decisiones, parece que quizá mi hogar es donde debería estar. Puede que ya no vea a Cole, pero este edificio sigue impregnado de su presencia.

—Delilah —dice Paul, apareciendo junto a mi escritorio.

Dejo el bolígrafo y giro la silla para mirarlo.

—¿En qué puedo ayudarte, Paul?

Él frunce el ceño ante mi tono seco, como hace últimamente cuando hablamos. Como si le sorprendiera que no quiera cruzar con él más palabras de las necesarias.

—¿Recuerdas que hace un tiempo te dije que King Group había presentado nuestros conceptos de diseño a los H+ Design Awards? —Asiento—. Bueno, la buena noticia es que ahora somos finalistas, así que nos han invitado a la ceremonia de entrega de premios. Es el fin de semana antes de que te vayas de vacaciones, pero se espera que asistas como miembro del equipo de diseño.

—Entendido —respondo. Se da la vuelta para marcharse, pero lo detengo —. ¿Estará…? —Carraspeo—. ¿Estará C… el señor King allí?

Él sabe lo que estoy preguntando y no oculta la satisfacción en su expresión.

—Por supuesto. Van a asistir todos. Y estoy seguro de que Cole querrá presumir de su encantadora y flamante prometida.

No me permito reaccionar, sabiendo que eso es lo que él quiere. Y cuando no lo hago, suspira y se marcha. Vuelvo a mi ordenador, cierro los ojos e inspiro hondo. Esto va a ser una pesadilla.

Para sentirme mejor, compruebo dos veces los vuelos a casa y luego abro el correo que recibí hace tres días de un socio senior de Abbott-Bennett, una de las empresas de arquitectura más prestigiosas de Raleigh. Lo ojeo rápidamente, mordiéndome el labio.

«Estimada Delilah:
Muchas gracias por tu interés en nuestra empresa. He revisado tus credenciales y logros, y debo decir que estoy muy impresionado. Como has comentado que estarás por la zona dentro de unas semanas, nos encantaría concertar una cita para que nos conozcas, a mí y a los demás socios. Si te interesa, ponte en contacto con mi asistente y fija la fecha y la hora que te vayan bien. Le he dado tus datos y estará esperando tu llamada».

He estado posponiendo esa llamada. No se trata de que esa empresa no sea un lugar maravilloso para trabajar, sino de que siento que estoy huyendo de Nueva York con el rabo entre las piernas. Aunque me encanta la idea de vivir más cerca de mi madre, sé que una parte de mi corazón siempre estará aquí, en Nueva York.

¿O es con Cole?

No puedo pensar así. Cole me rompió el corazón y me echó los pedazos a la cara, eligiendo estar con una mujer en la que me dijo que no estaba interesado. O me mintió entonces, o los sentimientos que yo creía que tenía por mí solo estaban en mi cabeza. Porque es imposible que se case con Jessica si siente por mí lo mismo que yo siento por él.

Lo mismo que yo sentía por él.

La punzada de dolor que siento en el pecho me reafirma en mis intenciones. En cuanto llegue a casa esta noche, llamaré y concertaré una entrevista.

—¿Tengo que ir? —protesto. Han pasado dos semanas y mis diseños para el hotel han sido oficialmente aprobados y enviados al equipo interno de planificación de la construcción de King Group.

En una rara muestra de agradecimiento, Cole ofrecía esta noche una extravagante cena para celebrar el duro trabajo del equipo, pero he alegado que tenía migraña y me he ido a casa. Paul ha intentado obligarme a asistir, pero me he negado. Ya es bastante malo tener que ver a Cole mañana en la ceremonia de entrega de premios. La idea de sentarme frente a él durante horas esta noche me resulta intolerable.

—Sí, tienes que ir —dice Alex, volviendo al tema de conversación. Me mira con severidad—. No le dejes ganar. Entrarás allí con la cabeza bien alta, como la mujer valiente, hermosa y talentosa que eres.

Me dejo caer sobre la cama mientras ella se dirige a mi armario y empieza a rebuscar bruscamente entre mis vestidos uno adecuado para la ocasión. Emite un sonido de aprobación y saca uno, sosteniéndolo ante ella con expresión evaluadora. Luego se da la vuelta y me lo muestra.

—Te pondrás este. Estarás impresionante. Lo dejarás sin habla. Y le harás arrepentirse de cada una de las decisiones que ha tomado en el último mes. Joder, quizá de toda su vida.

Cojo el vestido y la miro.

—¿Y si no es así? ¿Y si me mira, luego mira a Jessica y piensa: «Gracias a Dios que tomé la decisión correcta»?

Alex se acerca, me quita el vestido de las manos y lo coloca con cuidado sobre la cama antes de abrazarme.

—No importa, Dee, porque lo que él piense es irrelevante. Tienes mucha vida por delante y, como él es un imbécil y obviamente no es tu media naranja, eso significa que aún te espera un gran amor en el horizonte. Algún día conocerás al hombre de tus sueños y Cole será un recuerdo lejano. Estará casado con esa zorra y llevará una vida horrible. —Me dedica una sonrisa sincera—. Solo tenlo presente, actúa como si él no te importara y piensa que vas a superar esto, y, cuando acabe, serás más fuerte.

Me animo y le doy otro abrazo rápido.

—Muchas gracias.

—No hay por qué darlas, cariño. —Se sienta a mi lado—. Sé que probablemente no sea el mejor momento, pero tengo buenas noticias.

—Me vendría bien escuchar buenas noticias, así que suéltalas.

Su sonrisa es radiante.

—Jaxson me ha llamado esta mañana y él y los chicos han decidido no mudarse a Los Ángeles. Van a establecerse en Nueva York.

—Dios mío, Alex. ¡Es fantástico! —Esta vez soy yo quien la abrazo.

Su risa suena un poco nerviosa.

—Me ha dicho que me ponga las pilas y busque apartamentos para que vayamos a verlos.

Estoy muy contenta por ella, de verdad, y me aseguro de ocultar lo mucho que me duele el corazón. Aunque el dolor en mi pecho es abrumador en este momento, la sonrisa en el rostro de Alex me da un atisbo de esperanza de que algún día se aliviará y yo sentiré la misma felicidad que ella.

Espero que ese pequeño destello sea suficiente para ayudarme a superar el día de mañana.

Me tiemblan las manos cuando cojo una copa de champán de la bandeja de la camarera. Hombres y mujeres bien vestidos llenan el salón de baile, charlando de arquitectura. En cualquier otro momento, me encantaría hacer contactos y discutir los entresijos del diseño sostenible, pero esperar el momento en que Cole y Jessica hagan su aparición me pone de los nervios. Aún no los he visto, y toda la bravuconería que Alex me inculcó ya ha empezado a desvanecerse.

—Hola, Delilah.

Me doy la vuelta y frunzo el ceño.

—No me interesa hablar contigo, Paul. —Miro a mi alrededor—. ¿Dónde está Philippa?

Él frunce el ceño.

—Ya no estamos juntos.

No finjo interés.

—Lo siento por ti.

—No seas así —dice, acariciándome el antebrazo con la punta de los dedos —. Ella nunca fue como tú. No sé en qué estaba pensando.

—Yo sí. Pensabas que podías tenerlo todo. Estabas equivocado. Ahora te agradecería que me dejaras en paz.

—Delilah —comienza a decir, pero antes de que pueda continuar, una figura alta se interpone entre nosotros.

El corazón me da un vuelco al pensar que podría ser Cole, pero los ojos que se encuentran con los míos son dorados en lugar de azules.

—Creo que la señorita se ha expresado con claridad, ¿no crees? —La fría voz y la imponente presencia de Tate bastan para intimidar a Paul, que nos mira a uno y a otro.

Suelta una risa amarga.

—Vaya, ¿te acostabas con los tres hermanos o solo con dos?

Tate no se mueve, así que debe de ser su expresión la que hace que Paul retroceda un paso.

—Ojalá tuviera tanta suerte —masculla—. Y lo sabes. Por eso estás intentando volver a colarte en su vida. Tuviste tu oportunidad y la fastidiaste, así que ¿qué tal si te vas a dormir a la cama que te has ganado?

Con una última mirada penetrante, Paul se escabulle y Tate se vuelve hacia mí, con los labios curvados en una sonrisa.

Suelto un suspiro.

—Gracias.

Él niega con la cabeza.

—Estoy seguro de que tú misma te habrías encargado de él. Es solo que no me gusta mucho su cara.

Me echo a reír y él agacha la cabeza hacia mí.

—Sabes que tienes un gusto horrible para los hombres, ¿verdad?

Siento una punzada en el corazón.

—Lo sé. —Antes de que pueda evitarlo me tiembla el labio inferior, y él baja la vista hacia él. Se acerca y me aparta el pelo de la cara.

—Te mereces algo mejor. —Lo miro, confundida. ¿Está coqueteando conmigo? Sonríe y se echa hacia mí—. Déjate llevar, preciosa.

Mira por encima de mi hombro y me quedo paralizada porque estoy segura de lo que significa su sonrisa maliciosa: Cole y Jessica están aquí.

—¿Por qué haces esto? —murmuro.

Su mirada se cruza con la mía y una expresión seria oscurece su rostro, lo que de alguna manera lo hace aún más atractivo.

—Porque en algún momento fuimos hermanos.

No conozco toda la historia que hay detrás de la relación de Cole con Tate y Roman, pero sí sé lo suficiente como para entender que ahí hay algo doloroso. Le pongo la mano sobre su brazo.

—Siempre seréis hermanos. No os rindáis solo porque sea difícil. Todos seguís aquí y todavía os tenéis los unos a los otros.

La picardía vuelve a cobrar vida en su expresión tras un segundo.

—Mi hermano está cometiendo un grave error. —Me encojo de hombros, sin saber qué decir, y él se ríe. Luego me quita de la mano la copa de champán, que apenas he tocado, se la bebe de un trago y la deja sobre la mesa que hay detrás de él—. Vamos. —Me pone la mano en la espalda y me guía hacia la barra—. Necesito algo más fuerte que el champán. —Por el rabillo del ojo veo a un hombre alto y moreno con una rubia escultural a su lado. Deliberadamente, no me vuelvo en dirección a Cole. No se merece mi atención y me niego a prestársela, aunque puedo sentir que me está mirando —. ¿Whisky? —me pregunta Tate, y recuerdo la primera noche que vi a Cole. Mi primer instinto es decir que no, pero luego enderezo los hombros. Quizás solo necesito regresar a ese momento y rehacerlo. Fingir que nunca me fui a casa con Cole.

—Sí, gracias.

Él pide las copas y, cuando nos las sirven, se apoya en la barra.

Yo hago lo mismo. No tengo intención de buscar a Cole, pero no puedo evitar encontrarlo porque está justo en mi línea de visión y me mira fijamente. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados.

Verlo por primera vez en semanas me provoca una punzada de dolor, pero me niego a dejar que se note. Le clavo la vista con la mayor frialdad posible. Nuestras miradas se cruzan, pero no tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza. Quiero apartar la vista, pero es como si estuviera atrapada.

Hasta que Jessica rompe su concentración. Ella se pega él y él se vuelve en su dirección y posa la mano en su cintura como si fuera algo automático.

El dolor me deja sin aliento y las lágrimas me nublan los ojos. Maldito sea. Y malditas sean mis estúpidas emociones. Antes de que pueda darme la vuelta, su mirada vuelve a posarse en mí y sé, lo sé sin más, que puede leer la angustia en mi rostro porque no he tenido tiempo de controlar mi expresión.

Levanto mi whisky, lo apuro de un trago y suelto un jadeo tembloroso. Pero el ardor del líquido es exactamente lo que necesito. Dejo el vaso vacío en la barra, lista para excusarme ante Tate, pero él me detiene antes de que tenga

oportunidad de hacerlo; me acaricia la mejilla y me pasa el pulgar por el labio inferior, para luego llevarlo a su boca. Me quedo paralizada cuando su lengua se asoma para saborear la gota de whisky que debe haber quedado allí.

Él murmura en señal de aprobación.

—¿Qué…?

—Será mejor que te vayas —dice—. Él viene hacia aquí.

No lo dudo un segundo: me doy la vuelta y me alejo. Estoy harta de esto, de ellos dos y de lo que sea que se traigan entre manos; de los juegos de los con las emociones de la gente; de sentirme destrozada todo el tiempo.

Pasaré esta noche y luego habré terminado con todos ellos.

Sigo andando y, a mi espalda, escucho unas voces que van aumentando de volumen. ¿Cómo se atreve Cole a enfadarse? No tiene derecho. Ningún puñetero derecho.

Me dirijo al gran balcón cuando una mano como una garra se aferra a mi brazo. Me freno y me doy la vuelta, y entrecierro entrecerrando los ojos al encontrarme con la mirada gélida de Jessica.

—Sé lo que estás haciendo —sisea.

—No sabes nada.

—Intentas enfrentar a un hermano contra otro. Es una táctica barata y no funcionará. Cole me eligió a mí. Siempre me iba a elegir a mí. Este mundo siempre será su prioridad y, a diferencia de ti, yo formo parte de él. Así que acéptalo y sigue adelante.

Miro por encima de su hombro y veo a Cole acercándose a nosotras con expresión furiosa. Detrás de él, Tate se está recolocando las solapas del traje, como si Cole lo hubiera agarrado de ellas.

Me vuelvo hacia Jessica y me suelto de su mano de un tirón.

—No estoy jugando con nadie. Y si crees que tengo algún interés en formar parte de este mundo, estás muy equivocada. No quiero tener nada que ver con ninguno de vosotros. —Mis ojos se encuentran de nuevo con los de Cole mientras hablo con Jessica—. Sois todos unos miserables que vivís vidas miserables, en las que la única alegría que parecéis tener es jugar con las emociones de los demás. Os tenéis los unos a los otros. Yo prefiero vivir una vida real con gente real y amor real antes que ensuciarme con lo que sea que se considere una relación en vuestro mundo.

Me doy media vuelta y sigo mi camino hacia el balcón, con la espalda recta y la cabeza alta, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas que me

anegan los ojos.

Salgo por la puerta y correteo hacia la barandilla; me agarro a ella y me asomo para respirar aire fresco, pero antes de que pueda llenar mis pulmones, un cuerpo duro se pega a mí.

Todo mi ser reacciona a su presencia: mis músculos se relajan, mis dedos sienten el impulso de alcanzar su espalda y hundirse en su cabello. Pero una fracción de segundo después, mi cabeza recupera el control.

—Suéltame, Cole —susurro—. Tu prometida está dentro y ya no tienes derecho a tocarme.

Él no me hace caso; sus manos se posan en mis caderas, sus dedos se clavan en mi carne y sus labios encuentran el hueco de mi cuello.

—No puedo —dice con voz ronca, y su aliento cálido me pone la carne de gallina—. No puedo.

—¿Qué? —Me tiembla la voz—. ¿Qué no puedes hacer? —Él no responde, solo me pega más a él.

—No debería ser tan difícil. Pensé que podría hacerlo, pero al verte con él esta noche, no puedo…

Así que solo se ha puesto celoso al verme con Tate. Típico…

Lo empujo con todas mis fuerzas y él por fin me deja espacio suficiente para darme la vuelta. Lo miro a los ojos, pero el fuego que arde en ellos ya no me electriza como antes. En este momento, al ver su estúpido y apuesto rostro tenso por la tensión, lo odio más de lo que he odiado a nadie en mi vida. Incluso a mi padre. Al menos él nunca fingió que le importábamos.

—Bueno, te lo voy a poner fácil —digo, sin reconocer mi propia voz—. Voy a regresar al salón de baile. Voy a asistir a la ceremonia de entrega de premios. No voy a hablar contigo ni con Jessica ni con Tate. Ni siquiera miraré en vuestra dirección. Luego, tan pronto como termine, me iré de aquí y me olvidaré de ti, y tú harás lo mismo, Cole. Porque lo que creía que teníamos era una mentira y una broma, y no tengo intención de darle más vueltas. Y cuando por fin conozca al hombre al que voy a amar el resto de mi vida, tú serás un recuerdo lejano. Ahora apártate de mi camino.

Está tenso y tiene el rostro congelado, como si estuviera tallado en piedra. Me mira fijamente y el brillo de sus ojos se apaga hasta que se convierten en dos pozos vacíos de un azul gélido. Se hace a un lado y yo paso junto a él hacia el salón de baile, donde hago justo lo que he dicho que iba a hacer: me uno al equipo Elite, mantengo la vista clavada en el escenario, aplaudo cuando se

anuncian los premios e incluso esbozo una sonrisa sincera cuando nuestro equipo recibe el premio al Concepto de Diseño Hotelero Sostenible. Lo hago todo. Todo excepto lo de olvidarlo por completo. Es demasiado difícil olvidar cuando mi corazón se rompe de nuevo al escuchar la verdad de mis propias palabras resonando en mis oídos.

Lo que creía que él sentía por mí era una mentira, una mentira que yo misma me había contado.

40

COLE

Entro como un loco en la oficina de Tate el lunes por la mañana y lo encuentro recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio, hablando por teléfono. Es la primera vez que lo veo desde la ceremonia de entrega de premios, de la que desapareció mientras yo seguía haciendo todo lo posible por no perder de vista a Delilah en ningún momento. Se fue en su avión privado a Napa Valley para pasar el resto del fin de semana y se negó a contestar a mis llamadas.

Al verme entrar precipitadamente, arquea las cejas.

—Me acaba de surgir algo —le dice a quienquiera que esté al otro lado del teléfono—. Te llamaré más tarde. —Cuelga cuando me estoy acercando a su escritorio y luego me cabrea al sonreír y cruzar los brazos por detrás de la cabeza—. ¿A qué debo el honor, hermanito?

Apoyo las manos con fuerza sobre su escritorio y me echo hacia él.

—¿A qué coño estás jugando?

Finge estar confundido.

—¿De qué estás hablando?

—La tocaste.

Se lleva el dedo a los labios.

—¿A quién? Les he puesto las manos encima a muchas mujeres. Es decir, justo anoche yo…

—Me importa una mierda lo que hicieras anoche. Estoy hablando del sábado por la noche. Tocaste a Delilah.

—Ah, sí, es verdad. Sabes, entiendo que te atraiga. Es preciosa, ¿verdad? Todas esas curvas y esa boca… Las cosas que podría hacer…

—¡Cierra el pico! —rugo—. No te quiero cerca de ella. Si la vuelves a tocar, acabaré contigo.

La forma en que enarca las cejas me hace darme cuenta de lo desquiciado que ha sonado eso. Tan desquiciado como me siento.

Ver a Delilah tan hermosa y real mientras yo me veía obligado a estar junto a Jessica por las apariencias me volvió un poco loco. Cuando Tate le rozó el labio inferior con el pulgar, casi aplasto la copa de champán que tenía en la mano.

Jessica me llamó cuando me acerqué a ellos, pero en ese momento me importaba un carajo mi prometida. Lo único que latía en mis venas una y otra vez era que Delilah era mía.

Pero, por supuesto, no es mía, como ella misma me señaló unos minutos más tarde en el balcón. La frialdad de su mirada cuando me dijo que quería olvidar que yo existía había sido el recordatorio que necesitaba. Lo que fuera que hubiera entre nosotros, lo que hubiera habido entre nosotros, iba a morir con la misma certeza con la que moría para todo el mundo. Era mejor ver esa frialdad en su mirada ahora, antes de que hiciera alguna estupidez como atarnos el uno al otro y condenarnos a una vida de arrepentimiento.

Eso no impidió que estuviera furioso con mi hermano pequeño. Siempre ha sido un mujeriego, pero nunca había ido detrás de una mujer con la que yo me hubiera acostado. Es una regla no escrita que los tres hemos respetado a lo largo de los años. Lo que hizo con Delilah es inaceptable.

—¿A qué viene tanto alboroto? —pregunta, como si no se diera cuenta de que estoy a punto de abalanzarme sobre él por encima del escritorio—. Vas a casarte. ¿Por qué te importa una de las muchas mujeres con las que te has acostado?

Se me dilatan las fosas nasales.

—Ella no es… —Aunque debe de ser obvio por mis acciones que es mucho más que eso, me callo antes de admitir la verdad. De repente, la furia me abandona y me dejo caer en uno de los sillones de cuero que hay frente a su escritorio y me paso las manos por la cara—. Joder.

Cuando vuelvo a mirarlo, hay una expresión de curiosidad en su rostro.

—Nunca te había visto así.

Suelto una risa seca.

—No has estado lo bastante conmigo como para verme de ninguna manera en particular.

Él asiente.

—Tienes razón. Pero si hubiera estado más contigo, ¿te habría visto así antes? —Niego con la cabeza y él se echa hacia delante—. Entonces, ¿qué tiene esta mujer que te pone tan celoso y posesivo cuando una de las mujeres

más bellas de Nueva York lleva tu anillo en su dedo?

El recuerdo de la enorme piedra que le regalé a Jessica hace un par de semanas me revolvió el estómago. Es cara, llamativa y ostentosa, y a Jessica le encantó. Principalmente porque ella le había enviado los detalles del anillo que quería a Samson, y a mí no me importó lo suficiente como para buscar algo por mi cuenta. De hecho, lo envié a él a comprarlo por mí.

Tate parece sentir verdadera curiosidad por saber qué me preocupa, pero no sé cómo explicárselo. Aunque lo supiera, no estoy seguro de querer compartir mis sentimientos con él. A pesar de ser hermanos y de trabajar en el mismo edificio, apenas nos vemos. O no nos veíamos hasta el arresto de nuestro padre hace seis meses. Desde entonces, hemos pasado más tiempo juntos que en los diez últimos años.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos al escondite cuando nuestros padres salían de casa? —le pregunto, sorprendiéndome a mí mismo.

Tate se recuesta en su silla, igualmente sorprendido.

—Lo recuerdo. Vosotros dos nunca me encontrabais.

—Eso es porque eras pequeño y te escondías en lugares a los que no podíamos llegar. —Sus labios se curvan hacia arriba y, por un momento, vislumbro al niño pequeño con el que solía jugar. Un dolor sordo me oprime el pecho—. ¿Cuándo dejamos de ser amigos? —La pregunta se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Su sonrisa se desvanece.

—¿Alguna vez fuimos amigos de verdad? —Me sorprende su respuesta. ¿No lo recuerda? Él y yo nos llevábamos menos años que Roman y yo, así que naturalmente nos sentíamos atraídos el uno por el otro.

—Creía que lo éramos.

Él asiente, pero su expresión se vuelve distante. Es raro ver a mi hermano menor tan pensativo, y me echo hacia delante.

—¿Recuerdas aquella vez que te escondiste en el conducto de la calefacción para saltar sobre la anciana señora Jenkins mientras doblaba la ropa? Casi le da un infarto.

La expresión pensativa desaparece, sustituida por su familiar sonrisa burlona.

—Joder, sí. Era un capullo.

—Todos lo éramos —río. De repente, me doy cuenta de algo. No puedo señalar nada en concreto que causara la distancia entre nosotros cuando éramos niños, pero quizá darle vueltas al porqué no es tan importante como

encontrar una forma de salvar esa distancia ahora. Si algo me ha enseñado el tiempo que he pasado con Delilah es que la vida puede no ser perfecta, pero tener aunque sea a una persona que esté ahí cuando la necesitas puede hacer que todo mejore. Nuestros padres nunca serán esas personas, y mi futura esposa tampoco, pero tal vez, solo tal vez, Tate y yo podamos serlo el uno para el otro—. ¿Te apetece tomar algo esta noche? —le pregunto.

Abre un poco los ojos y se rasca la barbilla.

—Me apunto. Pero solo si me respondes a una pregunta.

Entrecierro los ojos, pero ¿qué tengo que perder? Asiento.

—Adelante.

—Hasta ahora nunca te había costado decirle que no a Roman. ¿Por qué aceptaste este acuerdo matrimonial?

Algo mordaz ronda mi lengua, pero no me atrevo a soltarlo. Restarle importancia a lo que estoy haciendo me parece un flaco favor hacia Delilah. Así que le digo la verdad.

—Todo eso de que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca es una tontería. Creer que tienes algo especial y luego ver cómo desaparece ante tus ojos es mucho peor. Si voy a acabar en un matrimonio sin amor, prefiero no empezar con la ilusión de que es algo más.

Parece entenderlo.

—No se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

—Exacto. —Pero mientras lo digo, sé que puede que sea demasiado tarde para mí. Ahora ya he tenido a Delilah y no sé si el recuerdo de la calidez de su sonrisa y el calor de su tacto se desvanecerá alguna vez o si llevaré este dolor en el pecho durante el resto de mis días.

—Siento haberte molestado el sábado —dice Tate, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Por qué lo hiciste? —A pesar de nuestra nueva tregua, no estoy seguro de que no vaya a darle un puñetazo si dice algo que no me gusta sobre Delilah.

—Porque me gustabas más cuando estabas con ella. Te pareces demasiado a nuestro padre con Jessica del brazo.

Hago una mueca.

—No te andas con rodeos, ¿verdad?

Él arquea las cejas.

—¿Quieres que lo haga?

—No. Será agradable tener a una persona en la que pueda confiar para que

me diga la verdad.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro y, de repente, me invade una oleada de afecto.

—Puede que te arrepientas —dice.

Me levanto de un salto.

—Estoy seguro de que empezaré a arrepentirme en cuanto salga de aquí.

Su risa me acompaña al salir de su despacho y, de camino al mío, siento un ligero alivio en el pecho por primera vez desde que le dije a Delilah que me iba a casar con Jessica. Sin embargo, es una sensación agridulce, porque no estoy seguro de que la posibilidad de tener una mejor relación con mi hermano hubiera sido posible sin Delilah.

La ligereza no dura mucho. Cuando me siento detrás de mi escritorio, me invade una oleada de arrepentimiento. Incluso cuando no está conmigo, ella hace que mi vida sea mejor.

Pero yo no he hecho lo mismo por ella.

Y ahora nunca tendré la oportunidad de hacerlo.

41

DELILAH

Mi madre me tiende una taza humeante de té. La acerco a mis labios e inhalo el relajante aroma a menta mientras ella se sienta a mi lado. Esta es mi primera noche en su casa, y, aunque me alegro de verla, sigo sintiendo dolor en el corazón. Es ridículo. ¿Cómo puedo llorar por algo que nunca fue real? Y, sin embargo, lo hago. Si para mí es tan difícil, no puedo imaginar cómo se debió sentir mi madre cuando mi padre la abandonó, sobre todo teniendo en cuenta que estaba embarazada de mí.

Me pone una mano reconfortante en la espalda.

—¿Cómo estás, cariño?

No tiene sentido mentirle.

—Me siento triste todo el tiempo. Y enfadada. También estoy enfadada. Pero sobre todo triste y avergonzada. —Agacho la cabeza y se me hace un nudo en la garganta.

Ella me acaricia suavemente la espalda.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada y triste. Es normal cuando se acaba una relación. Pero ¿por qué te sientes avergonzada?

—Debería haberlo sabido. Lo sabía, pero lo hice de todos modos. Me involucré con un hombre rico y me enamoré. Hice todo lo que me advertiste que no hiciera.

Mi madre suspira y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Advertir a alguien cuando se trata de asuntos del corazón nunca funciona. Si alguien lo sabe bien, esa soy yo. Mis padres me advirtieron lo suficiente. —Se ríe suavemente—. Y tenían razón. Y también se equivocaron. Porque mira lo que he conseguido. —Me sonríe, y el amor brilla en sus ojos.

No puedo evitar corresponder a su sonrisa y me echo hacia ella para apoyar la cabeza en su hombro.

—Yo también te quiero.

—No dejes que un hombre egoísta endurezca tu corazón, cariño. Habrá

otros. Hombres que te querrán por lo que eres. Y luego estará ese hombre especial que te robe el corazón y se niegue a soltarlo.

—Pero ese no fue tu caso, mamá —le digo en voz baja.

—Bueno —responde ella—, tuve más amor del que necesitaba con mi pequeña mimosa. —Sonríe al usar el apodo infantil con el que solía llamarme.

Me río entre lágrimas.

—Hace tiempo que dejé de ser una pequeña mimosa.

Ella me acaricia el pelo.

—Siempre serás mi pequeña. Y, además, tampoco es que haya descartado conocer a alguien. Pero no fuerzo las cosas: si sucede, sucede.

Suelto un suspiro.

—Me alegro de haber vuelto a casa.

—Y yo siempre me alegro de que estés aquí. Pero asegúrate de que es porque quieres estar, no porque tengas miedo. Sé valiente. Elige vivir tu vida a pesar de las personas que intenten hundirte.

—Lo haré, mamá. Tengo tiempo para pensar en lo que quiero hacer y tengo esa reunión con Anderson-Bennet la semana que viene. Veré cómo va y luego podré tomar una decisión.

—Es lo único que te pido. No renuncies a tus sueños por culpa de un hombre.

—No lo haré. —La abrazo con fuerza y ella me abraza a mí. Luego suspiro y me recuesto en el sofá, dándole otro sorbo al té de menta. Pienso en lo que acabo de decir y me pregunto si mis sueños habrán cambiado. Volver a trabajar tan duro y no permitirme disfrutar de la vida ya no me parece tan atractivo. Supongo que, si Cole me ha dado algo, es una nueva perspectiva. Quiero hacer feliz a mi madre, pero sé que ella no querría que lo hiciera a costa de mi propia felicidad—. Vamos. No pudimos terminar el maratón de *Buffy* la última vez que estuve aquí. Ahora tendremos mucho tiempo.

Ella se acomoda en el asiento junto a mí mientras yo pongo la serie. No importa cuánto me hayan roto el corazón: siempre tendré a mi madre.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro y ella me coge la mano y me la estrecha con fuerza.

—Entonces, ahora trabajas en Nueva York. —La elegante mujer de cabello oscuro me echa una ojeada por encima de sus gafas—. ¿Puedes decirme por

qué estás pensando en marcharte?

Cruzo las piernas y miro a los tres socios de Anderson-Bennet.

—Me ha encantado trabajar con Elite durante el último año, pero me he dado cuenta de lo mucho que echo de menos estar cerca de mi familia. Supongo que solo echo de menos mi hogar.

Ella sonríe cálidamente.

—Sé lo que se siente. Trabajé en Nueva York durante dos años antes de regresar a casa. Puede ser una ciudad grande y solitaria.

Siento un pinchazo en el pecho.

—Sí, lo es.

Ella asiente y vuelve a mirar mi currículum.

—Sinceramente, todo lo que veo aquí es perfecto. Sería una tontería no contratarte, sobre todo teniendo en cuenta tu reciente trabajo con King Group. No hay mucha gente con tus cualificaciones y experiencia llamando a nuestra puerta.

—Gracias.

Da unos golpecitos con la uña en el escritorio.

—Pero deberías pensar si de verdad vas a ser feliz reduciendo tu carga de trabajo. No tenemos muchas empresas multimillonarias en nuestra cartera y es posible que te aburras. Tómate un tiempo para pensarlo, unas dos semanas, tal vez, y luego llámanos para comunicarnos tu decisión.

Sonrío y asiento.

—Gracias, así lo haré.

Después de despedirnos, salgo de la oficina y entro en el coche de alquiler. Si me quedo, tendré que comprarme un coche. Me aferro al volante e inspiro hondo. Estoy muy indecisa. Me encanta trabajar en Nueva York, pero echo de menos a mi madre y, con todo lo que ha pasado con Paul y Cole, ahora siento la necesidad de regresar al confort de mi hogar.

Me quedan tres semanas más de permiso después de esta, así que al menos tendré tiempo para pensarlo antes de tomar una decisión. Espero que para entonces mi corazón se haya curado un poco y mi cabeza esté más despejada.

Aunque tengo la horrible sensación de que mi corazón tardará más de tres semanas en sanar.

Pongo el coche en marcha y me dirijo a casa.

42

COLE

Apoyo la mano en la barandilla del balcón con un whisky en la mano.

Al igual que la noche en que Roman me llamó para darme la noticia del arresto de nuestro padre, mis ojos se dirigen hacia King Plaza, visible en la distancia desde mi ático, al igual que lo estaba desde el hotel. Y, al igual que aquella noche, las luces de la oficina de Roman están encendidas. Mis dedos se aferran al vaso de cristal tallado y me ahoga el peso de mis pensamientos.

¿Vale la pena todo esto? Las noches en vela, el afán por triunfar, la búsqueda constante de riqueza y poder. ¿De verdad es esto todo lo que hay? Puede que mis hermanos y yo tengamos lo mejor de todo, pero ¿eso hace que merezca la pena vivir así?

Los cubitos de hielo tintinean contra el vaso mientras bebo el whisky, cerrando los ojos para poder concentrarme en el suave ardor que me invade al tragarlo en lugar del vacío que habita en mi pecho, el que ha estado ahí desde el día en que me deje a Delilah.

—¿Cole? —La voz de Jessica interrumpe mis pensamientos, y rechino los dientes. Darle la llave de mi apartamento fue un error, pero fue la concesión que hice después de que ella cogiera una rabieta cuando me negué a dejar que se mudara conmigo. Le dije que eso podía esperar hasta después de la boda. Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios al recordar la expresión de su rostro cuando le expliqué que era un hombre tradicional y que no creía en vivir en pecado.

No quedó muy contenta…

Sin embargo, que tenga una llave es casi peor, ya que nunca puedo predecir cuándo aparecerá.

Vuelvo dentro para ocuparme de ella.

Acaba de salir del pasillo de mi dormitorio, donde obviamente ha mirado antes. Cuando me ve con el whisky en la mano, una sonrisa felina de satisfacción se dibuja en su rostro.

Ralentiza el paso y contonea las caderas, con los tirantes del vestido deslizándosele por los hombros. Mantengo la vista clavada en su rostro, sin mostrar ningún interés por lo que me ofrece. Y no estaré interesado mientras siga teniendo el recuerdo de Delilah en mi cabeza.

Jessica se detiene a unos metros frente a mí, y su sonrisa se desvanece cuando enarco una ceja.

—Vamos, Cole —dice, con un tono de frustración en su voz—. No seas así. Lo pasábamos bien antes de que ella llegara.

El vestido cae a sus pies y me mira componiendo un puchero, pasándose los dedos por los pechos.

Rechino los dientes y miro por encima de su hombro la pantalla negra de mi enorme televisor anclado a la pared; aun así, la sala parece alejarse de mí, como si las paredes de mi apartamento se retiraran y el espacio a mi alrededor se hiciera más grande y vacío con cada respiración que doy.

Contraigo el pecho con tanta fuerza que el aire queda atrapado en mis pulmones y el corazón me late con un ritmo errático y lastimero. Joder. Si no supiera lo que es, pensaría que se trata de un puñetero ataque de pánico. Pero no: es la verdad, abriéndose paso en mi conciencia. Esto es lo que hay. Este es mi futuro. Un gran apartamento vacío con todos los lujos que el dinero puede comprar y dos putas personas vacías con corazones vacíos retumbando en su interior.

Porque eso es lo que somos Jessica y yo: dos putas personas vacías. Somos la definición de muertos vivientes. Pavoneándonos con nuestra riqueza y nuestro poder, fingiendo vivir cuando tenemos un enorme hueco en el pecho en el lugar donde deberían latir nuestros corazones.

Mis hermanos, mis padres y yo somos personas vacías que viven en casas vacías. No tengo ninguna duda de que Jessica es igual. Hemos crecido sin conocer nada más que la lucha por llegar a la cima y luego la lucha por mantenernos allí, sin importar el precio. Nunca nos permitimos admitir que la recompensa no vale la pena, porque una vez que lo admitamos, ¿qué coño nos quedaría?

¿Es eso lo que quiero? Una réplica del matrimonio sin alma de mis padres, criar a mis hijos como me criaron a mí.

He visto de primera mano cuál es la alternativa, la he sentido. Delilah no era una ilusión. Era real, la tenía y lo tiré todo por la borda. Los recuerdos de su tacto, su risa, su calidez inundan mi mente y ya no puedo ignorarlos. Cuando

estaba con ella, llenaba el vacío en mi interior y me hacía sentir completo por primera vez en mucho tiempo. Ella mejoró mi vida y yo quiero ser el hombre que haga lo mismo por ella. Necesito ser ese hombre.

Vuelvo a centrarme en Jessica.

—No puedo hacerlo. —Pero sacudo la cabeza porque eso no es cierto—. No lo haré.

Un halo de fragilidad aparece en su rostro.

—No seas ridículo.

La miro a los ojos.

—No quiero esto. Y creo que tú tampoco lo quieres.

Ella se echa a reír.

—¿Por qué no iba a quererlo? Los dos encajamos perfectamente. Sabía que nos casaríamos desde la primera vez que follamos. Eres mío, Cole. Siempre lo has sido, y da igual quién más hayas estado. Solo he estado esperando el momento adecuado para que lo hagamos oficial.

—¿De verdad es esto lo que quieres? ¿Un matrimonio falso? ¿Un hombre que no te ama?

Ella parece genuinamente desconcertada.

—¿Qué tiene que ver el amor con todo esto?

—¿De verdad quieres pasar por la vida sin preocuparte por mí y sin que yo me preocupe por ti?

Se echa el pelo hacia atrás y se encoge de hombros.

—Así son las cosas. Lo sabes. Mis padres tienen un matrimonio perfectamente feliz, y los tuyos también lo tenían hasta que tu padre tuvo un descuido. —¿Tuvo un descuido? Dios mío. Me alejo de ella. No lo va a entender, igual que yo no lo entendí durante demasiado tiempo. Quizás no se pueda entender hasta que se experimenta la alternativa—. Venga, Cole. Estaré encantada de hacer lo que tú quieras una vez que nos casemos. —Me rodea con sus brazos por detrás y pega sus pechos a mi espalda—. De cualquier modo, eres muy consciente de que te aburrirías con ella. Tú y yo somos iguales. Sabemos lo que queremos y lo que tenemos que hacer para conseguirlo. Déjame embarazada, dale a mi padre un heredero y un repuesto para mantenerlo feliz y luego podrás hacer lo que quieras, y yo podré hacer lo que quiera. Podrás follar con quien quieras. Joder, después de dejarme embarazada, puedes buscarla y follar con ella hasta que te quites las ganas. Solo sé discreto, por el amor de Dios, y hagas lo que hagas, no la dejes embarazada.

Lo último que queremos es tener que lidiar con los rumores de que hay un bastardo correteando por ahí.

Ha conseguido insultar a Delilah y a mi hermano de un solo golpe. Me alejo aún más de ella.

—Eres tan fría como el hielo, ¿verdad?

Ella se ríe.

—Y tú eres exactamente igual. Ella estaba enamorada de ti y tú le rompiste el corazón porque tu negocio y tu dinero significan más para ti que ella. Así que no te quedes ahí parado juzgándome. —La verdad de sus palabras me hiere profundamente y rechino los dientes. Jessica no capta las señales. Agacha la cabeza y me mira de reojo—. Estamos hechos el uno para el otro, Cole. Ahora deja de perder el tiempo y úsalo en hacer feliz a tu futura esposa.

Me acerco y me agacho para susurrarle al oído:

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

Me doy media vuelta y me marcho.

43

COLE

Entro en la oficina de Roman sin llamar. Él me mira con expresión de sorpresa, que solo dura unos instantes antes de que la oculte y se recueste en su asiento.

—¿A qué debo este placer tan temprano un lunes por la mañana?

Me acerco a los sillones de cuero que hay frente a su escritorio y me dejo caer en uno; estiro las piernas y cruzo los tobillos.

—Se acabó.

Enarca una ceja oscura.

—¿Qué se acabó?

—Jessica. Yo. Hemos terminado.

Entrecierra los ojos y se echa hacia delante.

—Lleva un anillo en el dedo.

—Puede quedárselo o venderlo. Lo que ella quiera. Pero ya no representa un compromiso por mi parte hacia ella.

—Por Dios, Cole —espeta Roman, y casi me alegra ver la ira en su rostro en lugar de esa implacable indiferencia—. Teníamos un acuerdo, joder. ¿Cuándo has hablado con ella? Quizá no sea demasiado tarde para darle la vuelta a la situación.

—Hablé con ella anoche. Y es demasiado tarde, porque dejaré esta empresa antes que casarme con ella.

Veo en su rostro lo más parecido a una sorpresa que he visto desde que éramos niños.

—No puedes decirme en serio que Jessica te repugna tanto que renunciarías a tus acciones en esta empresa para evitar casarte con ella.

—No se trata de Jessica.

—Entonces, ¿qué coño pasa?

—Es Delilah.

Roman se levanta de un salto de su asiento, apoya las manos en el escritorio

y se cierne sobre él para mirarme fijamente.

—No. No vas a arriesgar esta empresa por una mujer con la que tuviste un rollo.

Me estiro la corbata, mucho más tranquilo que él en este momento.

—Es curioso —digo—. Cuando algo es lo correcto, cuando sabes en lo más profundo de tu ser que es lo correcto, no te importa nada más: ni el dinero ni el poder. Nada. —Me mira como si me hubiera vuelto loco—. No espero que lo entiendas. Joder, si me hubieras dicho lo mismo hace seis meses, habría pensado que habías perdido la cabeza. Pero Delilah lo ha cambiado todo. Ella me ha cambiado. Y no hay vuelta atrás, aunque no pueda convencerla de que me dé otra oportunidad. No quiero irme de King Group, porque esta es nuestra empresa y quiero formar parte de su futuro. Quizás incluso haya alguna esperanza para esta familia en el futuro. Pero lo cambiaría todo por pasar más tiempo con ella.

Se le forman profundas arrugas en la frente.

—¿Así que estás dispuesto a quedarte sin nada?

—Aunque me vaya, no me quedaré en la indigencia, pero si te refieres a que no tendré nada que ver con esta empresa, entonces, sí, es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer. Pero sería bueno que no fuera así. Creo que si tú, Tate y yo nos sentamos a hablar, podemos encontrar una forma de salvar la inversión de Berrington que no dependa de que me case con Jessica. Es un hombre inteligente. Tal vez quiera pensar que tiene una implicación personal en una empresa, puede que esté feliz de complacer a su hija para conseguirlo, pero ante todo es un hombre de negocios y escuchará lo que tengamos que decir.

Roman me dedica una expresión acerada durante un momento y luego vuelve a sentarse.

Tamborilea con los dedos sobre el escritorio con expresión pensativa. Espero pacientemente su respuesta.

—No pretendo entender tu postura —reconoce por fin—, pero no quiero perderte. Si estás decidido, vamos a resolverlo.

Mis hombros se relajan cuando coge el teléfono.

—Tate, ¿tienes un momento para venir a mi despacho? —Escucha la respuesta—. Bien. Nos vemos ahora.

Cuelga y luego junta los dedos bajo la barbilla mientras me examina, con algo que casi parece diversión bailando en sus ojos.

—Tienes esperanzas para esta familia, ¿eh?

Mis labios se curvan hacia arriba, pero me encojo de hombros con indiferencia cuando la puerta se abre y Tate entra.

—Nunca es demasiado tarde —respondo.

—¿Para qué no es demasiado tarde? —pregunta Tate, dirigiéndose a la silla que está junto a mí.

—Para las segundas oportunidades. —Puede que esté respondiendo a su pregunta, pero lo que veo es su cabello oscuro y sus ojos verdes.

Tate me mira con curiosidad y luego dirige su atención a Roman.

—¿De qué quieres hablar?

Me concentro en mis hermanos. Los tres vamos a resolver esto y luego iré a por Delilah. La recuperaré, cueste lo que cueste.

44

COLE

El conductor se detiene y yo me quedo sentado un momento, contemplando la casa en la que creció Delilah. Es pequeña, pero el jardín delantero está bien cuidado, con flores y arbustos plantados en parterres alrededor del porche delantero.

Es curioso. No puedo imaginarme creciendo aquí, pero puedo imaginarme a Delilah de niña con total claridad, corriendo entre los aspersores durante el calor del verano, arrodillada junto a su madre mientras plantaban flores, ayudándola a subir las compras por los escalones del porche. Cosas sencillas. Cosas que ella quizá daba por sentadas. Cosas que daría cualquier cosa por haber vivido, porque tal vez me resultaría más fácil saber cómo estar con ella. Cómo darle lo que necesita.

Le digo al conductor que me espere en la calle, más adelante, y salgo del coche. Llevo traje, lo que quizá haya sido un error, pensándolo bien, pero ya es demasiado tarde.

Voy con paso firme hacia la puerta principal, preguntándome si habrá alguien en casa. Si Delilah seguirá viviendo aquí. Supongo que sí, pero no lo sé con certeza. Pronto lo descubriré.

Llamo a la puerta y espero. Cuando oigo pasos al otro lado de la puerta, el corazón se me acelera en el pecho con la esperanza de volver a verla por primera vez en mucho tiempo. Pero no es ella la que abre la puerta, pero, si tuviera que adivinar cómo será Delilah dentro de veinte años, así es como la imaginaría.

Es una mujer menuda, de cabello oscuro y con los mismos ojos felinos que su hija, aunque los suyos son azules. ¿Delilah heredó esos ojos verdes de su padre? El hombre que la rechazó en favor de su riqueza y su posición, igual que yo.

Aparto ese pensamiento de mi mente. Tengo que concentrarme.

La mujer frunce los labios y se cruza de brazos. Es obvio que sabe

exactamente quién soy, y no está muy impresionada.

—Delilah no está aquí, así que puede regresar al *jet* privado en el que seguro que ha llegado y marcharse a casa.

Superar a la madre de Delilah será el primer reto, pero no pienso rendirme.

—Lo siento, señora. No puedo hacerlo.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Y por qué no? Tiene todo lo que necesita en Nueva York. Su lujoso ático, sus coches de lujo, todo su dinero. Su prometida. Deje en paz a mi hija y permita que le olvide tranquilamente.

Normalmente compartir mis sentimientos con una desconocida es lo último que haría, pero ahora no es momento de contenerse.

—No tengo ninguna prometida y, desde luego, no tengo todo lo que necesito. Porque necesito a Delilah. La necesito y, sin ella, todo lo demás carece de sentido.

Ella me estudia, frunciendo el ceño. Luego da un paso atrás.

—Si no va a marcharse, más vale que entre. —Suelto un suspiro silencioso y cruzo el umbral, observando los muebles desgastados y la pequeña y funcional cocina que hay a un lado. Los cojines de colores vivos del sofá y los bocetos de flores en la pared le dan un aire acogedor y vívido—. ¿Quiere té o café? —pregunta.

—Solo agua, gracias —respondo.

—Solo tengo agua del grifo. —Levanta la barbilla como si pensara que voy a armar un escándalo por que no tenga algo más sofisticado.

Sonrío.

—El agua del grifo está bien.

Las comisuras de sus labios se mueven ligeramente, y lo interpreto como una victoria.

Va a la cocina y regresa con un vaso, que deja sobre un posavasos en la pequeña mesa de madera. Supongo que es una invitación para que me siente, así que lo hago, y ella se acomoda en el sillón frente a mí.

He estado en muchas reuniones de alto nivel con personas muy poderosas, pero no creo que haya sudado nunca más que bajo la mirada penetrante de la madre de Delilah. Es la mirada de una madre que no desea otra cosa que proteger a su hija. Es una mirada que nunca pude ver mientras crecía, pero me gusta que Delilah sí la haya visto. Me gusta saber que, incluso sin su padre a la vista, ella sabía que la amaban y la protegían.

Y yo quiero ser la persona que la ame y la proteja en este momento. Hasta ahora no lo he hecho muy bien, pero voy a cambiar eso.

—De acuerdo. Quiero oír lo que tiene que decir —rezonga ella. Frunzo el ceño y la madre de Delilah niega con la cabeza—. ¿Qué espera conseguir al venir aquí, señor King?

—Cole —respondo, y ella asiente, pero su expresión impasible no cambia, y no me ofrece su nombre. Inspiro hondo. Espero que perciba la sinceridad en mi voz—. Cometí un error. Le hice daño y no tengo ninguna excusa aceptable para mi comportamiento. No sé si podré arreglarlo o si Delilah encontrará en su corazón la forma de perdonarme, pero lo voy a intentar de todos modos. Quiero darle todo lo que siempre ha deseado, todo lo que siempre ha soñado. Quiero saber qué se siente al despertar con ella cada mañana y acostarme con ella cada noche. Quiero una vida en la que la ame. No estoy seguro de lo que hará falta para demostrarle que nunca volveré a cometer el error de dejarla, pero eso es lo que he venido a averiguar.

Durante mi discurso, su expresión se suaviza y, cuando termino, juraría que hay un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Bueno, está aquí, y ese es un buen primer paso. ¿Puedo preguntarle qué pasó con la mujer con la que planeaba casarse? ¿También le rompió el corazón?

Esa es la pregunta más delicada que me han hecho.

—Tiene que entender, señora West…

—Beth —dice ella, y mis esperanzas aumentan un poco más.

—Beth —acepto—. Tiene que entender que, en mi mundo, el matrimonio no tiene que ver con el amor; tiene que ver con alianzas; tiene que ver con intercambiar poder e influencia. Nunca amé a Jessica, y puedo garantizarle que ella nunca me amó a mí. Puede que hiriera sus sentimientos al romper con ella, pero lo más probable es que la herida solo fuera en su ego y, sin duda, en su corazón no.

—Entonces, ¿por qué aceptó? Debía saber que Delilah sentía algo por usted y que su decisión iba a hacerla sufrir.

Un hilo de sudor me recorre la espalda. No estoy dando una imagen muy favorable de mí mismo, pero no puedo hacer otra cosa que seguir adelante.

—Porque creía que el amor no era importante para gente como yo. Pensaba que era lo único que no podíamos tener.

Ella escudriña mi rostro.

—¿Me está diciendo que ahora no piensa así?

Me imagino a Delilah preparándome un sándwich de queso fundido en mi cocina, que apenas utilizo. La imagino con la cara iluminada mientras me habla de sus diseños. Recuerdo cómo se enfrentó a mi madre sin pestañear. Veo su sonrisa y oigo su risa, y recuerdo la sedosidad de su piel y el sonido de sus jadeos.

Miro a su madre a los ojos.

—Ahora creo que el amor está ahí si lo buscas, sin importar quién seas, y, si tienes la suerte de encontrarlo, debes aferrarte a él con todas tus fuerzas. Creo que las únicas personas que no merecen el amor son aquellas que se niegan a creer en él cuando lo tienen delante.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

—Bueno, bien… —murmura—. Delilah nunca hace las cosas a medias. —No tengo muy claro lo que significa eso, pero la sonrisa que me dedica me hace pensar que la he convencido de que estoy aquí por las razones correctas —. Peo esta era la parte fácil —me advierte—. Ahora tiene que convencerla a ella. ¿Tiene un plan para eso? ¿O va a improvisar como acaba de hacer?

Hago una mueca.

—Para ser sincero, no he pensado más allá de volver a verla.

Se oye un ruido fuera y ella mira hacia la puerta principal.

—Pues creo que ha llegado su oportunidad.

45

DELILAH

Aparco el viejo y destartalado coche de mi madre en la entrada y cojo la compra del asiento trasero para llevarla por el camino hasta casa. Antes de que pueda meter la llave en la cerradura, se abre la puerta y le sonrío a mi madre.

—He comprado todo lo que querías y he cogido helado para el postre. ¿Te…? —Me freno en seco al ver la expresión seria de su rostro—. ¿Va todo bien?

Ella se acerca para cogerme las bolsas de las manos.

—Cole está aquí.

Casi se me para el corazón.

—¿Qué?

—Está aquí. Pero tú decides si se queda.

Reprimo la sensación que me provoca recordar su traición; mi madre no lo habría dejado entrar si él no le hubiera dado una razón de peso. Pero no tengo ni idea de cuál podría ser.

Inspiro hondo una vez, y luego otra, con el pulso acelerado. Mi madre me dedica una sonrisa tranquilizadora, señala la pequeña sala de estar con la cabeza y se va a la cocina con la compra.

Él está ahí, mirándome mientras me acerco, y me quedo sin aliento al verlo. No sé por qué ha venido; no sé por qué no está en Nueva York con Jessica. Estoy dividida entre abalanzarme sobre él o ignorarlo, pasar a su lado e irme a mi dormitorio. Pero mi madre no educó a una cobarde, así que me detengo frente a él. Está tan guapo como en mis recuerdos, pero en ellos no tenía el rostro demacrado ni ese destello de desesperación en su expresión.

—Delilah —dice, y solo oír mi nombre pronunciado con esa voz profunda y aterciopelada me hace temblar.

No me ando con rodeos.

—¿Jessica sabe que estás aquí?

Si esperaba que se acobardara o actuara de forma evasiva, me decepciona.

No esquiva mi mirada.

—Me da igual si lo sabe o no. He roto con ella.

Mi traicionero corazón da un vuelco ante esa noticia, pero entonces recuerdo que él me dejó por esa mujer que forma parte de su mundo. Que se plantó delante de mí y me dijo que planeaba casarse con otra persona, lo que significa que nunca sintió por mí lo que yo sentía por él.

—¿Por qué estás aquí, Cole? Estoy convencida de que la noche de los premios ya te dije todo lo que tenía que decirte.

—Sí. Y tenías todo el derecho del mundo a hacerlo. Yo… —Por primera vez, parece inseguro: agacha la cabeza y se pasa la mano por la barbilla—. La cagué más de lo que creía posible. Puse mi empresa y a mí mismo antes que nada. Te hice daño como jamás se lo había hecho a nadie, porque nunca creí que alguien pudiera sentir por mí lo que tú sentías.

Mi determinación vacila, pero no puedo bajar la guardia. Ya me ha hecho daño una vez y nada le impedirá volver a hacérmelo cuando su posición, su estatus y su necesidad de conservar su riqueza y su poder se lo exijan.

—¿Eso es una disculpa? —le pregunto.

Frunce un poco el ceño y levanta las manos como si quisiera agarrarme por los brazos y pegarme a él. Afortunadamente, no llega a tocarme, y las deja caer a los lados.

—No es suficiente. Lo siento, Delilah. Lo siento por todo, por cada minúsculo dolor que he hecho que sientas. Pero estoy aquí para arreglarlo. Estoy aquí para recuperarte.

—¿Recuperarme? —Niego con la cabeza—. Cole, no hay forma de que puedas recuperarme. Tal vez no te lo haya dicho con palabras, pero te ofrecí mi corazón. Me quedé allí delante de ti, suplicándote que no me dejaras, y tú te marchaste y le pusiste un anillo en el dedo a Jessica. Siento que las cosas no hayan ido bien entre vosotros, pero eso no significa que puedas volver corriendo a mí para pasar el rato hasta que aparezca la próxima princesa de la alta sociedad con la que compartir tu corona.

Una chispa helada centellea en sus ojos.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿qué es?

Da un paso adelante y baja la voz.

—La única razón por la que me comprometí con Jessica fue por King Group. En cuanto me di cuenta del error que estaba cometiendo, rompí con

ella. —Vuelve a acercarse a mí y, por un momento, me debilito y dejo que me acaricie la mandíbula. Su mirada me cala hondo—. Nunca la toqué, gatita. Tienes que saberlo. No podía soportar la idea de tocarla. —Odio la oleada de alivio que me invade al oír sus palabras. No debería importarme, y no me importa. Doy un paso atrás y él baja la mano, pero mis palabras no lo desaniman—. Quiero otra oportunidad para ser el hombre que necesitas, Delilah.

—No. —Las lágrimas me anegan los ojos y niego con la cabeza—. Ya te di una segunda oportunidad. Estoy harta de tener que darles a todos una segunda oportunidad. A mi padre le di todas las oportunidades del mundo para estar en mi vida. Le di a Paul una segunda oportunidad y mira dónde me llevó eso. No debería tener que darles a todos más de una oportunidad para que me amen.

—Delilah…

—Quiero que te vayas —ordeno con voz temblorosa.

—No, Delilah. Déjame…

Le doy la espalda y voy hasta la puerta principal, la abro y me quedo allí, esperando a que salga. Por un momento, creo que no lo hará. Que me obligará a enfrentarme a él de nuevo. A escuchar las palabras a las que mi corazón se aferrará desesperadamente. Porque quiero creerlo. Lo deseo tanto que el anhelo amenaza con ahogarme. Pero no puedo. No puedo confiar en él.

Entonces siento su presencia a mi espalda.

—Tienes razón. No deberías tener que darme otra oportunidad, porque debería haberme dado cuenta de lo que tenía antes de perderte. Pero voy a arreglar esto. Voy a arreglar lo nuestro.

—No hay un «lo nuestro», Cole. —El agotamiento se apodera de mí, y necesito que se vaya.

Él agacha la cabeza para poder mirarme a los ojos con determinación.

—En mi corazón siempre habrá algo entre nosotros, Delilah, aunque ya no lo haya en el tuyo. No me iré hasta haber hecho todo lo que esté en mi mano para convencerte de que nunca más tendrás que darle una segunda oportunidad a nadie. Seré la última oportunidad que tendrás aprovechar.

Se aleja por el camino sin volver la vista atrás, aunque echa un vistazo al oxidado coche de mi madre al pasar. Es una suerte que no se haya dado la vuelta, porque, si lo hubiera hecho, habría visto cómo me fallaban las piernas al oír sus palabras. Habría visto las lágrimas que manaban de mis ojos con el impulso casi irresistible de alcanzar su mano, de hundir mi rostro en su pecho

y creerle.

Pero me ha hecho demasiado daño y mi corazón está demasiado lastimado como para abrirme a él de nuevo tan fácilmente.

Dice que se quedará hasta convencerme de que todavía un «nosotros», pero apuesto a que se irá tan pronto como lo necesiten en Nueva York.

Y entonces lo sabré.

Sabré exactamente lo que valgo para Cole King.

La tarde siguiente regreso a casa después de haber salido a correr y me detengo bruscamente ante la entrada, quitándome los auriculares.

Pero ¿qué…?

Lo primero que pienso es que Cole ha regresado, esta vez conduciendo él mismo, pero sé que no se trata de eso. El brillante coche rojo que hay en la entrada es nuevo. Ni siquiera parece que alguien lo haya conducido para traerlo hasta aquí; parece que alguien lo ha recogido del concesionario y lo ha dejado delante del garaje de mi madre, donde normalmente está su coche.

Subo por el camino y entro en la casa, divisando enseguida su cabeza morena. Está sentado en el sofá, en el mismo sitio que ayer, y mi madre está frente a él, tomando tranquilamente una taza de té.

Inspiro hondo y dejo las llaves en el aparador.

—Por favor, dime que ese coche de ahí fuera es tuyo —le digo a Cole.

Se levanta inmediatamente y sus profundos ojos azules me recorren de una manera que todavía tiene el poder de hacer que se me acelere el corazón. Su mirada pasa de mí a mi madre, que está sentada tan tranquila, observándome con una pequeña sonrisa que no entiendo. Ella debería ser la última persona en animar a Cole. Sabe perfectamente lo imprudentes que son los hombres como él con los corazones que se les entregan.

—Es de tu madre —dice Cole.

—Se lo has comprado… —Es una afirmación, no una pregunta, porque, por supuesto que lo ha hecho.

—El otro parecía estar en las últimas.

Me vuelvo hacia mi madre.

—Supongo que no lo has aceptado.

Ella se ríe.

—Por supuesto que no. Le he dado las gracias a Cole, pero le he dicho que

no acepto coches de desconocidos, por muy ricos que sean. Estamos esperando a que el concesionario lo recoja.

Vuelvo a mirar a Cole con severidad.

—No me puedo creer que hayas comprado un coche.

—También ha comprado un terreno —comenta mi madre con calma.

Los miro a los dos, primero a uno y luego a la otra.

—¿Qué?

—Para la casa de mis sueños que, al parecer, estás diseñando para mí. —Su sonrisa es suave—. Me gustaría ver los planos en algún momento.

—Yo… Por supuesto. Solo quería estar más cerca de poder permitírmelo antes de decírtelo. Aún no lo tengo del todo claro y, desde luego, todavía no necesitamos el terreno. —Clavo mi mirada en Cole, sin saber muy bien si estoy más molesta con él por comprar el terreno o por revelar mi secreto.

—Es un buen terreno —explica—. Está junto al río. He pensado que podrías poner un embarcadero…

Suelto una risa ligeramente histérica.

—¿Un embarcadero? Cole, mi madre no es rica. Yo no soy rica. No vamos a pasar los fines de semana en un barco, bebiendo champán. Esa es tu vida, pero la nuestra no. Y si mi madre no quiere que le compres un coche, te garantizo que tampoco quiere un terreno.

Mi madre se levanta y se sacude la falda.

—Es mejor que os deje un momento a solas.

—No te preocupes, mamá —la freno—. Cole ya se iba.

Le clavo la vista hasta que tensa la mandíbula, asiente bruscamente y se vuelve hacia mi madre.

—Gracias por el té, Beth. —Por primera vez me fijo en la taza de té vacía que hay sobre la mesa de centro que está frente a él, y algo cálido cobra vida en mi vientre al imaginar a Cole y a mi madre tomando té y charlando. No quiero darle demasiadas vueltas a ese sentimiento ahora mismo.

—Ha sido un placer, Cole. Y gracias por tus generosos regalos. Espero que entiendas por qué no puedo aceptarlos.

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Ahora lo entiendo. —Le hace un gesto de despedida con la cabeza—. Nos vemos la próxima vez.

—¿La próxima vez? —pregunto, pero mi madre se limita a sonreír benévolamente mientras Cole se acerca a mí—. Tenemos que hablar —le digo.

Él me sigue al porche y yo cierro la puerta principal detrás de nosotros antes de volverme hacia él—. No me puedo creer que pensaras que podías volver a mi vida comprándome cosas. Y utilizando a mi madre para hacerlo. Deberías saber que no quiero tu dinero, Cole. Deja de malgastarlo y de pensar que eso va a arreglarlo todo.

—No lo estoy malgastando —murmura—. No estoy tratando de comprar tu corazón. Vale mucho más de lo que yo tengo.

Una oleada de calor me recorre el cuerpo. ¿Por qué sigue diciéndome esas cosas tan bonitas?

—Entonces, ¿por qué has creído que aparecer aquí con un coche nuevo y un terreno iba a hacerte ganar puntos?

Sus ojos se oscurecen.

—Porque es lo único que puedo ofrecerte, lo único que puedo darte y que tú necesitas.

Sacudo la cabeza y una terrible tristeza inunda mi pecho.

—No. No es así, Cole. No necesito tu dinero ni lo que me puede comprar. Una relación no debe ser transaccional. Se trata de estar con alguien porque no puedes imaginar no estar con esa persona. Se trata de compartir tu corazón y tu alma con alguien porque sabes que te ve tal y como eres, que te entiende como nadie más puede hacerlo.

Me mira con la mandíbula tensa.

—De acuerdo —acepta.

No era eso lo que esperaba.

—¿De acuerdo?

Asiente, se acerca y estira la mano para apartarme un mechón de pelo de la cara.

—Lo haré mejor la próxima vez.

—¿La próxima vez? —digo débilmente—. Pensaba que tendrías que volver pronto a Nueva York.

—No necesito a Nueva York. Te necesito a ti. —Lo dice con tanta sencillez que mi corazón casi se libera de la prisión en la que lo he encerrado, pero consigo contenerme. Quiero creerle. Lo deseo tanto que prácticamente tiemblo con la necesidad de lanzarme a sus brazos. Pero las palabras son solo eso, palabras, y no sé si puedo confiar en las suyas. Él lee mi indecisión y da un paso atrás—. Vendrán pronto a recoger el coche.

—De acuerdo —susurro.

Sus labios se curvan ligeramente en las comisuras.

—No voy a rendirme, Delilah. —Es lo último que dice antes de darse la vuelta y echar a andar por el sendero hacia el conductor y el coche que lo esperan. No me quedo a ver cómo se marcha, porque tengo demasiado miedo de rendirme y correr tras él.

Vuelvo a entrar en casa y encuentro a mi madre en la cocina, lavando las tazas de té. Me desplomo contra la encimera y escondo la cara entre las manos, con las lágrimas a punto de escapar de mis ojos.

—¿Qué voy a hacer, mamá? Él cree que usar su dinero es la forma de demostrarme que se preocupa por mí, pero eso solo significa que no me conoce en absoluto. —Me tiembla la voz y me detengo un segundo—. Si no entiende algo tan básico sobre mí, ¿cómo es posible que sienta lo que dice sentir?

Mi madre se seca las manos con un paño y me acaricia la espalda, de arriba abajo.

—Creo que deberías verlo de otro modo.

—¿Qué quieres decir?

—Es cierto que ha usado su dinero, y no es así como debería intentar recuperarte. Pero tienes que recordar que eso es lo único que sabe hacer. Así es como ha vivido siempre, y no es fácil cambiar esa forma de pensar. Y… —Mi madre hace una pausa y su expresión se suaviza—. Él te conoce, Delilah. Puede que no lo parezca a simple vista, pero te conoce.

Debería sorprenderme que mi madre defienda a Cole, pero, por alguna razón, no es así.

—¿Qué quieres decir?

Me acaricia la mano.

—¿Qué es lo verdaderamente importante para ti? —Niego con la cabeza, desconcertada—. Para bien o para mal, te has exigido mucho a ti misma toda tu vida. ¿Por qué?

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Porque quiero darte una vida mejor —admito por primera vez—. La vida que te robaron cuando te quedaste embarazada de mí. Quiero que seas feliz y tengas cosas bonitas… —Inspiro hondo.

Mi madre asiente y el amor que siente por mí se refleja en sus ojos cuando me aparta un mechón de pelo de la mejilla húmeda por las lágrimas.

—Si solo estuviera derrochando su dinero, lo habría usado para comprarte

joyas o ropa elegante que no quieres. Te habría comprado un coche. Pero no ha utilizado su dinero para impresionarte. Lo ha gastado para darte algo que te importa mucho. —Las lágrimas me nublan la vista porque reconozco la verdad que hay en lo que dice—. Me parece que deberías darle una oportunidad, Delilah. Si no creyera que lo siente de verdad y que se preocupa por ti, no te lo diría. Pero él se preocupa. Mucho. Solo que aún no ha descubierto la mejor manera de demostrártelo.

—Mamá —susurro, con la esperanza luchando contra la angustia en mi pecho—. Me hizo mucho daño.

Ella me abraza.

—Lo sé, cariño. Ya lo sé. Y sé que me he pasado toda tu vida diciéndote que tengas cuidado con los hombres, con entregarles tu cuerpo y tu corazón, porque no quería que pasaras por lo mismo que yo pasé con tu padre. Pero eso no significa que no quiera que experimentes un gran amor, y nunca sabrás si Cole podría ser eso para ti si no te arriesgas. Por lo que me has contado, él no recibió mucho amor cuando era niño, así que tal vez no sepa cómo expresar esa parte de sí mismo. Pero lo está intentando, Delilah. Tal vez le cueste un poco y tengas que enseñarle cómo hacerlo, pero no se me ocurre nadie mejor que tú para enseñarle a amar con todo su corazón.

Apoyo la cabeza en su hombro y me permito llorar en silencio durante unos minutos, luego me recompongo y me seco los ojos.

—Ni siquiera sé dónde se aloja. No se lo he preguntado. ¿Y si no vuelve?

Me seca una lágrima que se me había escapado.

—Si no vuelve, demostrará que tenías razón y que él no estaba enamorado de verdad. Pero no creo que tengas que preocuparte por eso. Creo que lo verás más pronto que tarde. —Me aprieta la mano—. ¿De acuerdo?

—Vale.

Y es esa esperanza la que me aferro mientras estoy tumbada en la cama, tratando de conciliar el sueño esta noche. Quizás, solo quizás, después de todo haya una oportunidad para Cole y para mí.

46

COLE

Detengo el coche frente a la casa de la madre de Delilah y pongo el freno de mano. Como tengo pensado quedarme aquí durante un tiempo, lo más lógico era alquilar un coche en lugar de depender de un chófer todo el tiempo.

La puesta de sol envía cálidos rayos de luz a través de la ventanilla, y yo me quedo ahí sentado, pensando cuál debe ser mi siguiente paso porque tengo que reconducir mis planes. Comprarle cosas para la madre de Delilah fue un error. Ella no necesita mi dinero. Dentro de unos pocos años Delilah podrá comprarle esas cosas a su madre ella misma.

Por desgracia, todavía no se me ha ocurrido otro plan. Todo lo que me viene a la mente tiene que ver con el dinero de alguna manera. Así que, por ahora, seguiré presentándome aquí. Estar cerca de Delilah, aunque no me haya perdonado, es mucho mejor que pasar horas solo en mi habitación de hotel. Y tal vez se me ocurra algo cuando la vea.

Cierro el coche con llave y subo por el camino que ya me resulta tan familiar. Cuando llamo a la puerta, no hay respuesta, aunque el viejo y destartalado coche de Beth está aparcado en la entrada. Doy la vuelta a la casa y miro por encima de la valla.

—¿Hola?

La madre de Delilah asoma la cabeza por la esquina.

—Ah, Cole. Estoy aquí atrás, cariño.

Me quedo paralizado ante el término afectuoso. Claro, otras mujeres me han llamado así antes, cuando intentaban ser coquetas o seductoras, y nunca me ha afectado. Pero oírlo de la madre de Delilah, dicho con un trasfondo de lo que parece ser un aprecio genuino, me oprime el pecho.

Abro la verja y voy al patio trasero, donde me encuentro a Beth arrodillada junto a un pequeño huerto. Me sorprende una visión repentina: Delilah en el patio trasero de una casa que ha diseñado solo para nosotros, cavando zanahorias que ella misma ha cultivado, tal vez con una pequeña idéntica a ella

ayudándola, tal como estoy seguro de que ella habrá ayudado a su madre. Una punzada de dolor me atraviesa el pecho. Es algo que nunca habría imaginado desear antes, y ahora no tenerlo me parece una pérdida insoportable.

—Delilah estará aquí dentro de media hora —explica Beth, protegiéndose los ojos del sol poniente—. Ha ido a comprar los ingredientes para la cena.

—Es difícil encontrarla —comento.

—Siempre le va mejor cuando está ocupada.

Señalo con la cabeza hacia el huerto.

—¿Qué estás cultivando?

Ella va señalando mientras dice los nombres.

—Judías verdes, calabazas, zanahorias, calabacines y pepinos.

—Es impresionante.

Ella se encoge de hombros y clava la paleta en la tierra.

—Es una buena forma de ahorrar dinero en la compra.

Me estremezco por dentro. Eso es algo en lo que nunca he tenido que pensar. De repente, me avergüenza estar frente a ella vestido con mi ropa de diseño.

—¿Puedo ayudarte?

Ella me mira entrecerrando los ojos.

—Te ensuciarás.

—No pasa nada. —Tampoco es como si no pudiera permitirme un traje nuevo.

Una gran sonrisa aparece en su rostro.

—De acuerdo. Pues arrodíllate aquí, a mi lado y te pondré a trabajar. —Hago lo que me dice y me tiende una pequeña pala—. Solo tienes que cavar unos agujeros de unos cinco centímetros de profundidad y separados más o menos así. —Señala los agujeros que ya ha hecho—. Yo pondré las semillas.

Cavo en la tierra blanda.

—¿Qué estamos plantando?

—Remolachas.

—Remolachas, ¿eh? No son mis favoritas.

—Quizás tengas que probarlas preparadas de la forma adecuada.

—Quizás —río.

Charlamos un rato y, de repente, oigo que se abre la puerta trasera y levanto la vista justo a tiempo para ver salir a Delilah, que se frena en seco al verme. ¿Qué pensamientos se agitan en su mente mientras me mira con esos bonitos

ojos verdes?

—Hola —murmura—. Has vuelto.

—Por supuesto. —¿No me creyó cuando le dije que no me iba a ir a ningún sitio?

—¿Y estás ayudando a mi madre a plantar remolachas?

Bajo la vista hasta la pala que sostengo entre mis dedos.

—Eso parece.

Baja los escalones hacia nosotros y está tan guapa que me quedo sin aliento.

—Delilah, ¿te importaría terminar esto mientras preparo la cena? —dice Beth, y cuando me vuelvo hacia ella, me guiña un ojo con disimulo.

Reprimo una sonrisa cuando ella se pone de pie y se sacude el polvo de las rodillas, y le tiende la pala a Delilah, que se arrodilla a mi lado.

El aroma del sol y las flores silvestres invade mis sentidos. Lo único que quiero es pegarla a mí y besarla, pero dudo que a ella le haga gracia.

—Esto es algo que nunca pensé que vería —dice, y cuando miro su perfil, la comisura de sus labios se curva en una sonrisa.

—Yo tampoco. Tendrás que hacer una foto y enviársela a mis hermanos.

Se queda en silencio un momento, dejando caer semillas en los agujeros que estoy cavando.

—¿Saben dónde estás?

—Les dije que venía a intentar recuperarte cuando les anuncié que no iba a casarme con Jessica.

—¿Les pareció bien?

Me río.

—En realidad, no les dejé otra opción. Teníamos que encontrar una forma de asegurar la inversión de Berrington que no implicara a su hija.

—¿Y cuál es esa forma?

—Le hemos concedido el derecho de tanteo sobre cualquier propiedad comercial internacional que desarrollemos durante los diez próximos años.

Siento, más que veo, cómo se da la vuelta para mirarme.

—Parece un buen trato para él.

—Lo es. No es algo que normalmente le ofreceríamos a cualquiera.

—¿Y a tus hermanos no les supuso ningún problema?

Me vuelvo hacia ella por fin.

—Lo discutimos de forma bastante intensa, pero cuando se dieron cuenta de que iba muy en serio, aceptaron.

Sus ojos se iluminan.

—Te apoyaron.

Asiento.

—Quizás haya esperanza para mis hermanos y para mí después de todo.

—Me alegro por ti, Cole.

Sus palabras suenan sinceras y ya no puedo resistir más el impulso de tocarla. Le agarro la mano con firmeza, la ayudo a levantarse y le acaricio suavemente la mejilla con el pulgar.

—Me gusta hablar contigo así, Delilah —musito—. Me gusta estar en la casa donde creciste. Pero quiero dejarte muy claro por qué estoy aquí, y es por ti. Quiero un futuro contigo. No solo busco una aventura o tu amistad. Te quiero a ti, en cuerpo, alma y corazón. El único futuro que puedo imaginar ahora mismo es uno contigo a mi lado. Y sé que la cagué con el coche y el… —Ella niega con la cabeza y yo me callo.

—No la cagaste, Cole —dice suavemente, emocionada—. No eran unos regalos que mi madre y yo pudiéramos aceptar, pero que quisieras cuidar de ella… —Traga saliva y ahí está, brillando en sus ojos, esa expresión que me hace sentir vivo. Esboza una leve sonrisa—. Me ha costado darme cuenta, pero eso significa para mí más que cualquier otra cosa. Me ha demostrado que conoces mi corazón. Y me ha hecho ver cómo es el tuyo. —Su mano se posa sobre mi pecho, justo sobre el corazón, que ahora mismo me late con fuerza —. Y me gusta mucho lo que veo.

El alivio me invade y, sin pensarlo, doy un paso adelante, hundo los dedos en su suave cabello y la agarro de la nuca para pegarla más a mí.

—A mí también me gusta lo que veo —murmuro.

—¿De verdad? —pregunta con un susurro apenas audible.

—Sí. De hecho, no solo me gusta lo que veo. Me encanta lo que veo.

Se humedece los labios, sin apartar la vista de mí.

—¿De verdad? —repite.

—Me encanta —digo, esperando que pueda percibir la sinceridad en mi voz —. Me gusta tanto lo que veo que no creo que pueda vivir sin verlo nunca más. —Le recorro el rostro con la mirada, embebiéndome de todos los detalles.

Su respiración se vuelve irregular.

—Tenía la impresión de que no creías en el amor.

—No creía en casi nada hasta que te conocí —admito—. Tú me has

enseñado cómo es el amor, cómo se siente. Ahora ya no hay vuelta atrás.

—¿Te he enseñado cómo aferrarte a él? —Su pregunta queda suspendida en el aire, impregnada de incertidumbre.

Sé lo que me está preguntando y le recorro el labio inferior con el pulgar.

—Delilah, nunca volveré a dejarte marchar. Para mí ya no existe esa opción. Antes de ti, mi vida estaba vacía, yo estaba vacío, y ni siquiera lo sabía. No puedo volver a esa situación y no pienso hacerlo. Y no lo digo solo porque necesite que me perdones y me vuelvas a amar. Lo digo con toda la sinceridad del mundo. Siempre seré sincero contigo y no dejaré que nada se interponga entre nosotros: ni el dinero ni mi empresa ni nada. Tú eres lo más importante para mí. Lo has cambiado todo, y no puedo imaginarme volviendo a ser como era antes, pensando que la riqueza y el poder eran suficientes para hacerme feliz. Eres tú, Delilah. Tú eres lo que me hace feliz.

Sus ojos brillan y esboza una sonrisa tan llena de alegría que juraría que el corazón que una vez creí frío y muerto va a salir disparado de mi pecho. Ladea la cabeza y su largo cabello oscuro se desliza sobre su hombro.

—No sabía que pudieras ponerte tan poético.

—¿Qué puedo decir? Tú sacas lo mejor de mí.

Separa los labios y se pone de puntillas. Intuyendo su intención, la agarro del pelo para impedir que acorte la distancia entre nuestros labios. Porque necesito que lo sepa, sin lugar a dudas. La miro a los ojos.

—Te amo, Delilah. Me llevó demasiado tiempo admitirlo, y no fue porque no lo sintiera, joder, sino porque sentía demasiado algo que jamás había sentido. Pero ahora que lo he dicho, ya no hay vuelta atrás. Quizás algún día, si me perdonas, puedas también…

No me deja terminar; sus manos enmarcan mi rostro.

—Te quiero, Cole. Nunca he dejado de quererte por mucho que me hubiera gustado hacerlo. Y no voy a hacerte esperar, porque ya te he perdonado. —Y ahí mismo, en el jardín de su madre, con la luz dorada del atardecer bañándola, me besa.

Dejo que ella tome la iniciativa durante unos segundos, deleitándome un momento en que puedo saborearla de nuevo. Luego tomo el control, reclamando su boca de la misma manera que pretendo reclamar su cuerpo más tarde. Mis manos recorren sus curvas y bajan hasta su trasero para poder pegarla más a mí. Ella gime en mi boca y se aferra a mi camisa como si no quisiera soltarme nunca. Y yo voy a asegurarme de que no lo haga, porque yo

no pienso soltarla. Nunca volveré a separarme de ella. Cuando era niño, tenía todo lo que quería, pero no lo que más necesitaba. Ahora que lo tengo, voy a conservarlo como si fuera lo más valioso del mundo. Porque lo es.

Ella lo es.

Y voy a pasar cada puñetero día a partir de ahora demostrándoselo.

EPÍLOGO

DELILAH

Mi madre se estira sobre la mesa y me estrecha la mano.

—Podría acostumbrarme a esto.

Miro a mi alrededor, hacia el restaurante en el que estamos cenando esta noche. Es elegante, incluso para los estándares de Cole, y aunque él y yo comemos en restaurantes de lujo con bastante frecuencia, ahora también cocinamos mucho en casa. Cole ha resultado ser un cocinero muy prometedor. El sándwich de queso fundido a altas horas de la noche sigue siendo nuestro favorito, y lo necesitamos mucho para reponer las fuerzas.

Pero esta noche es una ocasión especial: el cumpleaños de mi madre. Cole ha enviado su *jet* privado para recogerla y llevarla a Nueva York para pasar el fin de semana. La alojaremos en una de las *suites* del hotel de Cole, con todos los gastos pagados. Creo que todos estaremos agradecidos por esos momentos de intimidad durante su visita porque Cole sigue haciendo que tenga un montón de orgasmos todas las noches, y no le gusta que me quede callada. No creo que ninguno de nosotros quiera quedar traumatizado por tener que escuchar algo así.

Hablando de Cole, lo busco con la mirada. Hace unos minutos, se ha excusado para hacer una llamada y ha salido. Me sorprende que se haya marchado en medio de la cena de cumpleaños de mi madre por algo del trabajo, pero sé que no lo habría hecho si no fuera importante.

Frente a mí, veo cómo la sonrisa de mi madre se queda congelada mientras clava la vista en algo que tengo a mi espalda.

Me vuelvo para ver qué ha llamado su atención y me da un vuelco el corazón.

Tiene que ser una broma.

Han pasado años desde la última vez que vi a mi padre. Por lo que sé, pasa la mayor parte del tiempo en Europa con su familia. Entonces, ¿cómo es posible que esté aquí ahora?

Me vuelvo hacia mi madre.

—No me lo puedo creer. ¿Estás bien? ¿Quieres irte?

—Ignóralo. —Mi madre se centra en mí y niega con la cabeza—. Es lo que se merece.

Tiene razón. Le sonrío y ella corresponde al gesto. Está preciosa esta noche. Espero que cuando tenga su edad, dentro de diecinueve años, sea tan elegante y guapa como ella.

—Tengo algo para ti cuando lleguemos a casa —anuncio—. Otro regalo.

Ella arquea las cejas.

—Pero ya me has dado mucho.

Cole y yo la hemos mimado porque podemos. A veces, gastar dinero es tan satisfactorio como cabría pensar, y ver cómo se ha iluminado el rostro de mi madre con cada regalo me ha llenado de alegría.

La expresión de mi madre se endurece de pronto, y esa es la única advertencia que tengo antes de que él se acerque a nuestra mesa. Miro a mi padre y luego a mi madre, que clava la cuchara en su postre con determinación.

—Beth, estás muy guapa —dice, y carraspea—. Delilah, tú también estás preciosa.

Abro mucho los ojos. Qué descaro tiene este hombre. No puede pensar en serio que estos son el momento y el lugar adecuados para acercarse a la mujer a la que abandonó y a la hija que nunca reconoció.

—Gracias, Ted —responde mi madre, dignándose por fin a mirarlo—. ¿Hay alguna razón por la que estés aquí? —Estoy muy orgullosa de su compostura.

Por un momento, él parece incómodo. Pero solo por un momento.

—He visto que esta noche cenas con Cole King —comenta, y todo queda claro.

—Sí. —Espero a que se vuelva hacia mí—. Cole es mi novio. Pero estoy segura de que ya lo sabes.

Ni siquiera parece avergonzado. No creo que los hombres como él sepan lo que es la vergüenza. Si alguna vez pensé que Cole era arrogante y prepotente, estaba equivocada. El epítome de esas dos cosas está aquí mismo, delante de mí.

—Había oído los rumores. Enhorabuena. Menudo golpe maestro —celebra mi padre, Ted.

Niego con la cabeza. ¿Cómo se responde a un comentario así?

Mi madre suelta la cuchara, que cae con un tintineo.

—¿Querías algo?

—Sé que no siempre hemos tenido una buena relación, Beth, y quiero pedirte perdón por ello. Estaba bajo mucha presión cuando… sucedió todo. Mis padres me habrían repudiado por dejar embarazada a una chica. —Me mira de nuevo—. No fue justo para ti, Delilah. Y me gustaría compensarte si me lo permites.

—¿Compensarle qué? —La voz de Cole suena a mi espalda y me doy la vuelta en mi asiento para quedar de frente a él, pero está demasiado concentrado en mi padre, y, aunque parece completamente tranquilo, puedo sentir la fría ira que lo invade.

Ajeno a todo, Ted le tiende la mano con una amplia sonrisa en el rostro.

—Cole. Ted Barrett. Director ejecutivo de Apex Industries.

—Sé quién eres. —Cole no le da la mano.

Después de unos segundos con la mano en el aire, mi padre la baja. Sin inmutarse, sigue adelante.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Tengo unas oportunidades de inversión fantásticas que creo que te interesarán…

—Te equivocas —replica Cole.

Mi padre se detiene, claramente confundido.

—¿Perdón?

—No tienes ninguna oportunidad de inversión que me interese, porque ya no eres el propietario mayoritario de tu empresa. Ahora lo es King Group.

Mi padre se queda pálido.

—¿Qué?

—Tu empresa lleva un tiempo atravesando ciertas dificultades, aparentemente por mala gestión. Tus acciones están al precio más bajo de la última década. Te he visto entrar y he decidido que era el momento adecuado. Así que no, no tienes ninguna inversión que ofrecerme. Tú eres una inversión. Y, por desgracia para ti, desde hace… —Cole mira su reloj— diez minutos, ya no eres el director ejecutivo de Apex Industries. Mis hermanos y yo nombraremos a uno de los nuestros para que se haga cargo del puesto mañana a primera hora.

Mi padre mira a Cole con una expresión que no estoy seguro de haber visto antes en el rostro de nadie.

—No puedes hablar en serio. Eso es… Eso es absurdo…

Cole le da la espalda.

—¿Hemos terminado, señoras?

Mi madre se levanta con un movimiento elegante y yo la imito.

—Sí, gracias, Cole —dice—. La comida estaba deliciosa.

Él le dedica la sonrisa que me encanta ver. Una sonrisa llena del cariño que ha crecido entre ellos durante los ocho meses que Cole y yo llevamos juntos oficialmente. Me alegra el corazón verle recibir la clase de amor maternal que nunca tuvo de pequeño. En resumen, ella lo cuida como una madre y él, el gran y malvado multimillonario, lo disfruta.

Pasamos junto a Ted, que ha sacado el teléfono del bolsillo y teclea frenéticamente en la pantalla. Pronto descubrirá que Cole no le ha mentido. Cuando mi hombre me coge la mano, encuentro su cálida mirada y le doy las gracias vocalizando en silencio a espaldas de mi madre.

Se agacha y me roza los labios con los suyos.

—A veces, tener dinero y poder es algo bueno.

Sonrío y le paso los dedos por la barba incipiente que le oscurece las mejillas. No puede evitarlo. Por mucho que él no lo confirme, sigo creyendo que fue él quien se encargó de que Philippa y Paul se fueran de Nueva York cuando me incorporé de nuevo al trabajo tras mi permiso, hace ocho meses. Al parecer, Philippa tomó la decisión repentina de regresar al Reino Unido y a Paul lo enviaron a la oficina de Hong Kong durante tres años. Puede que no parezca un castigo, pero todos en la oficina saben que, mientras esté fuera de Nueva York, sus posibilidades de ascender a socio son prácticamente nulas.

Independientemente de por qué se fueron, no puedo decir que me decepcionara no tener que verlos a ninguno de los dos.

Salimos del restaurante y nos dirigimos al coche, que ya nos está esperando. Cuando Jonathan se incorpora al tráfico y se dirige hacia el ático, observo a Cole y a mi madre, que están charlando animadamente. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Cuando llegamos, acomodo a mamá en el sofá con una copa de vino tinto y luego correteo a nuestro dormitorio para coger su último regalo. Cole me sigue y, antes de que pueda coger la hoja de papel enrollada que he dejado en la cama, me rodea con sus brazos desde atrás y me pega a él.

—¿Te he dicho ya lo sexy que estás esta noche? —me susurra, y siento la caricia de su cálido aliento en la oreja.

Me río suavemente.

—Solo una o dos veces.

—Unas seis veces más y casi será suficiente. —Me da un suave beso en la mandíbula.

—¿Quién iba a imaginar que resultarías ser tan encantador?

Su mano se desliza por mi muslo y asciende, llevando consigo el dobladillo de mi vestido.

—Quizás solo me comporto así porque quiero meterme en tus bragas.

Echo la cabeza hacia delante para que pueda besarme en la nuca.

—Está claro que quieres meterte en mis bragas.

—Puedo hacer que te corras en dos minutos. —Su voz está ronca por el deseo.

—Cole —jadeo. Puedo sentir su erección, cálida y dura contra mi espalda, y me cuesta detener el recorrido de su mano, pero incluso con él, tengo mis límites. Y follar como locos mientras mi madre nos espera en la sala de estar es un límite que no estoy dispuesta a cruzar.

Me doy la vuelta entre sus brazos.

—No podemos. Pero te prometo que te lo compensaré más tarde.

—Voy a obligarte a cumplir esa promesa. —El tono rudo de su voz hace que el calor se acumule en lo más profundo de mi ser—. Porque en cuanto tu madre se vaya, las únicas palabras que saldrán de tu boca serán «Sí, Cole». ¿Por qué no practicas y me las dices ahora?

Baja la mano y me acaricia con la punta de los dedos, arrancándome un gemido. Le doy lo que quiere.

—Sí, Cole.

Él deja escapar un gruñido satisfecho y me suelta. Inspiro hondo e intento recomponerme; luego cojo el regalo y salgo de la habitación tras él.

Cuando le doy a mi madre los planos de su casa, llora de alegría. Le digo que puedo hacer cualquier cambio que quiera, pero ella dice que le encanta el diseño, que es perfecto. Ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Tiene todo lo que recuerdo que ella mencionó en alguna ocasión: una pequeña biblioteca propia, una cocina bellamente equipada, un vestíbulo y una terraza acristalada y un patio cubierto donde puede sentarse y contemplar su huerto. Y dos habitaciones para invitados.

Después de otra copa de vino para brindar, Cole llama a Jonathan y, tras prometer que nos veremos mañana para desayunar, nos despedimos. Acompaño a mi madre abajo para asegurarme de que entra en el coche sin

problemas, mientras que Cole se queda arriba para recoger.

Debía de estar esperándome, porque en cuanto entro por la puerta principal, me agarra y hace que me dé la vuelta hasta que mi pecho queda apoyado contra la pared. Su gran cuerpo contra el mío hace que el corazón me lata con fuerza, como siempre, y dejo escapar un pequeño gemido para animarlo.

—¿Recuerdas lo que me has prometido? —me pregunta, y mi mente tarda un momento en procesarlo.

Cierro los ojos y sonrío.

—Sí, Cole.

—Bien. Eso es todo lo que quiero oír de ti hasta que te diga lo contrario. ¿De acuerdo?

—Sí, Cole.

—Buena chica. —Su voz es tan grave que me estremezco de anticipación.

Sus manos se deslizan bajo mi vestido y dentro de mis bragas, y encuentran mi húmedo centro de inmediato. Tengo la sensación de que está demasiado impaciente para tomárselo con calma. Hará que me corra rápido y con fuerza para poder alargar mi siguiente orgasmo hasta que grite su nombre.

Con los dedos de una mano hundiéndose en mí y la otra acariciando mi pecho y pellizcándome un pezón, me lleva al clímax en un tiempo récord.

—Déjame oírte —dice, y yo le doy lo que quiere.

—Sí, Cole. Sí, sí, sí.

Mi cuerpo estalla en un clímax; mi trasero se pega a su pene, duro como una roca, y me retuerzo sobre su mano. Cuando por fin termino y me desplomo contra la pared, Cole me acaricia el cuello con la nariz.

—Quédate donde estás, no muevas ni un músculo y recuerda lo que me has prometido.

Asiento y él da un paso atrás, y siento un soplo de aire fresco en mi espalda sudorosa. Mantengo las palmas de las manos y la frente contra la pared, tal y como me ha ordenado, esperando a ver qué va a pedirme ahora.

Me roza la espalda con los nudillos.

—Date la vuelta —ordena. Me muerdo el labio inferior, anticipando lo que va a llegar, y me giro; suelto un jadeo cuando bajo la mirada y lo veo arrodillado. En sus manos sostiene una cajita de color turquesa, con el anillo de compromiso de diamantes más hermoso que he visto nunca brillando entre el satén del interior—. Delilah —dice, y el corazón se me acelera en el pecho —. Te amo de una manera que no sabía que era posible. Desde el momento en

que te sentaste a mi lado en ese bar, me has hecho sentir cosas que nunca había conocido. Siempre que creo que no puedo quererte más, me demuestras que estoy equivocado. Estar contigo me hace querer ser un hombre mejor. La clase de hombre que puede ser un buen marido y… —inspira hondo y aprieta con fuerza la caja del anillo— un buen padre. —Mi corazón se encoge al ver la sombra de vulnerabilidad en sus ojos. Para un hombre que no tuvo buenos modelos parentales, que quiera intentar ser mejor para sus propios hijos, para los hijos que podamos tener algún día, me llena el pecho de una calidez indescriptible—. Quiero pasar el resto de mi vida demostrándote cuánto te amo. —La voz de Cole se vuelve más grave, más ronca—. Quiero hacerte feliz todos los días de tu vida, así que, por favor, gatita, cásate conmigo. Sé mi esposa y déjame demostrarte lo increíble que puede ser nuestra vida juntos. —Frunce el ceño y sus ojos brillan con intensidad—. Y no te olvides de lo que me has prometido.

No puedo evitarlo. Me río. Porque, por supuesto, solo él podía trucar las cartas de esa manera. Lo ha planeado a la perfección y, Dios, lo amo. Lo amo tanto que hasta me hace daño. Me arrodillo frente a él, aparto suavemente la mano que sostiene la caja del anillo y me deslizo entre sus brazos. Él me rodea con ellos, aunque frunce el ceño y es obvio que se pregunta por qué aún no le he respondido. Pero en este momento, un momento que nunca habría imaginado hace un año y que ahora no puedo imaginar que no suceda, solo quiero estar lo más cerca posible de él físicamente.

Acerco mis labios a los suyos y susurro esas palabras.

—Sí, Cole.